



Universidad Nacional
Autónoma de México



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

EMOCIONES EN CONTEXTO

IDENTIDADES, MIGRACIONES
Y ESPACIOS DE CUIDADO

OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ
ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS
COORDINADORAS



10

COLECCIÓN

EMOCIONES E INTERDISCIPLINA



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

EMOCIONES EN CONTEXTO:

IDENTIDADES, MIGRACIONES
Y ESPACIOS DE CUIDADO

OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ
ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS
COORDINADORAS



Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Rector



F E S I

Dra. María del Coro Arizmendi Arriaga

Directora

Dra. C. Tzasna Hernández Delgado

Secretaria General Académica

Esp. Noé Francisco Santana Domínguez

Secretario de Desarrollo y Relaciones Institucionales

Dr. Rodrigo Erick Escartín Pérez

Secretario de Planeación y Cuerpos Colegiados

CP Reina Isabel Ferrer Trujillo

Secretaria Administrativa

Dra. Rosa Isela Ruiz García

Jefa de la Carrera de Psicología

MC José Jaime Ávila Valdivieso

Coordinador Editorial



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

Dr. Alexander Paul Zatyryka Pacheco, S.J.

Rector

Mtro. Luis Marrufo Cardín

Director General Académico

Dr. Humberto Orozco Barba

Director de Relaciones Externas

Dra. Eugenia Catalina Casillas Arista

Directora del Departamento de Psicología, Educación y Salud

Lic. Manuel Verduzco Espinoza

Director de la Oficina de Publicaciones

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

COLECCIÓN
EMOCIONES E INTERDISCIPLINA
VOLUMEN X

EMOCIONES EN CONTEXTO: **IDENTIDADES, MIGRACIONES** **Y ESPACIOS DE CUIDADO**

OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ
ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS
COORDINADORAS



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: López Sánchez, Oliva, editor. | Enriquez Rosas, Rocío, editor.

Título: Emociones en contexto: identidades, migraciones y espacios de cuidado / Oliva López Sánchez, Rocío Enriquez Rosas, coordinadoras.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala : Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2025. | Serie: Colección Emociones e interdisciplina ; volumen X.

Identificadores: LIBRUNAM 2271546 (impreso) | LIBRUNAM 2271554 (libro electrónico | ISBN 9786075875231 (FES Iztacala, UNAM) (impreso) | ISBN 9786078910885 (ITESO) (impreso) | ISBN 9786075875217 (FES Iztacala, UNAM) (libro electrónico) | ISBN 9786075875224 (FES Iztacala, UNAM) (libro electrónico) (pdf)

Temas: Emociones -- Aspectos sociales. | Identidad colectiva. | Emigración e inmigración -- Aspectos psicológicos. | Felicidad. | Geografía humana.

Clasificación: LCC BF535.E555 2025 (impreso) | LCC BF535 (libro electrónico) | DDC 152.4—dc23

EMOCIONES EN CONTEXTO: IDENTIDADES, MIGRACIONES Y ESPACIOS DE CUIDADO

Primera edición: junio de 2025

Derechos Reservados 2025

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Alcaldía de Coyoacán,
CP 04510, México, Ciudad de México.

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

Av. de Los Barrios n.º 1, Los Reyes Iztacala, Tlalnepantla de Baz,
CP 54090, Estado de México, México.

www.iztacala.unam.mx

ISBN COLECCIÓN: 978-607-02-7477-0 FES Iztacala, UNAM

ISBN VOLUMEN: 978-607-587-522-4 FES Iztacala, UNAM

ISBN COLECCIÓN: 978-607-9361-45-7 ITESO

ISBN VOLUMEN: 978-607-8910-87-8 ITESO

D.R. © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)

Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
CP 45604, Tlaquepaque, Jalisco, México.

publicaciones.iteso.mx

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

APOYO TÉCNICO

MC José Jaime Ávila Valdivieso

Cuidado de la edición

LH Jorge Arturo Ávila Gómora

Lic. Luisa de Santiago Guardado

Corrección de estilo

Lic. Miryam Geraldine Cuevas Rodríguez

Lectura de segundas pruebas

LDG Jacqueline Verónica Sánchez Ruiz

Diseño de portada, formación editorial y retoque de imágenes

DG José Alfredo Hidalgo Escobedo

Edición para versión digital interactiva

Esta obra fue dictaminada a doble ciego por pares académicos nacionales
e internacionales adscritos al Comité Editorial de la FES Iztacala.

Impreso y hecho en México

Índice

INTRODUCCIÓN TEÓRICA. SENTIR Y CONVIVIR: PERSPECTIVAS INTERDISCIPLINARIAS EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS EMOCIONES	1
--	---

Oliva López Sánchez y Rocío Enríquez Rosas



EJE 1. EMOCIONES E IDENTIDADES	19
--------------------------------	----

1. Identidades afectivas y violencia simbólica. El miedo como detonante del acoso escolar en estudiantes de nivel medio superior	21
--	----

Alejandra Patricia Gómez Cabrera

2. Análisis de relatos sobre inquietudes sexuales iniciales y la develación de la preferencia sexual en sujetos homosexuales	45
--	----

Antonio Sánchez Antillón y Daniel Gómez Hernández

3. Un acercamiento a la identidad fragmentada del abogado-docente de posgrado y las tensiones entre campos	69
--	----

Claudia Valeria Zúñiga Manríquez y Armando Ulises Cerón Martínez



EJE 2. DINÁMICAS MIGRATORIAS EN CLAVE EMOCIONAL

89

4. Género y emociones en la migración temporal
de yucatecos y chiapanecos a Quebec, Canadá

91

Adriana Leona Rosales Mendoza y LinaMar Campos Flores

5. Emociones tráfugas. Migración social
y simbólica en Trois Couleurs:
Blanc, de Krzysztof Kieślowski

113

Armando Ulises Cerón Martínez

6. Máscaras de pemuche: análisis material
de objetos emocionalmente evocativos
en un caso de migración interna

137

Marissa Rodríguez-Sánchez



EJE 3. EMOCIONES, GEOGRAFÍA Y ESPACIO

167

7. Apropiación del espacio, resistencia emocional
y eficacia colectiva en un fraccionamiento
de la periferia metropolitana de Guadalajara

169

David Foust Rodríguez

8. Prevalencia de la felicidad en México:
concepción y estudio

193

Gabriela Rodríguez Hernández

9. Sentido de lugar, memoria y emociones
en contextos de movilidad forzada.
Una aproximación desde la geografía humana

209

Leidy Laura Cartagena Benítez

10. Patrimonio desde el giro afectivo.
Representación y más-allá-de-la-representación
desde la geografía humana

239

Yuzzel Alcántara Ceballos

11. Querétaro: una ciudad de esperanza
y felicidad o la mercantilización de la vida

263

Nubia Cortés Márquez



EJE 4. ESCENARIOS DIVERSOS DE CUIDADOS, AUTOCUIDADOS Y EMOCIONES

287

12. El papel del profesor y las habilidades
socioemocionales en el nuevo modelo educativo.
El caso de un bachillerato tecnológico

289

Luz Marina Ibarra Uribe y César Darío Fonseca Bautista

13. Vivir en la pena muda. El acompañamiento
asistido de un grupo de cuidadores familiares
por la diabetes mellitus

315

Pedro Yañez Moreno

AUTORAS Y AUTORES

339

Introducción teórica

Sentir y convivir: perspectivas interdisciplinarias en la investigación de las emociones

Oliva López Sánchez y Rocío Enríquez Rosas

La incorporación de la dimensión emocional permite explicar los fenómenos sociales en estudios actuales; en retrospectiva, va ganando terreno y, sobre todo, legitimidad por los alcances heurísticos en las investigaciones en ciencias sociales y las humanidades al reconocer las maneras en las cuales las manifestaciones humanas están mediadas no solo por lo que se piensa sino en especial por la valoración, la voluntad y la sensibilidad de los actos humanos.

A partir de la segunda década del siglo **xxi** en América Latina y México, la investigación en ciencias sociales fue posicionando a la vida sensible en un eje analítico y metodológico insoslayable en sus agendas. En las décadas pasadas, Arlie Hochschild (1975) –pionera de la sociología de las emociones– señaló que no se contaba con un conocimiento integrado –ni con una apertura epistémica para integrar a las emociones en las disciplinas sociales por la dominancia del paradigma positivista– que posibilitara reorientar el peso jerárquico de los componentes cognitivos, intelectuales, racionales y emocionales de la experiencia. La exclusión de las emociones, sentimientos y afectos de la ecuación socioantropológica e historiográfica trazó una trayectoria hegemónica de hacer ciencia social. Intentar un cambio representaba un desafío epistemológico y metodológico para incluir el sentir del *actor social* en distintas situaciones:

La etnografía, la psicología social experimental y la sociología cualitativa generalmente tocan los conceptos de emoción y sentimiento en el proceso de explicar por qué la gente hace lo que hace y piensa lo que piensa. Lo que nos falta es una integración de los conocimientos existentes en forma de teoría. (Hochschild, 1975, p. 280; traducción propia)

A pesar de los avances teóricos en las explicaciones neurocientíficas y socioantropológicas de las emociones, cuyas ontologías están fuera de las lógicas binaristas, ha persistido una mirada dualista y jerárquica sobre el componente psicofisiológico que las organiza. Los argumentos racionalistas y biologicistas dejan fuera otras ontologías de las emociones (*v. gr.* cultural, estructural y situacional) propiciando su exclusión de las agendas de las ciencias sociales.

La inclusión de las emociones en la investigación social es cada vez más frecuente y está ganando un lugar central en la explicación de fenómenos sociales actuales y canónicos en la antropología, la sociología, la historia, entre otras disciplinas. En la última década, las investigaciones en los distintos posgrados en las ciencias sociales y de las humanidades se están problematizando desde la dimensión sensible con argumentos teóricos interdisciplinarios con exigencias de mayor reflexión intelectual y la sistematización de estrategias metodológicas para rebasar los alcances nominales o exclusivamente enunciativos de las emociones y las sensibilidades en la investigación social (López, 2024).

La incorporación de las emociones en las investigaciones dirigidas a explicar las relaciones y vínculos sociales es más frecuente (Enríquez, 2022, 2023; López, 2024; López y Enríquez, 2023). Su inclusión no obedece a la *emocionalización* de la vida sino a la trascendencia heurística y la potencia explicativa de la dimensión sensible, sistemáticamente soslayada en la comprensión de los fenómenos socio-antropológicos e historiográficos por los marcos positivistas-racionalistas hasta la década de 1970.

La modernidad, asegura Eva Illouz (2007), solo había sido explicada desde sus valores morales sobre la idea del individualismo, la aparición de instituciones y el advenimiento del capitalismo; sin embargo, a la vez implica el nacimiento del *yo* y la trascendencia de la vida emocional, además de la racional. La conciencia del sujeto moderno pasa por el reconocimiento de su vida emocional y de su control. El dominio del pensamiento sobre las emociones fue la premisa de la acción en el modelo hidráulico que las imaginaba como flujos con capacidad de desbordar el dique de la razón.

Hacia el siglo xx, la incorporación de los postulados psicológicos y las neurociencias cognitivas llevó a su entendimiento como parte estructurante de las cogniciones (Calhoun y Solomon, 1996). Así, tenemos dos grandes tradiciones en la explicación de las emociones: aquellas con un énfasis en los aspectos fisiológicos y sensoriales –prelingüísticos– y otras que realzan su componente cognitivo y de pensamiento consciente –sociohistórico–.

No obstante, los componentes esgrimidos de las emociones operan intrincadamente en la orientación de nuestras relaciones con el mundo y con las otras personas porque, de acuerdo con Myriam Jimeno (2020), las emociones nos conducen hacia lo considerado importante por la sensación de afinidad o rechazo; por tanto, las emociones son un potente mecanismo de evaluación sensorial, fisiológico y cognitivo en constante cambio y ajuste de acuerdo con la situación –lo contingente– y el contexto –la cultura y la geografía–.

Por la función evaluadora y motivadora de las emociones en la interacción social, se les atribuye una relación intrínseca con el yo, no solo por la gestión realizada en cada encuentro y acontecimiento de la vida sino porque resulta una dimensión medular de las identidades y posiciones en la estructura social, la vida mental y social (López, 2024; Nussbaum, 2008). Las emociones no son impulsos de energías desbordadas sino figuraciones fundamentales de nuestras evaluaciones. Nussbaum sostiene, citando a Proust, que se trata de “levantamientos geológicos del pensamiento” (2008, p. 21). En otras palabras, la emoción es una percepción del valor de las cosas. Para las filósofas Martha Nussbaum (2008) y Victoria Camps (2011), las emociones tienen un valor en el discernimiento, la conciencia, la ética y la moral.

Si nos apegamos a esos planteamientos filosóficos, las emociones forman parte del razonamiento ético, conllevan juicios, incorporan fuentes culturales y la historia psicosocial de los seres humanos (Nussbaum, 2008). Si las emociones tienen un componente cognitivo, además del sensible-fisiológico, significa la existencia de una larga historia filogenética y ontogenética (Bruner, 1991). La mente se construye por la historia y la cultura, no solo por la biología y la psique, así los significados se entienden solo a partir de un análisis de la cultura.

Otro debate relevante es el objeto de la emoción, lo cual no implica atribuir a los objetos propiedades causales; por el contrario, las emociones y sentimientos “toman la ‘forma’ del contacto que tenemos con los objetos”, asegura Sara Ahmed (2015, p. 26); es decir, hay una valoración y una sensación de cambio corporal respecto de lo percibido y valorado por su cualidad

benéfica o dañina. Si asumimos esta premisa, no existen objetos/sujetos generadores de emociones en un sentido natural o de raíz. En su lugar existe una larga historia de configuración de cierta afectividad y las asociaciones de valoración implicando al propio cuerpo en el espacio simbólico y geográfico.

A partir de lo anterior, los capítulos en este volumen, *Emociones en contexto: identidades, migraciones y espacios de cuidado*, se han organizado en cuatro ejes temáticos: 1) Emociones e identidades, 2) Dinámicas migratorias en clave emocional, 3) Emociones, geografía y espacio y 4) Escenarios diversos de cuidados, autocuidados y emociones. Los trabajos comparten líneas de reflexión teórico-metodológicas insertas en el *giro emocional* y *giro afectivo* (López, 2024). Los ejes aglutinantes son propuestos por quienes coordinamos este volumen; sin embargo, cada trabajo tiene su propia resolución metodológica.

Antes de la presentación del contenido de cada capítulo se plantean algunas líneas sobre los temas estructurantes del mismo a manera de principios generales, comenzando por la relación entre emociones y la construcción de identidades con un amplio desarrollo desde la sociología disposicional, en particular la proveniente de Eva Illouz (2007), para quien las emociones son una dimensión no tan oculta de la modernidad con una posibilidad explicativa de la identidad y la personalidad modernas, la división entre lo público y lo privado, el impacto de su articulación en la división sexual en la organización social. El reconocimiento de lo femenino y lo masculino se define principalmente en términos emocionales, específicamente a través de la socialización del manejo y la administración de las emociones (López y Flores, 2017). El significado cultural de las emociones cuestiona su acepción universal y aislada de los contextos personales y sociales; además, representa un planteamiento ideológico y teórico al explorar la variabilidad de las emociones, tanto por sus significados como por su léxico.

La movilidad de los cuerpos en las geografías locales y foráneas voluntaria, forzada o por promesa de ascenso social conlleva la experiencia de emociones diversas en las relaciones sociales establecidas en ese complejo proceso de migrar, sea para impulsar la movilidad, reorientarla y organizarla para enfrentar ese complejo fenómeno (Hernández, 2016). Los códigos culturales implican reglas emocionales que interpelan las expresiones y experiencias emocionales; los cuerpos experimentan cambios sensibles, desde los más evidentes hasta los más sutiles. La reconfiguración del cuerpo en el espacio exige de una gama o clúster de emociones en constante ajuste por el proceso de

organización y desorganización exigido por la vida. La evaluación desde un sentir y pensar se convierte en una compleja red social.

Los cuidados involucran al menos dos cuerpos en la escena social: la persona cuidadora y la persona cuidada. La responsabilidad de cuidar, de acuerdo con Natacha Borgeaud-Garciandía (2020), implica afectos en ese encuentro íntimo e invisible, jerarquizado, además de feminizado, familiarizado y precarizado. Cuidar es una responsabilidad moral históricamente asumida por las mujeres, resultado de la división sexual y social del trabajo; sin embargo, ese trabajo necesario para la organización social involucra relaciones diversas entre las instituciones, el mercado, el estado y la familia. En las familias, las personas cuidadoras tienen posiciones diferenciadas en el ejercicio de poder, el cual no siempre es económico ni social sino de afectación, de responsabilidad vivida (Borgeaud-Garciandía, 2020).

Cuidar implica vínculos con las demás personas –de distinto tipo y cuño– y estos vínculos son relacionales, por tanto, tienen cualidades emergentes, cambiantes de reacomodo, mas nunca son estables o perdurables. La tensión y las acciones representan un fenómeno constante en el cuidado intenso y extenso.

EJE 1. EMOCIONES E IDENTIDADES

En el capítulo uno, “Identidades afectivas y violencia simbólica. El miedo como detonante del acoso escolar en estudiantes de nivel medio superior”, Alejandra Patricia Gómez Cabrera, desde su experiencia en el rol de profesora y tutora en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), plantel Sur, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), propone visualizar el acoso escolar, una violencia encubierta, invisibilizada, minimizada e interpretada –desde la convivencia– como un juego o un modo de socialización propio de los jóvenes, sin advertir las consecuencias de estas formas de relacionarse.

Se trata, indica la autora, de una problemática construida y consolidada en asimetrías emocionales que dan lugar a la agresión, indefensión y abandono social, desde la cual surgen y se justifican relaciones de dominio, estigmatización y exclusión desapercibidas. Retomando a Bourdieu (1998), Elías (2008) y Scribano (2007), entre otros teóricos, la investigadora retoma las categorías de identidades afectivas y violencia simbólica, desde el constructivismo social,

la fenomenología, las implicaciones sociales y la sociología de las emociones. Destaca la función de control social ejercida por el miedo en la violencia simbólica, el cual facilita el ejercicio del poder. El miedo actúa como un medio de control y confinamiento social, permitiendo así el mantenimiento del poder.

En el capítulo dos, “Análisis de relatos sobre inquietudes sexuales iniciales y la develación de la preferencia sexual de sujetos homosexuales”, Antonio Sánchez Antillón y Daniel Gómez Hernández analizan los relatos sobre las primeras inquietudes sexuales y el develamiento de la preferencia erótica de hombres que se declaran homosexuales. Se proponen una lectura de comprensión del fenómeno de exclusión y rechazo, de la homofobia internalizada y exteriorizada. Mediante la aplicación de la Escala de Homofobia Moderna a 150 sujetos con preferencia homosexual y cuatro entrevistas semiestructuradas, los autores identifican la expresión del afecto de exclusión (homofóbico) en las relaciones familiares y al interior del grupo de pares. Se muestran las formas de los ideales heteropatriarcales en el juicio de rechazo de lo pasivo-femenino mediante adjetivos denigrantes atribuidos desde una imagen o estereotipo de lo homosexual.

Las tesis de Freud (1976a, 1976b) les permiten explicar la expresión afectiva de rechazo presente en ciertos simbolismos compartidos socialmente en la homofobia. La teoría psicoanalítica, desde la perspectiva de la psicología de las colectividades, también les permite sostener la emergencia del ideal colectivo (sentimiento de comunidad) y la función reparadora de la herida narcisista, ante la caída de la omnipotencia del yo ideal.

Claudia Valeria Zúñiga Manríquez y Armando Ulises Cerón Martínez, en el capítulo tres, “Un acercamiento a la identidad fragmentada del abogado-docente de posgrado y las tensiones entre campos”, reconstruyen las condiciones sociales de la identidad fragmentada de los profesores de tiempo completo (PTC) vinculados del 2015 al 2019 a la Maestría en Derecho Penal y Ciencias Penales del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), remarcando la intersección en al menos tres campos: el educativo, el profesional y el científico, y que –simultáneamente– generan tensiones emocionales en dichos agentes. Una de las particularidades de este posgrado es que entre sus egresados se encuentran rectores de la UAEH y gobernadores de la entidad; sin embargo, no está incluido en el Programa Nacional de Posgrados de Calidad del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología (Conahcyt).

La investigadora y el investigador utilizan la teoría de la economía de las prácticas sociales, desde sus conceptos centrales: campo, *habitus* y capital, revisados por Bourdieu (2011). La premisa central del trabajo sostiene que la vida emocional es una experiencia subjetiva presente en cualquier actividad humana; incluso, dentro de las áreas académicas y científicas –reguladas por la lógica racional– se puede vivenciar la existencia de emociones, sensaciones, tensiones y disposiciones afectivas (Manassero y Vázquez, 2007).

El trabajo señala algunos desajustes entre la posición ocupada y las disposiciones experimentadas por el profesorado del Área Académica de Derecho y Jurisprudencia en la UAEH de tiempo completo, respecto de sus actividades laborales, específicamente las que indican ejercicio científico como investigadores jurídicos y docentes.

EJE 2. DINÁMICAS MIGRATORIAS EN CLAVE EMOCIONAL

En el capítulo cuatro, “Género y emociones en la migración temporal de yucatecos y chiapanecos a Quebec, Canadá”, Adriana Leona Rosales Mendoza y LinaMar Campos Flores analizan las emociones de hombres inscritos en el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales y las de sus esposas o parejas sentimentales. El trabajo de campo es multisituado, se realizó en Maní y Tahdziú, Yucatán; en Arriaga, Chiapas (México), y en la región de Saint-Rémi, provincia de Quebec, Canadá. La ruta analítica está orientada por las nociones de *emotion work* –trabajo emocional en la vida personal– y *emotion labor* –trabajo emocional en el ámbito laboral– propuesto por Hochschild (2003, 2008).

Desde un enfoque poscolonial, las autoras cuestionan las formas tradicionales de construir conocimiento sobre el fenómeno migratorio y las dinámicas familiares explicadas desde miradas occidentales distantes de la cultura de pueblos originarios y sociedades comunitarias. Proponen un enfoque interseccional para subrayar el vínculo entre cuerpos, sexualidades, géneros, clases y etnias en cuanto a la producción de emociones.

El texto muestra el manejo diferenciado de las emociones por la socialización diferenciada en mujeres y hombres. En la vida privada, las mujeres realizan mayor trabajo emocional que los hombres. En ellas, el sentimiento y la emoción se encuentran en primer plano; en ellos, se colocan en la sombra

o la penumbra, ocultos y disimulados. Las emociones de malestar (tristeza, preocupación y soledad) fueron más expresadas en comparación con las de bienestar (alegría, felicidad, solidaridad). Estas emociones se convierten en el motor del sacrificio para optar por la migración y, aseguran las autoras, fortalecen las relaciones de pareja y familiares.

En el capítulo cinco, “Emociones tránsfugas. Migración social y simbólica en *Trois Couleurs: Blanc*, de Krzysztof Kieślowski”, Armando Ulises Cerón Martínez recurre a una obra fílmica de uno de los más destacados cineastas polacos del siglo xx, Krzysztof Kieślowski, para analizar el problema de la migración y sus efectos sociosomáticos y la construcción social de las emociones, mediante el tratamiento teórico de la economía de las prácticas sociales (Bourdieu, 2001). Basado en los protagonistas de *Blanc*, una de las tres producciones fílmicas de *Trois Couleurs* (1994), el autor plantea la riqueza de las narrativas cinematográficas para elaborar un socioanálisis sistemático como recurso metodológico toda vez que el filme se convierte en un sustituto provisional del referente empírico en una investigación educativa. Desde este enfoque, intenta develar por qué las pasiones (diferenciándolas de emociones y sentimientos) del protagonista Karol hacia Dominique –coprotagonistas de la cinta–, quien motiva su migración de Polonia a Francia para estar junto a ella, pueden persistir en el tiempo y espacio, a pesar de los efectos experimentados.

Una de las hipótesis de Cerón es plantear los efectos de las condiciones de migración física y simbólica –recurriendo a la categorización de Wacquant (2018)–. La inestabilidad es una constante en contra de buenos réditos en las personas migrantes, así, el anclaje social o simbólico resulta fundamental en el día a día. A pesar de los sinsabores, maltratos y desavenencias, Karol encuentra en Dominique la estabilidad, al menos aspiracional, subjetiva, a pesar de los maltratos de ella hacia él. El autor muestra los efectos de la pérdida de valor de los capitales simbólicos y materiales de los protagonistas en la migración.

El capítulo seis, “Máscaras de pemuche: análisis material de objetos emocionalmente evocativos en un caso de migración interna”, de Marissa Rodríguez Sánchez, tiene el objetivo de mostrar las formas de configuración material y emocional del circuito transterritorial en la migración. Explica las formas de construcción de la identidad de pobladores de Jaguar¹, Veracruz –una comunidad náhuatl–, migrantes a la ciudad de Monterrey, Nuevo

¹ El nombre es ficticio.

León. Mediante esas máscaras utilizadas por los *coles* (danzantes) en el ritual *mijkailjuitl* dedicado a las ánimas de los difuntos que regresan a la Tierra y al terruño en días sagrados, también se genera un vínculo transterritorial al pautar las actividades de la vida cotidiana en el destino migratorio, en espera de lograr realizar la visita de sus paisanos un año más. La trascendencia de ese objeto es seguida por la autora bajo la metodología multisituada de Marcus (2001) y analizada bajo los presupuestos de “producción de presencia”, de Gumbrecht (2005).

La contextualización, en cuanto estrategia metodológica, sugiere la función de conectores de territorios migratorios ejercida por los objetos de origen jaguarenses ubicados en Monterrey. La pregunta central es cómo se genera este vínculo transterritorial. Los estudios de migración interna han señalado la interconexión de la movilidad nacional, donde no solo se desplazan personas, sino también bienes, capitales y servicios. La noción de circuito articula las migraciones interna e internacional para construir vínculos entre migrantes a diferentes escalas (Rivera Sánchez, 2017).

Por medio de una narrativa etnográfica –una fiesta de cumpleaños– y entrevistas, aparecen discursos emocionales reveladores de la experiencia migratoria evocados por la máscara, considerada el objeto más destacado de su cultura, para reafirmar su naturaleza simbólica. La máscara se convierte en un medio legítimo proveedora de orgullo, dimensión emocional con capacidad de generar una forma infalible de conexión con el territorio de origen y reafirmar su lugar en el mundo, puntualiza Rodríguez. De esta forma, la experiencia emocional no se queda en la individualidad, funciona cual motor de la acción sociopolítica. El orgullo, como construcción emocional moral en la historia de los individuos, sirve para superponerse a condiciones desfavorables, incómodas o dolorosas y de discriminación en el fenómeno migratorio.

EJE 3. EMOCIONES, GEOGRAFÍA Y ESPACIO

En su tesis doctoral, David Foust Rodríguez (2015) había explorado la relación entre sentimiento de inseguridad, estigmatización territorial y eficacia colectiva en dos fraccionamientos de la periferia metropolitana de la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Uno de ellos fue la Hacienda del Progreso².

² Nombre ficticio.

En su primer nivel de análisis, detectó la desorganización social e ineficacia colectiva, pero –al considerar otros datos–, halló indicios de organización vecinal, de recuperación de espacios públicos y de instancias de representación y participación vecinal, además de un discurso con implicaciones estratégicas de protección simbólica contra el estigma territorial y una especie de autoestima colectiva.

En el capítulo siete, “Apropiación del espacio, resistencia emocional y eficacia colectiva en un fraccionamiento de la periferia metropolitana de Guadalajara”, el mismo Foust Rodríguez retoma ese trabajo y explora el potencial del concepto *apropiación del espacio* (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005) para comprender la *reterritorialización* (Hiernaux y Lindón, 2004) considerada una estrategia con capacidad resolutive de la tensión entre querer mudarse y seguir viviendo en el mismo lugar. También incluye la contención de la *espiral declinante* (Skogan, 1986) en fraccionamientos y barrios con características similares a las de Progreso. En este caso, el autor argumenta la compleja espiral combinada con la intervención del gobierno municipal con fines de recuperación de los espacios públicos e instancias de representación vecinal, la iniciativa de sus habitantes en la organización contra la inseguridad para procurar el bienestar común, además de la resistencia simbólica contra la estigmatización territorial y el trabajo emocional de adaptación y sobrevivencia a un entorno de difíciles condiciones socioeconómicas y de seguridad.

En el capítulo ocho, “Prevalencia de la felicidad en México: concepción y estudio”, Gabriela Rodríguez Hernández presenta los resultados de su revisión relativa a la felicidad del mexicano, en cuanto a la prevalencia de los elementos eudemónicos (referentes a una vida de bienestar o prosperidad) y hedónicos (estado con una preponderancia de emociones y actitudes positivas hacia la vida) de la felicidad y cómo están relacionados. Recupera las mediciones del Bienestar Autorreportado (BIARE), del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2018), el cual sigue los lineamientos emitidos por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE, 2013).

En sus observaciones, la autora encontró que México tiene puntajes bajos en casi todos los indicadores de calidad de vida: trabajo, salario, educación, salud y medio ambiente, pero el puntaje en cuanto a la satisfacción con la vida es positivo (OCDE, 2015). Rodríguez Hernández da varios elementos para explicar esa contradicción. En los mexicanos, no caben los

sentimientos de fracaso, tristeza o ineptitud. La satisfacción con la vida se sustenta en las relaciones personales y en la realización de actividades autovaloradas importantes, las cuales se relacionan con fortalezas individuales, más allá de las experiencias emocionales de placer, comodidad, diversión y disfrute. Por otra parte, el apoyo social es fundamental en la percepción de la felicidad. Esta aparente contradicción se explica por las emociones positivas, que permiten enfrentar emociones negativas y situaciones difíciles. Las emociones básicas, aprendidas a lo largo de la vida, son las más expresadas y utilizadas en el lenguaje cotidiano, pero limitan la inclusión de otras emociones relacionadas con los recursos intelectuales, físicos y sociales.

Si bien la satisfacción con la vida a nivel comunitario, ciudad y país es baja, los recursos individuales, familiares y sociales han influido en la percepción del bienestar. La información sobre la felicidad de los mexicanos debería utilizarse, sostiene la autora, para generar políticas públicas que promuevan el bienestar, destacando la importancia de las relaciones personales y actividades significativas.

Leidy Laura Cartagena Benítez colaboró con el capítulo nueve, “Sentido de lugar, memoria y emociones en contextos de movilidad forzada. Una aproximación desde la geografía humana”. El trabajo se basa en las narrativas de personas de Granada, Colombia, y Apatzingán, México, para explorar cómo sus vivencias y experiencias han sido afectadas por la violencia criminal en sus municipios. La investigación se centra en el valor otorgado al sentido de lugar y cómo este se ha visto alterado, llevando a muchas personas a decidir si quedarse o moverse de sus hogares debido a los hechos victimizantes perturbadores de su tranquilidad y vida cotidiana.

La autora se enfoca en los continuos actos de violencia: combates, asesinatos, secuestros, bloqueos y amenazas, y las diversas configuraciones emocionales y relaciones con el espacio. Analiza las formas en las cuales las personas han desarrollado estrategias para enfrentar esta situación: quedarse en sus localidades, iniciar itinerancias de movilidad o regresar después de un tiempo fuera.

La revisión de fuentes documentales muestra que los estudios sobre movilidad forzada se han centrado en la identificación y registro de la población desplazada, sus pérdidas y las respuestas institucionales, dejando de lado las reconfiguraciones espaciales. Este trabajo busca visibilizar la dimensión espacial y su implicancia en la movilidad forzada, explicando cómo las personas construyen sus sentidos de lugar y prácticas espaciales en las trayectorias de quedarse, salir y volver.

El enfoque espacial, poco abordado en estudios previos, es crucial para entender la relación entre lo social y el espacio habitado. Los avances presentados aquí ejemplifican la movilidad forzada en Granada y Apatzingán, invitando a profundizar en las interacciones entre emociones y lugares significativos. Revisitar el pasado desde la memoria de quienes han vivido la movilidad forzada permite reconocer las emociones emergentes y su impacto en el sentido de lugar y las prácticas sociales, asegura Cartagena.

Yuzzel Alcántara Ceballos propone, en el capítulo 10, “Patrimonio desde el giro afectivo. Representación y más-allá-de-la-representación desde la geografía humana”, redimensionar la conceptualización de *patrimonio*, el cual ha sido pensado en términos de representaciones socioculturales, dejando de lado otras dimensiones de la vida humana, entre las que destaca la percepción, las emociones, el cuerpo, comportamientos o la relación con el *otro*. En su opinión, la propuesta del *giro afectivo* posibilita el acceso a estos niveles de lo humano soslayados en la historia del patrimonio y romper las dicotomías –entre el patrimonio y la vida afectivoemocional– sostenidas en la reflexión arquitectónica patrimonial.

Basada en las aportaciones de Gilles Deleuze y Félix Guattari (2004) respecto del modelo más-allá-de-la-representación (MAR), explica la manera en que cada encuentro con la espacialidad es potencialmente encarnado, abriendo al cuerpo a múltiples devenires, porque cada encuentro permanece en esa temporalidad abstracta, no lineal, no pulsada. Lo anterior advierte las formas en las cuales una atmósfera, lugar, arquitectura o patrimonio atrapa al cuerpo en *espaciotiempos* no procesados mentalmente ni vueltos lenguaje *a priori*. Es decir, no se piensa en los efectos sensibles del espacio hasta que ya fuimos capturados por él. Alcántara Ceballos cierra con una reflexión en torno a los caminos y dimensiones desde la propuesta del *giro afectivo* en el estudio del patrimonio en México y hace hincapié en las necesidades de herramientas teórico-analíticas en las investigaciones arquitectónicas y del patrimonio cuando se sobrepasa el binomio edificio/cuerpo, el acceso a las experiencias humanas y los escenarios emocionales en el espacio donde eventos del pasado continúan afectándonos.

La felicidad, junto con la esperanza, es revisada por Nubia Cortés Márquez en el capítulo 11, “Querétaro: una ciudad de esperanza y felicidad o la mercantilización de la vida”, el cual tiene el propósito de analizar cómo la búsqueda de la felicidad y la esperanza de una mejor calidad de vida han sido uno de los motores principales para elegir a la ciudad de Querétaro en la

idealización de un lugar para vivir. La autora atiende a las implicaciones sociales de las emociones en la búsqueda por mejorar la calidad de vida, en el proceso de construcción de nuevos modos de vida, frente a los denominados estilos de vida capitalista. El modo de producción capitalista y neoliberal de consumo vende no solo productos tangibles sino también *emodities* –valores emotivos– colocando a las emociones en un medio de producción por demanda (Illouz, 2019). Una de sus fortalezas es consumir emociones en lugar de productos finitos.

El texto nos lleva a entender las formas a través de las cuales la ciudad de Querétaro se ha vuelto una marca explotada por el gobierno municipal capitalizada también por las inmobiliarias. Las condiciones de vida ofrecidas por esta localidad contrastan con las condiciones reales de pobreza y marginación de una parte de su población. No obstante, esta contradicción, ese imaginario descansa en la fuerza de su capital simbólico, sobre la imagen reproducida por la colectividad, manifiesta Cortés Márquez. Si bien la felicidad y la esperanza pueden ser susceptibles de mercantilización, también pueden ser el impulso de procesos locales de cambio de significados sobre el consumo y la mercancía, a la vez representa oportunidades para construir bienes comunes y proyectos colectivos creadores de modos de vida alternativos al modelo neoliberal promotor de modas de estilos de vida.

EJE 4. ESCENARIOS DIVERSOS DE CUIDADOS, AUTOCUIDADOS Y EMOCIONES

Luz Marina Ibarra Uribe y César Darío Fonseca Bautista, en el capítulo 12, “El papel del profesor y las habilidades socioemocionales en el nuevo modelo educativo. El caso de un bachillerato tecnológico”, analizan el Programa Construye T. Este programa, diseñado por la Secretaría de Educación Pública (SEP) en colaboración con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), tiene como objetivo fomentar el aprendizaje socioemocional y el desarrollo integral de los estudiantes de educación media superior.

Mediante una metodología cualitativa y entrevistas a personal docente, directivo y administrativo de un bachillerato tecnológico en el estado de Morelos, identificaron sentimientos de angustia, molestia, apatía y escepticismo entre el personal docente. Estos sentimientos surgen debido a la complejidad y el riesgo percibido de trabajar con la vida emocional del estudiantado,

especialmente ante la falta de capacitación y conocimientos en un área que consideran ajena a su labor profesional docente.

Además, la autora y el autor contrastan la conceptualización de las emociones presentada por la autoridad educativa en el Modelo Educativo para la Educación Obligatoria (MEEO) desde una perspectiva sociocultural. También buscan determinar, considerando el contexto de desempeño de los docentes, las posibilidades reales de éxito en la implementación de esta tarea asignada.

A partir de una metodología cualitativa y un marco teórico desde la sociología de la educación y de las emociones (Hochschild, 1979, 2008), ambos autores exploran las experiencias vividas por el personal docente, a la vez muestran las limitaciones del referente teórico de la *educación socioemocional* (García, 2012), base del Programa Construye T, por su uso instrumental de la vida emocional reducida a simples indicadores educativos bajo la expectativa de “control y regulación de sus emociones” enseñadas de manera generalizada sin tomar en cuenta sus expectativas, condiciones laborales, procedencia –del profesorado y estudiantado– y la dificultad en el autorreconocimiento de sus emociones.

El trabajo concluye señalando: desarrollar habilidades socioemocionales no requiere formar líderes, psicólogos o terapeutas, sino docentes comprometidos, capacitados, apoyados, remunerados, motivados y sensibilizados. El personal docente debe acompañar al estudiantado en el reconocimiento y manejo de sus emociones, lo que podría ayudar a prevenir el acoso, disminuir el abandono escolar, denunciar el abuso, elegir estilos de vida saludables y plantearse proyectos de vida.

El capítulo 13 de este volumen es el de Pedro Yañez Moreno: “Vivir en la pena muda. El acompañamiento asistido de un grupo de cuidadores familiares por la diabetes mellitus”. A partir de los planteamientos de la antropología médica se da seguimiento al estado de salud de cuidadoras y cuidadores de familiares con diabetes mellitus tipo 2 y con amputación no traumática por complicaciones de pie diabético residentes en la Zona Metropolitana de Guadalajara. Se revisa su trayectoria de sufrimiento, utilizando la fenomenología del cuidar. Esta herramienta de análisis permite al autor someter la interpretación de las sensaciones, los sentimientos y –más estrictamente– las emociones generadas entre quienes hacen ese trabajo de cuidados.

Los testimonios de Camilo, Dolores y Magdalena permiten a Yañez asegurar la falta de reconocimiento del sufrimiento por parte de quienes cuidan, tampoco su estado anímico o físico es percibido porque –precisa el autor– la

transformación de sus planteamientos de la vida diaria de asistencia ha sido limitada a la expectativa de vida de sus familiares. Aunque en esta investigación no se pretendió dar soluciones, se consideraron necesarias políticas públicas y estrategias de cara al fortalecimiento de las personas cuidadoras a fin de propiciar el reconocimiento de sus sentimientos, la identificación y gestión de sus emociones, las sensaciones y –desde luego– las necesidades personales, en la expectativa de lograr la protección, engrandecimiento, el bienestar y preservación de la dignidad humana.

Este capítulo cierra con la reflexión acerca de la importancia de comprender y atender en el sentido personal, social y político el sufrimiento diariamente vivido por las personas cuidadoras que viven aisladas y en silencio sus dolores como si fuera un problema personal. Es necesario acercar el conocimiento a los tomadores de decisiones en el ámbito de la salud bajo la reconfiguración del algoritmo de la diabetes mellitus, complicaciones y discapacidad en mujeres y hombres de distintas edades, con la inclusión inminente del bienestar de quienes cuidan a las personas padecientes de esta enfermedad.

Con la publicación de este décimo volumen de la Colección Emociones e Interdisciplina, reafirmamos nuestro compromiso con la profundización de la importancia de la vida emocional para entender cabalmente la experiencia humana. Este esfuerzo editorial conjunto entre la Facultad de Estudios Superiores (FES) Iztacala de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) refleja una trayectoria de colaboración y diálogo interdisciplinario mantenido durante más de una década. A través de las siguientes páginas invitamos a las lectoras y los lectores a sumergirse en un análisis profundo de cómo las emociones moldean nuestras identidades, nuestras migraciones y nuestros espacios de cuidado. Este volumen no solo es un testimonio de la evolución de la investigación en ciencias sociales y humanidades, sino también un llamado a reconocer y valorar la dimensión emocional como un aspecto analítico fundamental en la comprensión de nuestra realidad social y personal.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Borgeaud-Garciandía, N. (2020). Cuidado y responsabilidad. *Estudios Avanzados*, 34(98), 41-55. <https://doi.org/10.1590/s0103-4014.2020.3498.004>

- Bourdieu, P. (1998). "Espacio social y poder simbólico". En: P. Bourdieu, *Cosas dichas* (pp. 127-142). Gedisa.
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Alianza.
- Calhoun, C. y Solomon, R. C. (Comps.). (1996). *¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica*. Fondo de Cultura Económica.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Herder.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Eliás, N. (2008). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (3ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Enríquez, R. (2023). *Cuidado colectivo y personas mayores: Estudios de caso en México, España y Uruguay*. ITESO.
- Enríquez, R. (Coord.). (2022). *Cuidado recíproco y constelaciones emocionales en la pareja*. Universidad de Guadalajara.
- Foust Rodríguez, D. (2015). *Sentimiento de inseguridad, estigmatización territorial y eficacia colectiva en dos colonias de la periferia metropolitana de Guadalajara* [Tesis doctoral, Universidad de Guadalajara]. RIUdeG. <https://hdl.handle.net/20.500.12104/82607>
- Freud, S. (1976a). "Manuscrito M". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp. 292-295). Amorrortu.
- Freud, S. (1976b). "Pegan a un niño". Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. XVII, pp. 173-200). Amorrortu.
- García, J. (2012). La educación emocional, su importancia en el proceso de aprendizaje. *Educación*, 36(1), 1-24. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44023984007>
- Gumbrecht, H. U. (2005). *Producción de presencia: lo que el significado no puede transmitir*. Universidad Iberoamericana.
- Hernández, I. (2016). "Migración y afectividad a distancia. Escenarios emocionales relacionados con la dinámica familiar transnacional en el contexto de la migración oaxaqueña hacia los Estados Unidos". En: M. Ariza (Coord.), *Emociones, afectos y sociología: diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 109-148). Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hiernaux, D. y Lindón, A. (2004). Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (44), 71-88.
- Hochschild, A. (1975). The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities. *Sociological Inquiry*, 45(2-3), 280-307. <https://doi.org/10.1111/j.1475-682X.1975.tb00339.x>
- Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/10.1086/227049>
- Hochschild, A. (2003). *The managed heart. Comercialization of human feeling*. University of California Press.
- Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz Editores.

- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Katz Editores.
- Illouz, E. (Comp.). (2019). *Capitalismo, consumo y autenticidad. Las emociones como mercancía*. Katz Editores.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018, julio). *Módulo de Bienestar Autorreportado 2018, datos al mes de julio-octubre. México, 2018-2019*. INEGI. Recuperado el 11 de marzo de 2019, de <https://www.inegi.org.mx/rnm/index.php/catalog/513>
- Jimeno, M. (2020). The Emotional Turn in Colombian Experiences of Violence. En: A. M. Fore-ro Angel, C. González Quintero & A. B. Wolf (Eds.), *Incarnating Feelings, Constructing Communities* (pp. 15-40). Palgrave Macmillan Cham. https://doi.org/10.1007/978-3-030-57111-5_2
- López, O. (2024). Los giros del giro afectivo: la centralidad de la vida sensible para teorizar lo social. Una lectura en clave latinoamericana. *Revista Historia y Grafías*, 31(62), 263-301. <https://doi.org/10.48102/hyg.vi62.497>
- López, O. y Enríquez, R. (Coords.). (2023). *Dimensión emocional: abordajes analíticos y exploraciones empíricas socioantropológicas e historiográficas* (colección Emociones e Interdisciplina, vol. 9). FES Iztacala, UNAM; ITESO.
- López, O. y Flores, E. (2017). “Reflexiones iniciales para una genealogía del amor romántico en clave de emociones”. En: A. Abramowski y S. Canevaro (Comps.), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades* (pp.189-204). Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Manassero, M. A. y Vázquez A. A. (2007). En defensa de las actitudes y emociones en la educación científica (I): evidencias y argumentos generales. *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, 4(2), 247-271.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Paidós.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2013). *OECD Guidelines on Measuring Subjective Well-being*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/9789264191655-en>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2015). *¿Cómo va la vida? 2015. Medición del bienestar*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/9789264240735-es>
- Rivera Sánchez, L. (2017). De la migración interna a la migración internacional en México. Apuntes sobre la formación de un campo de estudio. *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, (58), 37-57.
- Scribano, A. (Comp.). (2007). *Mapeando interiores: cuerpo, conflicto y sensaciones*. Universidad Nacional de Córdoba.
- Skogan, W. (1986). Fear of crime and neighborhood change. *Crime and Justice*, 8, 203-229.
- Vidal Moranta, T. y Pol Urrútia, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36(3), 281-297.
- Wacquant, L. (2018). Cuatro principios transversales para poner a trabajar a Bourdieu. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 36(106), 3-23. <https://doi.org/10.24201/es.2018v36n106.1642>

Eje 1. Emociones e identidades



ÍNDICE



AUTORAS Y AUTORES



EJE 1



EJE 2



EJE 3



EJE 4



1. IDENTIDADES AFECTIVAS Y VIOLENCIA SIMBÓLICA.
EL MIEDO COMO DETONANTE DEL ACOSO ESCOLAR
EN ESTUDIANTES DE NIVEL MEDIO SUPERIOR



2. ANÁLISIS DE RELATOS SOBRE INQUIETUDES SEXUALES
INICIALES Y LA DEVELACIÓN DE LA PREFERENCIA SEXUAL
EN SUJETOS HOMOSEXUALES



3. UN ACERCAMIENTO A LA IDENTIDAD FRAGMENTADA DEL
ABOGADO DOCENTE DE POSGRADO Y LAS TENSIONES
ENTRE CAMPOS



1. Identidades afectivas y violencia simbólica. El miedo como detonante del acoso escolar en estudiantes de nivel medio superior

Alejandra Patricia Gómez Cabrera

INTRODUCCIÓN

La violencia no solo comprende la violencia física, aquella objetivable en las marcas, las heridas, las mutilaciones y las muertes, las cuales hablan a través de los cuerpos de sus víctimas. Existe, además, una dimensión silenciosa, encubierta e invisible en la mayor parte de los casos; relegada de la agenda social y política, así como de la mayor parte de los discursos académicos, debido a que no se le percibe o se desconoce su impacto en la dinámica de las relaciones interpersonales y sociales.

De este modo, las violencias intangibles se convierten en testimonios silenciosos y encubiertos, que olvidan y dejan sin rostro ni memoria a sus víctimas y a los agresores, lo cual contribuye a un sentimiento de injusticia generalizado. Esta realidad, además, impele a normalizar y legitimar tales violencias, hasta el punto en que se desbordan y se convierten en el origen y la explicación nodal de diversas manifestaciones de una violencia más atroz, evidente y llamativa para la sociedad.

En el ámbito del acoso escolar, objeto de estudio de este capítulo, los rituales de pertenencia y las normas de convivencia propiciadas entre los estudiantes en el marco del ocio y del pasatiempo favorecen esta propensión,

con ello, la violencia tiende a ser interpretada como un juego o un modo de socialización propio de los jóvenes, sin advertir las consecuencias perjudiciales a las cuales esto conduce (Estévez *et al.*, 2009; Gómez, 2016).

En las ciencias sociales, las emociones son otro objeto de estudio desdénado (Ariza, 2017; López, 2018; Rizo, 2015), debido a que se les sigue conceptualizando como procesos que tienen lugar en la mente humana y que no inciden en las relaciones intersubjetivas ni en la organización y la dinámica de las instituciones sociales. En la actualidad, la necesidad de analizar las diversas complejidades sociales y darles solución ha traído consigo el desarrollo de la interdisciplinariedad y, con ello, del protagonismo de las emociones como objeto de sentido y significado en la sociedad (Ariza, 2017; García y Sabido, 2014).

En esta tesitura, las emociones se configuran como un aspecto central para comprender los procesos de interacción en situaciones de acoso escolar. Las asimetrías emocionales constituyen un elemento de identificación y comprensión de las implicaciones que tienen entre las víctimas y los agresores, las cuales contribuyen a la humillación y a la permanencia dentro de relaciones malogradas a causa, principalmente, de emociones como el miedo (Armas, 2017; Hernández, 2012). De este flujo emocional, surgen y se justifican relaciones de dominio, estigmatización y exclusión que, en diversas ocasiones, pasan inadvertidas, pese a ser un eje de comprensión y prevención de las violencias vividas entre los estudiantes.

En la primera parte de este capítulo se esboza el planteamiento teórico y metodológico, el cual se enmarca en el constructivismo social, la fenomenología, las implicaciones sociales y la sociología de las emociones. A través de estos enfoques, se lleva a cabo una aproximación a dos conceptos centrales de este trabajo: las *identidades afectivas* y la *violencia simbólica*. En la segunda parte se presenta una discusión de los principales resultados del trabajo de campo con estudiantes del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Sur (CCH Sur), para comprender el acoso escolar como una problemática constituida y consolidada en asimetrías emocionales que dan lugar a la agresión, la indefensión y el abandono social.

ACOSO ESCOLAR Y EMOCIONES, LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA VIOLENCIA

La palabra violencia “proviene del latín *violēntia*, derivada de *vis* que significa: ‘fuerza’, ‘poder’” (Corominas, 1980, p. 319). Con base en su etimología, la violencia implica una relación de asimetría en el poder, en donde una de las partes en la interacción queda subordinada al dominio de la otra y, además, es obligada a actuar en contra de su voluntad, lo cual le provoca un daño, malestar o pena. Esta relación asimétrica se acentúa frente al hecho de que una de las partes no tiene los recursos para salir del estado de indefensión en el cual se encuentra, debido a la fuerza, al estatus o al reconocimiento del que goza la otra, quien, por lo general, ostenta el rol del agresor.

El sociólogo noruego Johan Galtung (2003) explica: “entiendo la violencia como afrontas evitables a las necesidades humanas básicas, y más globalmente contra la vida, que rebajan el nivel real de la satisfacción de las necesidades por debajo de lo que es potencialmente posible” (p. 9). Según la tipología de las necesidades propuesta por este autor,¹ mayor será la violencia existente entre más básicas sean las necesidades que se obstaculizan o contraponen entre sí. A razón de ello, aquellas necesidades de las que depende la propia supervivencia generarán mayores conatos de violencia entre quienes se oponen mutuamente.

Desde esta perspectiva, la violencia adquiere un matiz sociocultural, ya que trasciende la simple conducta individual para convertirse en un proceso interpersonal y social (Mora-Merchán y Ortega, 1997). Así entendida, la violencia depende de las representaciones sociales consolidadas en la red de interacciones entre los miembros de un determinado grupo, por tanto, la violencia, necesariamente, se origina y permanece en el consentimiento de los otros.

El hecho de que la violencia se utilice como un instrumento de defensa y seguridad individual implica la existencia de un conjunto social que la aprueba y la reproduce de esta manera. El apoyo de los demás se traduce en poder y el poder, a su vez, en un medio de normalización de la violencia; el agresor, además de apoyarse en la fuerza física, se vale de un conjunto de

¹ En su tipología de la violencia, Johan Galtung relaciona la obstaculización de las necesidades primarias del ser humano con la expresión de diversas manifestaciones de violencia entre las que menciona: la necesidad de supervivencia –muerte y explotación–, la necesidad de bienestar –mutilación, acoso, miseria, explotación y conformismo–, la necesidad de identidad –desocialización, resocialización, penetración, segmentación, alieneación y etnocentrismo– y la necesidad de libertad –represión, detención, expulsión, marginación, fragmentación y analfabetismo– (Galtung, 2003, pp. 9-10).

actitudes relacionales fundadas en la exigencia, la cosificación y el sometimiento como formas rutinarias de convivir con los otros (Maturana, 1997).

La conceptualización de la violencia se traslada del impulso agresivo y objetivable en comportamientos perceptibles y delimitados, al conjunto de normas de convivencia, de formas de significación, de procesos de tipificación que llevan a la sumisión y a la negación a determinados grupos y personas, los cuales tienen una naturaleza más simbólica e intersubjetiva.

Aunque la espada ya no tiene la importancia que tuvo antaño en la solución de los conflictos, aparecen en su lugar las competencias por el prestigio, las polémicas sobre temas de jerarquía, las intrigas, las luchas que se libran con palabras y en las que se deciden asuntos de carrera y de éxito social. Éstas exigen y fomentan la reflexión, el cálculo a largo plazo, el autodomínio, la regulación exacta de las propias emociones, el conocimiento de los seres humanos y del medio en general. (Elias, 2008, pp. 574-575)

Frente a estas manifestaciones más sutiles, la violencia sigue existiendo, pero con un cuidado estratégico que impide devaluar el estatus y el poder de quien agrede. Sus actos siguen siendo violentos, ya que tienen la intención de dañar al otro, pero sus medios e intenciones se encubren. En este encubrimiento, las emociones desempeñan un papel central. Pierre Bourdieu utilizó el concepto de violencia simbólica para comprender la violencia que se ejerce “a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (Bourdieu, 2000, p. 12).

Los dominados contribuyen, unas veces sin saberlo y otras a pesar suyo, a su propia dominación, al expresar esas limitaciones a través de emociones como el miedo, la vergüenza, la timidez, la ansiedad y la culpabilidad. Estas emociones son aún más dolorosas cuando se traducen en unas manifestaciones visibles de sometimiento como el sonrojo, la turbación verbal y el temblor. Éstas representan maneras de experimentar un conflicto interior y las “fracturas del yo”. (Bourdieu, 1999, pp. 223-224)

El protagonismo de las emociones, en la violencia simbólica, implica que estas no solo tienen una cualidad instintiva y adaptativa, sino también social, relacional y cultural; esto es, las emociones pautan de modos diferentes e incluso desiguales, la convivencia rutinaria. Las emociones se inscriben en un contexto sociocultural que les da significado, sentido y acción (Ariza, 2017), debido a que transmutan en constructos sociales, los cuales dan forma a los procesos de interacción, a las normas, a la pertenencia e identidad de los miembros de una comunidad determinada.

Como respuestas culturalmente codificadas y socialmente aprendidas, las emociones conforman símbolos de identidad (Fericgla, 2000). La identidad es la forma que toma lo objetivamente atribuido de acuerdo con el lugar que cada cual ocupa en el mundo de las relaciones sociales, sitio asumido subjetivamente con base en un significado personal (Berger y Luckmann, 1986).

Para Clifford Geertz (1992), la identidad es el lado intersubjetivo de la cultura, y a su vez la cultura es la organización social del sentido que se objetiva en múltiples formas simbólicas. Las emociones son una de estas formas simbólicas que significan y ordenan las experiencias sociales. A razón de ello, la identidad requiere cierto grado de involucramiento emocional entre los miembros de una sociedad determinada. Tal involucramiento “permite a los individuos sentirse parte de una común unidad” (Giménez, 2005, p. 16). “Las pasiones y los sentimientos, el amor y el odio, la fe y el miedo forman parte de un cuerpo que actúa colectivamente” (Melucci, citado en Giménez, 2005, pp. 16-17).

Las emociones se nutren de lo que somos en apariencia, actitud, relaciones, estatus, roles, expectativas y valores y, al mismo tiempo, se prestan a ser re-diseñadas por las expectativas e intereses sociales. La identidad produce y es producida por una variedad de formas emocionales que le dan sentido. Según la tesis de Randall Collins (2009), cada identidad se apropia de un tipo de energía emocional o “mecanismo que guía al individuo hacia las situaciones emocionalmente motivadoras y lo alejan de las que carecen de magnetismo emotivo o de las que le resultan afectivamente repulsivas” (p. 5).

La *identidad afectiva* se define a partir de las emociones que caracterizan a una persona. Las emociones se encarnan en el cuerpo a través de ciertas expresiones gestuales y posturas corporales; al mismo tiempo, caracterizan a la persona como de determinado tipo; por ejemplo: ‘líder’, ‘gracioso’, ‘indefenso’, ‘agresor’, ‘víctima’. Estas tipificaciones emocionales crean ciertas expectativas en términos de relaciones sociales. El lugar que cada uno ocupa en sus relaciones conforma una identidad y un trato social, jerarquía, poder, apoyo y empatía determinados respecto a los demás.

En términos de la violencia simbólica, las emociones están destinadas a engrandecer la energía emocional del agresor a costa del decaimiento emocional de la víctima. Esta asimetría emocional deriva en un ejercicio del poder desigual que limita, margina y daña; por tanto, la violencia necesita configurar una sensibilidad que encuentre en un determinado tipo de rostro la fuente de

amenaza y de desconfianza para despertar miedo. En dicha emoción se entremezcla la sensación de indefensión, abandono, peligro y anormalidad (Di Napoli, 2014; León, 2011), las cuales retroalimentan y permiten que subsista tal asimetría emocional.

El miedo es una emoción que vacila entre la ira y la pasividad. El ejercicio del poder, por su parte, aumenta la energía emocional, atrayendo la atención y el reconocimiento grupal, principalmente a través de la ira, quien teme se ve atrapado en un estado de dominación e impotencia. Ambas identidades prevalecen de acuerdo con las emociones que representan, mientras uno se encuentra en una posición subordinada y el otro en una continuada asunción (Collins, 2009).

En la violencia simbólica, el miedo funciona como una vía de control y confinamiento social para el ejercicio del poder. “El miedo de cada persona a la degradación y a la disminución de su prestigio asegura la regulación social de los instintos, manteniendo el código de comportamiento en cada uno de sus miembros” (Elias, 2008, p. 469). El monopolio de la violencia entre determinadas personas corresponde con un mecanismo de poder en el que solo quienes gozan de una jerarquía y dominio sobre las demás pueden hacerles sentir miedo y controlarlas, utilizarlas y marginarlas a partir de dicha emoción. De allí que “el miedo opera como suplemento de la expropiación de la vitalidad a través del juego entre la intimidación y la incertidumbre” (Scribano, 2007, p. 32).

El miedo a ser violentado sin la consecuente defensa social, o a violentar a otros sin la legitimidad correspondiente, resulta en la contención y la sofisticación de la violencia. Por eso, el miedo es una emoción que rotula de cierta intencionalidad a la violencia, porque permite controlar el contexto de interacción y las emociones vinculantes entre el agresor, la víctima y quienes fungen como apoyo social para ambos (Escudero *et al.*, 2005). Asimismo, a través de la gestión del miedo, un acto dañino puede perder su cualidad de atroz e inhumano a causa del aprecio o del reconocimiento social hacia el agresor (Armas, 2017; Gómez, 2016). Tal encubrimiento dificulta, además, la mortificación o el castigo social contra los agresores, tergiversa los roles de victimización y agresión y tiende a re-victimizar a la víctima o a victimizar al agresor.

En este capítulo interesa comprender las asimetrías emocionales a las que dan lugar las expresiones de acoso escolar como manifestación de la violencia simbólica. El acoso escolar es un tipo de violencia ejercido entre estudiantes, quienes utilizan cualquier situación de desequilibrio entre el agresor

y la víctima, no siempre consciente ni materializada físicamente, para incapacitar a esta última para defenderse (Neut, 2017; Olweus, 1980).

La sensibilidad es un eje nodal para comprender las asimetrías de poder que se suscitan en esta forma de convivencia en la que, por ejemplo, el miedo de la víctima ante el hostigamiento tiende a aumentar la intensidad de las agresiones y a prolongarlas en el tiempo, acentuando su estado de indefensión y aislamiento social (Gómez, 2016).

La noción del acoso escolar como una violencia sistematizada, deliberada y reiterada, en la cual están implicadas las actitudes de reconocimiento y de apoyo de los compañeros hacia el agresor (Mendoza, 2013; Pörhölä y Kinney, 2010), es otro de los factores que contribuyen a reproducir símbolos de pertenencia, identidad y normas sociales que configuran y reproducen dinámicas desiguales en el ejercicio del poder.

Para esta investigación, se realizó un trabajo de campo que tuvo lugar entre agosto de 2014 y marzo de 2015 en el CCH Sur.² La elección de esta institución educativa se debe a que me desempeño como profesora y tutora en la misma. Debido esta labor, he detectado que la violencia sufrida por los estudiantes es minimizada en función de otros factores de vulnerabilidad, los cuales, de acuerdo con el Examen Médico Automatizado (2016), se asocian con la salud física de los estudiantes, como: obesidad, desnutrición, diabetes, consumo de drogas, alcohol y tabaco, violencia familiar y sexual, y desórdenes alimenticios (Aguilar, 2016, p. 59).

Pese a lo anterior, la violencia escolar tiene un rostro más sutil y encubierto. Las relaciones afectivas que dan lugar al rechazo y al abandono social surgen de situaciones de indefensión que hacen a ciertos alumnos más proclives a la victimización y a la violencia escolar por parte de sus compañeros.

Aunque ciertamente en los últimos años se han propuesto programas de formación encaminados al desarrollo de habilidades socioafectivas, la parte emocional sigue estando ligada a patrones mentales, a comportamientos irracionales que deben limitarse a través del intelecto. Estas propuestas de formación pocas veces impactan en la reflexión y la nutrición emocional de los estudiantes con énfasis en sus relaciones interpersonales, como lazos que deben regenerarse desde el conjunto de la comunidad.

² Institución de estudios de nivel medio superior de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), conformada por cinco planteles: Azcapotzalco, Naucalpan, Oriente, Sur y Vallejo. Tiene sus orígenes en 1971 durante el rectorado de Pablo González Casanova.

En este sentido, esta investigación procura visualizar una problemática de violencia encubierta, invisibilizada frente a otras dinámicas estructurales que no siempre derivan en la prevención y la resolución de la violencia desde los escenarios de convivencia rutinaria de los estudiantes, pero que sí impactan en la normalización, la justificación y la legitimación de manifestaciones de violencias más atroces, como es el caso de la violencia física.

Para ello, en la primera parte del trabajo de campo se aplicó una encuesta a 143 alumnos del CCH Sur, de ambos turnos. La muestra de alumnos participantes fue recabada a través de un muestreo aleatorio simple, y se les aplicó un cuestionario con preguntas cerradas y semiabiertas. La muestra estuvo integrada en 51% por hombres y 49% por mujeres. El 55% de los estudiantes estaba inscrito en el turno matutino y 45% en el vespertino. El 33% cursaba el primer año escolar, 42% el segundo y 25% el tercero.

La encuesta se realizó como parte de un estudio exploratorio para identificar la percepción de los alumnos en torno al acoso escolar. A partir de los datos cuantitativos, se identificaron las principales emociones asociadas a la violencia y su vinculación con la víctima y el agresor.

En la segunda parte del trabajo de campo se realizaron ocho entrevistas en profundidad con estudiantes que hubieran experimentado situaciones de acoso escolar en el CCH Sur.³ La muestra se conformó por cuatro mujeres y cuatro hombres de entre 15 y 19 años, distribuidos de la siguiente manera (Cuadro 1.1):

Cuadro 1.1. Características de la muestra de estudiantes que participaron en las entrevistas en profundidad

Sexo	Grado escolar cursado	Turno	Edad
Mujer	Primero	Matutino	15 años
Mujer	Tercero	Vespertino	19 años
Mujer	Tercero	Vespertino	17 años
Mujer	Segundo	Matutino	16 años
Hombre	Tercero	Vespertino	18 años
Hombre	Segundo	Vespertino	17 años
Hombre	Primero	Matutino	16 años
Hombre	Tercero	Vespertino	18 años

Fuente: elaboración propia.

³ En la sección final del cuestionario aplicado como parte de la encuesta, se invitó a los alumnos que quisieran hacerlo a anotar su correo electrónico para ser entrevistados y compartir su experiencia acerca del acoso escolar. La muestra de entrevistados se construyó con los alumnos que dejaron sus datos y asistieron a la entrevista presencial.

Para la interpretación y el análisis de los datos se empleó una metodología fenomenológica, la cual busca comprender la experiencia vivida por parte del entrevistado desde la complejidad de su cotidianidad, los significados intersubjetivos inmersos en su vivencia y las contradicciones allí inmersas (Van Manen, 2003). En el caso del análisis de los discursos de las entrevistadas, se lograron comprender, de modo más detallado, los significados sociales en torno al acoso escolar, la construcción de convenios grupales orientados a la exclusión y al reconocimiento del otro, así como la aplicación de reglas de convivencia entre víctimas, agresores y espectadores.

También se ocupó la propuesta metodológica de las implicaciones, en la que “la capacidad del investigador de verse afectado respecto a su campo de investigación no es un sesgo que habría que reducir, más bien constituye un instrumento de conocimiento. Significa una nueva vía para analizar en qué medida la subjetividad interviene en el proceso de construcción del conocimiento” (Gaulejac, 2009, pp. 23-24).

La implicaciones afectivas e institucionales producto de mi experiencia como docente y tutora del CCH Sur me permitieron atestiguar las actitudes y las prácticas de los alumnos en relación con el acoso escolar, la complejidad de este fenómeno del que la mayoría de los alumnos evita hablar por falta de confianza, vergüenza o miedo, aun entre sus propios círculos de pertenencia. Al respecto, mi implicación me ayudó a profundizar en el análisis de los discursos expuestos por los alumnos y contextualizarlos con los datos arrojados por la investigación científica.

ASIMETRÍAS EMOCIONALES Y ACOSO ESCOLAR

Las principales características identitarias y afectivas del agresor y la víctima, así como el modo en que estas configuran las relaciones de convivencia entre los mismos, forman una especie de vaivén que se retroalimenta mutuamente en las actitudes y comportamientos de los implicados. Las acciones de una de las partes se reflejan en la otra de manera asimétrica.

Con base en los datos obtenidos de la aplicación de la encuesta a estudiantes del CCH Sur, ante la pregunta: ¿cuáles son las principales emociones que caracterizan al agresor en una situación de acoso escolar?, 21.9% lo identificó con el poder; 20.5% con la fuerza y 13.7% con la alegría. Estas mismas

emociones confieren una alta energía emocional (Collins, 2009) a sus protagonistas, ya que son emociones valoradas en positivo por la comunidad estudiantil, pues poseen un reconocimiento social intrínseco.

El poder –físico, a través de la fuerza, o simbólico, mediante el dominio sobre otros– evidencia liderazgo, provecho y libertad para obrar y utilizar a los demás a partir de sus propios objetivos e intereses. El poder que la comunidad le designa al agresor determina, aunque de modo inconsciente, el respaldo hacia sus comportamientos, la legitimidad hacia sus decisiones y la defensa moral de sus actitudes. Asimismo, para el agresor, la energía emocional deriva en un aumento de su seguridad personal, mayores vínculos sociales y redes de apoyo.

A razón de ello, la energía emocional, reordenada alrededor de quien es dominante, sirve a los intereses de sí mismo y tiende a marginar a quienes lo contradicen. Uno de los estudiantes de tercer grado, turno vespertino, comenta al respecto: “Cuando alguien se siente superior, siempre va a ver al de al lado como inferior. Pensar que puede más que él y siempre querer estar un paso más adelante”. Si el agresor advierte que “sus símbolos son ultrajados o sus protocolos se malogran, reacciona con desprecio y siente un fuerte deseo de excluir a quien los penetra” (Collins, 2009, p. 160).

Es difícil que los miembros de la comunidad contradigan las pautas de interacción marcadas por la energía dominante, debido a que el antagonismo caracterizado por un bajo reconocimiento al líder resulta en una pérdida de energía emocional personal. La emoción motivante de dicho control, tanto en quien agrede como en el grupo de “espectadores”, es el miedo. De acuerdo con una alumna del tercer grado, del turno vespertino: “no defiendes a la víctima, porque si la defiendes, también te van a agredir a ti. Te estás involucrando y puede ser que al agresor no le parezca”.

El miedo, entonces, se asocia a la idea de indefensión y pasividad característica de la víctima. Se trata de justificar el maltrato con la supuesta presencia de alguna irregularidad o anormalidad con la cual la víctima responde ante la agresión que experimenta (Goffman, 2008; León, 2011). A razón de ello, uno de los estudiantes entrevistados, del tercer grado, del turno vespertino, menciona: “Aunque le afecten las agresiones, la víctima no hace nada para defenderse. Si intenta hacer algo que no va, los demás no lo van a dejar. No les va a pasar nada que tenga consecuencias negativas para ellos”.

Esta situación fortalece el sentido de exclusión en el que se encuentra la víctima, al mismo tiempo, legitima las agresiones en su contra (Osorio y

Victoriano, 2011). De allí que, con base en las cifras arrojadas por la encuesta aplicada en el CCH Sur, 35% de las víctimas que sufrieron alguna forma de acoso escolar dijo no haber contado con el apoyo de amistades y compañeros directamente relacionados con el entorno escolar para enfrentar la situación de violencia experimentada.

En este escenario, el poder crea jerarquías que distribuyen de modo desigual la energía emocional disponible en un grupo (Bifani-Richard, 2004; Foucault, 1992). Los afectos reconocidos socialmente tienden a centralizarse de un modo arbitrario alrededor de quienes dominan la situación, a costa del desánimo de sus víctimas. Una estudiante del primer grado, del turno vespertino, comenta: “Cuando quieres ser más que otros, obviamente buscas ser el único y eso lo logras haciéndole sentir a los demás: yo soy lo que tú no eres y nunca serás”.

Al analizar las razones de esta asimetría por sexo, se encontró que 58% de los hombres agrede con más frecuencia a sus compañeros para ocultar una inseguridad personal, en comparación con 34.3% de las mujeres. Al reunir el poder un valor afectivo propiamente masculino (Bonino, 1998; Bourdieu, 1988, 2000), la idea de sumisión que encarna la inseguridad debe ser invisibilizada, pues ella evidencia una característica más cercana a la condición femenina. El poder masculino fomenta la agresión como un medio para defenderse ante estructuras desiguales.

Como contrapartida, la identidad femenina ha sido elaborada con los atributos de debilidad y necesidad de protección. La característica esencial de este tipo de relación es el desequilibrio de poder, a partir del cual quien ocupa la posición inferior adopta conductas positivas hacia la persona que la intimida y maltrata, como un medio de supervivencia. (Sánchez *et al.*, 2015, p. 105)

Como mecanismo de defensa y protección, el agresor masculino es reconocido socialmente, pues la agresión es una característica que simboliza poder. Un alumno de tercer grado, turno vespertino, afirma: “El que tiene la seguridad bien formada, arma un pleito en cualquier situación. No se deja. En caso de que el otro no lo entienda, lo más seguro es que pelee a golpes. De ahí, se corre la voz: ‘A este ya no hay que molestarlo’”. En caso de que las actitudes violentas no confirmen el dominio ejercido, la violencia se objetivará a través de comportamientos agresivos, cuyo propósito es mantener el liderazgo y la superioridad del agresor.

En este contexto, el empleo de la violencia como mecanismo de poder en las mujeres tiene una connotación negativa, de debilitamiento de su energía

emocional, aun cuando ello signifique la defensa de su integridad física o moral. Mientras que del lado de los hombres la agresión es un referente de reconocimiento, en las mujeres implica su exclusión (Almudena, 2007; Armas, 2017; Bonino, 1998).

Por ello, las identidades masculinas evidenciadas por la debilidad o la necesidad de protección serán estigmatizadas de una forma más profunda, en comparación con las mujeres, debido a que su rol social, históricamente, ha sido retroalimentado en este sentido (Bourdieu, 1988, 2000). La asimetría emocional incentiva, entonces, las desigualdades entre sexos, justificando la violencia hacia las mujeres y legitimando el uso de la violencia como fuente de resolución de los conflictos entre hombres.

Entonces, como señala Collins (2009), “el poder representa una asimetría en el foco de atención de la situación por efecto de la cual recarga las baterías sociales, pero es sólo una de las partes la que se beneficia de ello” (p. 172), “las ganancias de energía emocional de una persona, suscitan pérdidas en la otra” (p. 229), por lo general, en quien es emocionalmente más débil. La víctima no tiene la posibilidad de ejercer el poder en los mismos términos que su atacante. Ella no representa a un semejante ni es reconocida socialmente como tal, debido a que sus afectos proceden de una otredad excluida, cuya validez solo cuenta en términos de su cosificación y sumisión (Gaulejac, 2009; León, 2005).

En este sentido, 45% de los alumnos encuestados está totalmente de acuerdo con que quien agrede siempre se siente más seguro que su víctima. Bajo estas condiciones, los alumnos refieren al miedo 40.9%; a la tristeza 21.9%, y al abandono 9.5%, como las principales emociones que caracterizan a la víctima. Cada una de estas emociones implica una baja energía emocional, pues resulta en “poco o ningún sentimiento de solidaridad grupal, ausencia de respeto hacia los símbolos del grupo, depresión, fastidio, tedio y constricción o incluso de abatimiento, de ‘fatiga de interacción’, aborrecimiento y ansia de huir” (Collins, 2009, p. 76) por parte de la víctima.

En estas condiciones, la interacción a la que da lugar el acoso escolar refuerza constantemente la identidad afectiva de la víctima y del agresor, en un arrastre asimétrico que aventaja las cualidades y el apoyo social hacia este último, dotándolo de un dominio situacional frente a la debilidad decisiva de su rival. El más débil termina por someterse a las acciones del más fuerte, con lo cual legitima aún más el estatus de indefensión en el que se encuentra y el lugar limítrofe que ocupa en la dinámica social.

ACERCA DE LA VÍCTIMA: MIEDO, TRISTEZA Y DEPRESIÓN

El miedo es una emoción que alimenta a la tristeza, refiere la impotencia de una víctima ante un dolor que en su experiencia parece irreparable, principalmente porque el aislamiento social en el cual se encuentra recrudece y dificulta la reparación del sufrimiento; asimismo, experimenta un estado de indefensión constante por el estatus marginal en el que vive en relación con otros compañeros, quienes tienden a revictimizarla o juzgar, con mayor detalle y perfeccionismo, dicha situación. Al estar fuera de la situación de acoso, los espectadores perciben con menos vulnerabilidad y sentimiento la violencia, ya que no se ven repercutidos directamente por esta.

Una de las alumnas del primer grado, del turno matutino, ilustra al respecto: “Me pone triste ver cómo son las personas superficiales; me hacen pensar que solo puedes progresar si te ves bien, no importa tu forma de pensar ni de ser. No se dan la oportunidad de conocerte tal cual eres y se quedan únicamente con tu aspecto superficial”.

Oros indica que “los bajos ingresos favorecen el bloqueo de las aspiraciones y la baja sensación de eficacia y control personal” (2009, p. 289). Aquellos alumnos con menores recursos carecen de expresiones afectivas positivas hacia su persona –simpatía, compañía, solidaridad, confianza–, lo cual resulta en un incremento de la asimetría emocional y de la indefensión en la que se hallan.

Para las víctimas que experimentan una condición de indefensión, la ira es una emoción que difícilmente pueden expresar hacia el exterior o resolver en su beneficio, por tanto, la tristeza se convierte en una forma de agresividad vuelta contra sí misma. Si bien la tristeza encarna una emoción pasiva, es una manifestación de la ira, solo que esa ira no se proyecta para agraviar a la otredad, sino que se introyecta y ataca a nivel del sí mismo (Brites y Almon, 2008; Bizkarra, 2005). Esa ira contenida, llamada tristeza, aguarda dentro del alumno por temor a externalizarse y aumentar el grado de rechazo de la comunidad a la cual pertenece.

En una primera etapa, el ánimo entristecido refleja un “descontento vital, caracterizado por lo costosas y duraderas que son sus impresiones afectivas y lo profundo que calan en su ánimo” (Aristóteles e Hipócrates, 1994, p. 33). Por tanto, existe una relación entre el aumento de la tristeza, la facilidad con la cual las víctimas se ven afectadas por las ofensas de sus compañeros

y la exclusión a la que son confinadas. De acuerdo con lo expresado por una alumna del segundo grado, del turno matutino: “Cuando eres víctima, te vuelves demasiado sensible, te pegan mucho más las cosas y eso te convierte en un foco de mayores agresiones”.

Mientras la tristeza aflora las emociones, la depresión niega cualquier sentir, aísla al alumno de las texturas de su entorno (Bizkarra, 2005; González, 2013); con ello, lo hace invisible ante la convivencia rutinaria e indiferente frente a su acontecer social. “La depresión es una especie de encogimiento social, un desplome del nivel de energía emocional debido a los efectos demotivadores de situaciones sociales negativas que impiden cualquier iniciativa y evitan el sentido de alerta ante situaciones que comportan peligros sociales” (Collins, 2009, p. 178).

Por esta razón, afirma un alumno del tercer grado, turno vespertino: “Cuando estoy muy triste, me alejo totalmente de los demás. Depende del grado de tristeza, si es muy leve voy a platicarlo y ya me mejoro luego, luego; pero cuando es una tristeza más profunda, prefiero quedarme solo”. A través del aislamiento, la víctima se defiende de la violencia de la que es objeto para lidiar con su vulnerabilidad de modo personal. En este proceso, sin embargo, encubre y niega a nivel social su malestar y la fuente de la violencia que padece. “Si te sientes muy triste, estás en tu mundo. Nadie lo entiende, pero lo único que quieres es estar solo y no hablar con las personas, aunque sean tus amigos”, explica un alumno del segundo grado, del turno vespertino.

En este escenario, el aislamiento social deja a la víctima en una situación de mayor indefensión, ya que su condición “refleja una extralimitación constitutiva. Es expresión de que estamos incapacitados para establecer vínculos con el mundo y con los otros, a menos que sea de una manera conflictiva, penosa; titubeante entre la atracción y la repulsión” (León, 2011, p. 221). Al respecto, una alumna del segundo grado, turno matutino, expresa: “Mi mamá siempre fue muy aislada, nunca tuvo la oportunidad de convivir con los demás. No pudo deshacerse de prejuicios que tenía y, entonces, no sabe cómo tratar a las personas ni sabe qué hacer cuando alguien tiene una idea distinta a la de ella. Yo he intentado usar lo que me pasa para ser mejor persona, pero la verdad, me he vuelto como ella”.

El aislamiento a causa de la indefensión deriva en la estigmatización de la víctima; su identidad la evidencia como marginal, despreciada e imposibilitada para controlar sus propias emociones (González, 2013; Mirié, 2004; Rubio, 2001). La identidad menospreciada a través de atributos como

los antes mencionados resulta, en algún momento, en el rechazo social de la víctima. Una alumna del tercer grado, turno vespertino, comenta: “La gente que ya vio que eres agredido, no se va a quitar esa idea de ti. Es tu reputación, ya la tienes y es muy difícil cambiarla. Cuando se ve a alguien que es agredido y de repente está haciendo *bullying*, alguien más lo va a *bullear*. Las personas que lo rodean lo van a hacer regresar a su rol”.

En este sentido, el aislamiento social, el desinterés y el desapego de quienes fungen como espectadores para apoyar a la víctima, así como la indefensión que la caracteriza, suelen negar la posibilidad inmediata de cambiar la relación entre las características identitarias en su perfil, las elegidas para la agresión y las percibidas como consecuencias de dicha agresión. Esta identidad se nutre no solo de aspectos evidentes y perceptibles, sino también de una identidad simbólica y social, consolidada en el flujo de las apreciaciones, las expectativas y los discursos grupales, sostenidas por una identidad virtual (Goffman, 2008), cuyo sustento pocas veces corresponde, por lo menos en su conjunto, con la realidad objetiva.

LOS MÚLTIPLES ROSTROS DEL AGRESOR: MIEDO, IRA Y SIMPATÍA

“Mientras la tristeza es un sentimiento hacia adentro de impotencia y pasividad, la ira es agresiva y se dirige hacia afuera, se vuelve contra el obstáculo” (Bizkarra, 2005, p. 121). En este contexto, la ira no suscita niveles de estigmatización tan altos como la tristeza, pues socialmente se le concibe como un impulso que ayuda a establecer límites y evitar el agravio de quien supone una amenaza. Uno de los estudiantes del tercer grado, turno vespertino, señala que: “Las personas que se pelean lo hacen para verse bien con los amigos y demostrar que son alguien, que valen la pena; quieren demostrarles a ciertas personas lo que pueden llegar a hacer si se molestan”.

Por consiguiente, la ira, además de representar un afecto encargado de evidenciar la valía personal, crea y fortalece la membresía grupal. La fractura al orden social deviene en ira; el impulso de enojo trata de reconstruir las redes de participación y apoyo con el propósito de experimentar una realidad compartida (Collins, 2008; Páez y Carbonero, 1993). Al respecto, narra una alumna del tercer grado, turno vespertino:

A veces, la persona se lo gana. Habla mal de sus propios amigos, es mentirosa y tiene actitudes que a nadie le parecen. Le dices en buena onda que hay errores que tiene que cambiar, pero no te hace caso o no le importa. Ella sabe que está mal, pero lo sigue haciendo. Si no entiende, ya no es tu problema. En mala onda, le empezamos a lanzar comentarios hirientes como resultado de acciones incorrectas que tiene con los demás.

La ira de algunos alumnos se contagia a otros con el objetivo de eliminar del grupo a quienes ponen en riesgo la continuidad de sus hábitos y costumbres. En estos términos, la ira tiene un vínculo cercano con el poder, solo quien lo detenta tiene la seguridad de manifestar su ira abiertamente y de someter a quienes se oponen a sus intereses con el apoyo de los demás (Collins, 2008; Mora-Merchán y Ortega, 1997). En este caso, la ira no es una expresión de frustración, como en el caso del *agresor indefenso*, sino de fuerza y poder, tal como ocurre con el *agresor simpático*. La obediencia y el respeto adjuntos al poder producen reconocimiento, por tanto, justifican la ira y legitiman el uso de la violencia.

Cuando los miembros responden con simpatía y apoyo hacia el alumno que actúa con enojo, la ira refiere una connotación de valentía y protección hacia los valores sociales, identidad que corresponde con la del *agresor simpático*. De lo contrario, la ira encarna indefensión y rencor, evidenciando una identidad estigmatizable, la cual genera rechazo, ya que la violencia se observa como una defensa instintiva, egoísta, ajena al querer social; estos son aspectos que caracterizan al *agresor indefenso*.

El *agresor simpático* es alguien con poder, redes sociales de apoyo y de estima. El *agresor indefenso*, por su parte, es rechazado socialmente, por tanto, se hace respetar a través del miedo que crea en los demás. Generalmente, carece de los recursos de poder antes mencionados, por lo cual agrede y subordina a otros sin el apoyo de la comunidad. De allí emerge su estado de indefensión constante.

En el análisis por género de los tipos de agresores, se identifica que el *agresor simpático*, el *cool*, consolida su poder no solo por formar parte de grupos de amplio reconocimiento y aceptación social, su atractivo físico y la suficiencia de su economía y recursos materiales (Bonino, 1998; Goinheix, 2012), sino también y especialmente por su carácter seductor y la facilidad que tiene para conquistar mujeres.

El poder que ejerce la mujer tiende a ser un poder más inclusivo: “podemos decir que prevalece el deseo amoroso sobre el hostil, el vínculo sobre

la diferenciación y la percepción del grupo como núcleo de identidad [En el caso de los hombres], el deseo hostil domina sobre el amoroso, prevaleciendo la conciencia de la diferencia sobre el vínculo que conecta con los demás” (Almudena, 2007, pp. 171-172). La conciencia de los deseos propios está asociada al deseo hostil, ya que exige la definición de uno mismo en el deseo del otro.

Aunque algunas alumnas responden a las características del poder individualizado, no existe un reconocimiento social en el mismo nivel que la encarnación de dichos atributos en las identidades masculinas. En la construcción sociocultural de la mujer, su papel como defensora del vínculo familiar es más fuerte que el del hombre y de allí la expectativa social de que son las mujeres quienes deben mantener los lazos de solidaridad, empatía y apoyo al interior del grupo (Aréchaga, 2010; Sánchez *et al.*, 2015).

Por su parte, el poder masculino está afianzado en una dinámica en la que su relación con el sexo opuesto no debe resultar en la dependencia emocional, sino en realzar su propia identidad a través de los atributos físicos, materiales y emocionales de quienes fungen como sus parejas; para ello, enfatiza su deseo de superioridad individual en el distanciamiento y la negación del otro (Almudena, 2007; Bonino, 1998).

También es posible identificar en el *agresor simpático* atributos que acentúan su fortaleza física en relación con la de otros compañeros. La fortaleza se resalta en la musculatura y la habilidad para ganar en competencias deportivas. “El deporte es considerado un ámbito en el cual, a través de la actividad física, se desarrollan y multiplican los valores tradicionalmente considerados propios del género masculino como la competitividad, la superación, la disciplina y el éxito” (Martín, 2006, p. 115). A razón de ello, las características físicas y las cualidades asociadas al deporte también funcionan como atributos de virilidad y seguridad.

Cuando la fortaleza física reproduce un comportamiento agresivo que no cuenta con el respaldo de la comunidad, como en el caso de las riñas en una competencia deportiva, el agresor tiende a ser excluido y señalado socialmente, con lo cual se percibe como un *agresor simpático indefenso*. Al respecto, el *deportista* se identifica por la fortaleza física y la habilidad en el juego; sin embargo, por sí solas estas características identitarias no derivan en reconocimiento social. La agresión como ruptura al orden establecido y fuente de frustración, al verse superada por otras, genera consigo exclusión social.

Otro tipo de *agresor indefenso* es el *rudo*, quien es visto como un enemigo común, alguien de quien con frecuencia hay que cuidarse. Aparenta

seguridad minimizando a otros. Asimismo, se caracteriza por utilizar ropa desaliñada o vieja y accesorios como *piercings* y tatuajes. Para este tipo de agresor no hay manifestación alguna de reconocimiento ni aceptación social, sino de estigmatización y abandono.

En relación con las mujeres, cabe señalar que la identidad agresiva siempre está acompañada por un rasgo de indefensión. Al mismo tiempo que agreden, estas alumnas son rechazadas por sus grupos de pertenencia, pues al ejercer un poder individualizado, propio de las identidades masculinas, llegan a ser estereotipadas y excluidas, principalmente por otras compañeras.

La *agresora indefensa*, la *grosera*, comparte muchas de sus características con el *rudo*. Con frecuencia cuenta con escasos recursos económicos y falta de atractivo físico. Expía su dolor agrediendo a otros, lo cual resulta en señalamientos negativos de la comunidad y abandono, pues los anteriores son atributos que contradicen el estereotipo de una mujer *bien portada* y amable con los demás.

En el caso de la *agresora simpática indefensa*, la *presumida*, resalta el hecho de que es físicamente atractiva, tiene recursos económicos y amplias redes sociales; sin embargo, encarna reconocimiento social solo cuando en su identidad reafirma los valores del cuidado y la protección del otro. La autoafirmación, el coraje, la independencia y la superioridad contradicen estos referentes, por tanto, no suelen contar con el apoyo de sus grupos de pertenencia, derivando en estigmas sociales que la ponen del lado de la anomalía identitaria.

Con base en estas tipologías, es importante señalar que el poder que ejerce el(la) *agresor(a) simpático(a)* es distinto al que despliega el(la) *agresor(a) indefenso(a)*. En la indefensión, “el poder actúa como una manifestación suprema del miedo, representa un instinto de reapropiación de la realidad y de salida de un estado de frustración” (Mongardini, 2007, p. 40) ante un malestar irreparable, por tanto, el poder se devalúa por su vínculo cercano con la tristeza y la depresión. El *agresor indefenso*, al igual que la víctima, padece frustración y desamparo. “No solo veo al agresor como algo unitario: feliz. Trato de ver la otra parte, la del chavo que está sobajado. Cuando ves las dos partes, uno está feliz y el otro está triste. Son los dos extremos”, menciona una alumna del segundo grado, del turno matutino.

A diferencia de la víctima, que introyecta la ira, el(la) *agresor(a) indefenso(a)* la externaliza, pero siempre agraviando a la otredad. Al respecto, una alumna del tercer grado, del turno vespertino, comenta:

Tanto te reprimieron los demás que llega un momento en el que explotas. Cuando me molestaban, yo sentía que en cualquier momento iba a explotar. Ya no les iba a decir nada, solo les iba a pegar. Ya era el límite. Dices: “¡Basta!”. No es posible que a pesar de que los ignoro, me sigan haciendo esto. Necesito seguir con mi vida. Estoy harta. Por eso, llega un momento en el que, en lugar de ser el agredido, eres el agresor.

Tanto la ira como la tristeza representan formas de lidiar con el miedo a través de la violencia. La tristeza afronta al sí mismo con el dolor, la ira lo aleja de esta experiencia. Mientras la tristeza añejada lleva a la depresión y con ella a la violencia intrapersonal, la ira reprimida deviene en rencor y violencia social.

CONCLUSIONES

Las relaciones afectivas entre los agresores como emisores de violencia, las víctimas como receptoras de esa violencia, y los espectadores como legitimadores de esta, solo pueden ser comprendidas por las diferencias que los oponen y generan relaciones asimétricas entre estos actores, a través de emociones como la tristeza y la depresión, la ira, la simpatía y el poder, o la alegría y la frustración. En este proceso, las expectativas de una de las partes tienden a anular o adular a la otra, ya sea por miedo, aislamiento o porque el estatus individual se encuentra cosificado o aventajado.

La violencia, entonces, es un referente central para comprender la interacción cuando la intencionalidad de quien figura como agresor se objetiva en el sometimiento y la nulificación de la víctima. Esta solo existe para el agresor, y aun para el espectador, cuando su papel confirma los intereses y los valores de quienes actúan como sus agresores, ya sea de manera explícita o implícita; de lo contrario, la víctima se convierte en un ser invisibilizado, aislado y excluido.

Por esta razón, agresores y espectadores tratarán de encubrir la violencia practicada a través de expresiones afectivas como la alegría, debido al uso social de la violencia como pasatiempo; la simpatía, a causa de su valor social en la creación de redes de apoyo, pertenencia y compañerismo dentro de un grupo, y del poder, principalmente económico, como detonante del liderazgo y del dominio de quien actúa como agresor.

En esta dinámica, el agresor tiene –por lo menos de manera aparente– mejores habilidades para relacionarse socialmente en comparación con la víctima, ya que debe desempeñarse como un estratega permanente: ganarse la confianza de la sociedad para encubrir la violencia que ejerce, utilizar dicho apoyo para lograr sus intereses y acentuar el sufrimiento causado en quienes fungen como sus víctimas en la indiferencia social.

En el caso de la víctima, el estigma con el que es etiquetada devalúa su función como persona con derecho al amparo, al reconocimiento y al apoyo social. Su persona forma parte del contenido de las conversaciones y de las dinámicas que otros tienen sobre ella, pero con dificultad interviene en la intencionalidad y el rumbo que toman esos discursos y acciones. De allí que la mayoría de quienes indicaron ser víctimas de violencia también se dijeron sorprendidas por la violencia de la que eran objeto y, al mismo tiempo, indefensas ante su destino en dichas situaciones.

Por esta razón, entre las víctimas hay una tendencia a estar más comprometidas con la interacción en su conjunto: revisar los gestos y los discursos del agresor y de los espectadores de forma constante, mantener sus actitudes y comportamientos acordes con las expectativas de estos y evitar distanciarse de los actos de quienes las violentan. Dicha situación se corresponde con un mayor desgaste de aquellas emociones que les representan un aumento de su energía emocional, así como de sus redes de pertenencia y apoyo, lo que aumenta el estado de indefensión de su condición.

El limitado margen de acción y la restricción en sus redes de apoyo generan un desconocimiento, por lo menos parcial, de su condición como receptora de violencia. Esto implica que la víctima conoce el estigma que experimenta, pero no las causas ni las consecuencias de dicho estigma. El desconocimiento de las especificidades, de los rostros y las historias particulares de las víctimas de acoso escolar resulta en una tendencia a naturalizar y encubrir su estatus.

Podría concluirse que el agresor tiene un amplio conocimiento del entorno inmediato, pero solo en beneficio de sus intereses; esta destreza, a su vez, le permite una mayor previsión y control de las relaciones que mantiene con sus grupos de pertenencia. Por su parte, la sensibilidad afectiva de la víctima está más acentuada, por ejemplo, su estado de indefensión es más notorio debido al aislamiento social, al cansancio físico y mental, el miedo, las lágrimas o el silencio; a diferencia del agresor, la víctima encuentra dificultad para encauzar esta identidad hacia el logro de sus objetivos e intere-

ses personales. No obstante, el agresor utiliza estas características identitarias para validar, naturalizar y legitimar la violencia que ejerce.

De esta investigación surgieron algunos nuevos cuestionamientos, por ejemplo, ¿cómo es que la culpa y la soledad retroalimentan un estado de indefensión permanente en las víctimas de acoso escolar?, ¿cómo es que la identidad de la víctima propiciatoria encarna en el rol del agresor como principal mecanismo de evasión del miedo y cuáles son algunas de sus principales expresiones? Asimismo, resulta necesario profundizar en el análisis de propuestas metodológicas alternativas para el estudio de las emociones en el ámbito de la intersubjetividad comunicativa.

REFERENCIAS

- Aguilar, L. (2016). *Informe de trabajo 2015-2016*. Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Sur, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Almudena, H. (2007). Sexo, género y poder. Breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la arqueología del género. *Complutum*, 18, 167-174.
- Aréchaga, A. (2010). El cuerpo y las desigualdades sociales. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, 2(2), 16-26.
- Aristóteles e Hipócrates. (1994). *De la melancolía*. Vuelta.
- Ariza, M. (Coord.). (2017). *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Armas, V. (2017). *Violencia de pareja: claves para entender la permanencia de las víctimas con sus agresores* [Trabajo de fin de grado, Universidad Autónoma de Madrid]. Biblos-e Archivo <http://hdl.handle.net/10486/680314>
- Berger, P. y Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Bifani-Richard, P. (2004). *Violencia, individuo y espacio vital*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Bizkarra, K. (2005). *Encrucijada emocional*. Desclee De Brouwer.
- Bonino, L. (1998). *Micromachismos. La violencia invisible en la pareja*. Recuperado el 25 de enero de 2018, de https://www.joaquimmontaner.net/Saco/dipity_mens/micromachismos_0.pdf
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (1988). "Espacio social y poder simbólico". En: P. Bourdieu, *Cosas dichas* (pp. 54-78). Gedisa.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Brites, G. y Almoño, L. (2008). *El enojo. Educando las emociones*. Bonum.
- Collins, R. (2008). *Violence. A Micro-Sociological Theory*. Princeton University Press.
- Collins, R. (2009). *Cadena de rituales de interacción*. Anthropos.

- Corominas, J. (1980). *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (3ª ed.). Gredos.
- Di Napoli, P. (2014). Miedo, inseguridad y violencia, sensibilidades sobre los jóvenes en América Latina. *Revista Estudiantil Latinoamericana de Ciencias Sociales*, (4), 1-25. <http://hdl.handle.net/11336/34381>
- Elias, N. (2008). *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (3ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Escudero, A., Polo, C., López, M. y Aguilar, L. (2005). La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género II: las emociones y las estrategias de la violencia. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 25(96), 59-91.
- Estévez, E., Ferrer, B. y Jiménez, T. (2009). Las relaciones sociales en la escuela: el problema del rechazo escolar. *Psicología Educativa*, 15(1), 45-60.
- Fericgla, J. M. (2000). *Cultura y emociones. Manifiesto por una antropología de las emociones*. III Seminario sobre Estados Modificados de la Consciencia y Cultura, Universidad de Caldas. Manizales, Colombia. Recuperado el 10 de marzo de 2018, de <http://web.usal.es/~meilan/LA%20RISA%20CD/mundorisa/risauniversal/Antropologia.htm>
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. La Piqueta.
- Galtung, J. (1981). "Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia: tipologías". En: *La violencia y sus causas*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. Gernika Gogoratuz.
- García, A. y Sabido, O. (2014). *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Gaulejac, V. (2009). *Las fuentes de la vergüenza*. Mármol-Izquierdo.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Giménez, G. (2005). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*. III Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales. Guadalajara, Jalisco. https://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table_id=70
- Goffman, E. (2008). *Estigma. La identidad deteriorada* (2ª ed.). Amorrortu.
- Goinheix, S. (2012). Notas sobre la violencia de género desde la sociología del cuerpo y las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (8), 43-54.
- Gómez, A. (2016). *Interacción social y violencia simbólica. Una mirada a partir del acoso escolar juvenil* [Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México]. TESIUNAM. <https://hdl.handle.net/20.500.14330/TES01000745941>
- González, J. (2013). La inscripción de la violencia y la voz de la víctima. Un replanteamiento del problema de la violencia desde Judith Shklar y Axel Honneth. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 52(134), 81-92.
- Hernández, J. (2012). Las relaciones afectivas y los procesos de subjetivación y formación de la identidad en el bachillerato. *Perfiles Educativos*, 34(135), 116-131. <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2012.135.29174>
- León, E. (2005). *Sentido ajeno. Competencias ontológicas y otredad*. Anthropos.

- León, E. (2011). *El monstruo en el otro. Sensibilidad y coexistencia humana*. Sequitur.
- López, O. (2018). Cuerpo, salud, género y emociones: estudios diacrónicos y sincrónicos. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 16(4), 1303-1312. <https://www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/view/43704>
- Martín, M. (2006). Contribución del feminismo de la diferencia sexual a los análisis de género en el deporte. *Revista Internacional de Sociología*, 64(44), 111-131. <https://doi.org/10.3989/ris.2006.i44.30>
- Maturana, H. (1997). "Biología y violencia". En: F. Coddou, G. Kuntsmann, H. Maturana, C. L. Méndez y H. Montenegro, *Violencia en sus distintos ámbitos de expresión* (pp. 1-8). Dolmen.
- Mendoza, B. (2013). *Bullying. Los múltiples rostros del acoso escolar*. Pax.
- Mirié, M. (2004). El estigma social desde la teoría de la comunicación humana de Paul Watzlawick. *Paradigmas*, 2(3), 1-13.
- Mongardini, C. (2007). *Miedo y sociedad*. Alianza.
- Mora-Merchán, M. y Ortega, R. (1997). Agresividad y violencia. El problema de la victimización entre escolares. *Revista de Educación*, (313), 7-27.
- Neut, P. (2017). Las violencias escolares en el escenario educativo chileno. Análisis crítico del estado del arte. *Calidad en la Educación*, (46), 222-247.
- Olweus, D. (1980). *Aggression in the school: Bullies and whipping boys*. Hemisphere.
- Oros, L. (2009). El valor adaptativo de las emociones positivas. Una mirada al funcionamiento psicológico de los niños pobres. *Interamerican Journal of Psychology*, 43(2), 288-296.
- Osorio, J. y Victoriano, F. (Eds.). (2011). *Exclusiones. Reflexiones críticas sobre subalternidad. Hegemonía y biopolítica*. Anthropos.
- Páez, D. y Carbonero, A. (1993). Afectividad, cognición y conducta social, *Psicothema*, 5(Supl. 1), 133-150.
- Pörhölä, M. y Kinney, T. (2010). *El acoso. Contextos, consecuencias y control*. Aresta.
- Rizo, M. (2015). Interacción y emociones. La microsociología de Randall Collins y la dimensión emocional de la interacción social. *Psicoperspectivas*, 14(2), 51-61. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol14-Issue2-fulltext-439>
- Rubio, J. (2001). Proceso de la construcción de un enigma: la exclusión social del drogodependiente. *Nómadas*, 4(2), 233-243.
- Sánchez, M., Palacios, B. y Martín, A. (2015). Indicadores de violencia de género en las relaciones amorosas. Estudio de caso en adolescentes chilenos. *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, (26), 85-109. https://doi.org/10.7179/PSRI_2015.26.04
- Scribano, A. (Comp.). (2007). *Mapeando interiores: cuerpo, conflicto y sensaciones*. Universidad Nacional de Córdoba.
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida. Ciencia humana para una pedagogía de la acción y de la sensibilidad*. Idea Books.



2. Análisis de relatos sobre inquietudes sexuales iniciales y la develación de la preferencia sexual en sujetos homosexuales

Antonio Sánchez Antillón y Daniel Gómez Hernández

INTRODUCCIÓN

El objetivo de la investigación es describir y analizar los relatos sobre las primeras inquietudes sexuales y el develamiento de la preferencia erótica de hombres que se declaran homosexuales. El estudio se centró en los relatos de exclusión-inclusión por tal declaratoria. Previo a la selección de la muestra para el análisis textual de sus relatos, se aplicó la Escala de Homofobia Moderna a 150 sujetos que expresaban tal preferencia. Posteriormente, se les convocó a participar en entrevistas semiestructuradas; cuatro de ellos respondieron a la invitación. La información obtenida de las entrevistas fue tratada con el método de análisis del discurso en su modalidad de relatos.

El marco teórico está basado en la teoría psicoanalítica desde la perspectiva de la psicología de las colectividades. De tal modo, se piensa el tema de la homosexualidad y la homofobia como propio de la construcción de los ideales y del superyó. Esta propuesta sostiene que la emergencia del ideal colectivo (sentimiento de comunidad) tiene una función reparadora de la herida narcisista, ante la caída de la omnipotencia del ideal del yo; esta se da vía un juicio de estimación que posibilita la identificación con el padre o la madre, así como por el temor a perder esa estima bajo la introyección de las reglas y prohibiciones (juicio de rechazo).

Se destaca en los resultados que la expresión de afecto fóbico que lleva a un acto de exclusión se da tanto en las relaciones familiares como al interior del grupo de pares de preferencia homoerótica. Además, se muestra cómo los ideales heteropatriarcales sostienen el juicio de rechazo hacia lo pasivo-femenino, mediante adjetivos denigrantes atribuidos desde una imagen o estereotipo de lo homosexual. Ante estos resultados, se discuten las siguientes preguntas: ¿cómo explicar la repulsa social hacia la expresión y posición sexual que inicia en la familia y se replica al interior del grupo de pares?, ¿la autodegradación de lo pasivo-femenino al interior del grupo de pares es una formación de compromiso que permite seguir dando consistencia a los ideales heteropatriarcales?

Esta develación sobre cómo emerge la construcción de sentido en los intercambios lingüísticos, entre lo que el otro atribuye al acto propio y la autoafirmación de sí, permite gestar una pregunta para la discusión teórica: ¿el juicio de rechazo y desestimación judeocristiano a los homosexuales, por considerarlos seres antinaturales y degenerados, se vuelve el atributo de afirmación existencial de la comunidad homosexual, al autonominarse como una nueva identidad genérica? Al discurrir sobre los resultados y las preguntas anteriores se realizan algunas conjeturas y propuestas conclusivas.

PLANTEAMIENTO TEÓRICO

Los debates actuales sobre los derechos de la comunidad que pugna por el reconocimiento de la diversidad muchas veces se sostienen alrededor de argumentos en un espejo plano, donde pareciera que todo es nítido y no cabría una pregunta más allá del fenómeno expuesto; sin embargo, otros estudiosos asumen la importancia de hacer distinciones en el objeto de investigación, por lo cual, género se define como el “conjunto de prácticas, creencias, representaciones y prescripciones sociales que surgen entre los integrantes de un grupo humano en función de una simbolización de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres” (Lamas, 2000, p. 3). Pero, como bien advierte esta investigadora, es importante establecer diálogos entre esta perspectiva y la teorización psicoanalítica para ponderar que la experiencia no solo está marcada por el género, sino también “por la diferencia sexual, entendida [...] como subjetividad inconsciente” (Lamas, 2000, p. 19).

La primera perspectiva se puede suscribir en estudios desde la psicología de las colectividades; la segunda implica investigaciones bajo un contexto clínico. Este trabajo se adhiere al primer acercamiento, al estudiar las reacciones afectivas de homofobia y la homofilia que se gestan frente a quienes practican o se declaran homosexuales. Se hipotetiza que estas reacciones son efecto de los ideales socialmente establecidos. Estos se incorporan por la gratificación dada por los padres u otros cuidadores principales y los grupos de referencia en la infancia temprana, así como por las prohibiciones super-yoicas introyectadas.

DESDE EL PSICOANÁLISIS

Los estudios recientes coinciden con lo dicho por Freud en 1908 en su escrito *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna* (Freud, 1982e), quien advertía que los ideales morales de la sociedad occidental descansan en la monogamia, la pretensión de que el coito es solo para la reproducción y la práctica sexual debe ser heterosexual. En este trabajo, Freud articula el desarrollo ontogenético del individuo con el de la sociedad; de este modo, reconoce una vida sexual infantil que va del autoerotismo, al amor de objeto, donde la vivencia de la genitalidad unifica de algún modo las pulsiones parciales subordinándolas al servicio de la reproducción. Sostiene que depende del procesamiento o no de las excitaciones sexuales que se pueda pensar si los mecanismos de inhibición, sublimación y/o represión están en consonancia con los fines y los ideales de la moral sexual. En este escrito también se reconoce que en el devenir social occidental hubo tres etapas: la primera, donde la pulsión sexual es ajena al tema de la reproducción; la segunda, donde la pulsión es sofocada si no sirve a la reproducción; y tercera, donde no solo se tiene como ideal la reproducción, sino que esta debe practicarse de acuerdo con la legalidad. Además, apunta que si estos ideales no se consumen orientados a ese fin, se suscitan dos perturbaciones o desviaciones nocivas respecto a lo considerado sexualmente normal por la cultura, a saber: los que permanecen fijos en una pulsión parcial infantil y se coartan el primado de la función reproductora; y los invertidos, para quienes la meta sexual es dejada de lado respecto al sexo opuesto (Freud, 1982d, 1982e).

Es decir, las excitaciones sexuales y su tramitación tienen que ver tanto con su fuerza (*drang*), como con la capacidad de los individuos para domeñar

esos impulsos ante los ideales culturales. Ya en *Tres ensayos* de teoría sexual advertía que “es preciso alinear la represión sexual, en calidad de factor interno, junto con los factores externos que, como la restricción de la libertad, la inaccesibilidad del objeto sexual normal, los peligros que trae aparejado el acto sexual normal, etc., generan perversiones en individuos que, de lo contrario, acaso habrían seguido siendo ‘normales’” (Freud, 1982d, p. 155). Además, evidencia cómo la sociedad contemporánea impone ciertos ideales devenidos del desarrollo de la moral sexual de Occidente y la tramitación de las excitaciones libidinales, el fenómeno residual se manifiesta en una inversión, la cual puede ser negativa (enfermar de neurosis) o positiva (perversión). En esta última coloca la homosexualidad. Estos procesamiento intrapsíquicos y sus manifestaciones tienen como telón de fondo el modo de tramitación del Edipo. Otra hipótesis ofrecida es que el Edipo negativo puede tener ciertas fijaciones propias del masoquismo que se da en la etapa anal primaria (Freud, 1982e, 1982f).¹

EL ESTADO DEL PROBLEMA: INVESTIGACIONES

Diversos estudios permiten evidenciar que la homofobia del “mundo heterosexual” se replica al interior de las relaciones de quienes viven dentro de la cultura gay. Bersani (2000) advierte que la homofobia es un constructo preñado de valores y creencias enraizadas en la cultura heteropatriarcal. Generelo (2007) refiere que la homofobia internalizada puede llegar a ser dañina para el varón homosexual mismo, lo cual no debe sorprender, al fin y al cabo hemos recibido frases y relatos de prescripción para la exclusión, y la instrucción homofóbica en la escuela.

Cornejo (2012) señala:

... el término ‘homofobia’ designa dos aspectos diferentes de una misma realidad: una dimensión personal de naturaleza afectiva que se manifiesta en un rechazo de los homosexuales y una dimensión cultural de naturaleza cognitiva, en la que no es el homosexual en tanto individuo el que es objeto del rechazo, sino la homosexualidad como fenómeno psicológico y social. (p. 87)

Otros autores afirman que “la homofobia social o externa o institucionalizada es comúnmente entendida como miedo irracional a los homosexuales,

¹ Sobre este segundo modo de abordar el tema, sirva de complemento de este escrito el referido en Sánchez y Lozano (2018).

rechazo a la homosexualidad, asco, aversión o fobia a los homosexuales” (Pineda, 2013, p. 336). En estas dos referencias podemos evidenciar que la adhesión promovida o no a los ideales sexuales, puede pensarse como el ejercicio ideológico de un sector sobre otro, en el cual hay ciertos elementos cognitivos y afectivos que conllevan rechazo y exclusión.

Los crímenes por identidad² de género u orientación sexual hacen que la homofobia sea un tema relevante para seguir estudiando. Por ejemplo, de 1996 a 2015 hubo en México 1218 homicidios por homofobia (Pantoja, 2015, citado en Celorio, 2017). Según el informe *Violencia, impunidad y prejuicios*, entre los años 2013 y 2017 hubo 381 asesinatos a sujetos transexuales y 158 a hombres homosexuales (Brito, 2018). Lo más reciente está expresado en la revista *Proceso* (Vera, 2018), donde se señala que hasta mediados de 2018 ha habido 26 víctimas, el número mayor de ellas habitaban en los estados de Nuevo León, Guerrero, Michoacán, Tabasco, Yucatán, Veracruz y la Ciudad de México.

Estos efectos mórbidos han hecho que distintos investigadores traten de dilucidar las variables asociadas con los problemas generados por la homofobia. Diversos estudios aplicados en la República mexicana: Ciudad de México (Ortiz, 2005), Ciudad Juárez (Rodríguez, 2010) y Nuevo León (Moral de la Rubia *et al.*, 2013), evidencian la relación entre tales estados mórbidos y la opresión social por la orientación sexual o por prácticas “contrarias” al heterosexismo. Estos resultados coinciden con otros a nivel internacional, tales como los referidos en Colombia (Pineda, 2013) y Portugal (Silva *et al.*, 2018).

Las explicaciones sobre las causales del fenómeno en los artículos enunciados son diversas. Un elemento de coincidencia es que el problema de la homofobia tiene tales estragos porque la opresión se da por tres ángulos desde la exterioridad: desde los grupos heterosexuales, desde el interior de los grupos LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transgenero) y desde dentro de la persona misma. Por tanto, se reconoce que la homofobia implica una homonegatividad externalizada e internalizada. Esta última es un autodesprecio hacia el propio deseo y su manifestación pública; la primera implica un juicio condenatorio hacia lo distinto a uno mismo y su manifestación. Esta homonegatividad es leída por los diversos estudiosos como propia de

² “Los crímenes de odio por homofobia no son asesinatos entre homosexuales. Muchas veces el asesino no es homosexual y hay víctimas que tampoco lo son. Son asesinatos provocados por el odio que los grupos de poder han ido construyendo en la sociedad a lo largo de siglos contra toda forma de deseo y práctica sexual no convencional, y no solamente contra los homosexuales y la homosexualidad. La causa de estos crímenes es la homofobia que produce miedo y deseo de exterminio” (Rodríguez, 2010, p. 67).

introyección de los valores del sistema heteropatriarcal, heterosexista, andro-céntrico, por tanto, hay una incorporación de la ideología dominante.

Como se puede apreciar, la definición de homofobia es diversa, algunos la refieren como aversión obsesiva y hostilidad sistemática, y otros como un afecto irracional y desmedido contra hombres que tienen prácticas y modos de ser. Los medios de coerción van desde los estereotipos construidos por los medios de comunicación, las creencias religiosas, las leyes y la aplicación del saber disciplinar, para vigilar y castigar.

PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO

Pasos previos a este estudio

Los artículos esbozados anteriormente sobre el fenómeno de la homofobia al interior y exterior de quienes se identifican y militan en la comunidad LGBT son antecedentes importantes de nuestro interés investigativo. Por ello, en la primera parte de la investigación realizada, se aplicó el cuestionario Escala de Homofobia Moderna de Raja y Stokes (adaptación española por Rodríguez-Castro *et al.*, 2013). El cuestionario se contestó vía Internet por sujetos que se declararon homosexuales, muchos de los cuales participan como militantes. En la recolección de los datos se guardó el anonimato del sujeto. El cuestionario fue contestado por 150 individuos entre 18 y 35 años; la frecuencia mayor, con 26%, fue la de 22 años. Los sujetos viven en la Zona Metropolitana de Guadalajara.

Algunos de los datos obtenidos en ese primer cuestionario se presentan a continuación: más de 55% se sienten cómodos respecto a ser hombres homosexuales y no muestran inhibición alguna por dar a conocer su preferencia sexual a amigos, compañeros de trabajo o familiares. Estos declaran que no les incomoda el hecho de ser homosexuales, pero tampoco lo ven como algo positivo; consideran que el ser homosexual es una posición neutral; por su parte, el 20% de estos lo considera una elección. Más de 60% de la población encuestada mencionó haber sido discriminados por su preferencia sexual en diferentes contextos. El 67.5% de la muestra reconoce también haber sido discriminados por otros hombres homosexuales (dentro del gueto) y 92% han sido espectadores de cómo hombres homosexuales discriminan a otros con su misma orientación sexual. Algo que llama la atención es que

68.2% reconocen también haber cometido actos de discriminación contra otros hombres homosexuales. El 74.2% de los sujetos consideran que los hombres homosexuales discriminan más a otros hombres homosexuales que los heterosexuales.

Más de 50% considera que el rol de cada hombre homosexual puede llegar a tener un papel considerable sobre esta discriminación u homofobia, burlas o minimización de la otra persona. Estos roles son los de activo y pasivo. Dentro de este grupo podemos encontrar que a 15.2% les gustaría ser heterosexuales, pero 24% ha considerado hacerse heterosexual o bisexual (se encuentra un aumento de casi 10% cuando se da la opción de la bisexualidad y no ser homosexual). Al observar esto también se reconoce que 13.2% se siente culpable después de haber sostenido relaciones sexuales con otro hombre, ya sea solo un encuentro de una noche o con la pareja.

El 96.6% de la población ha escuchado que hombres homosexuales discriminan a otros hombres homosexuales con frases peyorativas dichas en femenino y en donde se cuestiona su imagen o acciones masculinas. En el cuestionario se contabilizaron 604 palabras que, refieren los encuestados, han escuchado o usado ellos mismos para discriminar a otros hombres que expresan homofilia. Como se ve, los resultados obtenidos son confluyentes con los encontrados en otras investigaciones.

Los datos cuantitativos anteriores que se pesquisaron vía encuesta convocaron a los investigadores a hacer un análisis cualitativo para focalizar el fenómeno. A partir de ello, se plantean las preguntas siguientes: ¿cómo se ha venido construyendo este discurso de exclusión de las prácticas homosexuales en la historia de los sujetos?, ¿qué otra explicación se puede ofrecer al fenómeno de la homofobia internalizada desde la psicología de las colectividades bajo la perspectiva psicoanalítica?

El objetivo de la presente investigación es analizar los relatos sobre las primeras inquietudes sexuales y la develación de su preferencia sexual en sujetos que se declaran homosexuales, con miras a evidenciar la consistencia narrativa entre las escenas homofóbicas de padecimiento al interior del núcleo familiar y las de replicación del mismo rechazo con el grupo de pares.

En cuanto a los objetivos específicos, estos incluyen:

1. Describir las historias sobre su develamiento sexual.
2. Destacar cómo se demarcan el interior y el exterior de los actantes a partir de la develación de la preferencia sexual.

3. Precisar los relatos y las frases de desprecio presentes en la relación entre los hombres que se declaran homosexuales.
4. Proponer una lectura de comprensión del fenómeno de exclusión y rechazo, entendido como homofobia internalizada y exteriorizada.

Método: análisis del relato

Para Barthes (1970) el relato tiene contenidos de transmisión que van desde el lenguaje articulado (oral o escrito), hasta la imagen fija o móvil, el gesto y la combinación ordenada de todas estas sustancias. La hipótesis homológica que dirige a este autor es que “estructuralmente el relato participa de la frase sin poder nunca reducirse a una suma de frases: el relato es una gran frase, así como toda frase constativa es, en cierto modo, un esbozo de un pequeño relato” (Barthes, 1970, p. 13). Además, expone que los relatos se pueden clasificar en escenas funcionales o integradoras. Las primeras remiten a un acto que tiene correlato y puede ser nodal o puente. Las segundas apuntan a aspectos caracterológicos que conciernen a los personajes o la atmósfera y pueden ser de tipo indicial, por ofrecer datos que son implícitos o de información directa, que son puros, literales, significantes.

El movimiento de las secuencias se da gracias a la sintaxis funcional que implica una sucesión lógica de núcleos y unidades en solidaridad. Un inicio de secuencia aparece cuando no hay antecedente y termina cuando ya no tiene consecuente.

El análisis estructural del relato permite evidenciar que en toda narrativa hay ciertas coordenadas y redundancias desde las cuales se puede inferir la construcción de ciertos campos de sentido. Por su parte, un microrrelato concatenado con otros genera una mayor unidad de sentido; es decir, los relatos aislados son pequeñas unidades de sentido, la articulación de esas historias en una cronología narrativa permite evidenciar el antes y después de las historias y las transformaciones que sufren los actantes en ese trayecto.

Paul Ricoeur (1995) propone que toda historia al menos tiene tres momentos: el inicial, el nodal y el final. Otros autores como Adam y Lorda (1999) y Maldavsky (2004) desglosan esos momentos en cinco: dos estados, el inicial y el final, más tres transformaciones en el proceso narrativo. El movimiento de los actantes en las secuencias se puede identificar gracias al verbo utilizado en el relato, el inicial y el final “en ser o estar”, mientras que

los otros son de acción. En estas secuencias podemos distinguir distintas unidades narrativas dependiendo de la isotopía y el ritmo del relato, como de las acciones de los actantes.

En el cuadro 2.1³ se presentan, en la primera fila, las escenas prototípicas del relato y, en la segunda fila, la explicación sobre qué implica cada una de las escenas.

Cuadro 2.1. Secuencia narrativa

Escenas canónicas	Explicación de las escenas
Estado inicial	Se caracteriza por ser el momento de la obertura de un relato. Se destaca porque las tensiones que surgen son neutralizadas con los recursos disponibles en la escena.
Despertar del deseo	Aquí aparece una ruptura del orden inicial, se presenta el conflicto o reto como objeto hostil.
Tentativa de consumación	Consiste en un conjunto de escenas en las cuales se despliegan acciones con miras a responder al deseo despertado. Aquí se puede diferenciar entre escenas preparatorias y centrales, en las cuales se trata de detectar una búsqueda de reconocimiento u orientación por parte de un líder que opera como modelo o ideal, en otras la conquista de ayudantes y en otras la anticipación de enfrentamientos. También tienen valor las formas en que los objetos de deseo y los rivales responden a las iniciativas del sujeto. Además, en la posición del sujeto alternan las decisiones por tomar, el temor al fracaso, los conflictos derivados del avance en el compromiso, así como relaciones alternantes (de confianza y desconfianza) respecto de los ayudantes disponibles.
Consecuencia de la tentativa de consumación	Es un conjunto de escenas en las cuales se despliegan, en diferente proporción, prácticas amorosas y hostiles que involucran a los actantes. Lo importante es detectar cómo quedan los actantes después de la consumación. La consecuencia de la tentativa puede ser eufórica o disfórica.
Estado final	Este se sostiene como la salida del relato en donde ante una iniciativa que lo despierta puede tener una salida eufórica o disfórica. El estado final puede derivar también en algún otro estado inicial o en un estado disfórico o eufórico más o menos permanente.

Fuente: síntesis con base en el texto de Maldavsky (2000).

Para el análisis de la información se tienen en cuenta los principios teóricos esbozados anteriormente, los cuales dan sustento a la metodología cualitativa con miras a una interpretación peculiar de los datos, a saber: las

³ Este cuadro se usó previamente en la tesis doctoral de uno de los autores de este trabajo: Sánchez (2010, p. 139).

narraciones que se estudian son versiones en las cuales se articulan el mito individual del neurótico y el mito social (como un gran *otro* discursivo) como código o fuente de sentido. Estos discursos se articulan desde el hablante y es propio del investigador señalar dichos puntos de anudamiento, para destacar cómo en la construcción del mito individual dado por lo social se entreteje un imaginario que, al ser sistematizado, permite pasar a un nivel mayor de comprensión del fenómeno; por tanto, se ponderan las redundancias y contradicciones del discurso para proponer una interpretación más allá del discurso oficial de quienes degradan una práctica sexual diferente a la propia, así como de quienes tratan de sobrevalorar la preferencia sexual solo como tendencia y olvidan que además es un efecto discursivo propio de una estructura narrativa que, al ser aprehendida (escuchar-ver), hace que el sujeto actúe.

Procedimiento

En las entrevistas se invitó a participar a los 150 sujetos que contestaron el test aplicado previamente; cuatro de ellos accedieron. Antes de realizar la entrevista semiestructurada se les informó sobre la investigación y accedieron a firmar la carta de consentimiento informado. Tanto en el uso de la Escala como en la entrevista se cuidó proteger el anonimato del sujeto, a quien se trató con respeto; la interacción comunicativa fue una fuente de clarificación del entrevistado sobre las experiencias vividas, expresión dicha por ellos mismos.

Se transcribieron las entrevistas, después se leyeron varias veces hasta encontrar las isotopías en los diversos relatos. Se fragmentó el material y se articularon los relatos con el objetivo de dar un orden cronológico y lógico a lo relatado. Se siguieron las recomendaciones instrumentales para la fragmentación en Maldavsky (2004, p. 57).

Posteriormente, se ponderaron los relatos de cada uno para destacar las redundancias narrativas teniendo como unidad de análisis los relatos de descrédito sobre la preferencia sexual, tanto de los actantes familiares como los del grupo que se declaran de preferencia homosexual. Unos y otros actantes⁴ pertenecen a las relaciones primarias de los entrevistados.

Tanto en el procesamiento como en la presentación de los resultados, se sigue la secuencia narrativa bajo los cinco momentos canónicos explicados anteriormente. Primero se describen las secuencias precisando los relatos in-

⁴ Greimas y Courtés (1982) señalan en su diccionario que, en el relato, “los actantes son los seres o las cosas que, por cualquier razón y de una manera u otra—incluso a título de simples figurantes y el modo más pasivo—participan en el proceso” (p. 23).

dividuales y, posteriormente, se hace una síntesis global tratando de mostrar la consistencia narrativa de toda la muestra.

PRESENTACIÓN DE RESULTADOS

A continuación, presentamos la información siguiendo la secuencia narrativa (Cuadro 2.1) expuesta en el apartado de la metodología. Primero se muestra la lógica narrativa por sujeto, destacando las similitudes y, en un segundo momento, se expone una síntesis global en la cual se presume la consistencia del material como una narrativa global de la muestra.

En los casos estudiados se relata como estado inicial que desde pequeños vivían en un ambiente que los inclinaba hacia la orientación sexual actual. Por ejemplo, narran que en la infancia notaban una mejor convivencia con las mujeres en comparación con los hombres, y no mostraban interés por los juegos y deportes propios de otros niños. Como comenta el sujeto A: “La mayoría de mis amigas eran mujeres en vez de hombres, yo no jugaba fútbol”.

También coincide en dos de los casos que en el núcleo familiar hay más mujeres que hombres, como relata el sujeto B: “Pues creo que desde el principio me sentí homosexual, tengo como un ambiente que es de puras mujeres. De que mis hermanas, mi mamá”. Además, notaron atracción hacia los niños, más que hacia las niñas. Tres de los entrevistados narran experiencias relativas a ello, el sujeto D dice:

Cuando estaba en el kínder me acuerdo perfectamente de que besé a un compañero, obviamente fue en el patio del recreo, o sea [...] cuando desayunas, y [...] nos vieron dos profesores, y pues obviamente llamaron a nuestros padres, y de ahí [...] como, no sé, como de que se hubiera bloqueado esa parte, y me volví a dar cuenta como hasta cuando estaba ya en secundaria, que ya uno está como un poquito más despierto.

Los sujetos mencionan haber olvidado esos sucesos y que en la secundaria y en la preparatoria, con una edad aproximada de entre 14 y 16 años, comenzaron a “tener este despertar” de sentir una atracción por otros hombres, y así fue como comenzaron a acercarse a otros homosexuales. Al respecto, el sujeto B declara: “A mis 15 años empecé a tener este choque, pues te interesa más ver imágenes de hombres que de mujeres y pues sí hice como algunas cosas que empecé como a chatear con otras personas, con hombres y así”.

Las narraciones de los cuatro entrevistados coinciden en la importancia de vincularse con personas con las cuales pueden expresar su sexualidad abiertamente, así como pertenecer a un grupo de personas que comparten sus mismos anhelos sexuales. Como refiere el sujeto A: “Conocí a dos chicos, con los que compartí muchísimo, crecí mucho, me enseñaron bastante. Espero que yo también les haya aportado algo y estaba genial, porque te digo: nadie me juzgaba ni me menospreciaba, no tenía que hacer cosas para compensar el ser homosexual; al contrario, solo era yo mismo y eso era suficiente”.

El sujeto C menciona que su primera relación formal fue su mejor experiencia como homosexual: “haber encontrado a una persona con la que puedo compartir todo, o sea mis gustos, pensamos, de cierta manera, muy parecido. Pues encontrar una persona compatible contigo más que nada”.

Otra confluencia encontrada en la narración de todos los entrevistados es la escena de conflicto que se vivió cuando develaron su preferencia u orientación homofílica a los padres y la reacción adversa de estos. Al respecto, refiere el sujeto A:

Quando les dije a los quince, mi papá se rio y me dijo que qué bueno que les decía eso, porque no era cierto y me iban a ayudar a cambiar. Mi mamá estaba enojadísima diciendo que Dios había creado hombres y mujeres, no mayates. Y pues nada fue una semana de gritos y enojos en la casa. Desde “me da vergüenza tener un hijo gay”, hasta llevarme a psicólogos para que me arreglaran.

Un relato semejante lo enuncia el sujeto D, quien refiere: “Cuando se dieron cuenta la familia de mi papá, [...] era muy apegado a la familia de mi papá [...] y cuando se dieron cuenta mis tías y mi prima, de mi edad, se empezaron como a alejar”. El sujeto B refiere que “aunque muchos de mis familiares no saben, es un ataque constante, comentarios en grupo, de que: ‘¡Ay!, huele a puñal’, cuando llega un primo”.

Quando los hombres comienzan a desenvolverse en el *gueto* o *comunidad gay*, comienzan a tener parejas o experiencias sexuales donde narran que van adquiriendo conocimiento sobre el sentido de los roles sexuales: activo, pasivo, inter, etc. Los sujetos relatan que consideran tener una mayor identificación con el rol inter, el cual implica una cierta inclinación tanto a lo activo como a lo pasivo. Los cuatro sostienen que prefieren adaptarse a su pareja y actuar en la práctica sexo-genital el rol que la otra persona quiere. Esto se ilustra en el relato del sujeto A: “Inter, totalmente adaptable, comencé a disfrutar los dos y ahí me quedé. Depende mucho de la otra persona, también

[...] si la otra persona se siente más identificado con ser pasivo, pues a mí, entonces yo me adapto a ser activo y lo contrario y viceversa también”.

Los entrevistados narran experiencias homofóbicas por parte de otros hombres homosexuales en su círculo de amigos. Dado que se encuentran entre amigos con la misma identificación sexual, no las toman como frases peyorativas, pero si se las menciona alguna persona con quien no sienten un grado de empatía, sí las consideran peyorativas. El sujeto A refiere: “Entre más femenino eres, pudiera ser que más te pudieran juzgar, porque de repente te encuentras, no sé, algunos gays que dicen ‘pues es que sí me gustan los hombres, pero no los que parecen mujeres’ o ‘sí me gustan los hombres, pero los que sí parecen hombres, a los que no se les nota’”. Este cierra su relato sentenciando: “como si tuviéramos que escondernos y apegarnos a la normalidad”.

El sujeto D destaca que, al interior del grupo de pares, hay diferencias: “La misma comunidad gay se ha destacado por diferentes motivos; por ejemplo: si eres oso, perteneces al grupo de los hombres de ese estereotipo, si tienes cuerpo de *gym*”. El tema del relato de este entrevistado vuelve a ser un juicio crítico, expone: “Es más discriminación, no tanto como homofobia, pero a la vez digo, por qué, si todos pertenecemos al mismo grupo de la comunidad gay”.

Ellos mencionan que con sus amigos encuentran un léxico en el cual todas las frases terminan en femenino y a pesar de que los entrevistados mismos llegan a utilizarlas para minimizar o burlarse de la otra persona, reconocen que esos actos tienen una carga sexista y discriminatoria. Precisan que si bien las usan en el círculo cercano, no tienen como pretensión insultar. Al respecto, enuncia el sujeto D: “Pues sí, cuando platicamos regularmente de nuestras parejas o de nuestros encuentros siempre es como que ‘ay, amiga, ¿cómo te fue?, es que eres bien zorra’ o ‘es que eres bien puta’. Realmente todo termina siendo femenino, pero no sé si es en broma o si es por desprecio”. Posterior a su relato y la pregunta que le surge, el mismo sujeto se responde: “Creo que es un desprecio todavía, yo lo hacía mucho y les decía no sé pasivas a mis amigos, porque todavía tenía esta carga sabes de que el pasivo era como el jodido, a partir de esta experiencia de ser pasivo, creo que ya lo dejé de hacer”.

Coincidiendo con este relato, el sujeto B refiere: “Las palabras que se usan de, ‘¡amiga!’, sí tengo amigos que me dicen ‘amiga’ y así. Pero yo, o sea yo casi no la uso. Pero no sé, se usan términos fuertes como ‘¡ay, qué golosa!’, o cosas así de que [...] o pos lo típico de ‘¡ay, qué puta!’”.

Por su parte, el sujeto C objeta con tono crítico el uso del femenino hacia su persona, relata: “me molesta, también que se refieran a mí como amiga o en femenino, también tengo amigas que son como entre comillas *prohomosexual* y no sé qué, pero también se la pasan como hablándote en femenino, a mí, y yo lo siento despectivo hacia mí”. Y al terminar el relato expone: “Pues yo creo que más bien el estereotipo que se tiene hacia los hombres homosexuales creo que es más que nada como constructo social, pero siento que influencia mucho también [...] es más bien como el estereotipo, lo que conlleva a las personas a actuar de ciertas maneras”.

Además, el sujeto D contextualiza en su relato cuándo y con quién sí molesta el uso de palabras en femenino: “si alguien no me conoce y yo no lo conozco y esa persona llega y me dice: amiga o qué loca o una cosa así, sí le pongo como un alto”.

En síntesis, tomando el sentido global de todos los relatos y siguiendo la teoría del relato esbozada en la metodología, se precisan a continuación los cinco momentos prototípicos de la narración. Con ello se ofrece una visión global y diacrónica de esta, se tomaron los elementos comunes de cada entrevistado y se presenta una síntesis global de las narrativas.

El estado inicial del relato se enmarca en un escenario infantil en donde se ven a sí mismos como no teniendo actividades propias de los “niños normales”; es decir, que no juegan o gustan de los deportes. También describen un contexto familiar en donde hay mayor presencia de mujeres. Cuentan además escenas de infancia, en donde hay espontáneas muestras de ternura, como besar a un compañerito.

El segundo momento narrativo se contextualiza en la adolescencia. Los relatos expuestos reflejan el despertar de su deseo, como una excitación por ver a los hombres; gustan de la imagen del otro y de sí mismos.

El tercer momento del relato está referido al intento de consumación del deseo. En él comentan que, por un lado, hay cierto éxito al encontrar a otros hombres que gustan de lo mismo y, por otro, la censura familiar al declarar su homo-placer. Ante tal develación, son tratados con desprecio por los familiares, como sujetos que requieren ser rehabilitados o son condenados desde el ámbito religioso. Se demarca en este momento el campo de la exclusión, quedando los entrevistados en los márgenes relacionales.

A la par de esta escena, y como consecuencia de la consumación del deseo (cuarto momento narrativo), aumentan las relaciones con otros hom-

bres que tienen los mismos gustos voluptuosos. En el encuentro con los otros iguales se sienten comprendidos, aceptados y estimados. En estas escenas se puede evidenciar que el núcleo familiar es “un adentro” que, al excluir a los entrevistados, les permite conformar con la exterioridad, los extraños, un sentido de pertenencia. Después del develamiento homoafectivo, el grupo de pares es el adentro, y la familia, en la cual viven rechazados, se convierte en el afuera, la exterioridad. Es importante advertir que este fenómeno no es muy diferente al que otros adolescentes viven cuando se va dando el desprendimiento de las reglas morales familiares para incorporarse a una colectividad de pares que ofrecen nuevos ideales identificatorios.

El estado final de los relatos muestra cómo interactúan con el endogrupo homofilial. En esa convivencia se encuentra la marca del grupo familiar y el discurso hegemónico del cual se sintieron excluidos, pues al interior del grupo de pares también hay un campo de inclusión y exclusión, de tal modo que lo femenino, lo pasivo, puede ir acompañado de frases de descrédito, burla o minusvaloración. La posición femenina-pasiva se enlaza con otros adjetivos tales como: putita, zorra, perra. Estas frases y descréditos son tomados con distancia por algunos de los entrevistados, quienes apelan a su experiencia placentera en la unión de los cuerpos donde lo pasivo y activo queda desplazado en miras de cumplimentar el deseo de la pareja. Se infiere de ello que declarándose inter les salva del estereotipo condenatorio: pasivo-femenino.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los resultados expuestos en el análisis narrativo tienen como nodo las escenas de desprecio al interior de la familia, así como las expresadas con el grupo de pares. Esto es consistente y confirma lo encontrado en la revisión de la literatura y en la encuesta que se aplicó. Se evidencia una cierta escisión entre la posición sexual declarada, el gusto por tener relaciones sexuales con personas del mismo sexo y el juicio familiar o de amigos que desestima el ser del sujeto por sostener esas prácticas.

El discurso de exclusión, nombrado por los estudiosos como homofóbico, tiene su inicio en el discurso de personajes significativos de la familia. Las posiciones de los personajes que aparecen en los relatos familiares se establecen en el binomio relacional: los que descalifican y los descalificados. Estas escenas narrativas son replicadas al interior del grupo en antinomias

donde aparecen las palabras exclusión/inclusión, estimado/desestimado, bajo el contenido antagónico de lo masculino/femenino, activo/pasivo. Como ya veíamos en la revisión de la literatura, los estudiosos del fenómeno le llaman homofobia u homo-negatividad internalizada a la introyección del discurso hegemónico, y homofobia exteriorizada a su replicación en el grupo de pares. Se puede conjeturar que este mecanismo implica la identificación con el agresor, por lo cual, se replica este tipo de relación al proyectar la escena con juicios de desestimación pasando de la posición pasivo-femenina, de quien recibe el impropio con cierto tono de injuria, a la posición activa-hetero-dominante, imitando el discurso de exclusión. Esto último es evidente en los calificativos de descrédito enunciados tanto en el cuestionario como en la entrevista, a saber: zorra, putita, golosa, etc.

A partir de este análisis descriptivo debemos pasar a un segundo orden de comprensión. Para ello, es preciso considerar que la homofobia, como una expresión afectiva de rechazo hacia quienes tienen cierta posición y práctica sexo-genital con personas de su mismo sexo, es posible en tanto hay ciertos ideales, ciertos simbolismos compartidos socialmente, los cuales disponen que esos sujetos sean tenidos como “condenados” por sí mismos y por los otros. Pero ¿cómo se construye este campo de sentido? Para pensar esta pregunta, en este escrito se recurre a algunas nociones de la propuesta freudiana, con el propósito de exponer algunas posibles respuestas y, con ello, llevar al lector a una comprensión más allá de lo descrito en los relatos presentados anteriormente.

Freud (1982a; 1982f), al explicar cómo se constituyen los recuerdos infantiles (los cuales pueden considerarse fantasías), refiere que estos surgen a partir de lo percibido, de lo visto (representación cosa) más los retazos recordados y signados por lo escuchado (representación palabra). El punto de partida fundamental es que los recuerdos están articulados entre dos campos de lo vivido: como algo visto (que puede o no conllevar un signo auditivo) y los enunciados escuchados; es decir, el código de la lengua se incorpora vía el habla gracias al encuentro dialógico entre el sujeto de la experiencia (actos vividos) y alguien que autoriza y dicta con sus actos de habla y acciones cierto campo de sentido sobre lo visto; usualmente es un tutor en tanto representante de la ley del lenguaje.

El campo de sentido en el intercambio dialógico no es cerrado, ya que adquiere matices distintos tanto por lo que se dice, y cómo se dijo, como por las acciones, las cuales quedan aprehendidas como imágenes. Este tamizado

de palabras e imágenes percibidas y vivenciadas requiere una relectura cuando son recordadas, así como cuando son contadas. También el campo de sentido será distinto dependiendo de cuándo y a quién se le relata, y cómo el escucha reacciona al relato.

Así pues, lo visto-vivido en la primera infancia es resignificado en la pubertad, adolescencia o adultez vía el recuerdo. Lo que implica discernir lo vivido en el cuerpo; es decir, la sobreexcitación concomitante experimentada en las primeras experiencias de afecto y libidinales. Y la apremiante necesidad de simbolizarlo los enfrenta a cierta incógnita: ¿quién es la causa de esa sobredescarga de afecto y libidinal? Contrario a las posiciones positivistas de que el afecto y la experiencia libidinal es natural, el psicoanálisis apuesta por que la inauguración del cuerpo libidinal en la adolescencia conlleva cierto desgarramiento, cierta experiencia de exceso del sentir y de voluptuosidad. En tanto que aun cuando el cuerpo ha venido siendo erotizado desde el nacimiento gracias al contacto de los padres, ya sea por los mimos como por las actividades de limpieza, es en la pubertad que emerge el reto, ¿cómo hacerse cargo del exceso de placer y afecto que conlleva el contacto con los otros?, sobre todo cuando se tocan ciertas zonas del cuerpo.

La cualificación del sentir difuso se vuelve sentimiento y detrás de una vivencia se suscitan varias afectaciones, las cuales pueden ir acorde con lo escuchado o no, por lo que a través de la palabra se crea cierta idea sobre las imágenes-recuerdos. Si, por ejemplo, como es en los casos expuestos, el recordante vivenció que no jugar deportes lo hace distinto, queda delimitado en cierto entredicho, no solo de su gusto o habilidad por el deporte, sino de su posición sexual: lo masculino o lo femenino.

En otro relato, cuando el niño besa a su compañero, hay una reacción de los adultos, la cual genera un campo de sentido del acto, dice “llamaron a nuestros padres”. Esta frase del llamado a los padres a la dirección de la escuela muestra una escena indicial de que su acto generó determinada reacción extraordinaria por parte de los adultos. El sujeto señala que hubo cierto olvido del recuerdo, dice “como si se me hubiera bloqueado esa parte”. Quizá la censura pretende evitar lo displacentero de la sentencia de los adultos (lo escuchado) o el acto de llamar a los padres para corregir una infracción (lo visto). Aquí podemos inferir que el recuerdo va acompañado de una fluctuación en el sentir,⁵ ya que, por un lado, está el placer obtenido en el beso

⁵ Spinoza (1980) refiere que esto es la disposición del alma, que brota de dos afectos contrarios. Esta fluctuación es tanto del ánimo como de la imaginación (la duda).

y, por otro, el signo de extrañamiento de quienes “administran” lo admitido y lo prohibido; a saber: los maestros y padres, quienes son representantes del código lingüístico que dicta lo admisible y lo inadmisibile.

A la par de esta suscitación libidinal el chico experimenta afectos que pueden ser de vergüenza, pena o culpa, los cuales también demandan ser tramitados, facilitados por otro que pueda ayudar a simbolizar esas experiencias primeras.

En lenguaje psicoanalítico, los padres son representantes de la ley y la voz de verosimilitud de lo que es la realidad; por lo cual los contenidos de los ideales se transmiten precisamente por la aprobación o el rechazo de los padres hacia las acciones o reacciones de los hijos. Estos introyectan los modos de ser de los padres para la imitación, así como también tratan de evitar y domar sus propios impulsos por el miedo a que se les retire el afecto.

Cuando hay disonancia entre lo sentido y lo escuchado se genera además un proceso de discriminación que saca a quien lo vivencia de su mimesis con el modelo, y el niño o joven va reconociendo en ello la diferencia entre lo interno y lo externo. Esta escisión constitutiva del sujeto radica en el interjuego de lo visto-vivido en la intimidad del cuerpo como placentero y los signos de sanción social, sea de aprobación o condena. Como vimos, hay una repetición de la escena narrativa infantil cuando develan en la adolescencia su preferencia sexual y son sancionados-condenados por los padres y familiares.

Spinoza (1980) advierte que cuando un cuerpo-mente es influido a la vez por dos afectos o ideas, al aparecer uno aparejado emerge el otro. Esta es la base de la repetición de la experiencia, ya sea por la reproducción de esta en el recuerdo o al ver el objeto que la suscitó. Podemos inferir con lo anterior que el recuerdo infantil queda fijado y tiene como meta tratar de explicar la fluctuación del sentir de esa experiencia de placer prístino que lo dejó con duda. Dada su primariedad en la experiencia, el cuerpo experimenta una sobredescarga afectiva y libidinal, lo cual provoca desorientación cognitiva y cierto afecto penoso. Esta vivencia se actualiza al entrar a la adolescencia cuando el cuerpo tiene ya los preparados biológicos y simbólicos para repensar la voluptuosidad vivida y los afectos penosos.⁶

⁶ Esto quiere decir que el niño cuando tiene juegos sexuales experimenta una sobreexcitación; sin embargo, el cuerpo del niño no está preparado para la descarga por medio de la eyaculación. Pero en la adolescencia ya tiene los ingredientes libidinales y la capacidad para la descarga. Por tanto, los recuerdos de esas vivencias buscan ser comprendidos, el adolescente ya tiene una idea del sentido que tiene la excitación, por ello la busca. Cuando el adolescente recuerda esas vivencias puede experimentar pena o disfrutar en la fantasía del recuerdo, dependiendo de la moral establecida que haya incorporado.

Esta desorientación en el sentir infantil y el despertar libidinal en la adolescencia es leída de manera ingenua por ciertos teóricos desde una perspectiva determinista. Hay quienes sostienen que la impronta de la experiencia ocurre porque ya hay un sujeto homosexual que nació así y que se actualizó la tendencia en el acto mismo. Pero no se discierne si el hecho de vivenciar un placer “prohibido” y un afecto de penoso está determinado por el juicio de atribución que se da al acto, el cual está condicionado por la función social que obliga cumplir un dictado “irremediable”: si ya disfrutó de lo mismo (homo) tiene que seguir disfrutando de eso. Si se acepta tal presupuesto, luego el sujeto puede exigirse o sentir que debe cumplir con otras pautas culturales para proyectar esa imagen estereotipada bajo la nominación de lo homosexual.

Otra perspectiva interpretativa del dato es que el sujeto en su vivencia relatada trata de responder a la incógnita que se abrió al tocar otro cuerpo, sentir placer y ver la reacción de extrañamiento de los adultos. Por ello, el sujeto trata de discriminar el afuera del adentro, lo singular del acto y lo general del discurso oficial, y que en la recurrencia del acto hay una búsqueda de resignificación de eso vivido; quizá busca la sanción positiva que le negó en el pasado el *otro* social.

El análisis de los relatos expuesto aquí permite conjeturar que en la reproducción del pensamiento y la repetición de eventos “traumáticos”⁷ hay un intento de clarificar el “gozo soy”; el sujeto que después de despertar al goce voluptuoso no puede sino seguir deseando. Además de evidenciar que en el acto de placer hay cierta discriminación que practican los otros bajo un código binario, frente al cual se siente interpelado a tomar posición. Esta implica cierta lógica binaria: femenino-masculino; pasivo-activo; aceptado-rechazado. La nominación social tiene su fuerza de imposición e impele al sujeto a responder asumiendo, rechazando o matizando ese dicho.

En los relatos también se muestra cómo funciona este pensamiento dual con su valencia concomitante. Hay una insistencia narrativa, a saber: un discurso de admisión y exclusión, correlativa al campo afectivo entre lo deseable y lo despreciable, ya que ante lo vivido placentero y la compatibilidad que encuentran en lo símil aparece el discurso del *otro* social como condena de los mismos actos que le dan placer. De modo que ahí donde hay placer del cuerpo aparece una sanción negativa a la existencia (desestimación), tanto por la posición que se toma en el acto (pasivo-activo) como por la ejecución

⁷ Lo traumático sería la desestimación del acto, vía un juicio adverso (lo oído) que deja en entredicho la posición existencial del sujeto.

del mismo acto (“putita”, “zorra”). Hay, además, relatos actuales de los entrevistados que aspiran a no aceptar lo escuchado, cierto juicio crítico sobre el uso de calificativos peyorativos hacia lo femenino. De este modo, una formación de compromiso que trata de resolver el rol sexual emerge bajo la designación de “inter”. Y bajo cierta concesión de adhesión al deseo del otro, “se adaptan” a la pareja, así como lo hacen con el discurso del *otro* social afirmándolo cuando imitan los actos de desprecio. Hay una mirada especular que se evidencia en la contra-dicción: negándose y afirmándose a sí mismo en la imagen del otro como igual. Fijando, además, el afecto adverso, la pena de *ser así*.

Finalmente, es importante advertir que este campo de sentido que se construye a partir de los recuerdos narrados, en donde ya hay cierta sanción sobre ellos, tiene una intención lingüística que aspira a justificar el rol sexual actual dado el contexto de la entrevista.

Con lo expuesto hasta aquí se propone pensar la nominación homosexual, no como un determinante de tendencias innatas o basada en principios monocausales que llevan a un estado de finalidad, cual si fuera destino de la naturaleza o condena divina; sino como narraciones de sujetos hablantes que aspiran a tener cierta existencia como seres afectantes (que experimentan pena, placer o displacer) y seres sexuados (sujetos de deseo) frente a los otros significativos (los padres y pares). Estas figuras representan el discurso imperante que dicta ciertas regularidades y trata de domeñar expresiones de la voluptuosidad discordante y el valor del avergonzamiento por cumplir o no con los ideales propuestos por ellos. Esos ideales heterodominantes excluyen lo homo del ámbito familiar y siguen siendo fuente de discriminación al interior del grupo de referencia. Estos juicios adversos a la existencia de quien disfruta de lo mismo a su manera son una defensa que trata de dar legalidad y consistencia a los ideales imperantes.⁸

Por otro lado, se puede conjeturar que el mismo razonamiento funciona en las posiciones teóricas, ya que el ideal heteronormativo judeocristiano se sitúa como el anverso de la realidad, por lo que toda práctica ajena a él es propia de un ser “degenerado”, “antinatural”. Bajo este dictado, el reverso de esa realidad es sostenido por aquellos que interpretan que por la práctica

⁸ Siguiendo a Freud (1983b), sería: el inconsciente no comunica con la conciencia sino a través de lo preconscious, sistema que impone al proceso de excitación, a manera de peaje, determinadas transformaciones. Si a esta idea le sumamos la lectura lacaniana de que entre percepción y conciencia está el *otro* como estructura lingüística, podemos sostener que la actualización del descrédito de la propia práctica homosexual es un modo de pagar peaje al imperativo social por “desviarse” de lo esperado.

homosexual emerge una nueva identidad de género. Estos últimos se afirman aceptando el atributo de condenación de los primeros y haciendo de ello una teoría que pretende inaugurar un nuevo género. Ambas posiciones se sostienen discursivamente por tener un supuesto esencialista, ya que reducen el ser del sujeto a un hacer, a una práctica.⁹

En este interjuego dialógico se produce el espectro perceptivo propio del espejo plano; el derecho y el revés de una misma imagen, que al afirmarse y negarse mutuamente se dan consistencia. Ya que finalmente ambas posiciones discursivas, al negar o afirmar la existencia de la práctica y rol sexual, toman una parte por el todo y conforman el contorno de un imperativo, que dicta cómo debe ser la vida sexual de las singularidades. Ambas posiciones ofrecen cierto ideal sexual como imperativo de vida impuesto a lo singular para poder dar admisión de un ser sexuado. Es importante inquirir tanto la certeza del concepto (gay, homosexual), como de la función o estereotipo atribuido entre los particulares (ser “puto”, “marica”, “pasiva”, etc.), en tanto que un hombre es primeramente sexuado y afectivo por el contacto con un otro, y las posiciones que toma en el acto son modalidades usadas en el trayecto de gozar del cuerpo.

Las experiencias iniciales eróticas son escenas imaginarias¹⁰ que requieren un proceso secundario de pensamiento el cual posibilite procesar la vivencia reinagurando el sujeto del sentir y de su ser gozante. Para ello se requiere elaborar los afectos penosos y de vergüenza que, si bien inicialmente son diques del sujeto moral, si no se actualizan, el individuo se queda con una moral infantil. Lo mismo se puede decir del placer sexual, es de suma importancia atravesar las vivencias torpes y morbosas propias de la adolescencia para poder asumirse como un sujeto con derecho a gozar y responder con otros sobre las fruiciones compartidas de los cuerpos. Asumiendo que no solo pienso y luego soy, sino que sobre todo en los actos gozo soy.

Quizá bajo esta nueva comprensión del fenómeno estudiado aquí, se puede asumir que la alienación propia para ser sujeto implica inicialmente una alienación al *otro*, para, posteriormente, desarmar esa demanda-dictada del “sé así”. Finalmente, lo importante es dar admisión a la singularidad del existente.

⁹ Se coincide en este escrito con Freud, quien declara que “la investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos” (Freud, 1983d, p. 132), y que la versión narrativa de aquellos fuera de la ley la establece el discurso dominante bajo sus ideales morales (Freud, 1983c).

¹⁰ Se entiende por imaginario el trayecto necesario en todo proceso de simbolización que incluye lo real dado en el sujeto empírico, como el campo de sentido llamado “realidad” social; discursos en cierto contexto social y político de época. Si bien se reconoce que el imaginario, además de ser el aparato ineludible del conocer humano, es potencial donde despliega futuros fantasiosos y creativos.

REFERENCIAS

- Adam, J. y Lorda, C. (1999). *Lingüística de los textos narrativos*. Ariel.
- Barthes, R. (1970). "Introducción al análisis estructural de los relatos". En: R. Barthes, A. J. Greimas, C. Bremond, J. Gritti, V. Morin, C. Metz, T. Todorov y G. Genette. *Análisis estructural del relato* (B. Dorriots, Trad.) (pp. 9-44). Tiempo Contemporáneo.
- Bersani, L. (2000). Sociedad y sexualidad. *Litoral*, (30), 7-38.
- Brito, A. (Coord.). (2018). *Violencia impunidad y prejuicios. Asesinatos de personas LGTBTTT en México. 2013-2017*. Letra S. Recuperado el 30 de junio de 2018, de https://issuu.com/letra-s/docs/informe_crimeses_2017
- Celorio, M. (2017). Violencia biopolítica contra población de la diversidad sexual: homofobia, derechos humanos y ciudadanía precaria. *El Cotidiano*, (202), 17-29.
- Cornejo, J. (2012). Componentes ideológicos de la homofobia. *Límite*, 7(26), 85-106.
- Freud, S. (1982a). "Manuscrito M. [Anotaciones II] (25 de mayo de 1897)". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp. 292-295). Amorrortu.
- Freud, S. (1982b). *Obras completas: Sigmund Freud. Vol. V (1900-01) La interpretación de los sueños: segunda parte. Sobre el sueño* (Trad. J. L. Etcheverry). Amorrortu.
- Freud, S. (1982c). "Personajes psicopáticos en el escenario (1942 [1905 o 1906])". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 273-282). Amorrortu.
- Freud, S. (1982d). "Tres ensayos de teoría sexual (1905)". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 109-223). Amorrortu.
- Freud, S. (1982e). "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna (1908)". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. IX, pp. 163-182). Amorrortu.
- Freud, S. (1982f). "'Pegan a un niño'. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)". En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. XVII, pp. 173-200). Amorrortu.
- Generelo, J. (2007). "Construyendo una voz: homosexualidad y medios de comunicación". En: F. Rodríguez (Ed.), *Cultura, homosexualidad y homofobia. Vol. I Perspectivas gays*. Laertes.
- Greimas, J. y Courtés, J. (1982). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Gredos.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco, Revista de Ciencias Antropológicas*, 7(18), 95-118.
- Maldavsky, D. (2000). *Lenguaje, pulsiones, defensas. Redes de signos, secuencias narrativas y procesos retóricos en la clínica psicoanalítica*. Nueva Visión.
- Maldavsky, D. (2004). *La investigación psicoanalítica del lenguaje*. Lugar.
- Moral de la Rubia, J., Valle, A. y Martínez, E. (2013). Evaluación del rechazo hacia la homosexualidad en estudiantes de medicina y psicología con base en tres escalas conceptuales afines. *Psicología desde el Caribe*, 30(3), 526-550.
- Ortiz, L. (2005). Influencia de la opresión internalizada sobre la salud mental de bisexuales, lesbianas y homosexuales de la Ciudad de México. *Salud Mental*, 28(4), 49-65.
- Pineda, C. (2013). Factores asociados con riesgo de suicidio de adolescentes y jóvenes autoidentificados como lesbianas, gays y bisexuales: estado actual de la literatura. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 42(4), 333-349.

- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.
- Rodríguez, E. (2010). Un crimen de odio por homofobias en Cd. Juárez. *El Cotidiano*, (164), 61-67.
- Rodríguez-Castro, Y., Lameiras, M., Carrera-Fernández, M. y Vallejo-Medina, P. (2013). Validación de la Escala de Homofobia Moderna en una muestra de adolescentes. *Anales de Psicología*, 29(2), 523-533.
- Sánchez, A. (2010). *Estudio exploratorio sobre el ideal de diez psicoanalistas a partir del análisis de sus relatos con el método del ADL* [Tesis doctoral, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales]. <http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/4973>
- Sánchez, A. y Lozano, E. S. (2018). Estudio de las narraciones de un sujeto joven en miras de evidenciar los pensamientos preconscientes, identificando los lenguajes y defensas mediante el Algoritmo David Liberman (ADL). *Subjetividad y Procesos Cognoscitivos*, 22(2), pp. 105-129.
- Silva, P., Jaeger, A. y Valdivia-Moral, P. (2018). Percepción de los estudiantes sobre comportamientos homofóbicos y heterosexistas en educación física. *Revista de Psicología del Deporte*, 27(2), 39-46.
- Spinoza, B. (1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Orbis.
- Vera, R. (2018, agosto 1). En lo que va de 2018 se han cometido 26 crímenes de odio por homofobia. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/545299/en-lo-que-va-de-2018-se-han-cometido-26-crimenes-de-odio-por-homofobia>



3. Un acercamiento a la identidad fragmentada del abogado-docente de posgrado y las tensiones entre campos

Claudia Valeria Zúñiga Manríquez y Armando Ulises Cerón Martínez

INTRODUCCIÓN

Dentro de los campos de formación académica no se suele percibir a las emociones dentro de un ámbito que merezca la pena visibilizar o explicitar, así como indagar acerca de ellas o realizar estudios que las consideren como eje fundamental del quehacer científico (Castelló, 2007). Estudiar las emociones constituye una oportunidad de conocer más las identidades en la investigación.

Hoy día, en la formación científica y en su ejercicio aún imperan las posturas racionalistas surgidas del paradigma epistemológico positivista y que relacionan la tarea científica o académica con un espacio objetivo sin cabida para las demás dimensiones de la experiencia humana (Bericat, 2000). Por lo anterior, se requiere un compromiso en la investigación social para el estudio del mundo subjetivo del ser humano.

Una de las dimensiones menos recuperadas en el campo académico es la dimensión emocional. Esto puede derivarse de que es común visualizar la actividad académica como una tarea regulada por la lógica racional y llevada a cabo al margen de la vida emocional de las personas; sin embargo, esta es inherente a la existencia humana.

Las emociones, entendidas como respuestas corporales ante la experiencia humana, se encuentran presentes en el desenvolvimiento de cualquier actividad, inclusive en el trabajo académico ordinario o en la formación en investigación. Es incorrecto reducir la experiencia humana tan solo a procesos cognitivos o racionales; la complejidad de dicha experiencia supera los esquemas simplistas que proponen la escisión emoción-razón (Bericat, 2012).

La vida emocional de las personas es una experiencia subjetiva que acompaña cualquier actividad en que se hallen seres humanos. Inclusive dentro de las áreas académicas en que trabajan investigadores dedicados al desarrollo de la ciencia, podemos vivenciar la existencia de emociones, sensaciones, tensiones y disposiciones afectivas (Manassero y Vázquez Alonso, 2007).

Las condiciones sociales en las cuales se desenvuelven los agentes intervienen en la construcción de su identidad; sus características peculiares indican la intersección de varios campos que en ocasiones generan tensiones emocionales.

En el presente capítulo se propone identificar las condiciones sociales de producción de la identidad fragmentada de los profesores de tiempo completo (PTC), vinculados de 2015 a 2019 a la maestría en Derecho Penal y Ciencias Penales (MDPCP), remarcando específicamente las condiciones sociales de intersección en al menos tres campos: educativo, profesional y científico, los cuales, simultáneamente, generan tensiones emocionales en dichos agentes de la maestría ofertada por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), en su Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSHu). Se trata de una investigación en proceso que contempla hallazgos acerca de la temática.

El campo educativo integra las actividades académicas correspondientes a su perfil: preparar, planear e impartir clase, así como proporcionar asesorías y tutorías. El campo profesional se refiere al ejercicio de la profesión liberal como licenciados en Derecho; la postulación privada; representar intereses jurídicos ajenos ante autoridades. Por último, el campo académico integra las actividades relacionadas con la investigación que, como PTC, se encuentran facultados para realizar.

Con el fin de alcanzar el objetivo planteado, se utiliza la teoría de la economía de las prácticas sociales, dentro de la cual se pueden reconocer los conceptos de: campo, *habitus* (disposiciones) y capital (Bourdieu, 2011).

Conviene mencionar que una de las dimensiones del *habitus* es el efecto de histéresis; es decir, el desajuste entre la posición ocupada y la disposición mostrada. En la MDPCP es posible detectar algunos desajustes entre la posición objetivamente ocupada y las disposiciones subjetivamente experimentadas; por ejemplo, la tensión de algunos PTC del programa cuando se les pregunta respecto a sus actividades laborales, específicamente las que indican ejercicio académico como investigadores jurídicos y docentes.

En el presente capítulo se destaca que la pertenencia simultánea a los tres campos mencionados es una situación que conlleva tensiones emocionales en los PTC de la MDPCP del Área Académica de Derecho y Jurisprudencia en la UAEH.

Hasta el momento de la investigación, se ha realizado una aproximación institucional y el contacto con agentes, informantes clave, quienes han proporcionado sus perspectivas individuales acerca de sus facultades y su quehacer laboral cotidiano, con el objetivo de indagar acerca de su experiencia emocional referente a su posición social dentro del instituto y universidad.

EL ABOGADO POSGRADUANTE DE LA UAEH COMO AGENTE SOCIAL PRESIONADO POR LAS TENSIONES DE LA INTERSECCIÓN DE CAMPOS

Las emociones, de acuerdo con Bericat (2012), son manifestaciones corporales de la relevancia que para el sujeto tiene algún hecho del mundo natural o social. Son respuestas complejas que los seres humanos tienen acerca de su experiencia y esto depende de un sinnúmero de factores internos y externos.

La actividad académica tiende a visualizarse como un espacio en el cual se impone la lógica racional y que se lleva a cabo sin pasión o al margen de la vida emocional de las personas; sin embargo, las emociones siempre se encuentran presentes en el desenvolvimiento del trabajo académico ordinario y también en la formación en investigación, ya sea de manera activa, pasiva o neutral (Cerón Martínez, 2012). Las emociones pueden ser experimentadas por las personas en cualquier contexto social. En este caso, se abordan las tensiones emocionales en PTC de la MDPCP, quienes se desempeñan respondiendo a tres campos diferenciados.

Cabe acotar que el contexto específico de posgrado responde a una lógica diferente en comparación con la educación superior en general, ya

que el posgrado sugiere una mayor actividad investigativa de acuerdo con estándares internacionales, que en forma de energía social se reciben por México como Estado nación y sus instituciones para hacerlos operables. A nivel superior, los organismos que tienden a imponer sus lógicas en México dependen del Consejo para la Acreditación de la Educación Superior, AC. (COPAES), el cual, a su vez, depende de la Secretaría de Educación Pública (SEP), a nivel posgrado es el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) el organismo encargado de imponer sus dinámicas en ambos niveles (Cerón Martínez, 2007). En este sentido, el CONAHCYT funciona como campo magnético de los posgrados en todas las áreas de conocimiento.

A la vez, los estándares bajo los cuales tiene que funcionar la educación superior, y en específico los programas de posgrado y la producción científica, son dictados por organismos internacionales que dirigen las tendencias mundiales en educación, dentro de los cuales se encuentran la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), estos organismos diseñan políticas dirigidas a los países participantes de sus disposiciones. De esta forma, México se encuentra bajo la mira en el cumplimiento de lo establecido por las figuras de poder que se encargan de vigilar la puesta en marcha de medidas necesarias para cubrir los requisitos que implica pertenecer al contexto mundial. Por ello, en México se impulsó la creación del CONAHCYT y, posteriormente, la implementación del Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC) como parte de las acciones de mejora en el acoplamiento de los intereses internacionales.

Lo anterior produce respuestas emocionales vividas en cada dependencia académica pública o inclusive privada dentro de sus programas de posgrado, entre las autoridades institucionales y también entre quienes ejercen el rol de académicos en las universidades y que se encuentran ligados a este sistema, ya sea por “desear” entrar al PNCP para tratar de conservarse, para avanzar en el escalafón, por haber sido excluidos del mismo o por saber que no tienen los elementos para competir en el juego de las acreditaciones.

En este sentido, en el mundo académico, como en toda dimensión de la existencia humana, existen actitudes, sentimientos y estados de ánimo, dado que la posición en la comunidad académica o científica, así como los vínculos generados al interior, son temas esenciales que en diversas ocasiones

preocupan o tensan a los integrantes de dicha comunidad y son resultado del quehacer científico (Castelló, 2007). De ahí que se ponga especial énfasis en la vida emocional de los PTC, vinculada a sus actividades académicas y, particularmente, en su identidad dividida en tres campos.

Las personas viven sentimientos, intereses, inquietudes, pasiones y emociones diversas; siempre se imprime algo de sí mismo en el trabajo que se realiza. A todas luces, las prácticas académicas resultan de una serie de actividades que traen consigo compromisos, proyectos individuales o colectivos y cada uno de los pasos del quehacer académico se vive también desde el ámbito emocional de cada persona; en otras palabras, es incorrecto fragmentar estas vivencias del trabajo cotidiano como PTC. A su vez, la comunidad a la que se pertenece coexiste con otros campos (profesional, político, educativo, burocrático y, en este caso, científico) y también de esta convivencia surgen experiencias emocionales en cada uno de los agentes participantes de la dinámica.

La emocionalidad que conlleva el trabajo académico se hilva con una serie de eventos considerados importantes para el investigador:

Toda investigación constituye una compleja actividad mental consciente, donde participan múltiples procesos motivacionales cognitivos y afectivos. Percatarnos de la presencia de un problema que agobia a los miembros de una comunidad nos produce sentimientos encontrados de desazón, inconformidad, vergüenza e indignación y, al mismo tiempo, nos ofrece un repertorio de expectativas, por conocer los factores que propician activamente dicho problema y que al ser tratados pueden llevarnos a conjurar los efectos perniciosos de dicho problema. (Martel, 2016, p. 123)

A su vez, la principal actividad de cualquier PTC no se encuentra aislada, está circundada por diversas situaciones que la influyen y se ven influidas por ella, situaciones que pueden surgir dentro de la comunidad científica a la cual pertenece. También se pueden vivir en relación con las demás comunidades que, a la par de ella, se van desarrollando en cuanto a investigación se refiere, dado que comparten ciertos estándares encargados de medir la cantidad y calidad de la producción académica y científica, puesto que la labor del investigador también se encuentra mediada por factores externos, desde las condiciones laborales hasta la importancia que los miembros de la comunidad reconocen de la actividad intelectual que el investigador o la comunidad realiza (Martel, 2016).

Creado en 1970, el CONAHCYT es la institución a nivel nacional responsable de dictar los estándares de la producción científica. También se

encarga del PNPC, perteneciente a la política pública de fomento a la calidad del posgrado nacional, contenida en el Plan Nacional de Desarrollo (PND) 2013-2018 publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 20 de mayo de 2013. Dicho plan establece cinco metas nacionales, entre las cuales se encuentra la Meta Nacional III “México con Educación de Calidad”, en la que se propone hacer del desarrollo científico, tecnológico y la innovación pilares para el progreso económico y social sostenible (CONACYT, 2015). Este trabajo se realiza junto con la Subsecretaría de Educación Superior de la SEP desde el año 1991. Ambas instituciones proporcionan información acerca de la pertinencia de los posgrados, como consecuencia de políticas internacionales.

El CONAHCYT se encarga de otorgar reconocimiento a la capacidad de formación de posgrados en instituciones y centros de investigación que cuentan con los más altos estándares de calidad en México; también busca asegurar dicha calidad a través de un seguimiento periódico mediante un método que implica considerar, entre otros rubros, la actualidad disciplinaria, frontera de conocimiento y transparencia de los programas de posgrado en nuestro país (CONACYT y SEP, 2017).

Las instituciones referidas indican el camino que los investigadores han de seguir si desean ser considerados una comunidad académica de calidad; esto provoca tensiones emocionales manifestadas en la *hexis* de los cuerpos biológicos de los agentes sociales involucrados en los programas de posgrado, en este caso, la MDPCP. Y de otro modo, dichos agentes experimentan cierta tendencia a priorizar su actividad académica, otorgando mayor valor a prácticas profesionales (práctica postulante privada) que a las actividades escolares y científicas.

Siendo el CONAHCYT una institución creada para promover la investigación y mejorar los estándares en cuanto a ciencia y tecnología en México –así como incrementar la calidad de los programas de posgrado y de las personas que trabajan en ellos a través del fomento a la formación académica y científica de los profesores-investigadores al convocarlos a participar en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI)–, los PTC pueden experimentar presión emocional al solicitárseles adscribirse a dicha posición científica sin haber recibido una formación específicamente orientada a la investigación, ya que el derecho suele ser un campo profesional liberal en el cual se otorga prioridad al formalismo jurídico y no a la innovación investigativa.

Los posgrados en México, de acuerdo con el PNPC, debían tener una orientación clara hacia la investigación; sin embargo:

A partir del año 2000, la política de CONACYT incorpora la posibilidad de que los posgrados con orientación profesional ingresen al Programa para el Fortalecimiento del Posgrado Nacional y a partir de ese momento su incorporación ha ido evolucionando, al principio lentamente y en los últimos años con más fuerza. CONACYT estableció desde el principio lineamientos generales y una serie de criterios que estos programas deberían atender, y conforme han ido pasando los años estos criterios y lineamientos también han sufrido cambios. (García, 2013, p. 4)

La última versión de la metodología del PNPC aún contiene como criterio la orientación de los posgrados (especialidad, maestría o doctorado); en este caso, se hace la distinción entre dos tipos de posgrado que pueden pertenecer al programa: los que tienen orientación profesional, relacionados con las necesidades de cada sector, y los posgrados con orientación a la investigación en las diversas áreas del conocimiento, las cuales requieren generar un equilibrio entre el proceso formativo y el proceso investigativo. En ambos casos, se busca impulsar una cultura de la investigación con rigor, resiliencia, originalidad, pensamiento crítico y ético, así como independencia y capacidad para la creación de nuevos conocimientos (CONACYT y SEP, 2017).

El CONAHCYT define el posgrado con orientación profesional como “un posgrado en el que el campo de estudio es una disciplina profesional y que se diferencia del doctorado con orientación a la investigación por la obtención de un grado relacionado con esa profesión” (UKCGE en CONACYT y SEP, 2017, p. 8). De esta manera, podemos diferenciar los dos posgrados claramente: el orientado a la investigación hace énfasis en el trabajo de tesis, contextualizando los seminarios y demás clases en el terreno metodológico, con el objetivo de que nutran investigaciones originales y formando en los estudiantes atributos precisos para convertirse en investigadores. Por su parte, el posgrado con orientación profesional busca combinar los cursos o seminarios con proyectos hacia alguna área o disciplina en concreto con el fin de solucionar problemas del sector en donde incide, solicitando estancias en el sector y trabajos en campos específicos.

Las características más distinguidas de los posgrados orientados a la investigación pueden concretarse a lo siguiente:

- a) El tipo de investigación desarrollada en estos programas corresponde a la investigación orientada o aplicada; es decir, aquella que se enfoca en resolver algún problema concreto mediante la aplicación del conocimiento y se espera que esta se encuentre relacionada con el lugar de trabajo de los estudiantes.

- b) El perfil de egreso está orientado hacia la formación para profundizar en competencias de un campo profesional y atender las demandas del mercado laboral del mismo sector profesional.
- c) La pertinencia del programa se mide por la productividad y contribución que los egresados hacen al trabajo profesional. (Patiño y Manzano, 2017, p. 4)

En la convocatoria 2015-2018 del PNPC también se explicita el propósito de otorgar el reconocimiento a las instituciones de educación superior y centros e institutos de investigación por su calidad y se describen los campos de orientación de los posgrados. Los programas con orientación profesional corresponden a diversos sectores de la sociedad y proporcionan una formación en un campo de conocimiento para el ejercicio profesional; deben contar, además, con una vinculación estrecha con los sectores de la sociedad para los que fueron creados. En cambio, los posgrados orientados a la investigación permiten a los estudiantes incursionar en una carrera científica, humanista o tecnológica, y son guiados por un profesor investigador de un área en particular para generar nuevo conocimiento científico (CONACYT, 2015).

Bajo este panorama, ¿cuál es la condición para ocupar una cierta posición y no otra? Podría decirse que es el tipo de bienes fácticamente poseídos, al cual Bourdieu llamó *capitales*. Estos recursos pueden ser económicos, culturales, sociales o simbólicos, o sus respectivas subespecies de capital: político, financiero, escolar, jurídico, etc. Las trayectorias sociales son pieza fundamental para la acumulación de capitales, por ejemplo, el campo del derecho se ha caracterizado por detentar mayor capital dogmático con el objetivo de ejercer la práctica postulante; sin embargo, en el contexto actual requiere producir capital científico y docente para cubrir con los requerimientos de posgrado.

Es también en el espacio social donde se produce el valor de los recursos poseídos; por ejemplo, el precio de un inmueble varía dependiendo, entre otros aspectos, no solo de su infraestructura sino de su ubicación geográfica, de modo tal que si se ubica en una zona privilegiada costará más que si está en una zona marginal.

¿Y qué tipo de relación hay entre el campo, los capitales circulantes y los agentes sociales? Una muy estrecha, pues en las disposiciones se incorporan las condiciones sociales externas de forma más o menos exitosa.

Las comunidades científicas o académicas pueden ser explicadas desde el abordaje teórico de Bourdieu como clases sociales, las cuales surgen de las clasificaciones que los agentes, ya clasificados, realizan en cuanto a su posición en el campo social, su punto de vista; por ello, no solamente son clases determinadas por su condición de clasificados, sino porque a su vez estos agentes clasifican:

En realidad, los agentes son a la vez clasificados y clasificadores, pero ellos clasifican de acuerdo a (o dependiendo de) su posición en las clasificaciones. Para resumir lo que quiero decir con esto, puede apuntarse brevemente la noción de *punto de vista*: el punto de vista es una perspectiva, una visión subjetiva parcial (momento subjetivista); pero es al mismo tiempo un panorama, tomado desde un punto, desde una posición determinada en un espacio social objetivo (momento objetivista). (Bourdieu, 2001, p. 102)

Desde esta perspectiva, podemos visualizar entonces que los agentes que comparten una forma similar de actuar, de ser, de vivir, comparten dichas disposiciones y, además, comparten la misma clase social; es decir:

... los agentes que ocupan posiciones vecinas en este espacio son colocados en condiciones parecidas y por tanto están sujetos a similares factores condicionantes: en consecuencia, tienen todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses semejantes, y así de producir prácticas y representaciones de una especie similar. (Bourdieu, 2001, p. 108)

La MDPCP es un programa académico que oferta la UAEH, en el ICSHu, y es una comunidad específica dentro del campo académico general, cuyo objetivo es formar maestros que posean alta especialización en el área jurídico-penal con base en la transmisión y construcción de la dogmática del área jurídico-penal que permita mejorar su actuar como operadores jurídicos comprometidos con la sociedad, lo cual se lleva a cabo en el Cuerpo Académico de Ciencias Penales.

El programa académico también pretende desarrollar diversas habilidades que se relacionan con el ejercicio profesional de la ciencia penal, específicamente habilidad de argumentación jurídica, razonamiento crítico, creatividad en solución de problemas fácticos, correcta expresión por escrito y capacidad de toma de decisiones, todo esto en el marco de una capacitación para el trabajo sistematizado en el sector público y privado, con el fin de que se apliquen conocimientos en el campo penal, el proceso penal y la ejecución de sentencias en la misma área.

El PTC que labora en la MDPCP es un caso particular respecto de otros profesionistas, pues siendo el derecho una profesión liberal y práctica en su ejercicio, cuando aquel se encuentra en el ámbito académico-investigativo se ve envuelto en al menos tres campos: el de la práctica postulante privada, la docencia y la investigación.

Entonces, como se mencionó antes, el PTC se encuentra viviendo tensiones emocionales derivadas de lo que su quehacer representa para su comunidad disciplinar o las demás comunidades que lo rodean y evalúan su actuar académico. Los PTC expresan sentirse requeridos por los tres campos mencionados, su experiencia emocional se caracteriza por sentirse desorientados, confusos, frustrados y, en ocasiones, molestos y desanimados por no lograr congeniar con las necesidades de su compleja posición.

Las tensiones emocionales u otros procesos vividos dentro de los campos académicos o profesionales son resultado de la posición que ocupan estos agentes en el campo social en cual se encuentran y de las tensiones derivadas de las demandas de cada subcampo (profesional, educativo e investigativo); esto se manifiesta en los *habitus* de los agentes, quienes tienden a ser inciertos en relación con ciertas demandas y muy definidos respecto a otras.

Y si bien hay enfermedades asociadas a ciertos oficios y profesiones, ellas también varían de acuerdo con la morbilidad detectada. Por ejemplo, las enfermedades típicas de los maestros eran, hasta hace algún tiempo, las relacionadas al empleo de la voz y las que surgían por estar de pie dando sus clases (disfonía; várices y fatiga). Recientemente, se han detectado otras distintas, como el estrés, la depresión, la angustia, la neurosis, además de enfermedades psicosomáticas vinculadas a la gastritis, las úlceras, el colon irritable y el insomnio, entre otras (Cerón Martínez, 2015). Por ello, habría que identificar aquellas específicas de los abogados, y más puntualmente a los de la MDPCP de la UAEH por estar suscritos a tres campos sociales de naturaleza diversa.

De acuerdo con Bericat (2000), las emociones son complejas y no solamente se conciben como una serie de respuestas mecánicas ante sucesos de la vida. Una emoción surge de forma multifactorial y depende de algunas consideraciones como son la valoración consciente que hace la persona acerca del hecho, de la causa o responsabilidad acerca del mismo, y se puede también derivar de sus expectativas ante la situación, inclusive, del sentido de pertenencia al grupo, en este caso académico, y el grado de identificación en el área.

Entonces se puede ilustrar lo explicado en el párrafo anterior, considerando que los PTC no solo pertenecen a un área específica, sino al menos a las tres mencionadas. En el campo educativo, como docentes, la institución demanda de ellos no solo cumplir con los contenidos programáticos de cada asignatura, sino que además se dispongan para asistir a cursos de actualización del profesorado con la intención de cubrir con las demandas externas de las acreditaciones para valorar la calidad de los programas educativos; en este caso, de derecho. Cuando se es profesor de tiempo completo se esperaría que su condición de estar a disposición de las necesidades universitarias les permitiese cumplir con esas demandas, pero no siempre se cubre este aspecto por razones no muy claras.

Para el personal contratado por horas es entendible (aunque no justificable) que sea parcial el tiempo dedicado a la universidad y al programa, y más cuando el docente es a la vez un abogado en ejercicio que requiere estar en la dinámica propia de los juzgados y las lógicas de la rama del derecho que ejerza. Al funcionar como un campo gravitacional, esta esfera de las prácticas tiende a ser a la vez el centro que ejerce su fuerza de atracción del abogado-docente, lo cual le lleva a descuidar e incumplir las demandas universitarias por cumplir con asuntos profesionales fuera de la universidad.

Sin embargo, el caso más paradigmático y paradójico es el de los PTC de la MDPCP. Se trata de personal de tiempo completo dedicado a la academia y que, por el grado en posesión de sus docentes, se encuentran facultados para impartir clases a nivel posgrado. Este tipo de agentes, por su condición de dedicación a la academia de tiempo completo, no están en posibilidades de ejercer las prácticas del derecho en forma liberal (en un despacho), ni en la administración pública. Otro agente externo que ejerce una presión particular es el CONAHCYT, el cual tiende a evaluar los programas de posgrado, y quienes cubren los requisitos ingresan al PNPC. Resulta paradójico el asunto, toda vez que de los nueve programas de posgrado ofertados en el ICSHu, el de derecho es el único que no ha logrado ingresar al PNPC. Estos tres subcampos ejercen sus respectivas fuerzas y demandas sobre los agentes en cuestión; esto produce tensiones y fricciones emocionales derivadas de esta curiosa situación.

EL INSUMO TEÓRICO: LA ECONOMÍA DE LAS PRÁCTICAS SOCIALES

Estos aspectos son abordados desde el pensamiento de Bourdieu, para quien la teoría es un momento necesario en la investigación, pues de ella surgen los problemas a tratar, pero cuidando de no caer en una interminable disertación sobre ella. Los conceptos pueden ser recuperados como herramientas analíticas puestas a prueba en el trabajo de investigación.

Con el objetivo de mostrar el entramado teórico del cual se hace uso se explicarán los tres conceptos básicos de la teoría de la economía de las prácticas sociales: campo, *habitus* y capital.

Para el marco teórico bourdiano el concepto de *campo* se refiere a un sistema de relaciones entre posiciones objetivas, jerarquizadas y jerarquizantes, y que preexisten a los agentes que las ocupan. En el campo, los agentes luchan por conservar o mejorar su posición, por los beneficios inherentes a cada posición. A esto hace referencia la dimensión jerarquizante de los campos. Por ejemplo, los beneficios de pertenecer a una institución educativa pública no son los mismos que los de una privada. Del mismo modo, hay diferencia entre las universidades públicas mismas y sus programas de posgrado: los hay reconocidos por el CONAHCYT y otros que no ingresan o pierden su lugar en ese padrón de excelencia, con los respectivos beneficios o perjuicios que ello implica.

El concepto de *habitus* implica la forma de ser o estar de los agentes, sus disposiciones (formas de pensar, sentir y actuar) dentro del campo:

La noción de *habitus* no ha sido inventada por Bourdieu, sino que pertenece desde hace tiempo al lenguaje de la filosofía clásica. Está ligada a la forma del verbo latín *habere* y a la noción griega de *hexis* que tienen igual significación (portarse —bien o mal—, estar en buena o mala condición). (Gutiérrez, 2005, p. 65)

La noción de *habitus* ha sido mayormente conocida por su esquema de ajuste entre la posición objetivamente ocupada y las disposiciones ligadas a ella. Lo anterior da pauta a pensar en el *habitus* como un esquema generador de prácticas que tiende a acoplarse e identificarse con las condiciones sociales que le han producido, lo cual lleva a manifestar el fenómeno de la reproducción social.

Este ajuste casi “milagroso” entre un *habitus* y un campo (o lo que es lo mismo, entre una *posición* y una *disposición*) es el caso empírico con más frecuencia, pero no el único; entendiéndose el *habitus* como una estructura

social que emana de las relaciones de este tipo y no surge de forma natural o innata, sino que se construye en tanto se dan las relaciones sociales, “en primer lugar por tanto, y en cuanto estructura estructurada, el *habitus* es un *producto social*: no se trata de un conjunto de disposiciones a actuar, sentir, pensar y percibir, adquiridas de forma innata o ‘natural’, sino adquiridas *socialmente*” (Bourdieu, 2001, p. 26). En otras palabras, el *habitus* remite a la incorporación de las condiciones sociales externas a la vez que externaliza las condiciones internas, subjetivas, donde las afectivas son una de sus dimensiones.

Por la relación de familiaridad y de complicidad entre el *habitus* y sus condiciones sociales de producción, la exterioridad se interioriza en los cuerpos habitados por el mundo que habitan por medio de lo que Bourdieu llamó “sentido práctico”; es decir, ese conocimiento que poseen los agentes por el hecho de estar poseídos por él y que les permite orientarse en el espacio y en el tiempo:

Forma particularmente ejemplar del sentido práctico como ajuste anticipado a las exigencias de un campo, lo que el lenguaje deportivo llama el “sentido del juego” (como “sentido de la ubicación”, arte de “anticipar”, etc.) da una idea bastante exacta del cruce cuasi milagroso entre el *habitus* y un campo, entre la historia incorporada y la historia objetivada, que hace posible la *anticipación* cuasi perfecta del porvenir inscrito en todas las configuraciones concretas de un espacio de juego. (Bourdieu, 2007, p. 107)

Si es posible la anticipación de la acción en un campo determinado, es porque el *habitus* conoce el sentido del juego, si bien desconoce cómo fue adquirido. Este sentido práctico es paradójico porque es el medio que tiene el agente para conocer y moverse en el espacio social, pero es un conocimiento con tendencia a desconocerse como tal por operar a nivel prerreflexivo, infraconsciente. Por ello, podría decirse que en el caso abordado hay un desajuste, una hístéresis; es decir, hay un desfase en los *habitus* de los académicos de la MDPCP porque, particularmente conscientes de lo que implica estar o no reconocidos como PNPC, las manifestaciones de sus gestos evidencian la incomodidad de no ser parte de ese privilegiado grupo de programas de posgrado reconocidos por el CONAHCYT, mientras los otros programas del ICSHu sí se encuentran en el padrón del programa.

El manejo magistral que hace Bourdieu de la noción de *habitus* se devela cuando en él ve la articulación de lo que las tradiciones científicas tienden a separar de forma tajante: el sentido subjetivo del sentido objetivo de la acción:

Producto de la experiencia del juego, y por lo tanto de las estructuras objetivas del espacio de juego, el sentido del juego es lo que hace que el juego tenga un sentido subjetivo, es decir, una significación y una razón de ser, pero también una dirección, una orientación, un por-venir, para aquellos que participan en él y que en esa misma medida reconocen en él lo que está en juego [*les enjeux*] (es la *illusio* en el sentido de inversión en el juego y las apuestas [*les enjeux*], de interés por el juego, de adhesión a los presupuestos –*doxa*– del juego). (Bourdieu, 2007, p. 107)

En otras palabras, en el *habitus* se encarnan las experiencias sociales y se manifiestan como experiencias subjetivas detectables en las ideas, las creencias, los gustos, las aberraciones, etc.; es decir, en la subjetividad misma. Pero a la vez el *habitus* se articula con la dimensión objetiva:

... por el hecho de que el sentido del porvenir probable que da el dominio práctico de las regularidades específicas que son constitutivas de la economía de un campo es el principio de prácticas *sensatas*, vale decir ligadas por una relación inteligible a las condiciones de su efectuación, y también entre ellas, y por lo tanto inmediatamente dotadas de sentido y de razón de ser para todo individuo dotado del sentido del juego (de allí el efecto de validación consensual que da fundamento a la creencia colectiva en el juego y sus fetiches). (Bourdieu, 2007, p. 107)

Ahora bien, si el *habitus* se orienta a tener armonía entre sus aspiraciones subjetivas con las probabilidades objetivas que le otorga el campo, las mismas condiciones también pueden provocar otras disposiciones completamente distintas a las de los ajustes *ad hoc*. Por ello, ajuste y desajuste son efectos de las mismas condiciones y proveen la posibilidad de ser *habitus* en ambos casos.

Así, conviene recalcar que otra de las dimensiones del *habitus* es el efecto de “histéresis”; es decir, el desajuste entre la posición ocupada y la disposición mostrada. Este desajuste también corresponde al campo en el cual se da este *habitus*, aunque con menor frecuencia y probabilidad: “Pero hay también casos de discrepancia entre *habitus* y campo en que la conducta resulta ininteligible a menos que uno introduzca en el cuadro el *habitus* y su inercia específica, su histéresis” (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 191).

Este desajuste entre la posición ocupada y la disposición mostrada resulta altamente interesante, ya que encontrándose en una posición de PTC se requieren cumplir con ciertas tareas propias del rol por desempeñar, y al entrar en contacto se encuentran disposiciones diferentes en los agentes que hace presumir la existencia de dicho efecto de histéresis.

RESULTADOS PARCIALES Y DISCUSIÓN

Los PTC vinculados a la MDPCP se encuentran en una posición social que tiene en sí misma ciertas características dentro del campo al que pertenecen. Actualmente, los PTC en el área de posgrado en Derecho en la UAEH requieren realizar labores de docencia, gestión, experiencia jurídica y también producir académicamente, de forma individual y colectiva.

Considerando que el área de la MDPCP participa de una lógica diferente a la del área de licenciatura en Derecho –esto por las condiciones académicas existentes para los PTC–, el subcampo de posgrado en Derecho se hace aún más específico debido a la intersección de campos tan diferenciados: educativo, académico y profesional.

De acuerdo con una metodología mixta, contemplando un aspecto cuantitativo basado en la aplicación de un cuestionario y un aspecto cualitativo que se sustenta en la aplicación de entrevistas semiestructuradas, se puede advertir que entre la posición objetiva que ocupan los PTC vinculados a la MDPCP y las disposiciones experimentadas subjetivamente existen algunos desajustes; por ejemplo, la incomodidad y presión de algunos PTC del programa respecto a que este no se halle validado por CONAHCYT; o bien, en relación con la producción desigual de productos académicos entre los docentes, así como por la ocupación que les demanda el campo profesional, por su formación universitaria y también por las labores docentes que tienen a su cargo.

Hasta el momento, en la investigación se ha realizado una búsqueda informacional a través de medios electrónicos y documentos institucionales del campo de la MDPCP, se ha entrado al campo con informantes clave sobre las condiciones de producción social en el programa, se ha identificado el total de programas de posgrado en derecho avalados por el CONAHCYT como posgrados con orientación profesional u orientados a la investigación.

En la página web del CONAHCYT, y de acuerdo con la información del año 2023, existen 20 posgrados de instituciones públicas orientados a la investigación. No existen al momento instituciones privadas que ofrezcan posgrados en derecho vinculados con la investigación validados por CONAHCYT. Los posgrados profesionalizantes ofrecidos por las instituciones públicas en México son 17. Es un posgrado en derecho de tipo profesionalizante el que ofrecen las instituciones privadas en México. Lo anterior muestra que

el área del Derecho está vinculada con la investigación principalmente en el caso de posgrados.

El caso de la MDPCP de la UAEH es peculiar. El derecho ha sido una de sus áreas con mayor trayectoria y se encuentra en el instituto al que pertenecen ocho posgrados de distintas áreas más jóvenes que han coincidido con los estándares de calidad esperados del CONAHCYT. El derecho es un campo peculiar que se desenvuelve de forma primordial en el ejercicio de postulación privada, con menor ahínco en el campo docente o académico y científico.

Esto es el resultado de lo que podría llamarse “el *habitus in between*” (Bárceñas, 2018); es decir, el conjunto de disposiciones generadas a partir de que los agentes suelen coexistir en diversos campos a la vez. Las crisis surgen cuando las demandas de alguno de esos campos no empatan con las de algún otro, manifestando las fuerzas a las que someten a los agentes en cuestión. El abogado de la MDPCP viene a ser un caso ejemplar al respecto.

La experiencia emocional en el ámbito docente resulta importante para lograr una identidad consolidada, el espacio personal y el social requieren una buena comunicación para construirla (Otondo y Escobar, 2021), pero, además, se requiere claridad en cuanto a sus disposiciones que permitan el ejercicio de su profesión bajo condiciones de congruencia y coherencia.

La experiencia emocional de los PTC que se encuentran vinculados a la MDPCP es compleja y confusa, su posición no les ofrece certidumbre en cuanto a las actividades que deben contemplar derivado de las necesidades de los tres campos mencionados. La fragmentación de su posición los mantiene en incertidumbre y duda acerca de qué aspecto deben priorizar (académico, educativo o profesional) como abogados que imparten clase y tienen como actividad recurrente la investigación.

CONCLUSIONES

Desde los primeros acercamientos al campo y las primeras interacciones con informantes clave, se ha identificado que existen diversas tensiones emocionales entre los PTC de la MDPCP con respecto al trabajo de los otros investigadores del área y también en relación con el trabajo de producción científica y pertenencia al PNPC de los otros programas del mismo instituto de la UAEH.

El área de derecho es una de las más antiguas y prestigiadas de la UAEH. Data del año 1869 y de ella han egresado varios de sus rectores (el actual fue director del ICSHu); incluso varios exgobernadores del estado de Hidalgo, como Miguel Ángel Osorio Chong, Jesús Murillo Karam o Francisco Olvera, entre otros. Llama particularmente la atención que esta área no participe de los estándares nacionales en cuanto a calidad de la producción científica y, específicamente, que el posgrado activo que ostentan no se encuentre en el PNPC ni haya intentado ingresar.

Esto último denota una producción considerable de capital político y jurídico del área, de abogados postulantes, docentes de derecho y también de los académicos que trabajan en el área y, por otro lado, una producción somera en términos científicos, ya que la pertenencia al PNPC y el reconocimiento del CONAHCYT hacia los profesores-investigadores a través del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) son capitales científicos o académicos que proveen las fichas para participar en el campo científico actual.

La privilegiada posición del área de derecho en la UAEH no lo es por voluntad ni por proyecto propio, pues “el dominante es el que ocupa en la estructura un determinado espacio que hace que la estructura actúe en su favor” (Bourdieu, 2003, p. 66). No podría ser de otro modo; el derecho occidental con su enunciación en realidad produce una prescripción del mundo, diciendo lo que es y cómo se debe actuar en él por conocer, producir y manipular las reglas de operación del mundo artificialmente producido. Y llama la atención, porque especialmente esta área en este espacio social con ese capital simbólico auestas se le ha convertido en un peso poco soportable, toda vez que no ha demostrado la competencia científica que le permita ingresar al círculo privilegiado de programas de posgrado reconocidos dentro del PNPC del CONAHCYT.

Lo anterior es una pedagogía del silencio de las emociones para los PTC de la MDPCP, toda vez que la derrama de capital simbólico, político y jurídico surgido del área que produce rectores y gobernadores en el estado de Hidalgo contrasta con la frustración en el campo científico. Ni el orgullo ni la frustración son estados subjetivos perseguidos por los académicos de ese programa, ya que, como dicen Bourdieu y Wacquant, es “la dominación del dominante por su dominación” (2005, p. 247); o sea, que el dominante sufre también por su posición dominante.

El hecho de no encontrarse adscritos al PNPC es un indicador del conflicto que existe entre los campos de intersección vividos por los PTC. Lo

anterior sería entendible y quizás hasta justificable si se hablase de docentes por horas, ya que al ser el derecho una profesión liberal, muchos de los abogados en funciones rechazan comprometerse con la UAEH, más allá del tiempo que les permita atender sus asuntos en los despachos jurídicos de adscripción. Su relación con la universidad es solo para compartir sus experiencias con abogados universitarios en formación, pero no es comprensible cuando se habla de abogados dedicados de tiempo completo a la docencia y a la investigación.

Si a cada posición ocupada objetivamente le corresponde cierto tipo de disposiciones, de un PTC dedicado a la docencia y a la investigación se esperaría que realice docencia e investigación. Y bajo los esquemas de evaluación actuales y externos, son otros los que terminan por definir si lo que se hace es eso que los agentes declaran hacer. En este sentido, un programa de posgrado como la MDPCP, al ser evaluado por el CONAHCYT y no otorgarle la entrada al PNPC, devalúa sus prácticas pues desconoce que su producción académica esté cumpliendo con los estándares establecidos por este organismo: formación de recursos humanos bajo la dirección o asesoría de tesis, investigación científica probada a través de la publicación de libros, capítulos de libros o artículos científicos en revistas indizadas, etc. Sin la aprobación del producto no se obtiene la aprobación del productor, específicamente en el campo científico.

En el caso del campo profesional liberal del derecho no se solicita apuntalar científicamente. El derecho se reconoce como un campo de representación de intereses ajenos y no así de investigación o educación.

Resta por detectar y analizar las condiciones sociales que han impedido el ingreso de la MDPCP al PNPC y que su producción sea bien valorada ante CONAHCYT, mientras otros programas de posgrado en derecho sí lo han logrado en sus modalidades profesionalizantes y orientadas a la investigación, al ajustar sus aspiraciones subjetivas a las condiciones objetivas. En la MDPCP no ha sido posible sino un desajuste entre posición objetivamente ocupada y disposición subjetiva, lo cual explica las cualidades profesionalizantes del campo en intersección con las demandas de educación superior y particularmente de posgrado.

Cada campo constituye un submundo, un manicomio donde cada uno opera de acuerdo con sus reglas y hace incomprensibles y hasta absurdas las de los otros. La MDPCP corre el riesgo de una triple locura que produce

tensiones emocionales de sus agentes: la del campo jurídico y la del campo educativo o docente y la del campo científico.

La intersección entre estos campos hace posible que el PTC muestre ciertas disposiciones afectivas ante las interrogantes acerca de los requerimientos educativos o científicos. Quizá la más grave de todas las locuras sociales sea que ningún agente social pertenece de forma exclusiva a un solo campo social, sino a varios, lo que fragmenta su identidad y su subjetividad emocional de forma constante.

REFERENCIAS

- Bárceñas, K. (2018). “*Habitus entre-medio (in between): dimensiones para el análisis de las identidades, las disidencias y resistencias*”. En: R. Castro y H. Suárez (Coords.), *Pierre Bourdieu en la sociología latinoamericana: el uso de campo y habitus en la investigación* (pp. 281-293). UNAM.
- Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers: Revista de Sociología*, 62, 145-176.
- Bericat, E. (2012). Emociones. *Sociopedia.isa*, 1-13. <http://hdl.handle.net/11441/47752>
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad. Curso del College de France 2000-2001*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI.
- Castelló, M. (2007). *Escribir y comunicarse en contextos científicos y académicos: conocimientos y estrategias*. Graó.
- Cerón Martínez, A. U. (2007). Reconocimiento simbólico y poder en la obra de Pierre Bourdieu. El juego de las acreditaciones. *Cinteotl*, (1), 1-17. https://www.uaeh.edu.mx/campus/icshu/revista/revista_num1_07/politica_reconocimiento_simbolico.htm
- Cerón Martínez, A. U. (2012). *Habitus y capitales: ¿Disposiciones o dispositivos sociales? Notas teórico-metodológicas para la investigación social*. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, (4) 68-82.
- Cerón Martínez, A. U. (2015). *Educación, escuela y salud en los procesos de subjetivación del docente en México*. En: *El Maestro del Siglo XXI (pp.)*. FES Iztacala, DGIRE, UNAM.
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y Secretaría de Educación Pública (SEP). (2017). *Marco de referencia para la evaluación y seguimiento de programas de la modalidad escolarizada PNPC*. Conacut; Subsecretaría de Educación Superior, SEP.
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). (2015). *Convocatoria del Programa Nacional de Posgrados de Calidad 2015-2018*. Conacyt.

- García, A. (2013). *CONACYT y la “orientación profesional” en los estudios de posgrado. Distintas versiones*. XII Congreso Nacional de Investigación Educativa.
- Gutiérrez, A. (2005). *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*. Ferreyra Editor.
- Manassero, M. A. y Vázquez Alonso, Á. (2007). En defensa de las actitudes y emociones en la educación científica (I): evidencias y argumentos generales. *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, 4(2), 247-271.
- Martel, V. (2016). Motivaciones y expectativas del investigador. *Revista Horizonte de la Ciencia*, 6(11), 123-132.
- Otondo, M. y Escobar, S. (2021). Las experiencias emocionales como factor en la construcción de la identidad curricular docente. *Revista Conhecimento Online*, 3, 26-41. <https://doi.org/10.25112/rco.v3.2491>
- Patiño, J. y Manzano, J. (2017). “Hacia la construcción del significado de la formación doctoral con orientación profesional: un estudio de caso”. En: *Memoria Electrónica del XIV Congreso Nacional de Investigación Educativa*. Consejo Mexicano de Investigación Educativa. <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v14/doc/1124.pdf>

Eje 2. Dinámicas migratorias en clave emocional



ÍNDICE



AUTORAS Y AUTORES



EJE 1



EJE 2



EJE 3



EJE 4



4. GÉNERO Y EMOCIONES EN LA MIGRACIÓN TEMPORAL
DE YUCATECOS Y CHIAPANECOS A QUEBEC, CANADA



5. EMOCIONES TRÁNSFUGAS. MIGRACIÓN SOCIAL
Y SIMBÓLICA EN TROIS COULEURS: BLANC,
DE KRZYSZTOF KIEŚŁOWSKI



6. MÁSCARAS DE PEMUCHE: ANÁLISIS MATERIAL DE
OBJETOS EMOCIONALMENTE EVOCATIVOS EN UN CASO
DE MIGRACIÓN INTERNA



4. Género y emociones en la migración temporal de yucatecos y chiapanecos a Quebec, Canadá

Adriana Leona Rosales Mendoza y LinaMar Campos Flores

INTRODUCCIÓN

Presentamos resultados de una investigación desarrollada entre 2015 y 2020, en la cual profundizamos en ciertas emociones generadas durante procesos migratorios temporales, así como en los motivos para migrar a otro país entre varones inscritos en el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT) y esposas o parejas sentimentales de los hombres.¹ El capítulo se organiza de la siguiente manera: en la sección de “Antecedentes” se presenta una descripción del Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT), así como información estadística. En el segundo apartado, “Planteamiento teórico-metodológico”, delimitamos los conceptos utilizados, particularmente el enfoque y la definición de ciertas emociones. En “Resultados y discusión” hablamos de los hallazgos de la investigación a partir de las categorías de análisis consideradas. Finalmente, damos algunas reflexiones en la sección “Conclusiones”. La información fue obtenida en estancias de trabajo

¹ Las mujeres no son necesariamente parejas de los hombres entrevistados.

de campo en Maní y Tahdziú, Yucatán; en Arriaga, Chiapas –ambas en México–; y en la región de Saint-Rémi, provincia de Quebec, Canadá.² Para ello, nos centramos particularmente en el análisis de las siguientes categorías: 1) papeles de género y gestión de las emociones en la distancia, 2) tristeza, 3) soledad, 4) preocupación y 5) felicidad. Cabe mencionar que las llamadas emociones “negativas” fueron expresadas más frecuentemente que las positivas, y aquí solo consideramos una de ellas, la felicidad; sin embargo, constituye un estado determinante en las vidas de las personas migrantes, como se verá más adelante.

Nuestro marco teórico se basa en las aportaciones sobre la *poscolonialidad* (De Sousa Santos, 2009; Espinosa *et al.*, 2014), así como algunos planteamientos del feminismo de Abya Yala (Espinosa *et al.*, 2014). Consideramos también la perspectiva sobre la *interseccionalidad* (Collins, 1990; Crenshaw, 1991; Crenshaw *et al.*, 1995; McCall, 2005; Symington, 2004), así como las nociones de *emotional work* –trabajo emocional en la vida personal– y *emotional labour* –trabajo emocional en el ámbito laboral– (Hochschild, 2003; 2008).

ANTECEDENTES

Antes de entrar en el tema de las emociones ofreceremos una breve caracterización del contexto del PTAT, constituido mediante un acuerdo binacional en 1974, así como de las localidades en las que se mueven los migrantes. Si bien en las tablas se incluye 2020, utilizaremos las cifras de 2019, dado el decremento de la presencia de los trabajadores provocado por la pandemia del covid-19 –situación excepcional que no refleja el aumento constante de trabajadores agrícolas en el PTA–.

En 2019, 25,637 mexicanos se inscribieron en el programa para laborar en algún lugar de Canadá; de ellos, 6245 lo hicieron en la provincia de Quebec, de los cuales, 456 eran yucatecos y 1035 chiapanecos. En 2019, el rango de edad se hallaba entre los 26 y los 47 años. Lo anterior significa que se eligen personas sanas, fuertes y productivas, quienes se “alejan” de sus familias y comunidades durante sus “mejores años”, y salen del programa cuando ya no los consideran de utilidad; es decir, después de los 60 años.

² Es importante subrayar que la mayor producción de literatura se refiere a estudios de la provincia de Ontario, por tanto, la información aquí presentada aporta a la comprensión de la migración temporal mexicana en Quebec.

De acuerdo con la investigadora canadiense Marie France Lebreque,³ en 2002 empezaron a participar yucatecos en el PTAT, y Maní fue de las primeras localidades en incorporarse. En 2019, 60% de los inscritos oriundos de Maní laboraban en Quebec. Por su parte, Tahdziú fue incluido en 2010 y la mayoría de los hombres se empleaban (ese mismo año) en Alberta, Columbia Británica y Ontario, y pocos en Quebec. En contraste, conforme a los hallazgos de Campos Flores (2019), en Arriaga, un municipio demográficamente mayor en comparación con los anteriores, la posibilidad de incorporarse al PTAT se dio en 1990, con un pequeño número de participantes que se ha incrementado año tras año. En este caso, los principales destinos laborales son las provincias de Ontario, Columbia Británica y Quebec (Figura 4.1).

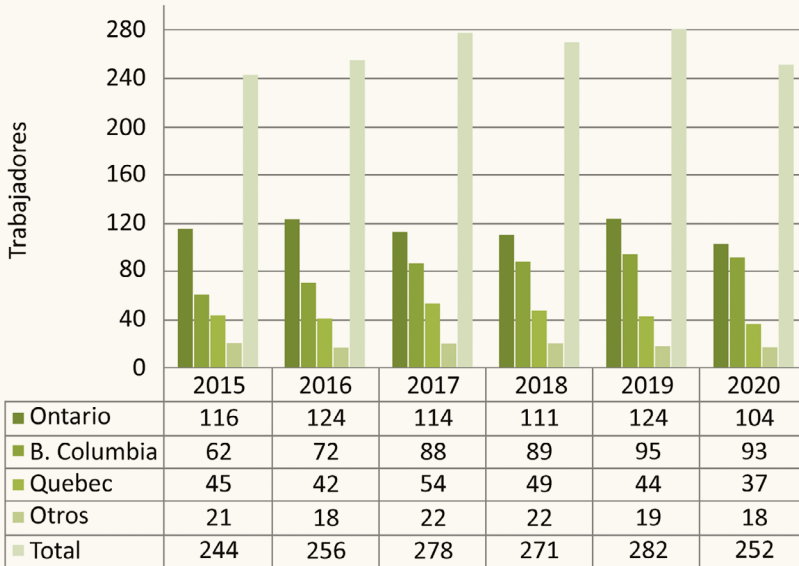


Figura 4.1. Participación en el PTAT de trabajadores provenientes de Arriaga, Chiapas, por provincia canadiense de destino (2015-2020).

Fuente: elaboración de las autoras mediante información obtenida de manera personal del encargado del programa en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social de México.

En 2019, la mayoría de los 282 arriaguenses tuvo como destino laboral la provincia de Ontario (Figura 4.1). Ese mismo año, de todo el estado de Yucatán había 463 inscritos, de los cuales, 88 acudieron a trabajar a esa misma

³ Comunicación personal, 23 de julio de 2017.

provincia canadiense (tendencia que se mantiene a nivel nacional). Si bien hay un grupo importante de varones provenientes de Dzidzantún y Dzilam González (ubicados en el norte), 15 municipios aportan la mayor parte de los trabajadores yucatecos del PTAT, y estos se sitúan en la denominada *zona nuclear maya*, al sur, oriente y suroeste del estado, en donde entre 70% y 90% de la población habla el idioma maya, en contraste con la municipalidad de Arriaga, en la cual solo se habla español.

En la figura 4.2 presentamos información del estado de Yucatán para los años 2015 a 2020. A diferencia de los arriaguenses, la participación de los originarios de Tahdziú y Maní es incipiente pues, aunque existe la posibilidad de que un grupo mayor realice una solicitud, solo se inscriben alrededor de 10 personas de cada una de estas comunidades, lo cual equivale a 2.5% del total del estado. Por tal motivo, no desagregamos los datos por cada municipio (como en el caso de Chiapas), sino que presentamos información de todo Yucatán.

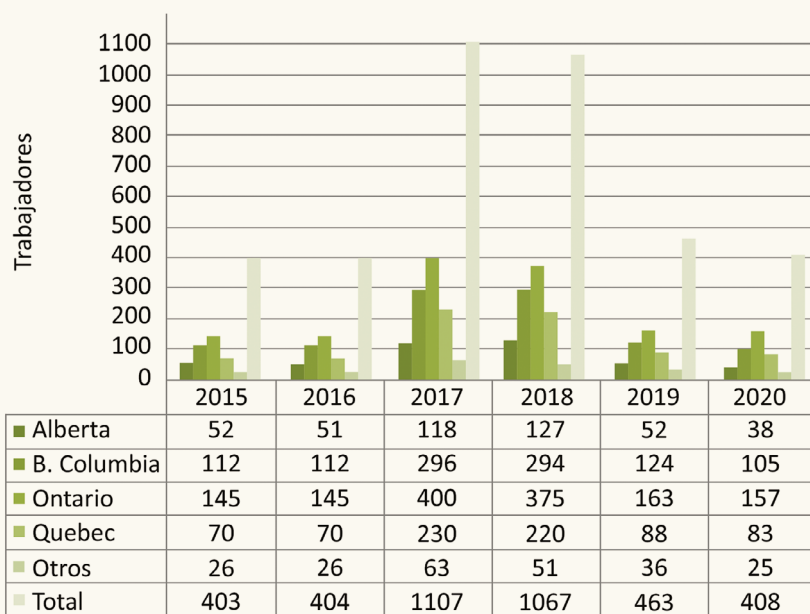


Figura 4.2. Participación en el PTAT de trabajadores provenientes de Yucatán por provincia canadiense de destino (2015-2020).

Fuente: elaboración de las autoras mediante información obtenida de manera personal del encargado del programa en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social de México.

La investigación de la cual proceden los resultados presentados en este texto fue de tipo cualitativo: llevamos a cabo trabajo etnográfico en las comunidades, así como entrevistas con hombres y mujeres implicados en el proceso migratorio; se efectuó análisis con información de ocho yucatecos y 18 chiapanecos inscritos en el PTAT, así como 12 mujeres yucatecas y nueve chiapanecas, esposas o parejas sentimentales de trabajadores del programa.

Consideramos relevante tomar en cuenta el tiempo de ausencia de los hombres en sus comunidades de origen, así como el impacto que dicha ausencia paulatina puede generar en ellos, sus parejas y sus familias. De los 21 hombres inscritos en el PTAT procedentes de Maní y Tahdziú, 85.7% se ha ausentado de sus hogares más de seis meses, durante periodos que oscilan entre los dos y los 16 años (de 2002 a 2018). La mayoría de los trabajadores originarios de Arriaga corresponde a hombres que tienen más de 10 años dentro del PTAT, incluyendo a 14 personas con más de 24 años de labor ininterrumpida. De estos últimos, 70% se han ausentado de sus hogares al menos la mitad del año.⁴ Estas ausencias cíclicas se traducen en el hecho de que hijas e hijos pueden no haber convivido con su padre la mitad de su vida. Para los trabajadores, esta circunstancia implica no ver crecer a sus vástagos, y perderse muchos eventos familiares, como graduaciones, cumpleaños, funerales, etc.

Para los trabajadores agrícolas mayas de Tahdziú y Maní, participar en el PTAT representa obtener recursos económicos para invertir en sus milpas, en granos y fertilizantes, en sistemas de riego –construidos por ellos mismos–, así como en la adquisición de un transporte (carro o camioneta) para poder comercializar sus productos en la vecina Oxxutzcab, considerada “la huerta de Yucatán”. Por su parte, los habitantes de Colonia Buenavista (Arriaga, Chiapas) están dedicados a las actividades agropecuarias, por lo que además de invertir en la compra de parcelas, adquieren animales de crianza (principalmente, cerdos y vacas) y, en algunos casos, también en algún vehículo para facilitar su movilidad, dado que en la localidad no se cuenta con transporte público.

En cuanto al ambiente de trabajo en Quebec, la mayoría de los trabajadores entrevistados refirieron buenos tratos por parte de los patrones y capataces de las granjas. Sobre el monto de los ingresos, comentaron que era muy bueno, aunque dijeron haber resentido la disminución de prestaciones laborales; por ejemplo, el denominado *seguro de paternidad* (cancelado

⁴ Información proporcionada por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social de México.

en 2013), mediante el cual obtenían un apoyo económico proporcional a su salario cuando la esposa paría y ellos retornaban a México después de un periodo laboral anual.

Los varones entrevistados señalaron que el motivo central para inscribirse en el PTAT era obtener mejores ingresos económicos con el propósito de brindar a sus familias una vida económica más digna, así como garantizar la educación de su prole. Se conciben a sí mismos como los proveedores principales, idea anclada en mandatos de género que los ubican en los ámbitos del trabajo pagado. En concordancia con lo anterior, los datos globales indican que este programa integra a 96% de hombres y a solo 4% de mujeres.

Al estar *obligados* –de acuerdo con la normatividad genérica– a trabajar en el extranjero, los varones deben realizar una *labor emocional*, además de estar sometidos al estrés y el conjunto de emociones que puede generar residir en un lugar distinto al de origen; esto significa desplegar un esfuerzo importante para adaptarse a una y otra vida, en Quebec y en México; es decir, efectuar también *trabajo emocional* en el sentido que Hochschild (2003) confiere a ambos conceptos (el primero en el ámbito laboral y el segundo en el personal). De igual manera, sus esposas o parejas sentimentales están sujetas a los vaivenes de las vivencias cotidianas durante la ausencia de sus esposos.

PLANTEAMIENTO TEÓRICO-METODOLÓGICO: MÁS ALLÁ DEL COLONIALISMO EPISTEMOLÓGICO Y METODOLÓGICO EN EL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES EN CONTEXTOS MIGRATORIOS

Para introducirnos en el tema de las emociones en la migración, consideramos pertinente mencionar que nos adherimos a la crítica a la poscolonialidad realizada por De Sousa Santos (2009) y Espinosa *et al.* (2014), entre otros autores, en términos de cuestionar las formas en que tradicionalmente hemos construido conocimientos sobre la migración y explicaciones de las dinámicas familiares desde una concepción etno-occidentalizada. Trascendiendo las fronteras geográficas y disciplinares, consideramos que el abordaje de las emociones en los estudios sobre migraciones ha de tomar en cuenta el enfoque interseccional, en un intento por subrayar el vínculo entre cuerpos, sexualidades, géneros, clases y etnias en cuanto a la producción de emociones, por ello, retomamos ciertos planteamientos feministas, como algunos de *Abya Yala*.

Desde distintas corrientes feministas se ha discutido sobre la necesidad de mirar los cruces entre género, sexualidad, clase social y etnia (o raza). En décadas pasadas, Collins (1990), Crenshaw (1991) y Crenshaw *et al.* (1995) planteaban que dichas categorías debían verse como *categorías imbricadas* e interdependientes. Recientemente, se han incorporado otras dimensiones, como diversidad sexo-genérica, grupos etarios, diversidad funcional, religión y nacionalidad en discusiones que se incluyen en la denominada *interseccionalidad* (Viveros, 2016). Tal y como McCall (2005) lo propone, esta postura “permite ampliar y hacer más compleja la mirada sobre la producción de desigualdades en contextos específicos [...] permite captar las relaciones de poder en la vida social y sus impactos en las experiencias cotidianas de los sujetos” (p. 1771, traducción de las autoras). El enfoque de la interseccionalidad permite comprender el cruce entre distintas identidades y rastrear las vivencias de privilegio y opresión que se tejen en las relaciones humanas (Symington, 2004). Subrayar las diferentes variables y sus vínculos posibilita entender mejor las relaciones de poder ejercidas sobre las mujeres y los sectores minoritarios de la población; en este caso particular, su papel como esposas o parejas de los migrantes.

Asimismo, activistas, intelectuales y académicas del sur global han propuesto la divulgación de conocimientos a partir de lo que se ha denominado *feminismos desde Abya Yala*⁵ (Espinosa *et al.*, 2014), a partir de los cuales se cuestiona no solo la colonialidad del saber y del poder, sino también del ser y el hacer a través de las normatividades de género. Para el análisis consideramos dos de las aportaciones del feminismo de *Abya Yala*. En primer lugar, la discusión sobre el proceso de colonialidad que padecieron los hombres de los pueblos originarios por parte de los varones europeos, con lo cual se estableció una *división racial del trabajo* en la que la esclavitud y la servidumbre fueron las opciones laborales asumidas por personas de los pueblos originarios. Cabe subrayar que, en la actualidad, las relaciones de trabajo, en el marco de la migración temporal o definitiva, se traducen en otro tipo de colonialidad signada por la *precariedad*. En segundo lugar, las feministas de *Abya Yala* han puesto de nuevo en la mesa de discusión al *trabajo doméstico* y el *cuidado familiar* no remunerados, problemáticas que habían sido abordadas ya en la Conferencia de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe

⁵ *Abya Yala*, en el idioma del pueblo kuna (habita en Panamá y Colombia), es el nombre del territorio que los colonizadores españoles llamaron “América”, y significa “tierra en plena madurez” o “tierra de sangre vital” (Espinosa *et al.*, 2014).

(CEPAL, 2010). Ambas aportaciones de los grupos de *Abya Yala* cuestionan la *normalización* y la *naturalización* de los papeles de género asignados en función del cumplimiento de las tareas de crianza y cuidados (en el caso de las mujeres), y de proveeduría económica (en los hombres). Asimismo, se continúa poniendo en tela de juicio la subordinación de las mujeres al realizar un trabajo sin paga, y de los hombres al efectuar actividades laborales precarias y mal pagadas en relación con el trabajo y el salario que reciben los hombres originarios de los países de acogida; es decir, del norte global.

Para las personas informantes de este estudio la *obligación* se entrelaza con las emociones. Salir a trabajar cada año, por varios meses, es una *muestra de cariño* hacia la familia (a pesar del sacrificio), al igual que para las mujeres el trabajo doméstico no remunerado representa esa *muestra de amor*. Ambos, obligación y sentimiento, se hallan apuntalados por las construcciones de género que *normalizan* y *naturalizan* los papeles de género que cada uno desempeña, y devienen en trabajos emocionales. Es importante subrayar que, para Arlie Hochschild (2008), las mujeres realizan mayor *trabajo emocional* que los varones, pues en su papel tradicional como *gestoras de las emociones en la vida privada* se han especializado en hacer siempre presente el amor y, por tanto, despliegan un gran trabajo emocional en labores que pueden implicar también *costos* personales (Hochschild, 2003).

En su caracterización, Hochschild distingue entre trabajo emocional (*emotional work*) y labor emocional (*emotional labour*). Este último se refiere “al manejo de las emociones para crear una exhibición facial y corporal públicamente observable” (Hochschild, 2003, p. 7, traducción de las autoras), en el ámbito del desarrollo de una actividad productiva que se lleva a cabo a cambio de un salario. El trabajo emocional es aquel desplegado en el ámbito privado para gestionar las emociones. Agrega esta autora que el manejo o control de las emociones en el espacio laboral puede tener consecuencias para el bienestar de la persona en el contexto de la vida privada y personal (Hochschild, 2003). Estas emociones materializadas en el ámbito laboral o doméstico conllevan también *reglas emocionales*, las cuales implican considerar la manera en que una persona debería proceder o actuar frente a los otros. En este sentido, las transgresiones a las normas pueden ser penalizadas o premiadas (Hochschild, 2003); por ejemplo, se esperaría que la esposa de un migrante expresara tristeza ante la ausencia del varón, si no lo hace, su actitud se considera *anómala* y habría que penalizarla.

Otras personas autoras han caracterizado las emociones, y sus aportaciones pueden contribuir a explicar algunas situaciones que se dan en los procesos migratorios; por ejemplo, la nostalgia o el miedo al “otro” (migrante), fenómeno recurrente en Estados Unidos, y que ha abarcado diferentes nacionalidades, como la japonesa (Hirai, 2016). En términos de una caracterización sobre las emociones, López (2017) afirma que los estudios sobre ellas iniciaron con un sustrato biologicista, ligado al cerebro; esta perspectiva concibe a las emociones desde la neurociencia, como cogniciones, o bien, en el plano de la naturaleza. Algunos autores que consideran a las emociones como procesos fisiológicos son Descartes, Hume, James y Damasio, y desde el enfoque cognitivo destacan Aristóteles, Sartre y Nussbaum (Corduneanu, 2019). Por otro lado, la psicología ha ubicado a las emociones en el plano del aprendizaje afectivo, de su manejo, posibilitando el surgimiento de terapias sobre el control de las emociones (positivas y negativas), así como un importante corpus de literatura sobre “inteligencia emocional” (López, 2017).

Las emociones en sociología, antropología e historia se han distanciado de las posturas biologicistas a través del denominado *giro afectivo* o *emotion studies* (López, 2017), el cual surge del giro lingüístico y discursivo que critica la preeminencia del racionalismo y la racionalidad de autores del periodo ilustrado como Nietzsche, Scheler y Bergson, así como de algunos posmodernistas como Deleuze y Guattari. Desde la sociología, se argumenta que las emociones ocurren en procesos de comunicación e interacción social a través del universo simbólico propio de cada sociedad. Y desde la antropología de las emociones se enfatiza sobre el “poder” de y en las emociones, ya que estas reflejan valores, relaciones de poder y de grupos sociales. Asimismo, la historia cultural de las emociones considera las emociones socialmente construidas, culturales, relativas, antiesencialistas, antideterministas y cambiantes (López, 2017).

En ese contexto, comienza la discusión sobre el lugar de las emociones en la producción de conocimiento, ya que hasta ese momento se había desestimado su relevancia en los estudios sociales, y se plantean preguntas acerca de cómo podemos abordar metodológicamente las emociones, o bien, ¿cuál es el papel de las emociones en la política cultural?, ¿qué hacemos con las emociones?, ¿qué le hacen las emociones a nuestros cuerpos y personas? Se reconoce que desde la memoria colectiva se puede generar miedo, por ejemplo, y en ese sentido, Sara Ahmed (2017) relaciona las emociones con los recuerdos y la memoria cultural.

Se ha argumentado, desde un enfoque sociológico, que las emociones pueden ser abordadas como: 1) *objeto de estudio* o “variable explicativa para comprender la acción colectiva” (Poma y Gravante, 2017, p. 39), o bien, que se pueden abordar; 2) *resultado* o producto de una situación dada; por ejemplo, las implicaciones de la migración internacional en el desencadenamiento de las emociones; 3) *causa*, cuando se explora el papel de las emociones en los estados afectivos generados por la movilización política; 4) *mediación* o reguladoras morales (Ariza, 2016).

En este trabajo, las emociones se entienden como variables que permiten comprender la acción, pues se enfatiza en la dimensión emocional en cuanto a perspectiva de análisis de los fenómenos socioculturales, y no como objeto de estudio. Desde esta propuesta, es central el papel político que desempeñan los individuos. Al realizar análisis sobre la dimensión emocional se enfatiza en el papel de los actores sociales y en su experiencia, la cual coadyuva en la potenciación, y el movimiento de la agencia social, con base en la interpretación de las emociones, y marcos éticos novedosos (López, 2017).

En cuanto a una delimitación o definición de las emociones, Ariza (2016) se refiere a cuatro básicas: miedo, ira, tristeza y alegría, así como a las “emociones morales”: vergüenza, orgullo, indignación, y a otras como culpa, humillación, gratitud, ira, asco y desprecio. Por su parte, Jasper (citado en Poma y Gravante, 2017) también propuso una clasificación de las emociones. Las primarias afectivas serían “odio, hostilidad, disgusto, amor, solidaridad, lealtad, confianza, respeto, sospecho y paranoia”. Las primarias reactivas: “rabia, dolor, pérdida, ultraje, indignación y vergüenza”, y en un grupo intermedio se sitúa la “compasión, simpatía, piedad, cinismo, depresión, despecho, entusiasmo, orgullo, envidia, resentimiento, miedo, terror, felicidad, esperanza y resignación” (p. 42).

A continuación, proporcionamos algunas definiciones mínimas sobre cada una de las emociones que abordamos en este texto, y a las cuales más adelante nos referiremos como categorías de análisis. En primer lugar, ubicamos los *papeles de género* y la *gestión de las emociones en la distancia* como una sola categoría, no porque sea una emoción en sí misma, sino porque consideramos que el manejo de las emociones atraviesa necesariamente por las construcciones de género, y lo hace de manera diferenciada entre hombres y mujeres; es decir, es distinta tanto la manera como se dice que se está triste o alegre, solo o preocupado, como la manera de estarlo, dependiendo

de si se es el hombre trabajador (quien se fue) o la mujer que se queda con la familia y en la comunidad. Consideramos que ello se debe, en mucho, a la socialización de género existente para unos y otras.

Particularmente, en términos de los procesos migratorios, las relaciones y los papeles de género se ven trastocados, debido a las modificaciones en la dinámica familiar y, por tanto, arreglos entre los miembros de la familia en función de la búsqueda de soluciones para la supervivencia, el mejoramiento de las condiciones de vida y la preservación de los valores tanto materiales como no materiales (Castillo, 1995).

Las emociones que produce el proceso migratorio, y los acontecimientos que las generan, se encuentran atravesados por el lugar particular que se tiene en la familia. Si se es la madre y esposa se esperaría que las emociones estuviesen delimitadas por un supuesto “ser femenino”, el cual se considera abnegado, atento a las necesidades del esposo y de los hijos, con sensibilidad para reconocer cuando las otras personas están tristes, enojadas, alegres, etc., y, sobre todo, con la capacidad de “darse” a los otros. En el caso de los hombres, los mandatos de género supondrían fortaleza y no mostrar abiertamente las emociones. El “ser masculino” implica recibir una serie de atenciones y consideraciones por parte de los integrantes de la familia y, a cambio, brindar protección y seguridad material y emocional. Así, el sistema de normas y creencias genéricas, y el orden jerárquico que determina la inferioridad y subordinación de la mujer, se reproducen en nuevas prácticas cotidianas.

Por otra parte, distintos autores definen cada una de las que hemos considerado categorías de análisis, a saber: tristeza, soledad, preocupación y felicidad. Álvarez (2013) considera que, de todas las emociones, la menos delimitada teóricamente ha sido la tristeza, a la cual considera como: “(a) es un afecto o sentimiento que surge directamente de una circunstancia dolorosa; (b) se sitúa en el polo contrario a la alegría; (c) como el resto de los afectos o sentimientos, la tristeza es de fiar y revela una verdad del sujeto” (Álvarez, 2013, p. 1).

La tristeza, como otras emociones, no es un acto privado, sino que se expresa durante la interacción establecida con otras personas. Hochschild considera que cada vez que intercambiamos emociones, lo hacemos basados en preceptos predeterminados socialmente y, en el intercambio, *pagamos* o nos *pagan* con emociones, ya sea en exceso o a cuentagotas. En ocasiones,

pretendemos *pagar*, aceptamos nuestras deudas o reconocemos lo que emocionalmente nos *deben* o *debemos* a otras personas (Hochschild, 2008, p. 18).

Para Weiss existe una diferencia “entre la soledad emocional, derivada de la ausencia de una figura íntima o un apego emocional cercano (compañero, un mejor amigo), y la soledad social derivada de la ausencia de [interacción con] un grupo más amplio de contactos, o una red social atractiva” (Weiss, 1973, citado en De Jong Gierveld *et al.*, 2018, p. 392, traducción de las autoras).

Por otro lado, la preocupación está relacionada con la intranquilidad y el malestar provocados por eventos que ocurren en el presente; se vincula con la incertidumbre (angustia, estrés, temor) en torno a situaciones negativas que, eventualmente, podrían suceder. “Descriptivamente, la preocupación implica un predominio de la verbalización de un pensamiento negativo. Cuando nos preocupamos nos contamos a nosotros mismos cosas negativas sobre eventos negativos que tememos puedan suceder” (Borkovec *et al.*, 1998, p. 562, traducción de las autoras). La preocupación es considerada una emoción negativa, ya que implica el predominio de la actividad del pensamiento con valencia negativa (Borkovec *et al.*, 1998).

En cuanto a la felicidad, Tamir *et al.* (2017) consideran que consiste en sentir las emociones adecuadas (deseables) en un contexto preciso. La felicidad es un estado de bienestar producido por ciertos hechos de la vida que llevan a una persona a sentirse contenta. Si trascendemos la definición clásica de la felicidad como el aumento del placer y la disminución del dolor, coincidimos con Aristóteles en que la felicidad implica “tener emociones correctas, en los momentos correctos, con respecto a los objetos correctos, hacia las personas correctas, con el motivo correcto y de la manera correcta” (Aristotle, 1962, pp. 21-22; traducción de las autoras). Entenderemos la felicidad de manera más precisa como una emoción positiva generada en función de las metas de vida que se plantea el individuo y que facilitan la generación de recursos personales. Esto se puede consolidar mediante acciones realizadas para cuidar la salud, conseguir el bienestar y prodigar amor y cuidados a integrantes de la familia, a través de demostraciones afectivas y conductuales (Barragán, 2013). Una de las maneras de confirmar el amor es el sacrificio efectuado al ir a trabajar a otro país, el cual genera un profundo sentido de felicidad en el migrante.

A partir de esta conceptualización, tenemos interés en aclarar los procesos de diferenciación espacial que las emociones producen, y la manera en que estas son experimentadas en los lugares donde se labora y se vive. Esto es lo que intentaremos mostrar a continuación.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN: PAPELES DE GÉNERO Y EMOCIONES

En el análisis realizado a los testimonios de las entrevistas a varones yucatecos y chiapanecos, las emociones (y sus reglas) son organizadas de acuerdo con las normatividades de género que prevalecen en los contextos de origen. Las emociones de malestar fueron expresadas con mayor frecuencia que las de bienestar; sin embargo, aunque tradicionalmente la soledad, la tristeza y la preocupación se entienden como emociones negativas, entre las personas entrevistadas hallamos que es precisamente a través de ellas que se construyen lazos que fortalecen la relación de pareja y con sus familias. Se experimenta tristeza porque alguien o algo importa. Se siente soledad cuando la persona amada no está presente. La gente se preocupa por las cosas inciertas que pudieran perturbar la tranquilidad de los seres queridos. A través de estas emociones se estrechan los lazos entre la persona ausente y quienes conviven en el entorno del hogar de origen. Por otro lado, se percibe que la felicidad conlleva sacrificios y, para llegar a ella, hay que someterse a distintas pruebas, entre ellas, no vivir juntos por largos periodos.

En este sentido, coincidimos con Hochschild (2003, 2008), quien señala que en la vida privada las mujeres realizan un mayor *trabajo emocional* que los hombres. Entre ellas, la emoción se encuentra en primer plano, en tanto que en los segundos se encuentran en la sombra o la penumbra; es decir, ocultos, disimulados y se expresan de manera diferente, pues fueron interiorizados en forma distinta:

La especialización del trabajo emocional [...] descansa en la crianza diferenciada del corazón de las niñas y a los niños. (“¿De qué están hechas las niñas pequeñas? De azúcar y especias, y todo bien. ¿De qué están hechos los niños pequeños? De recortes de papel, caracoles y colas de cachorros”). Además, cada especialización genera hombres y mujeres con diferentes deberes emocionales. (Hochschild, 2003, p. 163, traducción de las autoras)

En los contextos familiares observados, las mujeres y los hombres son socializados de manera diferenciada y orientados a una división sexual de labores. Lo anterior propicia una especialización de actividades por sexo con un trabajo emocional distintivo. Ante la ausencia provocada por la migración laboral de los hombres, ellas deben realizar un doble esfuerzo, al asumir el papel de madre y padre a la vez, además de desarrollar tareas que, tradicionalmente, corresponden a sus esposos. Los hallazgos derivados de la observa-

ción etnográfica evidencian que las mujeres perciben su vida cotidiana mejor cuando sus hombres están en casa. Ellas confieren mucho respeto a la figura de esposo y padre, y consideran que hace falta la autoridad y la presencia masculina, por tanto, viven la ausencia de sus parejas como una pesada carga.

Los hombres entrevistados efectúan trabajos agrícolas o agropecuarios cuando están en México, así como de construcción, conducción de camiones y tractores y carga de objetos pesados. Asumen el papel de *jefe de familia* en términos económicos y morales. Cuando el esposo está en Quebec, todas las tareas (domésticas, de cuidado familiar, agrícolas, entre otras) son realizadas por la esposa, y solo en casos excepcionales se contrata a una tercera persona para hacer ciertos trabajos. De igual manera, durante su estancia en el PTAT, los trabajadores deben hacerse cargo de actividades que, de manera cotidiana, son realizadas por sus esposas, como hacer las compras, cocinar, lavar los trastos y la ropa, limpiar la cocina o el baño. Al mencionar estas actividades, los varones hacen énfasis en lo duro que es realizarlas *después del trabajo*, pero no reconocen la relevancia de que sus esposas las ejecuten cotidianamente en su propia casa, además de efectuar las tareas que ellos no ejecutan debido a su ausencia, como atender sembradíos, cuidar animales, realizar trámites administrativos, entre otras.

Los papeles asociados al género, entre los cuales se encuentra la dirección moral por parte de los varones, se ejercen también a la distancia, ya que el esposo y padre no tiene que estar presente para investirse como autoridad máxima y saber qué sucede en el hogar. Él otorga los permisos a la esposa e hijos para salir de casa, y determina qué acciones están permitidas y cuáles prohibidas. Él autoriza también cómo serán invertidos los recursos adicionales ahorrados para la mejora de la vivienda, la adquisición de tierras o animales; qué se puede comprar, sobre todo cuando se trata de electrodomésticos y otros objetos considerados caros.

De acuerdo con Conradson y McKay (2007), Faist (2010), Baldassar *et al.* (2016) y Glick-Schiller (2017), el acceso a la telefonía y a Internet ha jugado un papel relevante entre los transmigrantes, quienes al separarse por largos e intermitentes periodos tienen la certeza de poder comunicarse –si es posible o lo desean– todos los días, mediante estos medios y, a través de ellos, gestionar sus emociones. Las interacciones virtuales se constituyen en conexiones emocionales por encima del tiempo y del espacio. Para los trabajadores agrícolas, conectarse vía WhatsApp o Facebook a través de un celular representa la posibilidad de estar *cerca* de la esposa y de los hijos, ejercer la paternidad

y la autoridad como esposos, expresar felicidad o enojo. Para las mujeres significa un ámbito para externar los pesares que produce la lejanía, un sitio para hablar de las emociones y los problemas de la vida cotidiana. Mediante las llamadas telefónicas se reafirman también los papeles de género: el del hombre como guía de la familia, y el de la mujer como cuidadora de los hijos y preservadora del bienestar familiar y los bienes materiales.

Baldassar *et al.* sugieren el concepto de *co-presencia* en el contexto de las TIC “para capturar y explorar las diversas formas en que las personas mantienen la sensación de ‘estar allí’ para el otro en la distancia” (2016, p. 134, traducción de las autoras). En nuestro estudio, mujeres y hombres refieren la *co-presencia* virtual a través de la cual se manifiesta el apoyo emocional de *estar allí* el uno para la otra, y viceversa, convirtiéndose en lo que Baldassar *et al.* denominan *el pegamento* que mantiene unidas a las familias transnacionales, particularmente a las parejas. De acuerdo con la forma en que los trabajadores definieron su preferencia de contacto con la familia (esposa e hijos en primera instancia), cada uno de ellos busca, al mismo tiempo, estar constantemente en línea (*ambient co-presence* o co-presencia ambiental), con la idea de producir una presencia ordinaria en casa u *ordinary co-presence*, a través del intercambio de imágenes y videos como una forma alternativa para crear el imaginario de una familia (*imaginary co-presence* o co-presencia imaginaria), creando una *movilidad virtual* que desafía la experiencia de la distancia física (*intensive co-presence*) (Baldassar *et al.*, 2016, p. 134, traducción de las autoras).

La *tristeza*, como un estado emocional provocado por un suceso desfavorable o por la pérdida (temporal o definitiva) de seres queridos, es la emoción más referida por mujeres y hombres entrevistados; es decir, la más nombrada en los testimonios. La tristeza emergió a partir de la evocación de recuerdos sobre reuniones familiares, graduaciones, cumpleaños, bautizos o funerales a los que los hombres no pudieron acudir por estar lejos; por su parte, en las mujeres surge al pensar en cómo estarían sus parejas en Quebec, si comían, si tenían habilidades para cocinar o lavar la ropa, o qué harían el día de su cumpleaños.

El estado de tristeza se comunica a la pareja con la intención de hacerle saber que es una persona importante, y que la vida no es buena sin su presencia. Pero a medida que el tiempo transcurre; es decir, cuando los viajes del esposo se han repetido por varios años, se produce un efecto “anestesia” en las mujeres, ya que dicen acostumbrarse o habituarse a la situación. Una mujer

dijo: “nos acostumbramos a vivir así otra vez”. Lo anterior podría interpretarse como una suerte de habituarse a la tristeza, de saber que es una emoción intermitente, dependiendo de la salida y el retorno del esposo; una tristeza anunciada o esperada.

La tristeza fue evidente en diferentes interacciones sostenidas con los trabajadores temporales en Quebec; estos mostraron melancolía por sus comunidades (algunos lo mencionaron, y otros lloraron, lo cual nos permite interpretar que se trataba de melancolía), desconsuelo por sentirse lejos de sus familias e infelicidad por no estar físicamente cerca de sus seres queridos; sin embargo, intentan mostrarse fuertes, y cuando llaman a sus casas en días especiales, los varones piden a sus esposas que no estén tristes por no encontrarse ellos en la comunidad.

En nuestro estudio fue más referida la *soledad* causada por la ausencia de la figura emocional más representativa para las mujeres, la del esposo, que la soledad social. Ellas se sienten solas al no tener el apoyo para efectuar ciertas tareas, o bien, para guiar a las hijas e hijos. Los varones, por su parte, expresaron que pueden gestionar la soledad debido a que se ocupan casi todo el tiempo en el trabajo, y cuando tienen tiempo libre, lo utilizan en realizar labores domésticas, así como en participar en alguna reunión con sus compañeros de trabajo. La vivencia de la soledad es más sentida los fines de semana, o los días libres en los cuales deambulan en las cabeceras de los poblados quebequenses. Varios hombres señalaron que esos días es cuando más les agradaría estar en compañía de su familia, dado que en sus comunidades de origen ese tiempo lo pasarían con la esposa, hijos e hijas.

La soledad se experimenta de forma individual, pero es una expresión de la interacción con otras personas; es decir, nadie puede sentirse solo si antes no ha experimentado la presencia de alguien. Por tanto, es también una *regla emocional* que se supone debe sentirse cuando alguna persona amada se marcha. En el trabajo etnográfico percibimos que las mujeres no se sienten solas –o aunque padezcan dicha emoción, la niegan– pues están acompañadas de sus hijos, madre, padre, suegros y otros parientes. La palabra *soledad* se reserva para los hombres, pues al estar lejos son quienes, se supone, se encuentran solos. Más aún, en términos de las normatividades de género, *estar solo* es *estar desatendido*; es decir, que no les laven ni planchen la ropa o no les preparen los alimentos, que no realicen por ellos todas las actividades y funciones consideradas *femeninas*, así como no tener contacto afectivo ni sexual con su pareja.

Prácticamente todas las mujeres y los hombres entrevistados manifestaron experimentar *preocupación* nacida de la imposibilidad de conocer lo que sucederá en su vida cotidiana. ¿Qué pasa con las hijas e hijos durante la ausencia?, ¿necesitará algo la esposa?, ¿le hace falta algo al marido?, ¿se encuentra él en buen estado de salud o habrá sufrido un accidente? Con estas y otras preguntas, sin respuesta inmediata, tienen que aprender a vivir hasta el reencuentro.

Aunque las emociones relacionadas con el malestar (tristeza, preocupación, soledad) fueron expresadas con mayor frecuencia, también se habló de emociones vinculadas con el bienestar, como la solidaridad. Una de las mujeres dijo: “hay que sacrificarnos para que podamos alcanzar un poco de producción y dinero”. Estar separados también implica la *felicidad de dar* a la familia, estar *contento*, en fin, experimentar felicidad. En este sentido, las mujeres expresaron sentirse muy bien de poder proporcionar amor y cariño, más que bienes materiales a sus familiares, a diferencia de los varones, para quienes *dar* se relaciona con los bienes pecuniarios.

En el caso particular de las mujeres y los hombres entrevistados, la *felicidad* ocurre en el *tiempo* y el *espacio* en que debe ocurrir; se produce como efecto derivado del *sacrificio* de estar separados a causa del trabajo, y de cumplir cada uno los papeles de género que le corresponden. Para las mujeres la felicidad se encuentra relacionada con ser buena madre y esposa, y con llevar a cabo las tareas percibidas como femeninas. Para los hombres, el efecto del *sacrificio* consiste en sentir felicidad, satisfacción y estar contento al desempeñar el papel de padre proveedor, sobre todo económicamente hablando. Considerarse guía moral de la familia es también una manera de expresar el amor y de sentirse alegre.

CONCLUSIONES

A lo largo de nuestro análisis percibimos un ejercicio de labores de producción y reproducción diferenciadas de acuerdo con las normatividades de género. En la observación etnográfica y en las conversaciones con los trabajadores fue evidente el nulo reconocimiento hacia las labores productivas que desarrollan las mujeres mientras ellos no están. Esos periodos se piensan como circunstanciales, y siempre se vuelve a la *normalidad* cuando los varones retornan. Los resultados obtenidos en nuestra investigación coinciden

con los planteamientos de algunas de las feministas de *Abya Yala* (Espinosa *et al.*, 2014), en el sentido de que es un acto *normal* que, sin remuneración, las mujeres se ocupen de la crianza, cuidados y educación de sus familiares, además de hacerse cargo de las tareas agropecuarias cuando su pareja está en el extranjero. También se percibe como *normal* que las mujeres no ejerzan *derechos*, como el de ser ejidataria en ausencia del marido.

Por una parte, es evidente que los hombres que parten hacia el norte global ejecutarán diversas labores, las cuales los colocarán en una situación precaria y de dependencia y, por tanto, continúa reproduciéndose la *división racial del trabajo* a la cual fueron sometidos los hombres de los pueblos originarios; condición también subrayada por feministas de *Abya Yala*.

Por otro lado, es claro que las mujeres quedan sometidas al ejercicio de tareas que se sumarán a sus obligaciones catalogadas como femeninas (sin posibilidad de cuestionamiento), y que no les conferirán mayores libertades, poder de decisión o de empoderamiento, pues, como ya hemos mencionado, la vida vuelve a la *normalidad* una vez que los varones retornan a sus comunidades.

Aunque las emociones de bienestar se mencionaron menos, el gozo, el orgullo y la satisfacción de dar motivan, inspiran y funcionan como el *leitmotiv* para aceptar el sacrificio de la separación cíclica a la cual todos los miembros del grupo familiar se someten año tras año. Así, para los varones es más intenso y poderoso el mandato inscrito en la masculinidad hegemónica, anclado en la alegría de conceder a la prole el acceso a la educación media o superior, a tener una dieta más completa, a una vivienda digna, y la adquisición de bienes materiales (a los que de otra forma sería prácticamente imposible acceder), que los costos emocionales de vivir separados. Ellas se someten a la elección del esposo sobre ir a trabajar al extranjero, alentadas por las razones que aducen sus hombres y, al parecer, sin grandes cuestionamientos acerca de las decisiones que se suponen consensuadas.

No obstante lo anterior, tanto chiapanecas como yucatecas subrayaron que preferirían que sus esposos permanecieran en casa, alegando que sus hijas e hijos sufren por el distanciamiento, lloran largas horas cuando estos parten, y llegan a desconocer a su papá, sobre todo si se trata de bebés recién nacidos y hasta alrededor de los dos años; sin embargo, como anotamos anteriormente, se someten a los designios emanados de los mandatos de género altamente arraigados en estas comunidades, en las cuales difícilmente se reta la autoridad masculina. Estos mandatos constituyen reglas emocionales (Hochschild, 2003), tanto para las mujeres como para los hombres en sus

respectivos ámbitos de acción, privados y públicos.

Durante el trabajo etnográfico observamos que, para las mujeres yucatecas, padecer la ausencia del esposo representa un *sacrificio* sellado por el *amor*. Este acto afectivo está implícito en el cumplimiento del papel de esposa y madre en el cual han sido socializadas. Algunas mujeres chiapanecas, por su parte, enfatizaron más en *la necesidad* que en el *amor*; es decir, en la carencia de empleo como el motivo que justificaba el sacrificio de la separación.

Finalmente, queremos subrayar las limitaciones ubicadas en nuestra investigación, las cuales, paradójicamente, se relacionan con el tiempo y el espacio. Y decimos paradójicamente, porque los estudios de la migración hablan necesariamente de tiempos y espacios vividos. En cuanto al tiempo, estimamos pertinente continuar con la investigación longitudinal en diferentes momentos del ciclo vital de las familias de migrantes. Es fundamental profundizar en los impactos emocionales que se producen a lo largo del proceso migratorio laboral cíclico en el cual se ven inmersos los trabajadores del PTAT y sus familias, y cómo esto impacta también las dinámicas en sus comunidades. En cuanto al espacio, es importante seguir tendiendo puentes en los senderos que han de cruzar los migrantes temporales para desdibujar las fronteras norte-sur, y promover el respeto de los derechos humanos de todas las personas del mundo. Asimismo, consideramos que se requiere establecer vínculos entre los estudios de la migración laboral y los de la dinámica de las familias mexicanas, incorporando los cambios provocados por las nuevas TIC. Por último, apostamos a seguir desarrollando estudios sobre el papel de las emociones en la transmigración laboral para respaldar la evidencia de que estas poblaciones y, por consiguiente, sus familias, son sometidas a condiciones de vida perjudiciales, con consecuencias negativas para su bienestar psicológico, físico y social.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2017). "Introducción. Sentir el propio camino". En: *La política cultural de las emociones* (pp. 19-46). Centro de Investigaciones y Estudios de Género, UNAM.
- Álvarez, J. M. (2013). La tristeza y sus matices. *Temas de Psicoanálisis*, (6), 1-14.
- Aristotle. (1962). *Nicomachean Ethics* (Vol. 1-2; M. Ostwald, Trad.). Macmillan.
- Ariza, M. (2016). "La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social". En: *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 7-36). Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

- Baldassar, L., Nedelcu, M., Merla, L., & Wilding, R. (2016). ICT-based Co-presence in Transnational Families and Communities: Challenging the Premise of Face-to-face Proximity in Sustaining Relationships. *Global Networks*, 16(2), 133-144.
- Barragán, A. (2013). Aproximaciones científicas al estudio de la felicidad: ¿qué podemos aprender de la felicidad? *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 15(2), 7-24.
- Borkovec, T. D., Ray, W. J., & Stöber, J. (1998). Worry: A Cognitive Phenomenon Intimately Linked to Affective, Physiological and Interpersonal Behavioral Processes. *Cognitive Therapy and Research*, 22(6), 561-576. <https://doi.org/10.1023/A:1018790003416>
- Campos Flores, L. (2019). *Geopolítica de las emociones: masculinidades y subjetividades de los trabajadores agrícolas transmigrantes mexicanos y guatemaltecos que laboran en Quebec* [Tesis doctoral, Universidad de Montreal]. Papyrus Repositorio Institucional. <https://hdl.handle.net/1866/24632>
- Castillo, M. A. (1995). "Migración, mujeres y derechos humanos". En: R. Barceló, M. A. Portal y M. Sánchez (Coords.), *Diversidad étnica y conflicto en América Latina* (Vol. I). UNAM; Plaza y Valdés.
- Collins, H. P. (1990). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Routledge.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2010). *Informe de la Undécima Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe. <https://www.cepal.org/es/eventos/undecima-conferencia-regional-la-mujer-america-latina-caribe>
- Conradson, D., & McKay, D. (2007). Translocal Subjectivities: Mobility, Connection, Emotion. *Mobilities*, 2(2), 167-174.
- Corduneanu, V. I. (2019). El papel de las emociones sociales y personales en la participación política. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, (26), 71-96.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241-1299.
- Crenshaw, K., Gotanda, N., Peller, G., & Kendall, T. (1995). *Critical Race Theory: The Key Writings that Formed the Movement*. The New Press.
- De Jong Gierveld, J., Van Tilburg, T. G., & Dykstra, P. A. (2018). "New Ways of Theorizing and Conducting Research in the Field of Loneliness and Social Isolation". In: D. Perlman & A. Vangelisti (Eds.), *The Cambridge Handbook of Personal Relationships* (pp. 391-404). Cambridge University Press.
- De Sousa Santos, B. (2009). "Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes". En: L. Olivé, B. De Sousa Santos, C. Salazar, L. Antezana, W. Navia, G. Valencia, M. Puchet, M. Aguiluz, M. Gil, H. J. Suárez y L. Tapia, *Pluralismo epistemológico* (pp. 31-84). Muela del Diablo. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/coedicion/olive/olive.pdf>
- Espinosa, Y., Gómez, D. y Ochoa, K. (2014). "Introducción". En: Y. Espinosa, D. Gómez y K. Ochoa (Eds.), *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 13-40). Editorial Universidad del Cauca.
- Faist, T. (2010). "Transnationalisation: It's Conceptual and Empirical Relevance". In: C. Audebert & M. K. Dorai (Eds.), *Migration in a Globalised World: New Research Issues and Prospects* (pp. 79-106). Amsterdam University Press.

- Glick-Schiller, N. (2017). "Theorizing about and beyond Transnational Processes". In: M. Cervantes-Rodriguez, R. Grosfoguel & E. Mielants (Eds.), *Caribbean Migration in Western Europe and the United States* (pp. 18-40). Temple University Press.
- Hirai, S. (2016). "La construcción de un clima emocional antiinmigrante. Las imágenes del otro y el miedo a los japoneses en la primera década del siglo XX en los Estados Unidos". En: Marina Ariza (Coord.), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 477-520). Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Hochschild, A. (2003). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. University of California Press.
- Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz Editores.
- López, O. (2017, 4 de mayo), La dimensión emocional como perspectiva de análisis de los fenómenos socioculturales. *C² Ciencia y Cultura*. <https://www.revistac2.com/la-dimension-emocional-como-perspectiva-de-analisis-de-los-fenomenos-socioculturales/>
- McCall, L. (2005). The Complexity of Intersectionality. *Sign. Journal of Women in Culture and Society*, 30(3) 1771-1800.
- Poma, A. y Gravante, T. (2017). Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances. *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, (74), 32-62.
- Symington, A. (2004). Interseccionalidad: una herramienta para la justicia de género y la justicia económica. *Derechos de las Mujeres y Cambio Económico*, (9), 1-8. https://www.awid.org/sites/default/files/atoms/files/nterseccionalidad_-_una_herramienta_para_la_justicia_de_genero_y_la_justicia_economica.pdf
- Tamir, M., Schwartz, S., Oishi, S., & Kim, M. (2017). The Secret to Happiness: Feeling Good or Feeling Right? *Journal of Experimental Psychology: General*, 147(10), 1448-1459.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>



5. Emociones tráfugas. Migración social y simbólica en *Trois Couleurs: Blanc*, de Krzysztof Kieślowski

Armando Ulises Cerón Martínez

INTRODUCCIÓN

Trois Couleurs (1994) es la apuesta fílmica del finado director polaco Krzysztof Kieślowski (1941-1996) sobre los tres ideales de la sociedad francesa enarbolados en los colores de su bandera: azul, que alude a la *libertad*, blanco a la *igualdad* y rojo a la *fraternidad*. En cuanto artista, el cineasta tiene una postura definida: la libertad absoluta no es posible, pues siempre se requiere de los otros para vivir. La igualdad es una aspiración difícil de practicar porque la asimetría social es estructural, mientras que la fraternidad es el único ideal posible (Bardzinska, 2015). Por estas razones, la narrativa de *Blanc* se tomará como la unidad de análisis del problema de la migración y sus efectos sociosomáticos por el flujo y la reconversión de los recursos o capitales de los protagonistas en diversos momentos ahí presentados.

El referente teórico central empleado para el análisis es el de la economía de las prácticas sociales, de Pierre Bourdieu (2001). Con apoyo en conceptos como campo, capital y *habitus* se pretende analizar y explicar sistemáticamente las razones sociales del amor obsesivo de Karol Karol, el protagonista migrante, por Dominique Vidal.

La metodología empleada es la perspectiva relacional de Pierre Bourdieu en tres momentos: 1) la relación del campo con el campo del poder, 2) análisis y detección de las posiciones dentro del campo, 3) análisis de los *habitus* de los agentes (Bourdieu y Wacquant, 2005). Si bien un objeto de estudio se compone de una temática (la construcción social de las emociones, en este caso), un tratamiento teórico (la economía de las prácticas sociales de Pierre Bourdieu y su respectiva metodología relacional), y una dimensión empírica (delimitando a los sujetos de investigación de manera espacial y temporal), esta última se sustituirá por la narrativa del filme.

SINOPSIS

A manera de sustituto del referente empírico, se retoma la narrativa del filme como el contexto donde se desarrollan los fenómenos a explicar.

Karol Karol es un hombre sencillo con la gracia de ser buen peluquero en su ciudad natal, Varsovia, y que al concursar en otros países europeos como Bulgaria (en Sofía), Hungría (en Budapest), Francia (en París) y Polonia (en Varsovia), resulta ganador en ellos. En Budapest conoce a Dominique Vidal, estilista francesa quien era peinada por un compañero y con quien Karol establece una relación de matrimonio. Viven juntos por poco tiempo en Polonia y después emigran a Francia, donde inicia el declive económico de Karol por falta de apropiación del idioma, lo cual le produce baja autoestima e impotencia sexual (que considera transitoria), razón por la cual Dominique lo echa a la calle, no sin antes llevarlo a juicio con el fin de anular su matrimonio.

Deprimido, indocumentado, perseguido por la policía e indigente en el metro de París, Karol conoce a Mikolaj, un jugador de cartas polaco con quien traba una espontánea pero firme amistad, y quien lo lleva de regreso a Polonia oculto en su maleta. Una peculiar mezcla de amor y venganza hacia Dominique lo motivan a seguir adelante su camino, pero sin dejar de estar obsesionado por ella. En Karol hay claras manifestaciones de angustia por recuperar su relación matrimonial con Dominique, y en Mikolaj hay un desencanto por la vida a pesar de tener una familia. El primero sufre porque no tiene familia y el segundo por tenerla.

De nuevo en su país natal, retoma su oficio de peluquero y es recomendado con un hombre de negocios, quien lo contrata como guardaespaldas, y de quien aprende a hacer negocios al amparo de una pedagogía del

silencio. En este contacto cercano, de forma accidental se entera de un buen negocio de compra de terrenos a bajo precio que multiplicarán su valor a mediano plazo, se adelanta a comprarlos a su jefe y a partir de ello, acrecienta su capital inicial.

Una vez consolidado y reconvertido en empresario, y tras amasar una buena fortuna, finge su muerte y, de manera legal, deja como heredera a su exesposa Dominique, para así hacerla viajar a Polonia. Ella asiste al simulado funeral y entierro de su exmarido. Embargada por la tristeza, va a su hotel, donde Karol la espera, sostienen relaciones sexuales (pues recobra la virilidad) y después, como revancha por el maltrato recibido en París, la abandona tras tenderle una trampa donde la involucra como sospechosa ante la policía polaca del asesinato de su exmarido para cobrar la herencia.

Ella es llevada a la cárcel, donde recibe la visita de Karol. Ahí ambos sufren por sus respectivas condenas: ella por estar privada de su libertad, él por su desaparición legal, y ambos separados. Así se lleva a cabo la venganza de igualdad de Karol hacia Dominique, aunque en el fondo la sigue amando.

ABORDAJE TEÓRICO: LA ECONOMÍA DE LAS PRÁCTICAS SOCIALES

Se incluye este trabajo en el campo de conocimiento de la sociología de las emociones, migración y comunidades fronterizas, porque las tensiones emocionales son más evidentes al situarse un agente social en las incómodas condiciones de frontera y de migración. En términos sociológicos, la ubicación de un agente social en un campo específico se llama *posicionamiento*; es decir, al hecho de ocupar una posición social dentro del espacio social, por lo que “el análisis de las estructuras objetivas acarrea lógicamente el análisis de las disposiciones subjetivas, destruyendo de esa manera la falsa antinomia comúnmente establecida entre la sociología y la psicología social” (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 21). Al dirimir las exclusiones disciplinarias se posibilitan las explicaciones científicas con mayores y mejores resultados.

Si se entiende el posicionamiento social como el *momento objetivo* de la ubicación de un agente social en contexto, el *momento subjetivo* está vinculado al ajuste de sus disposiciones a esa posición social, o a su reposicionamiento, o por lo menos al deseo de hacerlo. En otras palabras, a cada posición social tiende a corresponderle una serie de disposiciones, entre ellas, las

afectivas (Bourdieu, 2001). Si las disposiciones son duraderas y trasponibles, entonces se está hablando de *habitus* (Bourdieu y Passeron, 1996).

Al fenómeno de la migración, ya sea *de facto* o por una aspiración latente, se le llama *reposicionamiento social*, referido al hecho de ocupar un lugar y cambiarse a otro, o al menos desear hacerlo (que no es sino movilidad social ascendente o descendente). Ocupar una posición conlleva una serie de disposiciones vinculadas a ella: inclinación, rechazo, simulación, resignación, indiferencia, entre otras (Cerón, 2012).

Una lectura reciente de Wacquant sobre el trabajo de Bourdieu permite recuperar la noción de “espacio” en tres dimensiones: física, simbólica y social, como un “modo topológico de conocimiento” (Wacquant, 2018, p. 9). Esto significa que un cuerpo extenso puede estar ubicado en un espacio físico en cuanto que entidad con volumen, pero ser ubicable en el espacio simbólico por medio de las valoraciones culturales (como “bueno” o “malo”). El espacio social es un espacio practicado. La concordancia entre estos tres espacios remite a prácticas de reproducción; los desajustes pueden llevar a fenómenos como el de la migración de una posición a otra.

Si bien la migración conlleva la idea de desplazamiento de un sitio a otro, este movimiento puede ser tanto físico, como simbólico o social, por tanto, a partir de la propuesta de Wacquant se pueden inferir tres tipos: 1. La *migración física*, que es el reposicionamiento de un cuerpo biológico de un lugar a otro; 2. La *migración simbólica*, entendida como la reubicación de algo o alguien dentro de un sistema axiológico sociocultural particular, sin que ello implique necesariamente desplazamiento físico; 3. La *migración social*, un reposicionamiento en la estructura de las jerarquías sociales. En los tres casos se da un proceso de desajuste-reajuste de las disposiciones respecto a la nueva posición, donde el ajuste no siempre se logra de forma exitosa. Lo anterior lleva a una serie de problemas subjetivos para el migrante porque implica la reorganización, la reestructuración y la actualización subjetiva de sí mismo y de los recursos objetivamente útiles para las nuevas condiciones, entre ellos, las emociones.

Un abordaje de este tipo permite explicar y comprender a la vez cómo la manifestación de las estructuras temporales de la vida afectiva están vinculadas a las prácticas sociales, produciendo *efectos sociosomáticos*, o sea, patologías experimentadas en los cuerpos biológicos (como impotencia sexual, en el caso del protagonista Karol, o el desinterés por la vida, en el caso de Mikolaj), pero influidas por los contextos externos, particularmen-

te en condiciones de migración de una posición social a otra. Por razones de espacio, aquí solo se abordará el caso de Karol.

Las buenas narrativas cinematográficas, cuando ofrecen los elementos necesarios, posibilitan la elaboración de un *socioanálisis* sistemático y pueden servir como un sustituto provisional del referente empírico necesario en una investigación educativa. Para Bourdieu:

El socioanálisis puede ser visto como una contraparte colectiva del psicoanálisis: así como la logoterapia de este último puede liberarnos del inconsciente individual que guía o constriñe nuestras prácticas, el primero puede ayudarnos a desenterrar el inconsciente social fijado en instituciones tanto como alojado profundamente en nosotros. (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 43)

Y así como hay enfermedades psicosomáticas ya avizoradas por el psicoanálisis de Sigmund Freud (1986), también las hay *sociosomáticas*, las cuales pueden ser analizadas sociológicamente, focalizando los orígenes sociales de los malestares más que sus efectos psicológicos. Si el psicoanálisis recupera la importancia del habla del paciente, el socioanálisis lo hace descubriendo las repercusiones de la ubicación social de los agentes con sus respectivas trayectorias. Así, al focalizar las condiciones sociales que provocan las patologías en los cuerpos individuales, se pueden detectar los componentes objetivos que coadyuvan al malestar de los sujetos. Como se mencionó, aquí se recuperarán de forma sistemática las nociones de campo, capital y *habitus* para ello.

En este trabajo también se parte de una distinción entre *emociones*, *sentimientos* y *pasiones*, siendo estas últimas el resultado de una relación dialéctica entre las dos primeras, caracterizadas por su duración temporal: las emociones duran poco tiempo, pero son muy intensas, mientras que los sentimientos duran más, pero son menos intensos; por otro lado, las pasiones pueden prolongarse en el tiempo y manifestarse como disposiciones obsesivas (Rosas, 2011). El objetivo no es el desarrollo de esta polémica distinción, sino analizar por qué las pasiones, en el caso de Karol Karol, protagonista de la película, pueden persistir en el tiempo y en el espacio, y cuáles son los efectos de ello. Esto se resolverá recuperando las nociones de *habitus*, capital y campo.

EL HABITUS COMO SISTEMA DE ESTRUCTURAS AFECTIVAS

Desde la dimensión teórica se puede considerar que las emociones, los sentimientos y las pasiones, si bien son cualitativamente distintos, pueden ampararse bajo la noción de *disposiciones afectivas*, las cuales, a su vez, pueden o no formar parte de los *habitus* de los agentes. En este sentido, un *habitus* es un “sistema de disposiciones duraderas y trasponibles” (Bourdieu y Passeron, 1996, p. 77). En este sentido, la trasponibilidad en sí misma es sinónimo de migración. Esta es una primera forma de entender los *habitus*.

En cuanto que disposición, el *habitus* es una acción potencial, una inclinación regular hacia cierto tipo de cosas y de rechazo por otras por el trabajo objetivo y prolongado de una inculcación externa. Para clarificar qué es una disposición, Bourdieu considera que:

... hablar de disposición significa, lisa y llanamente, tomar nota de una predisposición natural de los cuerpos humanos, la única, según Hume —de acuerdo con la lectura de Deleuze— que una antropología rigurosa está autorizada a presuponer, la condicionabilidad como capacidad natural de adquirir capacidades no naturales, arbitrarias. Negar la existencia de disposiciones adquiridas significa, hablando de seres vivos, negar la existencia del aprendizaje como transformación selectiva y duradera del cuerpo que se lleva a cabo por reforzamiento o debilitamiento de las conexiones sinápticas. (Bourdieu, 1999, p. 180-181)

Aquí conviene también recordar que, si bien el *habitus* es un sistema de disposiciones, no toda disposición es un *habitus* (Cerón, 2012; 2019). Se requieren dos aspectos a cubrir para que una disposición sea considerada *habitus*: su duración en el tiempo y la posibilidad de reproducirse en otros espacios distintos donde fue inculcado (que no es sino migración del punto de origen). Si se tiene cubierto este doble aspecto, se puede hablar con libertad de *habitus*; de no lograrlos de forma exitosa se tendrá a lo más una aproximación a una serie de disposiciones, pero no a un *habitus*.

El *habitus* es también una “estructura estructurada que tiende a funcionar como una estructura estructurante”. Es estructura porque se organiza sistemáticamente, no al azar (Maton, 2008, p. 51), y está estructurada porque tiende a recibir las influencias de su contexto externo modificándose para ajustarse a él o tomando otras vías distintas a las del ajuste (rechazo, antiopatía, simulación, resignación, etc.), por su posibilidad estructurante:

Estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas, el *habitus* es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales. (Bourdieu, 1998b, p. 170)

Las estructuras subjetivas más básicas de los cuerpos biológicos socializados son las *cognitivas*, las *volitivas* y las *afectivas*, y son la materia prima con la que trabaja el entorno social en sus sujetos y desde las cuales estos perciben, valoran y actúan en el mundo social. Basado en Cassirer (1968), Bourdieu también reconoce que las estructuras externas son de tipo socio-cultural: la ciencia, la religión, el lenguaje simbólico, el arte y el mito (Bourdieu y Wacquant, 2005). Cuando hay homología y ajuste entre las estructuras sociales externas y las estructuras subjetivas internas se tiene lo que podría llamarse un “*habitus* bien formado” pues los cuerpos biológicos socializados responden a las demandas externas de los campos de adscripción. Por el contrario, si hay un desajuste entre ambos tipos de estructuras se podría decir que hay un “*habitus* menos bien formado” (Grenfell, 2008, p. 83).

Siendo *habitus*, las estructuras afectivas son internalización de las condiciones externas objetivas y a la vez son externalización de las percepciones subjetivamente experimentadas. Esta es su *dimensión topológica*. Respecto a su *dimensión temporal*, las distinciones son más delimitadas: las emociones tienden a ser intensas, pero de corta duración, mientras que los sentimientos son menos intensos, pero más prolongados en el tiempo (Cerón, 2019). La relación dialéctica entre ambas estructuras afectivas produce *pasiones* oscilatorias en el tiempo y en el espacio; de ahí su acción prolongada.

En términos generales, en las sociedades occidentales modernas la vida afectiva ha sido considerada como opuesta a las expresiones racionales y con menor valía, y ha tendido a considerarse como un signo de madurez el (auto)control de las emociones, y de inmadurez una libre expresión de ellas (Ariza, 2016).

Para Bourdieu, las estructuras afectivas tienden a diferenciarse entre emociones corporales, pasiones y sentimientos, y están altamente influidas por las estructuras sociales externas:

Los actos de conocimiento y de reconocimiento prácticos de la frontera mágica entre los dominadores y los dominados que la magia del poder simbólico desencadena, y gracias a las cuales los dominados contribuyen, unas veces sin saberlo y otras a pesar suyo, a su propia dominación al aceptar tácitamente los límites impuestos, adoptan a menudo la forma de *emociones corporales* –vergüenza,

humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad— o de *pasiones* y de *sentimientos*—amor, admiración, respeto—; emociones a veces aún más dolorosas cuando se traducen en unas manifestaciones visibles, como el rubor, la confusión verbal, la torpeza, el temblor, la ira o la rabia impotente, maneras todas ellas de someterse, aunque sea a pesar de uno mismo y *como de mala gana*, a la opinión dominante, y manera también de experimentar, a veces en el conflicto interior y el desacuerdo con uno mismo, la complicidad subterránea que un cuerpo que rehúye las directrices de la conciencia y de la voluntad mantiene con las censuras inherentes a las estructuras sociales. (Bourdieu, 2000b, p. 55)

Lo anterior remarca la dimensión social de las estructuras afectivas: se experimenta vergüenza, humillación, timidez, ansiedad o culpabilidad por algo o por alguien; del mismo modo, se siente amor, admiración, respeto por algo o por alguien. La dimensión relacional que en el filme se exalta está entre dos posiciones: la *dominante* y la *dominada*. Esa relación asimétrica es externa, objetiva, pero tiende a experimentarse subjetivamente por los agentes implicados en ella.

En este análisis, el vínculo entre los *habitus* (dominantes y dominados) de Dominique y de Karol, y los campos (manifestados en dos espacios sociales distintos, como lo son Francia y Polonia), es explicable y entendible por medio de los *capitales*, esos recursos que operan efectivamente en esos campos y que son agenciados por los agentes involucrados.

En el caso de Karol, cuya lengua nativa es el polaco y no domina el francés, la falta de ese recurso en un contexto en que este idioma es impuesto y valorado como el oficial (en Francia), lo pone en una posición de desventaja frente a los que sí lo poseen y lo manejan; así, en una escena se lo ve conjugando un verbo en presente en el francés más básico. Como se explicará más adelante, esta es la razón de su debacle en su relación con Dominique. Por ello, es necesario explicitar la noción de *capital*. Esta es una herramienta clave para inteligir las acciones de los agentes involucrados.

LA NOCIÓN DE CAPITAL

¿Qué es un *capital*? En principio es un conjunto de recursos que tienen la capacidad de producir efectos en el campo en que son reconocidos y valorados como tales. Una de las características más prominentes del capital es que se trata fundamentalmente de “una relación social” (Bourdieu, 1998b, p. 112), lo que lo arrebató de esencialismos insulsos que lo harían parecer

trascendental en el tiempo y en el espacio. Pero esta característica dinámica lo aterriza en un espacio y en un tiempo determinados, pues como Bourdieu y Wacquant subrayan: “un capital no existe ni funciona salvo en relación a un campo” (2005, p. 155).

De acuerdo con Bourdieu (2001), hay cuatro especies fundamentales de capital: el económico, el cultural, el social y el simbólico, y las demás subespecies derivadas de ellas (el capital jurídico, el científico, el literario, el informático, entre otras). De ahí se deriva que otras características importantes a considerar sobre el capital en general radican en que “es trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma interiorizada o incorporada [... es] energía social en forma de trabajo vivo o de trabajo cosificado” (Bourdieu, 2001, p. 131) y “una fuerza inscrita en la objetividad de las cosas que determina que no todo sea igualmente posible e imposible” (p. 132).

Por el uso abierto de los conceptos teóricos para Bourdieu (Cerón, 2019), no hay un solo modo de entenderlos, lo cual implica una ventaja que trasciende la rigidez conceptual para amoldarse a referentes empíricos dinámicos, y dar cuenta más exacta de la realidad que se pretende explicar. Algunas maneras como Bourdieu explicó analógicamente la noción de capital ilustran el punto.

Como *trabajo acumulado*, el capital implica procesos sociales de su producción, oferta, distribución, circulación, valoración y devaluación, además del tiempo y la fuerza que conlleva producirlo, valorarlo y consumirlo. Por ejemplo, un título universitario es capital cultural institucionalizado cuyo documento oficial conlleva y acumula los certificados de los niveles educativos anteriores (educación básica y media) y objetiva todo el tiempo y todo el esfuerzo de su portador y de aquellos que trabajaron en la inculcación pedagógica y la valoración de las habilidades a apreciar en el evaluado.

Como *energía social*, es una potencialidad inscrita en los cuerpos y en las cosas, como los saberes que alguien adquiere por haber estudiado filosofía y desarrolla habilidades de pensamiento y de expresión oral, distintas a las que desarrolla alguien por haber estudiado medicina; en ambos casos se trata de capital cultural incorporado. Es comprensible que, en el ámbito natural, dependiendo del tipo de energía (solar, magnética, eléctrica, mecánica, eólica, etc.) será el tipo de efecto a provocar bajo ciertas condiciones. Lo mismo vale para el capital en los campos sociales.

Como *fuerza objetiva* produce efectos sociales visibles y perceptibles; por ejemplo, cuando se es miembro de un colegio prestigiado y se tiene

mayor oportunidad de ser aceptado en un cierto tipo de trabajo que cuando se es egresado de otro sin tanto prestigio. En ambos casos están de por medio tanto el capital social como el simbólico.

El capital también tiende a funcionar como un *recurso eficiente* en ciertos campos. Esto depende en gran medida de que el campo reconozca al recurso para que el capital pueda realizarse como tal; de ello deriva su valor y la fuerza otorgada a su poseedor. Es decir, funciona como *moneda de cambio* en mercados específicos en los que se “comercia” con ese tipo de capital y no en otros.

El capital también tiende a funcionar como una *ficha de juego* en los diversos juegos sociales. Y como en los juegos donde se usan fichas, hay dos aspectos a considerar: la cantidad y la calidad de las fichas poseídas –pues de ello dependen las estrategias a seguir en el juego–. Es lo que Bourdieu llamó el *volumen* y la *estructura* del capital, respectivamente, así como su trayectoria en el tiempo (Bourdieu, 1998b).

Conviene mencionar que las posiciones sociales ocupadas por los agentes sociales dentro de los campos están formadas por diversas especies de capital. Para Karol lo eran su acta de nacimiento, su visa, sus certificados de estudios, su acta de defunción (que no son sino *capital cultural institucionalizado*), y la evidencia de habilidades explícitas, como el manejo de idiomas distintos al nativo (*capital cultural incorporado*). Mikolaj tiende a funcionar como *capital social* reconvertido en *capital económico* dos veces, en el traslado de Karol en avión de Francia a Polonia, y con el dinero que le paga para matarlo.

De las analogías mencionadas, la más pertinente para este análisis es la del capital como *energía social*, dado que se puede detectar la transformación de una especie a otra, lo cual no limita su uso a las otras formas. De manera similar al modo en que la energía eólica aplicada adecuadamente a turbinas de aire puede transformarse en energía mecánica por el movimiento rotatorio de las hélices, y esta en energía eléctrica almacenada como energía química en una batería de reserva para ser usada de nuevo como energía eléctrica en el ámbito doméstico en dispositivos que lo requieren para funcionar, así los capitales económicos, culturales, sociales y simbólicos se transforman los unos a los otros cuando son empleados de forma eficiente.

Bourdieu dejó claro cómo los capitales se reconvierten de una especie a otra, lo que potencia la dinámica de los juegos y de las prácticas sociales.

Dado que el título es producto de una conversión del capital económico en capital cultural, la determinación del valor cultural del poseedor de un título, respecto de otros, se encuentra ligada indisolublemente al valor dinerario por el cual puede canjearse a dicho poseedor en el mercado laboral. (Bourdieu, 2001, p. 147)

Como se mencionó, la habilidad para emplear eficazmente o no los recursos poseídos depende de los *habitus* de los agentes sociales, los cuales son adquiridos en los *campos sociales* de adscripción. Si se piensa en el dominio de un lenguaje nativo como el polaco (*habitus* que tiende a funcionar como capital cultural incorporado en el mercado correspondiente –Polonia–, y en los espacios donde el polaco sea legalmente aceptado), quienes compartan ese recurso lingüístico tenderán a presentar más afinidad y cercanía en el espacio social, que quienes carecen de él. Con esto en mente puede darse lugar a otro concepto bourdiano que no se desarrollará aquí: la *clase social*, entendida como el conjunto de agentes sociales que practican y comparten recursos similares, con formas semejantes de adquirirlos y de consumirlos. De ello se deriva que la distribución de los agentes sociales en el espacio social (*campos*) depende de esos dos elementos constitutivos: *capitales* y *habitus*. Como se puede notar, los conceptos utilizados están íntimamente relacionados. Ahora falta introducir la noción de *campo*.

LOS CAMPOS SOCIALES

El espacio social está constituido por lo que Bourdieu denominó “campos sociales”. Estos son sistemas de relaciones entre posiciones objetivas que ocupan los agentes sociales en su vida social. No se debe perder de vista que cada posición está compuesta por los capitales ya mencionados (Bourdieu, 1998a). Quienes tienen más recursos valorables en los campos son susceptibles de tener una posición de ventaja con respecto a quienes carecen de ellos. En el caso de Karol, es comprensible que un polaco que no habla sino solo su idioma nativo en un país distinto como Francia esté en mayor desventaja respecto a los nativos que tienen este insumo incorporado. Cuando Dominique va a Polonia al simulado entierro de Karol, carecer del conocimiento del idioma polaco la pone en desventaja con respecto a los nativos. Ahí es donde el director transmite la “igualdad” entre los protagonistas: solo se es igual en condiciones asimétricas como estas. Y si en Francia Dominique es un agente social ocupando una posición dominante respecto a Karol por hablar el francés nativo, en Polonia ocupa una posición de desventaja.

Así como los capitales son asemejados a través de analogías para ser explicados, los campos sociales también lo son (Bourdieu, 1998b). Además de ser un *sistema de relaciones entre posiciones objetivas*, un campo también puede ser entendido como un *mercado* en el que se negocia por los bienes ahí circulantes. Un *campo magnético* es usado para explicar por qué ciertos agentes van a ciertos espacios sociales y no a otros. La figura de un *microcosmos* ayuda a entender cómo dentro de un campo se producen subespacios que tienden a funcionar como el campo de adscripción, pero diferenciándose de él por los intereses en las distintas apuestas en juego, de tal modo que, en el campo político, en las instalaciones de los funcionarios las relaciones entre los de alta jerarquía y los de más baja tienden a ser distintas, lo mismo que los afanadores de limpieza quienes laboran en el mismo espacio físico o los prestadores de servicio social: cada grupo tenderá a funcionar como una clase social en términos de Bourdieu y, por lo tanto, como un microcosmos (Cerón, 2018).

Una de las analogías más conocidas sobre la teoría de los campos de Pierre Bourdieu es la de una *arena* o un *sitio de lucha*, donde cada participante busca conservar o mejorar su posición respecto a sus contrincantes. Una figura aparte es la del campo como *espacio de juego*, pues a diferencia de las otras analogías que parecen estar sobrecargadas de constricciones sociales, esta noción del campo permite entender el margen de relativa libertad que experimentan los agentes sociales en sus prácticas cotidianas, asumiendo los riesgos y las emociones que implican los juegos como tales.

No sería exagerado decir que, si en cada campo se producen, circulan y consumen los capitales, pueda haber cierta correspondencia entre las analogías de los campos y las de los capitales, y sus relativas disposiciones (Cerón, 2018); de modo que:

1. A cada *sistema de posiciones* (campos) le corresponden ciertas disposiciones (*habitus*) en relación con los recursos (capitales) que estructuran el espacio social.
2. En un *mercado específico* (campo) hay bienes igualmente específicos (capitales) valorables por los esquemas de visión, división y percepción del mundo (*habitus*) de los agentes.
3. A un *sitio de lucha* (campo) le corresponde un objeto de lucha (capital) y las estrategias de lucha correspondientes (*habitus*).
4. Bajo la idea de *líneas de fuerza magnética* (campo), las energías correspondientes (capitales) operan como principios no elegidos de toda elección (*habitus*).

5. Un espacio de juego (campo) requiere de fichas pertinentes para participar en él (capitales), y un sentido del juego, un interés de participación (*habitus*).
6. Un microcosmos (campo) requiere de un centro gravitacional en torno al cual girar (*habitus*) para obtener los correspondientes favores y beneficios (capitales).

En cada caso, los tres conceptos se articulan de forma conjunta (Bourdieu y Wacquant, 2005).

PRECISIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

Las investigaciones sociales pueden ser consideradas como una instantánea del fenómeno que pretenden explicar, como una fotografía. Y así como una serie de fotogramas generan una película y dan la sensación de movimiento, una investigación que registra diversos tiempos de un fenómeno es también como una película. Al igual que el científico, el artista tiene un privilegio totalizante, pues sus prácticas son de carácter objetivante; es decir, tienen la posibilidad de la representación de los fenómenos y trascender los límites de las urgencias temporales, cronometradas, y volver atemporales –*cuasi eternos*– los registros realizados, para volver a ellos cada vez que lo desee.

En relación con el tiempo de la práctica, el tiempo de la ciencia es, en cambio, “intemporal”. Para el analista el tiempo se destruye: puede sincronizar, puede totalizar. El analista puede darse y puede dar una visión sinóptica de la totalidad y de la unidad de las relaciones, puede sincronizar incluso lo que en estado práctico no se halla así. En definitiva, está en condiciones de superar los efectos del tiempo (puede volver a ver lo filmado, puede volver a escuchar lo grabado, puede volver a leer sus notas de campo), hace desaparecer las urgencias, las amenazas, los temores, porque está situado fuera del juego (Gutiérrez, 2016).

Para fines analíticos, en la película *Blanc* se pueden distinguir al menos cuatro momentos: 1) el ascenso de Karol como un peluquero polaco ganador de concursos de corte de pelo en varios países y el inicio de su relación con Dominique, la bella francesa de quien se enamora; esta parte solo se obtiene de la narración de Karol con Mikolaj en el metro de París; 2) el declive de la relación de Karol con Dominique en Francia, que se mira al inicio del filme;

3) el ascenso de Karol hacia el mundo de los negocios en Polonia, y 4) el desenlace de la relación de Dominique y Karol en Polonia.

La metodología aquí empleada para el análisis es *relacional*, derivada de la teoría de la economía de las prácticas sociales de Pierre Bourdieu; por lo anterior, se considera que las emociones, si bien son experimentadas subjetivamente, están altamente influidas por su contexto social. Wacquant considera que Bourdieu tuvo el mérito de:

Introducir en las ciencias sociales el *método* estructural o, más simplemente, el modo de pensamiento *relacional* que, en ruptura con el modo de pensamiento sustancialista, lleva a caracterizar todo elemento por las relaciones que lo unen a los otros en un sistema del que obtiene su sentido y su función. (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 289)

En este sentido, la noción de *habitus* opera en una doble relación, tanto de instrumento del pensamiento, como de objeto de la reflexión. Si se piensa en un término como “profesión”, hay dos posibilidades de abordaje: como *instrumento* o como *objeto* (Grenfell, 2008, p. 221). Abordar la *profesión* como un instrumento es caer en la trampa de objetos preconstruidos, predefinidos institucionalmente; mientras que abordarla como objeto de reflexión es someterla y cuestionarla. Del mismo modo conviene abordar los sentimientos y las pasiones. Por el límite en el espacio, solo se tomará la segunda vía en este análisis, al poner en relación las estructuras afectivas de los personajes mencionados con los capitales poseídos y las posiciones ocupadas en los campos de acción, por tanto, es necesario abordar estos tres conceptos de forma conjunta.

ANÁLISIS PROPUESTO

Aunque el sistema teórico de Pierre Bourdieu y la economía de las prácticas sociales es aún más compleja (pues se han excluido nociones como *doxa*, *ataraxia*, *illusio*, *histéresis*, *estrategia*, *regla*, *clase social*, *enclasmiento*, *desclasmiento*, *reenclasmiento*, *dominación*, *violencia simbólica*, etc.), al haber presentado cada concepto base de forma interrelacionada, se tiene la posibilidad de realizar un análisis que permita la comprensión y la explicación propuesta (Grenfell, 2008), por lo que se podrán mencionar algunas de ellas, pero no desarrollarlas con la misma extensión que los conceptos base.

En el caso de *Blanc* –y por lo visto conceptualmente– se hacen inteligibles muchas de las acciones de los agentes con la aplicación de las nociones arriba mencionadas, toda vez que se entiende a los conceptos como instrumentos o herramientas analíticas.

El primer momento analítico es la relación del campo con el campo del poder. De entrada, tanto Karol como Dominique son aún mejor comprendidos si se los considera como agentes sociales en relación social, en este caso, asimétrica. En efecto, ellos no solo pertenecen a distintos espacios sociales, sino que se han apropiado de esos espacios sociales o, como dice Bourdieu citando a Pascal, han incorporado sus condiciones sociales externas:

“[...] por el espacio, el universo me comprende y me absorbe como un punto; por el pensamiento, yo lo comprendo”. El mundo me comprende, me incluye como una cosa entre las cosas, pero, cosa para la que hay cosas, un mundo, comprendo este mundo. (Bourdieu, 1999, p. 173)

Esto significa que ambos, más allá de ser ciudadanos de sus respectivos países, son agentes que han incorporado la parte del espacio social donde se han desarrollado: Karol es un punto en el espacio social llamado “Polonia”, comprendido y ubicado en un sitio particular, pero un punto con una visión de ese espacio social; en otras palabras, es un punto con un punto de vista. Lo mismo ocurre con Dominique; por lo tanto, la relación entre ambos es a la vez el encuentro de dos espacios sociales y de dos puntos de vista, desde la posición ocupada, de dos instituciones (Bourdieu, 2019).

Siendo deudores de las condiciones que les formaron, sus *habitus* también están estrechamente comprometidos con sus respectivos espacios, por lo que conviene clarificarlos. Por el contexto narrativo de la película se sabe que Polonia acaba de salir de las condiciones de la caída del muro de Berlín que representa la debacle del sistema socialista soviético y la entrada al mundo occidental con prácticas capitalistas. Por estas razones, Francia es un país mejor posicionado que Polonia respecto al desarrollo del liberalismo capitalista. Lo anterior hace deseable a Francia y aborrecible a Rusia (en el filme se deja ver el menosprecio de los polacos por todo lo que recuerde al sistema soviético).

De manera general se puede asumir que tanto Karol como Dominique han incorporado lo propio de cada país, como el lenguaje, los estilos de vida, las prácticas socioculturales, etc., lo que Bourdieu llama *doxa*; es decir, la imposición arbitraria de la cultura y la adhesión ingenua a esta por parte de

los sujetos. “La *doxa* originaria es esa relación de adhesión inmediata que se establece en la práctica entre un *habitus* y el campo al cual está acordado, esa muda experiencia del mundo como algo que se da por sentado y que el sentido práctico procura” (Bourdieu, 2007, p. 111). Este es el primer momento propuesto para el abordaje, o sea, la relación del campo con el campo del poder.

En el caso de Karol, hay una *doxa* neoconservadora, toda vez que anhele una esposa, una familia, pero con una mujer francesa, siendo con esto un tránsito de sus condiciones originarias, un migrante de su posición social a otra *mejor*. En el caso de Dominique, su *doxa* es liberal, pues le da lo mismo hacer el amor con Karol que con otro hombre; también es notable que mientras Karol y Mikolaj tienen familia, la de Dominique (de tenerla) nunca aparece en la narrativa de la película, ni cuando está en la cárcel. Las prácticas familiares liberales francesas llevan a sus miembros constitutivos a ser abandonados a su suerte. El caso de Dominique en la cárcel (y aun en la escena de la boda) lo confirman. La figura 5.1 intenta condensar lo anterior.

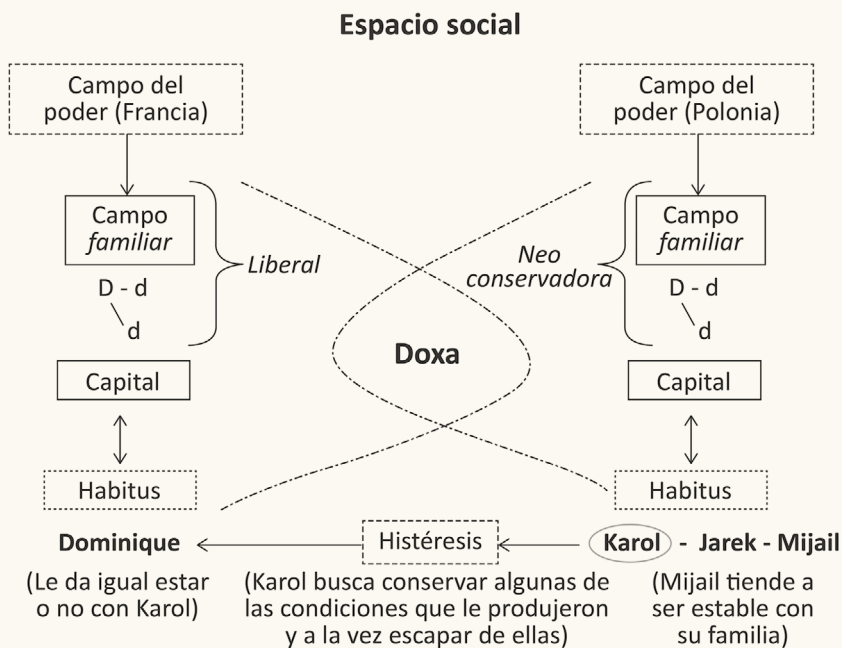


Figura 5.1. El espacio social de Dominique y Karol. D-d refiere a una relación familiar homóloga (entre padres), mientras que D / d alude a una relación social asimétrica (padres-hijos).

Fuente: elaboración propia.

Con esto en mente, ahora se puede explicar que, con los esquemas cognitivos incorporados en sus condiciones de origen, Karol se arriesga a establecer una relación con Dominique. Si la histéresis es el desajuste entre la posición ocupada y las demandas que se esperan de ocuparla porque las “condiciones de adquisición sobreviven en los *habitus*” (Bourdieu, 1998b, p. 108), su *doxa neoconservadora* opera con ese efecto retardador desde donde él espera que ella reaccione valorándolo a él y a su relación matrimonial. Por contraste, la *doxa liberal* de Dominique le lleva a centrar la relación matrimonial en la satisfacción o la insatisfacción sexual de la pareja; así, en la escena de la estética ella le reclama que él no comprende, que nunca ha comprendido cuando le dice que lo ama ni cuando le dice que lo rechaza. Con esta relación están dos mundos sociales en choque.

RECONVERSIÓN DE CAPITALES Y REPOSICIONAMIENTO SOCIAL

Una vez clarificado que el encuentro entre Karol y Dominique en el fondo es el de dos espacios sociales distintos, ahora se verá el papel que desempeñan los capitales detectados para posicionar y reposicionar a estos agentes sociales en los respectivos campos y los *habitus* ligados a ellos. Estos serían el segundo y el tercer momento metodológico, respectivamente, propuestos por Bourdieu para un análisis de los campos (Bourdieu y Wacquant, 2005); es decir, detección y análisis de las posiciones y el análisis de los *habitus*, respectivamente.

Pero ¿cómo se llegó a esta álgida situación en la pareja? Por razones de espacio solo se abordarán brevemente los tiempos identificados en la narrativa del filme focalizando el papel preponderante de los capitales poseídos o no para el posicionamiento en el campo y las correspondientes disposiciones (*habitus*). El primer momento (T1) es el encuentro entre Dominique y Karol en Budapest; el segundo (T2) es la debacle de Karol en París; el tercero (T3) es el ascenso de Karol en Polonia, y el cuarto (T4) es el encuentro de Dominique y Karol en Polonia.

T1 El encuentro entre Dominique y Karol en Budapest

¿Qué hizo que Dominique se enamorase de Karol? En ese momento, ella no miró a un polaco tráfuga de su realidad, ni a un aspirante a una vida

mejor, sino al ganador de concursos, y ¿cómo llegó él a esa posición? Como Bourdieu establece, el *habitus* en ciertas condiciones puede convertirse en capital (Bourdieu, 2001). En este caso, su oficio de estilista –que no es sino *habitus*–, al ofertarse para su valoración en los concursos, se reconvierte en capital valorable, y al resultar ganador, y certificado con los diplomas, hay una importante reconversión del *habitus* en capital cultural institucionalizado (los diplomas) y capital simbólico (ser ganador). Eso hace que Karol ocupe la posición más prominente y visible en el concurso donde conoce a Dominique. Por lo tanto, en ese momento ella se enamora de un ganador.

Ahora bien, que el concurso se haya realizado en Budapest, donde el idioma oficial es el húngaro, coadyuvó a neutralizar los idiomas respectivos de ambos protagonistas (francés y polaco), por lo que en ese momento no fue relevante el papel de los idiomas nativos de ambos.

Como un polaco ganador, el *habitus* de Karol lo lleva a sobrevalorarse respecto a los demás polacos de su clase: ahora se permite pensar que puede aspirar a una condición mejor respecto a la actualmente ocupada, y puede aspirar por Francia, y su forma objetivada en un cuerpo femenino, la de la francesa Dominique Vidal.

A ella nunca se la mira con amigos ni con familiares, ni cuando pisa la cárcel en Polonia; en las escenas de la boda, hay muy pocos invitados: ella carece de capital social en su propia tierra, y tampoco es una mujer sobresaliente en su ramo (la modesta estética y el viejo y destartado auto lo evidencian). Así que el encuentro social entre estos dos personajes es posible porque todo apunta a indicar que ella es una francesa socialmente devaluada en su contexto social por ser una mujer común, y Karol se ha convertido en un polaco socialmente sobrevalorado (al menos en su ramo), lo que les da una proximidad en el espacio social (Bourdieu, 1998a).

T2 La debacle de Karol en París

¿Por qué un ganador de concursos internacionales como Karol es presentado como un hombre sin éxito e insignificante en París? Desde el inicio el director hace saber al espectador que al protagonista no le va económicamente bien. La clave objetiva está en la falta de apropiación y de dominio del idioma francés, que en este caso no solo es un *habitus* lingüístico, sino que también opera como capital cultural incorporado y como capital social, porque media las

relaciones entre los agentes sociales. Ante el juez, Karol reclama por la desigualdad que como extranjero padece en Francia al no hablar el idioma francés.

Para ejercer el oficio de estilista no es suficiente tener las competencias requeridas bien incorporadas, sino que el canal de comunicación para un trato exitoso es el lenguaje; pues si el cliente no recibe lo que solicita, por muy bueno que sea el estilista, si este no comprendió las indicaciones del corte, el cliente no quedará satisfecho. En este segundo momento vemos un desajuste entre la posición de buen estilista que se supone es Karol, y los resultados que ofrece, y que no son retribuidos económicamente. Aquí no pudo darse reconversión de sus habilidades estilísticas por un capital simbólico positivo (en vez de esto hay desconocimiento) ni por capital económico. Esta debacle económica y simbólica es incorporada por Karol en forma de disfunción eréctil, y sumado todo esto ocurre una devaluación de su imagen ante Dominique: él no es más el ganador en quien ella se fijó, sino un inmigrante no exitoso y hasta impotente para satisfacerla sexualmente. De ahí que lo menosprecie hasta la promoción del divorcio, la expulsión de su departamento y su denuncia ante la policía.

T3 El ascenso de Karol en Polonia

En su regreso a Polonia, el capital social fue el primero en resultar eficiente para el reposicionamiento de Karol, a través de la ayuda de Mikolaij y de su hermano, pues careciendo de dinero, ellos lo suplieron y lo sostuvieron con sus propios recursos (dinero y techo, respectivamente). En Polonia, hablando polaco, su habilidad estilística es revalorada y por medio de una recomendación colabora con un pequeño negociante del que aprende a hacer negocios con solo observarlo. Tras la compra de terrenos que revende a un precio diez veces mayor, amasa una fortuna con la que contrata asesores financieros que le indican cómo y dónde invertir. De esta manera vemos cómo el capital social se reconvierte en capital económico y este en la adquisición de capital cultural (el conocimiento de los asesores financieros) para acrecentar su fortuna. Ahora ocupa una posición de exitoso hombre de negocios que es congruente hasta con la erguida *hexis* de su cuerpo, que lo lleva incluso a adoptar otro corte de pelo (por contraste con su postura maltrecha y hasta caricaturesca expuesta en T2 mientras estuvo en Francia).

T4 El encuentro de Dominique y Karol en Polonia

Cuando Dominique viaja a Polonia para lo que cree es el funeral de Karol, ocurre un doble reposicionamiento social: ella ahora migra a la posición de extranjera en un país que no es el suyo, aunque es nombrada heredera de la fortuna de su exesposo, y de vuelta al hotel donde se hospeda ella, le espera Karol asumiendo una actitud segura, por la posición dominante que le da el ser un polaco próspero en Polonia. Es notorio que hasta su cuerpo “reconoce” su nueva posición pues su disfunción eréctil desaparece ante Dominique, quien ahora ocupa la posición dominada en la pareja.

Además, Dominique carece de la apropiación del idioma polaco, lo que la hace depender de Mikolaj para obtener alguna información. Cuando llega la policía para arrestarla por ser sospechosa de provocar la muerte de su exmarido para cobrar su herencia, su primera reacción denota la histéresis correspondiente al mantenerse erguida y hasta retardora ante el oficial de policía que la cuestiona, y ella se defiende diciendo que es ciudadana francesa. No se ha dado cuenta de la migración de su posición social objetiva: de ciudadana francesa privilegiada por causa de esa nacionalidad, pasa a ser una extranjera en Polonia, y de ocupar una posición de rica heredera, nuevamente migra a una de devaluación por ser sospecha de un complot para matar a su exesposo y quedarse con su fortuna, por lo que es llevada presa. En cada posición que ocupa, ella realiza los ajustes socialmente demandados.

HALLAZGOS Y DISCUSIÓN

Como se analizó, cuando se emigra a un país extranjero, siempre se corre el riesgo de una pérdida de valor de los capitales poseídos (Bourdieu, 2008), lo que conlleva una devaluación de su poseedor, porque se le ubica en posiciones igualmente devaluadas: un ciudadano francés vale más en Francia que fuera de ese país; lo mismo ocurre para un polaco. De las respectivas devaluaciones sociales depende toda la narrativa de la película, porque la emigración siempre implica diversos grados de reconversión, generalmente negativa, como en este caso.

La migración lleva a reorganizar las estructuras cognitivas originarias. Es comprensible que “las situaciones de *inmigración* imponen, con una fuerza particular, la actualización del horizonte de referencia que, en las situaciones

ordinarias, puede permanecer en estado implícito” (Bourdieu, 2000a, p. 65). Pasar de ser un estilista en un país recién salido de la opresión soviética a reconvertirse en ganador de concursos en su ramo a nivel internacional, y de ahí a una debacle económica en Francia y la falta de reconocimiento como un gran estilista, lleva a Karol a objetivar estas migraciones inciertas en su cuerpo con la disfunción eréctil. Cada posición ocupada conlleva una auto-consciencia de su valor social.

En condiciones de migración física y simbólica, la inestabilidad es una constante que no siempre genera buenos réditos para el migrante. Por ello hace falta un anclaje social, o al menos simbólico. Dominique es ese objeto que le provoca la sensación de cierta estabilidad, al menos aspiracional, subjetiva, a pesar de los maltratos reales que recibe Karol por parte de ella. Por ello es entendible la obsesión pasional por su exesposa, pues es el anclaje que le da cierta estabilidad en condiciones inciertas de migración.

El nulo dominio de la lengua francesa por parte de Karol cobra factura en Francia, pues el oficio de estilista de cabello demanda una adecuada comunicación oral con los clientes al solicitar el tipo de corte. Al no entender completamente esas solicitudes, si bien se realiza el corte por manos de un buen estilista, el resultado no siempre es el esperado, por lo que no hay reconocimiento ni retribución económica a su labor, y esa es la génesis de una constante y variada peregrinación emocional en ambos protagonistas.

CONCLUSIONES

Quizás sea revelador que las emociones individuales objetivan relaciones sociales complejas entre los agentes sociales, de tal modo que la ira y la venganza sean más probables de expresar para quien ocupa una posición dominante (como es el caso de Dominique en T2, y el de Karol en T4), mientras que para el dominado (en el caso de Karol en T2 y de Dominique en T4), el sometimiento y el desatino de acción y de palabra le es más propio y aceptado, lo que significa que más allá de que las emociones se experimenten individualmente, hay una gran carga social que las origina, según las jerarquías sociales que otorga el orden social. De ahí que una ruta de escape de los cuerpos socialmente sometidos sea la de migrar de una posición a otra, generalmente buscando un mejor posicionamiento.

¿Por qué emigrar de lugar, como lo hace Karol? Porque la emigración puede producir un subjetivo efecto emancipador de las condiciones de las que se emigra, al cobrar consciencia de las desventajas respecto a otras posiciones mejor ubicadas. Para Karol, Polonia está en desventaja respecto a Francia por sus vínculos asociados al socialismo ruso (pues hasta los ladrones que golpean a Karol le denostan por portar un reloj ruso), y la cercanía geográfica con el país francófono vuelve a este codiciable, e impone rupturas con las condiciones anteriores por el distanciamiento y el alejamiento. De ahí que valga la pena apostar por la emigración.

¿Por qué llamarle *Blanc* a una historia de humor negro? Esto es posible en el campo artístico, donde el cine es solo una de sus expresiones, y el artista experimenta mayor libertad que en otros espacios sociales. Al menos en el caso de Krzysztof Kieślowski como director de cine, su objetivo filmico es muy evidente: si el color blanco de la bandera francesa alude a la *igualdad*, su obra tiene la abierta apuesta de denunciar que el país que la vitorea como uno de sus ideales sociales lo hace solo en el discurso, pues en la práctica la niega.

Siendo Francia un país que es un objetivo de muchos migrantes, la igualdad social solo queda en el ideal en muchos de los casos. Como cineasta de nacionalidad polaca, Kieślowski hace su denuncia social hacia Francia: la promulgada igualdad social no existe, y es en *Blanc* donde encuentra la oportunidad para hacer abierta su denuncia.

Hay al menos dos mensajes artísticos del color blanco en el filme: uno alude a la pureza de corazón de Karol, y otro a haber sido vejado por Dominique hasta quedar en blanco con sus ahorros, sus pertenencias, su estatus migratorio en Francia y hasta de su identidad.

Se sugirió realizar el análisis de este filme desde la perspectiva de Pierre Bourdieu porque en su momento, él mismo dejó una tesis doctoral inconclusa titulada *Las estructuras temporales de la vida afectiva*, por lo que sus herramientas conceptuales se consideraron como las óptimas para ello, develando que nunca ignoró la deuda social que tiene la vida afectiva experimentada subjetivamente. La expresión de emociones, sentimientos y pasiones son efectos sociosomáticos, comprensibles y sistemáticamente explicables por la vía del socioanálisis bourdiano.

Una de las principales aportaciones que se puede vislumbrar a partir del análisis propuesto consiste en considerar la migración como parte de las dinámicas y las prácticas sociales. Los desplazamientos de una posición social a otra rompen con el tratamiento sustancialista de las migraciones

limitadas a los espacios físicos, pues las aspiraciones subjetivas pueden promover las migraciones simbólicas y sociales. Más que simples roles ejecutados por los agentes sociales, lo que hay son posiciones objetivas por ocupar que demandan ciertas acciones con sus respectivos ajustes y desajustes, como los aquí abordados.

El caso de Mikolajj —no desarrollado aquí—, muestra cómo aun cuando no hay migración física, sí hay migración simbólica, pues en la serie de *Dekalog IV* y *X* de Kieślowski, de ser aquel la continuidad del personaje Michal, su dilema es ser padre de una joven a la que ama a pesar de ser su hija, y ella, llegada a la vida adulta, reclama el reposicionamiento de él, de padre a ser su pareja sentimental. Y aunque en la serie el director no muestra el desenlace, de forma juguetona retoma a varios actores de ambas películas de la serie en roles casi idénticos en *Blanc*. De ahí que, si Mikolajj se casa con su hija Ana, tenga remordimientos por haberlo hecho, y razones para no desear vivir; pero si no se casa con ella, aunque la ame, también tenga razones por haberse casado con otra mujer que no era de su interés. ¿De dónde proviene esta idea? En la penúltima escena de *Dekalog IV*, el padre de Ana sale de casa y la cámara lo capta a punto de entrar en un camino que hace una Y; es decir, entre aceptar o no el reto que Ana le lanzó para que se decidiera a migrar de la posición como padre a la de amante suyo. Y en *Blanc*, vemos a Mikolajj en el andén del metro de París en otra Y decisiva respecto a la solicitud de Karol Karol para llevarlo de regreso a Polonia en su equipaje y solicitarle que lo matara porque ya no deseaba vivir. Así era el talentoso genio de Kieślowski, visto y analizado desde el genio de Bourdieu con su sistema explicativo.

REFERENCIAS

- Ariza, M. (2016). *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bardzinska, J. (2015). *La doble vida de Krzysztof Kieślowski*. Donostia Kultura.
- Bourdieu, P. (1998a). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1998b). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000a). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.
- Bourdieu, P. (2000b). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée de Brouwer.

- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2019). *Curso de sociología general 1. Conceptos fundamentales*. Collège de France, 1981-1983. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1996). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Fontamara.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI.
- Cassirer, E. (1968). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. Fondo de Cultura Económica.
- Cerón, A. U. (2012). Habitus y capitales: ¿Disposiciones o dispositivos sociales? Notas teórico-metodológicas para la investigación social. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, (4), 68-82. <http://relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/view/131/134>
- Cerón, A. U. (2018). “La doble elección: la sociología y sus aspirantes”. En: R. Castro y H. Suárez (Coords.), *Pierre Bourdieu en la sociología latinoamericana. El uso de campo y habitus en la investigación* (pp. 227-244). Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cerón, A. U. (2019). Habitus, campo y capital. Lecciones teóricas y metodológicas de un sociólogo bearnés. *Cinta de Moebius*, (66), 310-320. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2019000300310>
- Freud, S. (1986). “El malestar en la cultura”. En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. XXI, pp. 57-140). Amorrortu.
- Grenfell, M. (2008). *Pierre Bourdieu. Key Concepts*. Acumen.
- Gutiérrez, A. B. (2016, 9 de diciembre). Investigar las prácticas y practicar la investigación. Algunos aportes desde la sociología de Bourdieu. *Kairos. Revista de Temas Sociales*, (1). <http://www.revistakairos.org/investigar-las-practicas-y-practicar-la-investigacion-algunos-aportes-desde-la-sociologia-de-bourdieu/>
- Kieślowski, K. (Director). (1994). *Tres Colores: Blanco* [Película]. MK2 Productions; France 3 Cinéma.
- Maton, K. (2008). “Habitus”. En: M. Grenfell (Ed.), *Pierre Bourdieu. Key Concepts* (pp. 49-65). Acumen.
- Rosas, O. (2011). La estructura disposicional de los sentimientos. *Ideas y valores*, 60(145), 5-37. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/view/36686/38636>
- Wacquant, L. (2018). Cuatro principios transversales para poner a trabajar a Bourdieu. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 36(106), 3-23. <https://doi.org/10.24201/es.2018v36n106.1642>



6. Máscaras de pemuche: análisis material de objetos emocionalmente evocativos en un caso de migración interna

Marissa Rodríguez-Sánchez

INTRODUCCIÓN

El 5 de septiembre de 2017 fui invitada a la celebración del cumpleaños de Alma¹ en su casa, junto con su esposo Carlos y sus hijos, Gabriel, de 10 años, y Carlitos, de 4. El festejo congregó a un grupo de dos matrimonios más y los hijos de cada familia nuclear; eran, como ellos, nahuas originarios de Jaguar², Veracruz, migrantes en Monterrey, Nuevo León. La fiesta también se dedicó a planear la “visita de regreso” (Hirai, 2014) al pueblo para celebrar *mijkailjuitl*³, como llaman a las fiestas de muertos en Jaguar. Desde el asentamiento de este grupo en Monterrey, hace 19 años, las fechas en que se celebra –del 28 de octubre al 4 de noviembre– se han fijado consuetudinariamente como el momento de su calendario migrante para reencontrarse con el terruño y con los locales, como una manera de fortalecer los vínculos entre las comunidades y participar activamente en ambos territorios (Duval, 2002; Glick-Schiller *et al.*, 1995). Por esta razón, la nostalgia, que

¹ Todos los nombres, incluido el del pueblo, han sido cambiados para respetar el anonimato de las personas.

² Cabecera municipal de 32 localidades. Población total: 6789 habitantes. En Jaguar: 1502 habitantes. Lengua principal: náhuatl. Grado de migración internacional “muy bajo”; grado de migración interna “muy elevado” (Comité Estatal de Información Estadística y Geográfica de Veracruz [CEIEG], 2019).

³ Del náhuatl *mijka*, que significa “muerto” o “muertos” e *iljuitl/ilhuatl*, que significa “día” o “días”.

–a decir de ellos– prima durante el resto del año, en esos momentos se tiñó de entusiasmo por la cercanía del anhelado viaje. Mis anfitriones y los invitados, de manera espontánea, pusieron especial esmero en explicarme algunos objetos rituales provenientes de Jaguar que decoran la casa: copaleros, toritos de barro (candelabros), instrumentos musicales y los objetos protagónicos: máscaras rituales de madera de pemuche.

Todos estos elementos representan un soporte esencial en la construcción de un espacio doméstico jaguarense; esto es, un espacio identitario inserto en una urbanidad ajena. Un escenario así constituido parece articular los territorios migratorios de manera alegórica a través de los objetos, toda vez que sirvieron para ilustrar la vida en el terruño, para explicar el ser jaguarense y las diferencias con la ciudad; a la vez, para describir las potencialidades, creencias y saberes asociados a los mismos. En paralelo, los discursos emocionales reveladores de la experiencia migratoria evocados por el objeto reafirmaron su naturaleza simbólica, ya que estos dicen algo distinto de lo que es la cosa misma y, como ha demostrado sobradamente la labor etnográfica, ello puede ser verificado a través del análisis de las narrativas.

En este sentido, podemos invocar los estudios trasnacionales de la migración, en cuanto advierten que: 1) la circulación de objetos de todo tipo –en ambas direcciones de los trayectos migratorios– son un medio de interconexión territorial que genera formas particulares de vida migratoria (Asakura, 2014; Besserer, 2014; Rivera Sánchez, 2006); 2) el traspaso de fronteras internacionales, de manera más o menos prolongada, provoca la transformación de los escenarios urbanos (Hirai, 2009) con la inserción de imágenes, objetos y prácticas procedentes de los territorios de origen, y estos representan valores, códigos y normas; en conjunto, funcionan como símbolos entreverados con las normativas preeminentes en los contextos donde se insertan, e incluso pueden provocar situaciones de conflicto social (Rivera Sánchez, 2006); 3) los desplazamientos de personas implican el desplazamiento de subjetividades y de emociones (Hirai, 2014). Por su parte, los estudios de migración interna –como en este caso– de igual modo han señalado la interconexión de la movilidad nacional por donde fluyen no solo individuos, sino también bienes, capitales e incluso servicios (Durand, 1986), así como diversas estrategias emprendidas por los migrantes que vinculan las zonas urbanas de destino con las zonas rurales de origen (Adler Lomnitz, 1975; Arizpe, 1978). La noción de circuito que pretende articular las migraciones interna e internacional en la construcción de vínculos entre migrantes en distintas escalas (Rivera Sánchez,

2017) destaca la naturaleza móvil del fenómeno a través de la circulación de personas, cosas y emociones.

A pesar de que esas ideas han sido más fecundamente explotadas desde los estudios de migración internacional, aquí planteamos el objetivo general de demostrar que, en el caso de migración interna Jaguar-Monterrey, se genera un circuito transterritorial material y, a la vez, emocional. Ahora bien, las narrativas de los informantes subrayan las características materiales de los objetos llevados desde el terruño hasta el destino migratorio a lo largo de los años (el barro, las tinturas, las herramientas para su confección); de entre los cuales, destacaron particularmente una nueva máscara de pemuche en forma de diablo llegada a su casa en Monterrey en época reciente, su constitución de objeto original, el ser de material del territorio de origen (madera del árbol de pemuche de Jaguar), así como su potencia ritual. Por estas razones, en este escrito seguimos el argumento de que la trascendencia de estos objetos se ancla en su substancialidad, constituida por la huella material de origen jaguarense expuesta en un territorio lejano y que estos objetos evocan emociones. Ello nos obliga a ampliar el enfoque más allá de la interpretación de las narrativas y atender dichos objetos como “Cosa”⁴ dada la incidencia discursiva acerca de su materialidad por parte del grupo descrito.

Estamos prevenidos de que, así trazado el panorama, refleja dos campos de análisis tradicionalmente escindidos: el de los significados y el de la substancialidad material. No obstante, consideramos que, si bien parecen irreconciliables, ello es derivado en gran medida de la construcción histórica de una manera de confrontar la realidad social y no se trata de un impedimento irresoluble proveniente de la misma (Marchán Fiz, 1982). En el mismo sentido, una de las características de la antropología contemporánea es cuestionar el empleo de teorías totalizadoras que pretenden abarcar una amplia gama de fenómenos sociales bajo el mismo tratamiento (Marcus y Fischer, 2004). No nos decantamos radicalmente por una u otra formas de análisis: interpretativo o material; antes bien, procuramos realizar un ejercicio donde se conjunten ambos, pues estimamos que derivará en una información más amplia del fenómeno estudiado. Y, en toda circunstancia, nuestra elección se justifica por la forma particular de referir la realidad social por parte de los informantes, la cual sirve de guía para delinear este estudio.

⁴ Nos referimos a uno de los significados del término en sentido coloquial y filosófico: “el específico, por el cual se denotan los objetos naturales en cuanto tales” (Abbagnano, 1961/1993, p. 246). Este sentido se extiende en términos kantianos a “las cosas tal como se nos aparecen a nosotros, o sea, sometidas a las condiciones de nuestra sensibilidad (espacio y tiempo) de las Cosas en general o de las Cosas en sí” (Abbagnano, 1961/1993, p. 246).

En lo siguiente, se presentan los ejes teórico-metodológicos, donde el fenómeno transterritorial Jaguar-Monterrey dialoga con el enfoque socioestructural para el análisis de las emociones (Kemper, 1978; Barbalet, 2001). Este enfatiza las fluctuaciones de poder y de estatus que los individuos ostentan, amén de las reconfiguraciones de sus relaciones sociales en distintos territorios, esenciales para entender la naturaleza relacional de las emociones. Con el empleo de la metodología multisituada (Marcus, 2001), se han *seguido* las máscaras de pemuche y las narrativas a su respecto (a través de trabajo de campo entre 2015 y 2017 por ambos territorios del circuito migratorio), con la finalidad de identificar sus significados contenidos en tanto cosa material y examinarlos bajo la propuesta de la “producción de presencia” (Gumbrecht, 2005). Esta sugiere otra manera de hacer asequible el conocimiento de los fenómenos y las cosas del mundo en contacto con lo humano; un análisis hermenéutico que no exalta la profundidad de la interpretación al atribuir significados ni otorgar un valor mayor a estos que a su presencia material.

Más adelante, en el apartado “Migración Jaguar-Monterrey: la discriminación, asunto de moral”, habremos de contextualizar, en clave histórica, el fenómeno migratorio a lo largo de los años, así como las vivencias emocionales negativas que ha padecido la comunidad jaguareense en la urbe destino, dada la alta incidencia de discriminación en Monterrey. Dichas experiencias permiten a la comunidad migrante realizar una lectura y evaluación de su posición en la sociedad receptora para ejecutar estrategias de adaptación y resistencia. Asimismo, en “Construcción identitaria: el orgullo por el origen” se explica cómo se lleva a cabo una autoidentificación positiva del grupo, a través del reconocimiento y puesta en práctica de los saberes propios, asentados en gran medida en la ejecución periódica del *mijkailjuitl* en tanto ritual *original* de Jaguar.

Las especificidades de la celebración de día de muertos se detallan en el apartado “El *mijkailjuitl*: entre difuntos y disputas”, con la descripción de los objetos utilizados, la forma en que se celebra, las fechas clave, las atribuciones para los sujetos según sus características interseccionales, entre otras. Asimismo, se abordan diversos aspectos fundamentales que permiten comprender el significado del ritual dentro de la comunidad jaguareense en su dimensión política; en este tenor, las acciones que delinean el ritual también generan conflictos, en tanto se trata de un asunto estrechamente vinculado al fenómeno migratorio singular de Jaguar. Pieza clave del *mijkailjuitl* son los

danzantes llamados *coles*⁵, quienes, portando las máscaras, danzan durante los días santos y cuya función principal es, a la vez, otorgar corporeidad a las ánimas de los difuntos que regresan a la Tierra y al terruño en esos días sagrados, tanto como divertir a la comunidad con sus juegos en busca de alguna retribución; estos asuntos son tratados en la sección “Los coles: reciprocidad y alegría”.

Antes de ofrecer algunas conclusiones derivadas del presente estudio en la parte final, en el penúltimo apartado “Materialidad y evocación emocional: las máscaras de pemuche”, se retoman las narrativas de la mencionada fiesta en torno a este objeto altamente significativo para los jaguarenses en ambas localidades del circuito migratorio. Se analiza su presencia material, argumentando que poseen un valor propio, intrínseco, independiente de la subjetividad del observador. Así, habremos de describir de qué formas las máscaras ejercen una importante influencia sobre las experiencias emocionales del grupo adscrito, pero también que, debido a su fuerza ritual, pueden llegar a tener efectos, incluso, en la salud de los individuos.

EJES TEÓRICO-METODOLÓGICOS

El fenómeno migratorio interno Jaguar-Monterrey se aborda desde una perspectiva transterritorial, con la finalidad de centrar la atención en las conexiones establecidas entre territorios migratorios a través de la constante circulación de personas y de cosas –el cual es un concepto compartido con los estudios de la migración transnacional–, así como la perspectiva socioestructural de las emociones desarrollada por Kemper (1978) y más tarde por Barbalet (2001), donde las variantes en el flujo de estatus y poder que detentan los sujetos a través de la reconfiguración de sus relaciones sociales en distintos territorios son elementos fundamentales para comprender la naturaleza relacional de las emociones; ya que la expresión emocional siempre es excitada por un agente externo, el cual puede ser, en este caso, una situación como la migración, el encuentro con una sociedad con códigos y valores ajenos, los objetos circulantes por el circuito transterritorial y los territorios mismos. De esta manera, comprendemos las emociones como fenómenos contruidos históricamente en un contexto social dado (Hirai, 2014), que

⁵ Del náhuatl *koli* que significa “viejo”. En otros lugares de la Huasteca a estos danzantes se les llama “huehues”, “enrebozados”, “viejos”, “cuanegros”, “negritos”, “vestidos” o “disfrazados”.

sirven para delinear las características identitarias de los individuos y de los grupos (Le Breton, 2012).

Recuperamos la metodología multisituada de Marcus (2001) en la cual el etnógrafo debe trasladarse *siguiendo*, literalmente, los desplazamientos de los migrantes en su trayecto migratorio con el objetivo de rastrear un elemento (personas, objetos, ideas, narrativas) que provea de información suficiente para trazar las conexiones entre los territorios de origen y destino, y que revela el funcionamiento del sistema completo en una menor escala. A través de esta metodología se pretende distinguir “otros sitios y mecanismos de producción y de consumo cultural distintos a aquellos sitios de producción tradicionalmente hegemónicos, como serían los sistemas económicos y políticos” (Marcus, 2001, p. 112).

Siguiendo a Marcus, se apela al análisis de las transformaciones que padece un objeto, ya sea por la manipulación de su naturaleza primigenia hasta convertirlo en un producto con una finalidad distinta a la original; o bien, analizar las transformaciones sufridas por el objeto a lo largo de un recorrido migratorio, ya sea por el distinto uso que se hace de él en distintos lugares, ya sea porque su significado se modifica conforme el objeto es desplazado junto con los sujetos. Para lograr explicar estas transformaciones, recurro a los presupuestos de la producción de presencia, de Gumbrecht (2005), con el objetivo de acceder a los significados de los objetos a través del análisis de la substancialidad de los mismos. La tesis es que el análisis de la materialidad de un objeto que vincula los territorios migratorios revelará una clase de información distinta a la que lee o interpreta el investigador a través de la observación, y esto reducirá el riesgo de sobreinterpretar la realidad que conlleva la reflexión tradicional de los fenómenos sociales.

Para realizar el análisis material de un objeto seguido durante el trayecto migratorio, se propone que este debe ser significativamente relevante para los actores migrantes; uno cuyo tratamiento por parte de los jaguarenses lo coloque por encima de otros objetos ordinarios y, en aras de puntualizar la metodología multisituada, que sea un objeto que acompañe a los migrantes en el trayecto transterritorial. Los objetos artísticos son un tipo privilegiado por Gumbrecht para desentrañar su significado a partir de sus características materiales.

Gumbrecht habla del *Ser* para referirse al objeto en tanto ente material y profundiza en este concepto mediante la formulación de cuatro tesis⁶; de entre ellas, la cuarta me interesa para los fines antes explicitados: “la obra de arte como sitio privilegiado del acontecer de la verdad, del des-ocultamiento y la retirada del Ser” (Gumbrecht, 2005, p. 82). Esta tesis se refiere a que la obra de arte es un objeto idóneo, aunque no exclusivo, para revelar la verdad de su significado o el *des-ocultamiento* de la verdad que entraña en tanto objeto material. El reconocimiento de las características sustanciales del objeto devela su relevancia significativa “haciéndonos ver las cosas de modo diferente al ordinario” (Gumbrecht, 2005, p. 83). Se trata de objetos alegóricos, simbólicos o evocativos de una clase de información que dice algo otro de lo que es el objeto mismo. Por tanto, un objeto que comparta esta característica evocativa de la obra de arte es asimismo un objeto privilegiado para revelar información.

Desde la propuesta de Gumbrecht, el vínculo entre la obra de arte y el des-ocultamiento del Ser no está mediado por la interpretación, sino que está dado a través de los conceptos de *tierra* y *mundo* contenidos en ese objeto. Aquí, tierra se refiere al Ser precisamente como sustancia, la presencia misma del Ser en su materialidad (que, al mismo tiempo, des-oculta otros elementos contenidos en ese Ser). Por mundo entiende “a las cambiantes configuraciones y estructuras de las cuales el Ser como sustancia puede volverse parte” (Gumbrecht, 2005, p. 86). Ello nos permite afirmar que, aunque el objeto y su significado inmanente son independientes de la interpretación y las formas dadas por cada cultura, no implica que no tenga ninguna forma asequible a los sujetos y, además, que el objeto puede sufrir transformaciones de contenido conforme a las transformaciones contextuales por las cuales transita.

Entonces, se asume que el des-ocultamiento del Ser ante los sujetos depende más de la capacidad y las herramientas que tal sujeto pueda desarrollar para lograr una mayor o menor comprensión del objeto analizado. La intención es, pues, realizar un análisis de otros objetos que, sin haber tenido su confección de origen dentro del campo artístico, comparten las características de aquellas en tanto objetos estéticos con un valor simbólico o evocativo, al menos para ciertos sujetos que cuenten con las herramientas culturales para su decodificación; tal es el caso de las máscaras de pemuche jaguarenses.

⁶ Las cuatro tesis propuestas por Gumbrecht son: Ser como noción de verdad, el movimiento del Ser es multidimensional, el concepto de *dasein* o existencia humana y la obra de arte como sitio privilegiado del acontecer de la verdad, del des-ocultamiento y la retirada del Ser.

MIGRACIÓN JAGUAR-MONTERREY: LA DISCRIMINACIÓN, UN ASUNTO DE MORAL

Yo me acuerdo que mi papá, mis tíos... los señores, pues, regresaban al pueblo luego de que se iban a otros lados a trabajar [...] Se iban a México y también acá a Monterrey, pero luego regresaban; o sea, no hacían hogar en otros lados, más que en Jaguar [...] ¿Ahora? No, ahora tenemos que establecernos, no queda de otra. Así pensamos mi marido y yo: “nos vamos, nos hacemos de una casa en Monterrey, con el favor de dios, ayudamos a mis papás y tenemos algo para los hijos; ya luego regresamos a Jaguar, que siempre lo tenemos en el pensamiento”. Y se nos cumplió con el favor de dios... Bueno, se nos va cumpliendo poquito a poco, porque no es nada fácil cambiarse, así como así y menos a una ciudad como Monterrey. (Alma, Monterrey, septiembre 2017)

Como ellos, muchos de sus *hermanos* jaguarenses salieron del pueblo en la década de 1990, cuando las de por sí precarias condiciones en Jaguar⁷ se exacerbaban debido a políticas económicas neoliberales que, además, vincularon los territorios Jaguar-Monterrey. Con la modificación del artículo 27 constitucional, se abrió la posibilidad de compra-venta de las tierras ejidales en el pueblo; esta acción fue aprovechada por agricultores neoleoneses, generando así un tránsito de jornaleros jaguarenses al sur de Nuevo León, que más tarde se extendió a otros sectores laborales del Área Metropolitana de Monterrey (AMM).⁸

Por otra parte, en 1990 tuvo lugar la privatización de Tabamex, comprada por el regiomontano Alfonso Romo. A la tabacalera del municipio vecino de Jaguar, Platón Sánchez, acudían los agricultores de la región para vender sus cosechas conjuntas, lo que permitía un ingreso permanente para la subsistencia; sin embargo, a partir de la privatización se redujeron las posibilidades económicas para los agricultores indígenas y se incrementó la migración de las personas más jóvenes de esa región (Sánchez Albarrán y García Martínez, 2014, p. 169).

Desde mediados del siglo pasado, Monterrey ha sido un importante foco de atracción migratoria interna por su oferta laboral y académica, y como centro de negocios internacionales. Fue una ciudad industrializada,

⁷ Es una de las dos regiones con mayor grado de marginación de la Huasteca (CEIEG, 2019).

⁸ El Área Metropolitana de Monterrey (AMM) está conformada por 13 municipios cuyas fronteras geográficas se han desdibujado debido al crecimiento desbordado de los mismos: Apodaca, Cadereyta, El Carmen, García, San Pedro Garza García, Escobedo, Guadalupe, Salinas Victoria, San Nicolás de los Garza, Santa Catarina, Santiago y la cabecera municipal, Monterrey.

aunque hoy día el sector servicios se ha expandido mayormente (Garza, 2010); ambos sectores “se han beneficiado de la migración de personas de zonas rurales [...] Por lo tanto, no es exclusivamente una ciudad industrial y los indígenas también residen en espacios urbanos” (Durin, 2008, p. 14), y van en aumento: los hablantes de una lengua indígena pasaron de 787 en 1970, a 7467 en 1995, y luego a 59,300 en el año 2015, de los cuales la gran mayoría se concentra en el AMM. Del total de la población indígena en Nuevo León, 58.4% son hablantes de náhuatl provenientes de las Huastecas veracruzana, potosina e hidalguense (Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas [CDI], 2016).

No obstante, desde el imaginario colectivo se llega a afirmar, en la cotidianidad, que en Monterrey no hay indígenas y ocurren marcadas prácticas discriminatorias. El imaginario toma forma política en la realidad social, por ejemplo, a través de la Encuesta Nacional para la Discriminación 2010, del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred). Su director, Bucio Mújica, detalló que “Nuevo León, y en específico la zona metropolitana de Monterrey, presentó resultados preocupantes con relación a la percepción de discriminación e intolerancia hacia algunos grupos de la población” (Conapred, 2011). Asimismo, 11 años después, la Ley Federal de Derechos Indígenas 2001 tuvo que ser aprobada mediante reforma a la Constitución del estado. La participación de grupos indígenas, a través de organizaciones regiomontanas, fue fundamental para concretar dicha reforma, incluida la desaparecida *Agrupación Jaguar* (González Rodríguez, 2015, p. 128).

Debido a lo anterior, debemos tomar con precaución las estadísticas, pues los censos para el área suelen verse afectados por los criterios con que se han construido (Durin y Moreno, 2008), y se deben considerar fenómenos como el auto-ocultamiento indígena en el AMM (Olvera *et al.*, 2011). Una encuesta reciente reveló que “el sentir pertenecer a un grupo indígena”, dio como resultado que, en realidad, cerca de 412 mil habitantes de Nuevo León estarían ligados a las comunidades originarias (Mendoza Lemus, 2016); empero, ciertas dinámicas discriminatorias, incluidas las educativas, contribuyen a la invisibilización de los indígenas en Monterrey (Torres, 2018).

Las actividades laborales emprendidas por los jaguarenses exigen manifestar su origen e incluso, han sido un medio para explotar las posibilidades económicas, sociales y políticas en un territorio altamente discriminatorio: en la primera etapa migratoria trabajan como empleados, obreros o en el trabajo doméstico remunerado; más tarde ejecutan labores representativas

de su cultura, como maestros de náhuatl o comercian sus textiles bordados y alimentos preparados, siempre en espacios formales (universidades, exposiciones municipales o estatales, museos, asociaciones civiles). Mantienen una intensa actividad política por el reconcomiendo de los derechos indígenas, principalmente mediante relaciones con la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) en Nuevo León; sin embargo, existen momentos en que prefieren, si no negar, por lo menos omitir su origen. En la negociación de las condiciones del trabajo doméstico, Carlos, Alma y Azucena coinciden en que no necesariamente señalan su origen étnico ante los contratantes, pues:

No tiene nada que ver con cómo hagamos el trabajo en la casa. Si decimos que somos nahuas, luego creen que cocinamos como otras y tenemos formas muy distintas; pero es porque ellas (las regiomontanas) no saben, creen que todos somos iguales y no va a estar una explicándoles; lo que quiere una es trabajar y ya [...] A las señoras les gusta mucho pisotear, a veces preguntan por eso, porque creen que pueden poner ellas todas las condiciones si una es india, creen que una no sabe ni leer ni plantarse por sus derechos [...] Si preguntan, pues una responde o le saca la vuelta; pero es más fácil decir “soy de Jaguar” y ya. (Azucena, Monterrey, septiembre 2017)

Los hombres tienen el mismo punto de vista acerca de la nula injerencia de su origen en el desempeño laboral; no obstante, las condiciones administrativas de las empresas no les permiten tomar la decisión de manifestarlo u omitirlo a voluntad, pues en diversas ocasiones deben llenar registros con rubros de *origen étnico*. Mario, esposo de Azucena, dice que él “se brincó” esa información, o sea, tuvo la oportunidad de omitirlo, pero aclara “no lo niego nunca que soy nahua, porque soy lo que soy; pero ¿qué tiene que saber la empresa si soy indio o no?”.

Hombres y mujeres jaguarenses aseguran no negar su origen, no dejarse explotar y reclamar abiertamente sus derechos “a diferencia de otros indígenas”. Desde su punto de vista, los otros indígenas son más propensos a ser discriminados social y políticamente, y a ser explotados laboralmente por las siguientes razones: porque portan ropas tradicionales, no aprenden español, no conocen sus derechos ni se interesan en aprenderlos y ejercerlos, no se adaptan a las dinámicas laborales y educativas, como asistir puntualmente, cumplir con largas jornadas de trabajo o laborar y estudiar en los días de fiesta de sus calendarios rituales; esto deriva en que llevan a cabo trabajos informales mal pagados y menos valorados socialmente.

De esto se desprende que los jaguarenses ejecutan conscientemente una lectura de la sociedad receptora, de los valores asociados con los elementos insertos en la estructura social, política y económica (lengua, vestimenta, uso del tiempo). Ello nos lleva a plantear que las diferentes situacionalidades experimentadas por los jaguarenses en el destino migratorio son significadas y evaluadas debido a cómo les reditúa una u otra estrategia, a saber, manifestar el origen étnico u omitirlo. En los casos descritos, se trata de estrategias conscientemente ejecutadas y no de acciones inexorablemente padecidas. La decisión de manifestar o de omitir su origen depende, por una parte, del poder que cada sujeto detente en la interrelación y, por otra, de la discriminación, beneficios o ausencia de estos, que puedan desprenderse de la relación en cada situación dada.

Parten de la asunción de que los regiomontanos tienen, gracias a su origen, beneficios legítimos dados de antemano, los cuales pueden o no conocer o ejercer, y son precisamente los objetivos buscados por los jaguarenses: actividad y derechos políticos, trabajo y educación formales que, en conjunto, derivan en mayor poder adquisitivo. Como afirmó Carlos: “ya ve, por donde quiera se ven regios que ni trabajo tienen y eso que nacieron y se educaron aquí”. Para ellos, los regiomontanos sí representan la discriminación, pero esta es siempre potencial mas no inminente; es decir, según los jaguarenses, las relaciones asimétricas donde se genera la discriminación étnica son sustentadas por ambas partes, y si bien reconocen la preeminencia de las desventajas sociales y económicas experimentadas en el territorio, por otro lado, reconocen la igualdad política que los equipara y sobre todo la superioridad moral que ostentan por sobre los regiomontanos.

No obstante –debemos enfatizar–, estas estrategias conscientes son el resultado de un largo proceso de adaptación social, en diversas ocasiones conflictivo y doloroso en la sociedad de destino, y no representan la totalidad identitaria del grupo, ya que “la consciencia articula solamente algunos segmentos de las identidades” (Rodríguez y Sieglin, 2009, p. 120). No significa que en la actualidad los jaguarenses se hallen exentos de sufrir desencuentros discriminatorios (ni que, en términos absolutos, manifiesten su origen étnico), sino que las posibilidades de que ello ocurra han disminuido como fruto de una lectura y evaluación de su presencia en contacto con los códigos y valores de las socioestructuras receptoras. Es una de las razones por las cuales estos sujetos limitan las relaciones con los regiomontanos a las estrictamente

necesarias, extendiéndolas a aquellas donde las disparidades de poder y de estatus sean más o menos equilibradas o bien, jueguen a su favor, como el caso de los grupos religiosos, dirigidos principalmente por las mujeres jaguarenses. Por otra parte, ese es un espacio donde ellas ganan una agencia y libertad individual mucho mayores, en comparación con la que suelen detentar en el pueblo, limitada a las labores domésticas.

En términos generales, los jaguarenses consideran a los regiomontanos sujetos contingentemente corrompidos por el dinero y los excesos (dado su origen, cercanía geográfica con Estados Unidos, historia y prácticas poco solidarias). Una sociedad alejada de la verdadera religión, ya sea deliberadamente o por los precarios conocimientos de las escrituras, lo cual los lleva a vivir de manera inmoral. Sobre todo, la consideran una sociedad carente de “cultura y tradiciones de origen”. Para los jaguarenses, ello explica, por una parte, el predominio de las prácticas discriminatorias de los regiomontanos, pues no cuentan con herramientas legítimas para valorar en su justa medida la cultura de los grupos indígenas que habitan en el AMM; por otro lado, este mismo argumento funciona para erigirse en una superior posición de poder moral en favor suyo:

Aquí ni los respetan a sus muertos, ¿saben de verdad lo que es día de muertos? No. Aquí tienen el *Halloween*, pero eso ni es mexicano, eso es de los gringos [...] despierta al diablo, lo alegran porque lo invocan y ni se dan cuenta; creen que es un juego. A los niños los disfrazan y les inculcan la adoración al diablo ¿Cree que eso está bien? Eso no está bien. Eso no es de nosotros. [...] Aquí [en Monterrey] nosotros no ponemos arco;⁹ no es lo mismo porque allá vamos [a Jaguar] y tenemos todo para recibir a nuestros muertitos. Luego, mire, por otros lados le decimos [sic] *Xantolo* y sí, está bien, pero para nosotros es el *mijkailjuitl*, que está más correcto. ¿Sabe usted por qué? (Carlos, Monterrey, septiembre 2017)

CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA: EL ORGULLO POR EL ORIGEN

La pregunta abierta de Carlos, en el párrafo anterior, destaca la noción lingüística relativa a los rituales religiosos para distinguirse de los otros. La construcción identitaria de un grupo se ancla y se expresa por una multiplicidad

⁹ Se refiere al arco de otate que enmarca la ofrenda ritual destinada a los difuntos durante los días del *mijkailjuitl*.

de fenómenos y medios. En este caso, nos interesa destacar la identidad cultural discursiva con base en el habla, pues se halla vinculada a las especificidades del *mijkailjuitl*. En este nivel de abstracción del lenguaje, “la lengua identitaria, normalmente va asociada a un orgullo [...] de hablar esa lengua distinta y también va asociado a una voluntad de reivindicar la lengua en cuanto a su distintividad” (Esteban-Guitart *et al.*, 2007, p. 8).

El náhuatl hablado en Jaguar¹⁰ incluye un sustrato léxico propio, es el uso del idioma que se diferencia a nivel del habla.¹¹ Esta se ejecuta en contextos situacionales donde el discurso, oral o escrito, guarda una relación de afinidad directa con la identidad de quien lo emplea:

... se trata del proceso de atribución de identidades propias o mutuas por medio de textos o discursos que hacen los individuos o grupos, o [...] cómo en las formas de interacción se manifiesta la identidad de los interlocutores. [...] mediante el habla ocurre algo diferente, algo que se podría definir como constitución de identidad [...]

El concepto de identidad cultural se aplica a menudo al habla: un grupo se diferencia de otro gracias a características determinadas [... ya que] se parte de la suposición de que existe una relación de identidad entre los miembros del grupo [...]. Por otro lado, empero, se trata de una relación de no-identidad, esto es, de una diferenciación frente a otro grupo. (Zimmerman, 1991, pp. 8-9)

Después de las fiestas patronales de cada municipio en la región Huasteca, la celebración más notable es *Xantolo*. El vocablo deriva del latín *sanctorum* (*sanc*: “santo”; *torum*: “todos”). De ahí las formas nahuas *xan* y *tolo* que significan “todos santos”. En cambio, en Jaguar, como hemos dicho, hablan del *mijkailjuitl*. Aunque en esencia ambos nombres refieren a la misma festividad que conmemora el retorno de los difuntos a la Tierra, el *mijkailjuitl* es tenido por más cercano a la cultura particular jaguarensa. Aluden a “la originalidad”, refiriéndose conjuntamente al “origen” histórico y a “lo original” del ritual en Jaguar.

Podemos señalar dos tipos de narrativas que justifican lo anterior. Una esgrimida por un grupo de conocedores locales con educación formal: los maestros normalistas Plácido, Ruth e Ignacio (Jaguar, noviembre 2015), cuya narrativa se remonta a los primeros habitantes del pueblo: al ser nahuablantes de origen azteca, el mictlán tenía un lugar especial dentro de su cosmovisión, del

¹⁰ De entre las 30 variantes del náhuatl habladas en México reconocidas por el INALI, se encuentra el náhuatl de las huastecas veracruzana, hidalguense y potosina.

¹¹ Me refiero a la forma tradicional saussuriana que distingue lenguaje, lengua y habla.

cual deriva *mijka* (muerte); por su parte, *Xantolo* es una “castellanización” del latín *sanctorum*.¹² Entonces arguyen que previo a la Conquista, en Jaguar ya se celebraba el *mijkailjuiltl*. El hecho de que en otros lugares de la Huasteca nahua celebren *Xantolo*, habla, según los informantes, del desconocimiento de los orígenes, del poco resguardo de las costumbres y de la inexorable mezcla de términos, costumbres y tradiciones que se han efectuado a lo largo de la historia, mayormente en otros lugares vecinos. En Jaguar, el mestizaje ha ocurrido en mucho menor escala y la prueba irrefutable para este grupo es la originalidad léxica, verbigracia: el *mijkailjuiltl*.

El segundo conjunto de narrativas proviene de jaguarenses sin instrucción formal (incluidas las personas asistentes a la fiesta en Monterrey y otros informantes locales), cuyos conocimientos históricos del pueblo fueron adquiridos por tradición oral. Para este grupo, los orígenes del ritual están enunciados en formas como “desde los abuelos festejamos el *mijkailjuiltl*. *Xantolo* se celebra allá en otras partes; aunque ahora también le dicen *Xantolo* aquí” (Carlos, Jaguar, noviembre 2017). Ambos grupos manifestaron el orgullo de poseer los conocimientos sobre la originalidad del ritual y del pueblo, a diferencia de los nahuas huastecos cercanos a Jaguar.

Identificarse como parte de un grupo es al mismo tiempo distanciarse de otro u otros, y otorgarle un valor diferencial al grupo de adscripción. Esta autoadscripción como jaguarenses es expresada en términos afectivos a través de narrativas individuales y colectivas que manifiestan literalmente el “orgullo de ser jaguarense”. El orgullo forma parte de las llamadas “emociones sociales” (Elster, 1999; Kemper, 1978) o “emociones morales” (Mercadillo *et al.*, 2007; Turner & Stets, 2006):

... existen otras emociones dependientes en mayor medida de la cultura, de una determinada dinámica social y de una evaluación previa a su manifestación. Este es, en especial, el caso de las llamadas emociones morales, cuya experiencia subjetiva y expresión motora se originan en función de los intereses o del bienestar, ya sea de la sociedad en su conjunto o bien de personas distintas de quien experimenta la emoción. Estas emociones complejas surgen [...] ante factores culturales y sociales que participan en su manifestación como puede ser la aparición de un público o la referencia a un valor.

[Son] emociones de autoconciencia que incluyen la culpa, la vergüenza, el pudor y el orgullo, cabe señalar que la vergüenza y el orgullo son emociones relacionadas a la dominancia social. (Mercadillo *et al.*, 2007, pp. 2-3, 7)

¹² El fenómeno lingüístico por el que se deformó el término latino *sanctorum* en realidad transita por el náhuatl antes que por el castellano; no obstante, me remito a la información referida por los entrevistados.

El orgullo se asocia, coloquialmente, a conductas de excesiva autocomplacencia; sin embargo, no se debe perder de vista que, desde un análisis antropológico, estas ofrecen información acerca de cómo los sujetos significan sus realidades en tanto sujetos de poder inmersos en una estructura social. Para nuestro caso, no se trata de indagar cuán fundamentado es el orgullo expresado por los jaguarenses desde la perspectiva de quien observa, sino que los valores útiles para comprender la eficacia significativa de la emoción son los valores de quienes reconocen el poder y el estatus que otorga el orgullo durante los encuentros relacionales en ambos territorios. Por el contrario, si el orgullo expresado no encuentra reconocimiento en el interlocutor, el individuo o el grupo experimenta la minusvalía de poder, y ello puede derivar, como en efecto ha sucedido, en emociones de vergüenza, tristeza, enojo o frustración por padecer discriminación en Monterrey.

La expresión del orgullo es relevante porque informa “acerca del estado del vínculo social entre dos individuos (o grupos): [...] el orgullo expresa un nivel adecuado de deferencia, seguridad y distancia entre dos sujetos” (Ariza, 2017, p. 74). El resultado es un indicador significativo de cuáles son las cosas de mayor relevancia para los sujetos en cuanto parte de una comunidad. Los elementos relevantes corresponden, entonces, al cúmulo de asuntos significativos en la jerarquía de los valores culturales y están relacionados con una clase de afecto colectivo.

Como hemos visto, un asunto de suma relevancia para los jaguarenses, dentro del espectro de elementos identitarios, es el ritual del *mijkailjuitl*. El ritual les incita orgullo, porque parece condensar elementos simbólicos e identitarios del grupo en ambos territorios migratorios; representa una motivación que impulsa a los sujetos a ponerse en marcha, cada año, para emprender el viaje de visita al pueblo, en espera de retornar definitivamente en algún momento. El reencuentro emocional entre migrantes y locales, posibilitado por el ritual, también es un espacio revelador de las transformaciones socioestructurales propiciadas por la migración.

EL MIJKAILJUITL: ENTRE DIFUNTOS Y DISPUTAS

El *mijkailjuitl* es un ritual de tipo cíclico y recordatorio que regula culturalmente el paso del tiempo lineal a uno periódico, mediante una relación con

los ciclos agrícolas. Los vivos reciben, de manera extraordinaria, a los difuntos; estos esperan ser recordados y ofrendados. A cambio, ayudan a solventar la necesidad de trascendencia del vivo (Pérez Castro, 2012). El intercambio recíproco implica la preparación de una serie de elementos materiales y discursivos que dan forma al *mijkailjuitl*, así como una disposición emocional particular para entrar en contacto con los seres sobrenaturales.

Jaguar se prepara para recibir a sus muertos con la realización de actividades domésticas y públicas. Entre las primeras, la familia en conjunto lleva a cabo la instalación de un camino de pétalos de cempasúchil que guía a los muertos de la puerta de la casa hasta los arcos hechos de otate. Estos enmarcan el espacio donde se disponen las fotos de los fallecidos, los toritos y las mesas con ofrendas para las ánimas. Se les recibe primero con platillos dulces, libres de picante o alcohol, pues el 28 de octubre llegan los niños. El 29 vienen los *matados* (muertos violentamente). El 30 se le ofrenda a las *ánimas solas*, que no las recibieron de sus parientes. El 31, los nonatos o quienes no alcanzaron el bautismo. El 1.º, los *nuevos fallecidos* (muertos en el último año). Y el 2 de noviembre se recibe al resto de las ánimas. Los días 3 y 4 se destinan a la convivencia entre vivos y muertos hasta el último día que se despiden en el panteón, a donde todo el pueblo acude con música, comida y baile.

Una vez que el arco ha sido construido por la familia, es responsabilidad de las mujeres preparar los alimentos diarios, así como sahumarlos antes de ingerirlos. Mientras explican los significados del ritual, rezan en voz baja, alientan al resto de la familia a hacer imploraciones íntimas y a mantener una conducta respetuosa por los muertos. También tienen bajo su responsabilidad el ofrendar al alma sola, aportando alimentos a un difunto cuya familia no lo hizo. Es una actividad que demuestra compasión, cuidado y piedad.

Por el contrario, la actividad que delinea el *mijkailjuitl* en el ámbito público es la danza de los coles. Son ejecutadas por cuadrillas de 10 a 12 hombres que *juegan*, como ellos les llaman a las coreografías acompañadas por una banda de viento¹³ también compuesta por hombres. Su función es permitir que las ánimas de los muertos se invistan en su propio cuerpo, produciéndolos en una presencia tangible. Para ello, usan un atuendo exagerado, ropas viejas y maltrechas, y portan máscaras que los alejan, metafórica y materialmente, del mundo de los vivos. Danzan hasta 18 horas al día por las calles del pueblo, lanzando cuetes, gritos y chistes o *chanzas*.

¹³ Una banda de viento está conformada aproximadamente por 13 integrantes; los instrumentos que ejecutan son: guitarras quintas, violín, jaranas o "huapangueras", trompeta, bajo, bombardino, barítono, trombón, saxo, tambora, tuba, tarola y platillos.

El cambio de un ámbito cotidiano a uno extraordinario que se instaura los días sacros del ritual se constituye en un periodo liminal porque remarca el paso de la vida a la muerte y posibilita el tránsito (sin violencia) de una etapa ordinaria a una sagrada (Pérez Castro, 2012). El ritual aglomera de manera particular a los sujetos, puesto que atañe a la comunidad en su conjunto. Esta reproduce las normativas sociales de poder que prevalecen en territorio jaguarense en momentos ordinarios, asignando atribuciones específicas a cada individuo: un espacio limitado a lo privado, de labores domésticas, de cuidados, solemnidad y de enseñanza de significados para las mujeres; y un espacio público (todas las calles del pueblo), abierto, alegre y asparentoso dominado por los hombres.

La tradición prohíbe a las mujeres jugar como coles; no obstante, a diferencia de las migrantes y de las locales más jóvenes, para aquellas que no han migrado, de mediana edad y casadas, regularmente es un espacio no deseado. Al respecto, cinco mujeres con estas características, que cocinaban para una cuadrilla de coles, acompañadas por el abuelo de la casera, comentaron:

Rosa: yo creo que hacemos el mismo esfuerzo que ellos hacen. Ellos bailan, nosotras hacemos, por ejemplo, la comida. Todo lo necesario para estas fiestas.

—¿Les gustaría jugar como coles?

Mujeres: ¡No! (general y rápido).

Dora: nosotras nos quedamos. Ya luego en la noche bailamos en el baile.

Rosa: además, no nos gustaría porque es muy pesado, se cansan. Está mejor una aquí porque ya se sienta, ya se platica y a veces llegan muy tarde y una hace sus cosas tranquila, sin que ellos anden por aquí... estorbando (risas de todas las mujeres).

Abuelo Beto: no bailan porque es la tradición. Ellas no pueden andar de coles. Ya estaríamos rompiendo la tradición de toda la vida desde los abuelos. (Jaguar, noviembre 2015)

En el diálogo, el poder asignado al género y la edad del único hombre le otorga mayor valor en comparación con las mujeres y reprime sus comentarios. Ese poder inscrito en una taxonomía previamente configurada reproduce el orden socioestructural normativo durante el *mijkailjuitl*, atribuyendo a hombres y a mujeres, no solo las actividades que deben realizar, sino también a las que deben aspirar dentro del ritual (Turner, 1980). Su expresión

se caracteriza por “el control explícito de la palabra, los gestos y las vestimentas” (Da Matta, 2002, p. 57), así como por “creencias obligatorias conectadas con prácticas definidas que se dirigen hacia los objetos definidos en tales creencias” (Durkheim, 1982, p. 10).

En la actualidad, la ausencia de hombres debido a la migración ha propiciado que las mujeres se integren al juego de los coles. En particular, las mujeres migrantes apoyan abiertamente a las más jóvenes que desean jugar. La posibilidad de confrontar los preceptos jaguarenses deriva de su experiencia social y laboral en Monterrey; tienen una mayor agencia política y una posición de poder individual que les permite expresar su opinión por sobre las normas, lo cual no es aceptado fácilmente por los locales. Surgen tensiones y disputas entre ellas y los otros, pues ni el poder ganado en una sociedad ajena ni las normativas sociales son transmutables de una comunidad a otra sin conflicto (Le Breton, 2012).

De esta manera, si bien el ritual representa un medio a través del cual se reafirman los lazos sociales entre locales y migrantes de forma periódica para constituirse como una comunidad moral (Durkheim, 1982), es también un espacio donde se dirimen conflictos y se llevan a cabo negociaciones. El sentido del ritual no radica solamente en el despliegue de una serie de actividades reglamentadas en relación con los elementos sagrados y sobrenaturales, sino en la interacción de esos elementos que conforman la estructura total del ritual (Lotman, 1996), posibilitando la confluencia de elementos simbólicos de órdenes o arenas provenientes tanto del ámbito de lo sagrado como de lo cotidiano (Turner, 1980).

Asimismo, los hombres suelen enfrentar la minusvalía de poder en el contexto del ritual, pues si bien les es reconocida la contribución de las remesas que aportan a las familias y al pueblo durante el *mijkailjuítl*, la distancia geográfica más o menos prolongada por su vida migratoria supone para los otros un alejamiento emocional de los valores legítimos condensados en las formas generales del ritual y, en particular, en el juego de los coles. El destino migratorio aparece como un lugar de ensayo para alcanzar un grado más depurado de poder económico y político, empero, en el pueblo debe ser comprobado el arraigo a las costumbres. Se asume que los días rituales son una plataforma para demostrar ambas capacidades y ocupar una posición estructural significativa en la comunidad de origen. Entonces, precisamente porque el *mijkailjuítl* es un espacio de acción legítimamente institucionalizado, tanto hombres como mujeres someten a evaluación su estructura, los elementos

que reproducen las formas de dar sentido no solo al ritual, sino a la identidad comunitaria que se traduce en el reconocimiento y prestigio individual y colectivo; en otras palabras: el *mijkailjuítl* es un espacio de disputa de poder.

LOS COLES: RECIPROCIDAD Y ALEGRÍA

Lo que pasó fue que, hace mucho, llegaron los coles a la casa. Estaban los caseros y el hijo. La señora, que era panadera, les dijo que no, que no quería que bailaran en su casa. Así estuvieron, los coles dale y dale con los gritos, y los caseros que no. Entonces, el cole dijo: “ya nos vamos, pero antes de que nosotros regresar (*sic*), ustedes nos estarán llamando para bailarle a su muerto”. Y así pasó. No tardaron ni un día, ni un ratito y los caseros les llamaron a los coles, porque el hijo, que estaba sano, se les había muerto así, de pronto. (excole Concho, Jaguar, noviembre 2015)

Este es un mito jaguarenses que especifica las relaciones de reciprocidad e intercambio erigidas entre vivos y muertos, y remarca la importancia de las ofrendas y el acatamiento de las tradiciones. Los dones que se le deben a los dioses y a sus representantes en la Tierra, como los seres sobrenaturales, cobran mayor relevancia (Mauss, 2009).

Los coles llaman *jugar* a ejecutar sus danzas, pero no es cosa menor, al contrario, es una actividad destacada, ya que encarnan a los antepasados difuntos de la comunidad, quienes cimentaron sus bases y las del *mijkailjuítl*; por tanto, ser cole implica compromiso y disciplina. Un hombre que decida jugar debe hacerlo por al menos siete años consecutivos, de lo contrario su cuerpo padecerá la enfermedad de cole. Los síntomas físicos pueden incluir fiebre, dolor de huesos, migrañas, pérdida del conocimiento y hasta parálisis de alguna extremidad. El síntoma innegable es la enfermedad de los sueños: las imágenes de los coles se presentan repetidamente en las pesadillas del sujeto enfermo, lo asustan, lo despiertan bañado en sudor y le reclaman su presencia en el ritual. Antes de que se incorpore al juego debe ser sanado por los otros coles, quienes danzan alrededor de él, mientras permanece sentado en una silla, al tiempo que lo sahúman con copal.

También ha sucedido que algunos enferman de sueños, aunque nunca hayan contravenido la norma de participar siete años. Esta situación se puede interpretar de distintas maneras: 1) el sujeto se impresionó al ver las formas inhumanas de los coles; 2) las ánimas eligieron a ese sujeto para que los encarne en el siguiente ritual; 3) el sujeto no pagó la danza o 4) se burló de los coles.

De esta manera, las normativas impuestas para la participación de los coles aseguran la permanencia del mismo ritual. Dentro del esquema que ordena las prácticas rituales no existe posibilidad de infringir las normas impuestas por los antepasados sin recibir una sanción. Estas normativas rituales del *mijkailjuitl* se reafirman de manera grupal y no son dictadas desde un aparato centralizado, sino desde las sanciones colectivas que estigmatizan a los infractores.

Pérez Castro (2012) propone, a través de las ideas de Mauss (2009), Good Eshelman (2008) y Godelier (1998), que las relaciones derivadas del trabajo, como una actividad fundamental para la circulación recíproca de energías productivas, van “más allá de la que se da en el mundo social extendiéndose a los mundos natural y sobrenatural” (Pérez Castro, 2012, p. 213). De ello se desprende que, en la acción ritual, se pone en marcha un intercambio de fuerzas para beneficio tanto de vivos como de los muertos.

Eso se hace patente al identificar las formas clasificatorias del ser cole a lo largo de los años reglamentarios. Los coles desean ascender en la jerarquía de las cuadrillas, estructuradas según los cargos: el de mayor grado es el coordinador, este acuerda con la banda las melodías que se tocarán, dirige las coreografías y elige las casas donde harán una parada. Detrás se ordenan en filas por quienes llevan más años jugando. Entre estos se encuentra el mayordomo, encargado de recolectar las ofrendas recibidas en un costal que se cuelga al hombro y, finalmente, está *el chancista*, que puede sobresalir por su actuación más alegre y ascender rápidamente en el escalafón de la cuadrilla:

Por ejemplo, aquí el cole es el que tiene que ser el chancista. Tiene que chancear, o sea, no nomás yo la voy a hacer de cole y nada, voy a llegar a su casa y no le voy a echar ni un chiste; o sea, no le saco ni una sonrisa [...] Por ejemplo, hay unos más chancistas y todo lo que hace, hay que sacarle para que luego otros coles hagan lo que él hizo y cada vez la cuadrilla vaya mejor. Aunque usted tenga mucho estrés, mucha tristeza, mucho de lo que tenga, pero el cole tiene que ir a sacarle una sonrisa a usted. (cole Ignacio, Jaguar, noviembre 2015)

En el cuerpo humano se inscriben los discursos afectivos de alegría de los coles, “en estricto sentido, la emoción y la emocionalidad no se encuentran ubicadas en el sujeto o en su cuerpo, sino en la relación del sujeto con su cuerpo vivido en un contexto social dado” (Ariza, 2017, p. 68). Los movimientos son exagerados, los gritos y las carcajadas aspasentosas; hacen patente que se divierten porque se burlan de la muerte, pero sobre todo porque bailan de nuevo con sus parientes difuntos al mismo tiempo que los

encarnan, lo cual genera alegría para ellos y para todos los jaguarenses que los pueden ver.

Aquí decimos *Nika muka tlaokoyalistli* que significa que no hay tristeza, pura alegría ¿Por qué? Porque han venido los que ya se fueron. Vienen a visitarnos. Ahorita están aquí con nosotros. *Aneua mijtotia*: ellos están bailando como los ve. Nosotros aquí les decimos las ánimas. (cole Ignacio, Jaguar, noviembre 2015)

Los beneficios ganados por medio de un lugar legítimo en la cuadrilla se traducen en prestigio y poder político en la comunidad, pues, aunque los sujetos son despersonalizados al ser investidos en ánimas, ello no merma la agencia individual, el reconocimiento comunitario y los beneficios que se desprendan, como relaciones políticas, económicas o laborales más fructíferas. Por esta razón, los migrantes buscan también participar como coles en cada visita al pueblo, fortalecer los lazos y reafirmar su lugar en la comunidad.

Los migrantes que no pueden asistir a las fiestas del *mijkailjuitl* añoran jugar. En su discurso se revela la alegría que provoca la posibilidad de ser cole, así como la tristeza cuando no pueden realizarlo. En Monterrey enseñan a sus hijos a ser cole y las atribuciones correspondientes. Para transmitir sus conocimientos proyectan videos, reproducen música vernácula en YouTube y les enseñan a tocar algún instrumento. También emplean las máscaras de pemuche que llevan consigo a la ciudad, como objeto ilustrativo y como muestra tangible de los saberes; aleccionan la expresión corporal y la disposición emocional que merece la máscara, además del cuidado que deben darle, pues como objeto ritual y material originario del terruño, pueden desprenderse también algunas potencias negativas.

MATERIALIDAD Y EVOCACIÓN EMOCIONAL: LAS MÁSCARAS DE PEMUCHE

El elemento que hace posible la transformación del sujeto en cole es la máscara. La materialidad de la máscara permite lograr una distancia tangible con los otros, pero también una distancia identitaria, pues los sujetos se producen en una presencia nueva, real, distinta al ser individual cotidiano:

Reconocerla como un objeto exige diferenciarla de la máscara teatral; pero además implica que se distinga de la máscara metafórica y abstracta vinculada al engaño y a la mentira. Por otro lado, reconocer la máscara como objeto ritual significa aceptarla en su doble función: encubrir y mostrar y, por lo tanto, resolver su ambigüedad en favor de la creación de una identidad auténtica. (Koch, 1998, p. 53)

Antes de la migración masiva a Monterrey, una vez concluido el *mijkailjuitl*, las máscaras de pemuche eran lanzadas al fuego, pues sin las ánimas muertas que las portasen, se convertían en agentes contaminantes para los vivos. En la actualidad, las escasas máscaras de pemuche¹⁴ son conservadas y obsequiadas principalmente a los migrantes en rememoración. La madera del árbol de pemuche, extraída del territorio de origen, des-oculta el Ser –en términos de Gumbrecht– en su dimensión espacial, ya que evoca el allá del territorio de origen y en su dimensión temporal: antes de que se dejara de trabajar la madera por la ausencia de hombres debido a la migración. Un territorio y un tiempo específicos yaciendo como características de la obra evocativa están expuestos en la materialidad del objeto, susceptibles exclusivamente a aquellos quienes comparten los códigos culturales de tradiciones rituales y de conocimiento del fenómeno migratorio que ha padecido el pueblo en los últimos 20 años. En otras palabras: los significados materiales que trasluce el objeto evocan afectos diferentes en territorios diferentes.

Por parte de la forma y el estilo, remiten nuevamente a la territorialidad, a la fauna propia del territorio natural de los migrantes que se convierte luego en símbolo de identidad y aun en reminiscencia del pasado.¹⁵ Que la decodificación del objeto sea posible entre un grupo de sujetos, es decir, que la Cosa evocada por el objeto mismo logre ser apreciada, refiere a la identidad colectiva. El discurso acerca de las máscaras es uno cargado de conocimiento del pueblo; puede ser impreciso en relación con la realidad, pero no disminuye en importancia por el significado emocional que sugiere:

Mi abuelo fue de los últimos artesanos aquí en Jaguar. Él hacía máscaras, pero bonitas, oiga; porque ahora dicen que hay algunos, pero ya no son como ellos, como era mi abuelo. Había pemuches más grandes [...] Nos comíamos las flores que las preparaba mi abuela [...] Entonces él (el abuelo) le regaló la máscara a mi papá, pero él no se fue, él trabajaba el chile y seguía usando su máscara. La tenía ahí, por ahí en la casa. Hasta que mi mamá me la dio con la bendición cuando me fui para Monterrey. Hoy no me la traje para hacerla de cole porque se maltrata, ¿ve? No me gusta trajinarla. Está ahí en la casa de usted y ya se la pelean mis

¹⁴ La producción de máscaras de pemuche en la Huasteca ha despuntado en los últimos cinco años como resultado de las fiestas municipales de *Xantolo*, que atraen al turismo de los “pueblos mágicos”. Son producidas en grandes cantidades, desde las típicas hasta máscaras de personajes de películas y series, en talleres artesanales especializados (Rafael Quintero, artesano de máscaras del municipio Carpinteros, Hidalgo, entrevistado en Huejutla; noviembre de 2017). Nosotros tratamos de las máscaras producidas de manera tradicional y unitariamente en Jaguar por lo menos hace 20 años.

¹⁵ La cantidad de animales silvestres, como venados, jabalíes y jaguares, que son los animales más reproducidos en las máscaras, ha disminuido muchísimo en la región debido a la caza indiscriminada.

hijos los más chicos, pero yo les digo “no, no es de jugar; hagan de cuenta que ahí está su abuelo, no la van a traer arrastrando, esta es otra cosa de más bueno”. (Mario, Jaguar, 2017)

En cuanto a la finalidad con la cual fue producida, el valor evocativo de la obra se incorpora remitiendo al ritual en el que tuvo su origen, desde la planeación hasta la ejecución. La utilidad original de las máscaras rituales deja de funcionar para dar paso a la constitución de la máscara como objeto estético y evocativo, portador de los saberes, de las tradiciones y de los afectos de los migrantes y el territorio de origen. De esta manera, la circulación de las máscaras de pemuche entre ambos territorios es uno de los mecanismos que permite la interconexión de los saberes.

Los migrantes que las llevan consigo a Monterrey las cuidan y colocan como objetos estéticos para ser apreciados. La transmutación de la máscara ritual a objeto estético se efectúa a partir del fenómeno migratorio transteritorial. Esta transformación de sentido es posible gracias a la concurrencia común en el ritual que une a quienes “participan antes de la construcción social de la realidad que de su representación” (Díaz, 2008, p. 39). Por esta razón, aunque el tratamiento dado al objeto es estético por evocativo, su potencialidad de máscara ritual continúa poniendo en contacto al sujeto con los códigos contextuales del territorio de origen y con los elementos sobrenaturales que justifican la existencia de la máscara.

En el primigenio origen ritual, la máscara funciona como un símbolo dominante con el cual se dicen cosas y se ejecutan acciones (Turner, 1980) en torno al sentido del ritual. Este sentido, no es permanente ni invariable, sino que –como hemos planteado antes– en cuanto espacio de disputa del poder, en él se introducen nuevos significados, se cuestionan y eliminan otros, transformándolo. Vale decir: representa “un proceso enfáticamente político, pues la presencia de alguna estabilidad textual [en el ritual] queda explicada por el hecho de que la inscripción de significados implicó la eliminación de alternativas” (Díaz, 2008, p. 36). Entonces, la elección de la alternativa dominante dentro de su trama de significados pone a las norma éticas y jurídicas de la sociedad en estrecho contacto con fuertes estímulos emocionales (Turner, 1980). En este caso, la máscara –símbolo y materia– es un elemento privilegiado por los jaguarenses para inscribir las transformaciones emocionales, de significado y de sentido a lo largo del trayecto migratorio; pues al provenir del ritual más importante por condensar los saberes culturales y el orgullo por la identidad cultural, es un medio legítimo para conectarse con el territorio de origen y

reafirmar, cotidianamente, su lugar en el mundo. Por otro lado, aunque su constitución material evidentemente es inalterable, el tratamiento directo del material, o sea, el contacto de la Cosa con lo humano, sí se ha transformado de un territorio a otro y de una temporalidad a otra.

En Monterrey, en la casa de Carlos y Alma, hay dos máscaras de pemuche. Están colocadas en la pared de la escalera junto al violín, la guitarra y la pintura de El Sagrado Corazón de Jesús. La máscara más reciente fue llevada por el compa Julio a principios de 2017. A la nueva máscara de diablo le hicieron un espacio junto a la anterior, con forma de coyote y a la que sus hijos, Gabriel de 10 años y Carlitos de 4, le dicen *el perrito*. Pero a Carlitos no le agradó mucho el diablo, le impresionaron sus formas “y eso que ya está acostumbrado porque le encanta ver a los coles en YouTube”, dijo su mamá.

Días después, Carlitos se enfermó, tenía fiebre, estaba tan inquieto y “tan chillón” que sus padres decidieron que, en contra de su costumbre, faltara al kínder por un par de días. Ni los téis ni los baños fríos redujeron su alta temperatura corporal. En el sopor del sueño con fiebre, el niño balbuceó alguna palabra parecida a *diablo*. Cuando recobró la consciencia, su madre le preguntó si, en efecto, había soñado con diablos, a lo que el niño respondió “sí”. De inmediato, el origen de la enfermedad fue descubierto: el niño había enfermado de cole por la máscara recién llegada del pueblo. A decir de Carlos padre, “esa es una máscara que sí se usó mucho en el *mijkailjuitl*; ya tiene sus añitos. La máscara está cargada”.

En este caso, fue más relevante el origen y la materialidad de la máscara que el discurso emotivo que pudieran expresar sobre ella, pues la eficacia de su naturaleza de máscara ritual es independiente de la opinión al respecto; la muestra innegable fue la enfermedad de Carlitos. Si bien el niño nació en Monterrey, los padres aseguran que es jaguarenses, o sea, la enfermedad de cole solo puede afectar al grupo adscrito y con ello se manifiesta la pertenencia del niño a la comunidad, sin importar el lugar de nacimiento ni la lejanía geográfica con el pueblo y con los otros, que habrán de aceptar la enfermedad como prueba. De esta se desprende otra conclusión irrefutable para los padres: Carlitos será cole en el futuro y podrá obtener un lugar de poder importante en la comunidad: “la enfermedad ya lo encaminó”.

El problema, en su momento, era realizar el ritual de sanación del niño. Alma, con muy buen humor, dijo: “y en Monterrey, a esas horas de la noche, ¿dónde íbamos a encontrar coles disponibles?”. Carlos y Gabriel usaron las máscaras para *jugar de cole*; el copal y el copalero no fueron problema, porque

Alma siempre los usa para limpiar la casa de malas energías y los sones huastecos se reprodujeron en YouTube. El ritual de sanación de Carlitos se llevó a cabo y al día siguiente mejoró. Pero a Alma no le pareció que se había recuperado del todo, porque “le quedó como frialdad en el cuerpo”. Si bien las secuelas de la enfermedad de cole no son graves, sí es indispensable hacer una visita al pueblo en la primera oportunidad para realizar un nuevo ritual de sanación, allá en el territorio donde todos los elementos sean los adecuados y originales para que el niño logre curarse totalmente y, después, cuando visiten Jaguar en las fiestas del *mijkailjuitl*, pueda jugar a ser cole junto con su hermano y su padre.

CONCLUSIONES

Es imprescindible contribuir a los estudios de migración interna con la producción de abordajes especializados en la vida emocional de los migrantes, como sujetos en experimentación emocional diversa de una situacionalidad excepcional, ya que el desarraigo y el encuentro con nuevas socioestructuras no mengua las “emociones y estados psicológicos críticos” (Ariza, 2017), por tratarse de un fenómeno nacional. Centrar el análisis en la vivencia emocional y en las maneras en que esta se patentiza durante el trayecto migratorio es un medio eficaz para comprender las transformaciones sociales, espaciales, políticas y religiosas, puesto que la experiencia emocional no se queda en la mera individualidad, sino que es un motor para la acción sociopolítica.

Los objetos materiales que acompañaron las narrativas acerca del territorio de origen y de sus costumbres cumplieron una función didáctica, y además fungieron como medio ilustrativo que coadyuvó a materializar los discursos impalpables en los cuales se asienta la construcción de la identidad jaguareense y como fundamento tangible del orgullo. Ese orgullo, en cuanto construcción emocional moral en la historia de los individuos, sirve para sobreponerse a condiciones desfavorables, incómodas o dolorosas; por tanto, desde una perspectiva antropológica, no se indaga en la objetividad del orgullo, sino en la información social que aporta su expresión, porque el sujeto se confronta a sí mismo en relación con los otros a través de la evaluación de los valores morales y de las relaciones de poder y de prestigio. El contacto relacional con quienes no comparten los mismos códigos y valores es un agente necesario para legitimar o refutar el orgullo por el origen en cuanto atribución propia.

En un segundo sentido, son objetos evocativos emocionalmente de una clase especial de la subjetividad migratoria, pero compartida con la comunidad de origen a través del ritual del *mijkailjuitl*. Este es un periodo sagrado reglamentado a partir de las normativas ordinarias; por tanto, como se ha explicitado antes, el ritual es también un espacio político donde se disputa el poder como medio legítimo y eficaz para ascender en las estructuras sociales. En nuestro caso, hemos llegado a tal conclusión *siguiendo* y analizando los objetos relevantes en la vida migrante jaguarenses; proceso para el cual, los mismos migrantes nos fueron indicando el camino de los asuntos, cosas y símbolos dominantes en su realidad social.

Este breve experimento de seguir y analizar la materialidad de los objetos es apenas un ejercicio entre muchos posibles para encarar la cultura material en un contexto migratorio (Boruchoff, 1999), así como una multiplicidad de problemas con los que las máscaras rituales se interconectan: poder, género, desigualdad, discriminación, reciprocidad, territorialidad, entre otros; sin embargo, poniendo énfasis en la sustancialidad material de la Cosa, hemos propendido a superar en alguna medida el problema de la descripción: si esta es algo puro o si está mediada por las teorías antropológicas, predeterminando en alguna medida nuestras representaciones. El actual es, pues, un momento de experimentación conceptual para identificar los medios adecuados para describir la realidad social, para identificar las fuentes de producción cultural más allá de las fuentes tradicionalmente hegemónicas y la experimentación se pone en marcha de mano de la creatividad y de la acumulación de conocimientos previos.

REFERENCIAS

- Abbagnano, N. (1961/1993). *Diccionario de filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Adler Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI.
- Ariza, M. (2017). Vergüenza, orgullo y humillación: contrapuntos emocionales en la experiencia de la migración laboral femenina. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 35(103), 65-89.
- Arizpe, L. (1978). *Migración, etnicismo y cambio económico. Un estudio sobre migrantes campesinos en la Ciudad de México*. El Colegio de México.
- Asakura, H. (2014). *Salir adelante. Experiencias emocionales por la maternidad a distancia*. CIESAS.
- Barbalet, J. M. (2001). *Emotion, Social Theory and Social Structure. A Macrosociological Approach*. Cambridge University Press.

- Besserer, F. (2014). Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental: hacia una economía política de los afectos. *Nueva Antropología*, 27(81), 55-76.
- Boruchoff, J. (1999). "Equipaje cultural: objetos, identidad y transnacionalismo en Guerrero y Chichago". En: G. Mummert (Ed.), *Fronteras fragmentadas* (pp. 499-518). El Colegio de Michoacán.
- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). (2016). *Acciones de gobierno para el desarrollo integral de los pueblos indígenas. Informe 2016*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/282657/cdi_informe_2016.pdf
- Comité Estatal de Información Estadística y Geográfica de Veracruz (CEIEG). (2019). *Sistema de Información Municipal. Cuadernillos Municipales 2019: Chiconamel*. Gobierno del estado de Veracruz. http://ceieg.veracruz.gob.mx/wp-content/uploads/sites/21/2019/06/Chiconamel_2019.pdf
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred). (2011, 12 de mayo). En *Nuevo León, resultados preocupantes sobre discriminación e intolerancia: Conapred-ENADIS 2010*. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.
- Da Matta, R. (2002). *Carnavales, malandros y héroes*. Fondo de Cultura Económica.
- Díaz, R. (2008). La celebración de la contingencia y la forma: sobre la antropología de la *performance*. *Nueva Antropología*, 21(69), 33-59.
- Durand, J. (1986). Circuitos migratorios en el occidente de México. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 2(2), 49-67.
- Durin, S. (Coord.). (2008). *Entre luces y sombras. Miradas sobre los indígenas en el Área Metropolitana de Monterrey*. CIESAS; CDI.
- Durin, S. y Moreno, R. (2008). "Caracterización sociodemográfica de la población hablante de lengua indígena en el Área Metropolitana de Monterrey". En: S. Durin (Coord.), *Entre luces y sombras. Miradas sobre los indígenas en el Área Metropolitana de Monterrey* (pp. 81-138). CIESAS; CDI.
- Durkheim, E. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal.
- Duval, D. T. (2002). "The Return Visit-Return Migration Connection". In: C. M. Hall & A. M. Williams (Eds.), *Tourism and Migration: New Relationships between Production and Consumption* (pp. 257-276). Kluwer Academic Publishers.
- Elster, J. (1999). Rationality, Emotions and Social Norms. *Synthese*, 98(1), 21-49.
- Esteban-Guitart, M., Nadal, J. e Ignasi, V. (2007). El papel de la lengua en la construcción de la identidad: un estudio cualitativo con una muestra multicultural. *Glossa*, 2(2), 1-20.
- Garza, G. (2010, noviembre 10). Conferencia inaugural. Evolución secular de Monterrey, expansión demográfica, transformación macroeconómica. *Ecos del Desarrollo Urbano*, Columna 104. Sedesol.
- Glick-Schiller, N., Basch, L., & Blanc-Szanton, C. (1995). From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration. *Anthropological Quarterly*, 68(1), 48-63.
- Godelier, M. (1998). *El enigma del don*. Paidós.
- Good Eshelman, C. (2008). "La fenomenología de la muerte en la cultura mesoamericana. Una perspectiva etnográfica". En: L. B. Báez y C. R. Rodríguez (Coords.), *Morir para vivir en Mesoamérica* (pp. 299-322). Consejo Veracruzano de Arte Popular.

- González Rodríguez, J. (2015). *Primavera regia pospuesta. El movimiento social que resistió la guerra en Nuevo León 2010-2013*. Multiforo Cultural El Puente.
- Gumbrecht, H. U. (2005). *Producción de presencia: lo que el significado no puede transmitir*. Universidad Iberoamericana.
- Hirai, S. (2014). La nostalgia: emociones y significados en la migración transnacional. *Nueva Antropología*, 27(81), 77-94.
- Hirai, S. (2009). *Economía política de la nostalgia: un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa; Juan Pablos.
- Kemper, T. (1978). Toward a Sociology of Emotions: some Problems and some Solutions. *The American Sociologist*, 13(1), 30-41.
- Koch, G. C. (1998). *Máscara, transformación e identidad en Los Andes. La fiesta de la Virgen del Carmen*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (10), 67-77.
- Lotman, I. (1996). *La semiósfera*. Cátedra.
- Marchán Fiz, S. (1982). *La estética en la cultura moderna. De la Ilustración a la crisis del estructuralismo*. Gustavo Gili.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Marcus, G. y Fischer G. (2004). *La antropología como crítica cultural. Un mundo experimental en las ciencias humanas*. Amorrortu.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz Editores.
- Mendoza Lemus, G. (2016, 13 de julio). Hay más de 412 mil indígenas en Nuevo León, señala encuesta. *Milenio*. <https://www.milenio.com/estados/412-mil-indigenas-leon-senala-encuesta>
- Mercadillo, R. E., Díaz, J. L. y Barrios, F. A. (2007). Neurobiología de las emociones morales. *Salud Mental*, 30(3), 1-11.
- Olvera, J. J., Doncel de la Colina, J., Muñiz, C. y Trujillo, C. (2011). *Población indígena e instituciones de educación media superior en Nuevo León. Panorama de inserción y políticas institucionales de acceso y permanencia*. Centro de Estudios Interculturales de la Universidad Regiomontana; CDI.
- Pérez Castro, A. B. (2012). Los muertos en la vida social de la Huasteca. *Itinerarios: Revista de Estudios Lingüísticos, Literarios, Históricos y Antropológicos*, 15, 205-236.
- Rivera Sánchez, L. (2006). Cuando los santos también migran: conflictos transnacionales por el espacio y la pertenencia. *Migraciones Internacionales*, 3(4), 35-59.
- Rivera Sánchez, L. (2017). De la migración interna a la migración internacional en México. Apuntes sobre la formación de un campo de estudio. *Iconos Revista de Ciencias Sociales*, (58), 37-57.
- Rodríguez, W. y Sieglin, V. (2009). "Migración y transformación de las estructuras políticas tradicionales en las comunidades indígenas: el caso de un asentamiento indígena en el área metropolitana de Monterrey". En: M. E. Ramos Tovar (Coord.), *Migración e identidad: emociones, familia, cultura* (pp. 113-133). Fondo Editorial de Nuevo León.

- Sánchez Albarrán, A. y García Martínez, A. (2014). Política social y migración de jóvenes en comunidades nahuas del norte de Veracruz. *Revista Reflexiones. Economía y Políticas Públicas*, (18), 168-185.
- Torres, F. (2018, 2 de marzo). Ocultamiento e invisibilización, mayores problemas para indígenas en Nuevo León. *Ciencia MX Noticias*. <http://www.cienciamx.com/index.php/ciencia/humanidades/20346-ocultamiento-invisibilizacion-indigenas-nl>
- Turner, J. H., & Stets, J. E. (2006). *The Sociology of Emotions*. Cambridge University Press.
- Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos*. Siglo XXI.
- Zimmerman, K. (1991). Lengua, habla e identidad cultural. *Estudios de Lingüística Aplicada*, (14), 7-18.

Eje 3. Emociones, geografía y espacio



ÍNDICE



AUTORAS Y AUTORES



EJE 1



EJE 2



EJE 3



EJE 4



7. APROPIACIÓN DEL ESPACIO, RESISTENCIA EMOCIONAL Y EFICACIA COLECTIVA EN UN FRACCIONAMIENTO DE LA PERIFERIA METROPOLITANA DE GUADALAJARA



8. PREVALENCIA DE LA FELICIDAD EN MÉXICO: CONCEPCIÓN Y ESTUDIO



9. SENTIDO DE LUGAR, MEMORIA Y EMOCIONES EN CONTEXTOS DE MOVILIDAD FORZADA. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA GEOGRAFÍA HUMANA



10. PATRIMONIO DESDE EL GIRO AFECTIVO. REPRESENTACIÓN Y MÁS-ALLÁ-DE-LA-REPRESENTACIÓN DESDE LA GEOGRAFÍA HUMANA



11. QUERÉTARO: UNA CIUDAD DE ESPERANZA Y FELICIDAD O LA MERCANTILIZACIÓN DE LA VIDA



7. Apropiación del espacio, resistencia emocional y eficacia colectiva en un fraccionamiento de la periferia metropolitana de Guadalajara

David Foust Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Una investigación realizada anteriormente (Foust Rodríguez, 2015)¹ en un par de fraccionamientos de la periferia metropolitana de Guadalajara derivó en hallazgos contradictorios, problemáticos: la mayor parte de las características encontradas en un fraccionamiento de 85 mil habitantes (pobreza y vulnerabilidad, victimización por delito e inseguridad percibida, población flotante, tensiones intra-domésticas y a nivel colonia, derivadas del caos urbano y el estrés, entre otras) daba para suponer que habría *desorganización social, ineficacia colectiva*² (véase Bursik, 1988; Kornhauser, 1978; Sampson & Raudenbush, 1999; Skogan, 1986). Y así fue, en un primer nivel de análisis; sin embargo, al considerar otros datos de la misma investigación, se podía afirmar que había indicios de organización vecinal, de recuperación

¹ Los principales hallazgos de esta investigación fueron presentados en una ponencia en el V Coloquio de Investigación. Las emociones en el marco de las ciencias sociales: perspectivas interdisciplinarias, realizado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) los días 22 y 23 de septiembre de 2016 (Foust Rodríguez, 2016a).

² Retomando la definición de Sampson y Raudenbush (1999), se entiende por eficacia colectiva la cercanía social y en expectativas compartidas para poder actuar colectivamente en apoyo del logro de metas comunes al colectivo mismo.

de espacios públicos y de instancias de representación y participación vecinal; incluso de cierto discurso ambiguo posiblemente interpretado como estrategia de protección simbólica contra el estigma territorial (Wacquant, 2011), pero también como una especie de autoestima colectiva (véase Breakwell, 1992, citado en Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, p. 294).

Pueden encontrarse claves para la comprensión en los conceptos de *reterritorialización* (Hiernaux y Lindón, 2004) y de *apropiación del espacio*³ (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005). En este trabajo se hace una exploración del potencial explicativo de estos conceptos, apoyados en la investigación referida anteriormente. Para lograr este objetivo haremos una revisión crítica de los conceptos pertinentes para el estudio –destacando las nociones de praxis y de apropiación del espacio– vis a vis con los principales hallazgos de la investigación realizada previamente (Foust Rodríguez, 2015). Como se mostrará en la sección “Hallazgos y discusión”, las voces de las personas entrevistadas nos hablan de una tensión entre el deseo de marcharse y la necesidad de encontrar sentido de cara a la realidad de seguir viviendo en un fraccionamiento periférico con enormes retos. Las personas y los hogares tratan de gestionar esta tensión mediante lo que, apoyados en diversos autores y autoras, podríamos llamar *resistencia topofílica*. Estas reflexiones son retomadas en las conclusiones, en donde también se ofrecen algunas pistas para ulteriores investigaciones.

HABITAR LA PERIFERIA: ENTRE LA ATOPÍA Y LA APROPIACIÓN DEL ESPACIO

*Antecedentes del estudio*⁴

En el proyecto de investigación durante el doctorado⁵ se exploró la relación entre *sentimiento de inseguridad*⁶, *estigmatización territorial*⁷ y *eficacia*

³ Véase la sección “Precisiones teórico-metodológicas”.

⁴ Esta sección retoma los principales elementos de la ponencia presentada en el V Coloquio de la Red Nacional de Investigadores e Investigadoras en Estudios Socioculturales de las Emociones (RENISCE).

⁵ Agradezco el apoyo de la beca del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología (Conahcyt), que posibilitó mis estudios de doctorado.

⁶ Siguiendo a Ferraro (1995, citado en Kessler, 2009), se entiende el sentimiento de inseguridad como la experiencia emocional (de miedo, enojo, frustración, etc.) impelida por la percepción en el entorno de riesgo de sufrir daños personales o patrimoniales; puede estar asociada a juicios sobre la importancia de la inseguridad como problema público y a la preferencia por la adopción de medidas para reducirla.

⁷ Hablamos de estigmatización territorial cuando nos referimos a “ese proceso por el cual un determinado espacio queda reducido a ciertos atributos negativos, que aparecen magnificados, estereotipados, produciendo como resultado una devaluación o desacreditación social del mismo” (Kessler y Dimarco, 2013, p. 225; véanse también los textos de Bayón, 2012; Cabañas y Canosa, 2001; Kessler, 2012; Segura, 2012).

colectiva en dos fraccionamientos de la periferia metropolitana de Guadalajara, uno de ellos fue Hacienda del Progreso; el otro fue Valle del Ascenso,⁸ de clase media, del que hablaremos menos (Foust Rodríguez, 2020).

Un arquetipo de lo que Lara y Mateos (2015) llaman *viviendismo*: Hacienda del Progreso está lejos de todo, con insuficiente transporte público, con escasos y deficientes servicios públicos, con pocos o inadecuados espacios deportivos, educativos y culturales. Sus pobladores son trabajadores con una escolaridad promedio de secundaria y la gran mayoría son pobres o vulnerables, según la clasificación del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval, 2019). Es un fraccionamiento (auto)percibido como inseguro; con mucha población flotante; densamente poblado (alrededor de 85 mil habitantes, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2011), con una alta tasa (un tercio) de viviendas deshabitadas o abandonadas, según diversas fuentes (Foust Rodríguez, 2015).

Otro dato relevante es que, a pesar de la percepción de inseguridad más extendida en Progreso, los parques son percibidos como menos inseguros que las calles o las tiendas de la misma colonia (Foust Rodríguez, 2015). Los habitantes de los barrios marginales y estigmatizados, como Progreso, activan “estrategias de autoprotección simbólica” frente a la marginación y el estigma (Wacquant, 2011, p. 13): distanciamiento mutuo y elaboración de microdiferencias; “denigración lateral”; retirarse al interior de la esfera privada y recurrir a una “economía social y moral hogareña”; finalmente, los habitantes que tienen posibilidad abandonan el barrio. Quienes no pueden mudarse, desarrollan otra estrategia: la ilusión de que su permanencia en esas colonias es provisional; se encuentran en una situación de transitoriedad estructural (véase Lindón, 2005).

En los testimonios de las personas entrevistadas en Progreso se pueden identificar las estrategias de autoprotección simbólica referidas por Wacquant: propietarios de viviendas que miran con sospecha a quienes llegan a rentar casa; fronteras físicas y sociales que se levantan como muros, en ocasiones en un sentido literal (Foust Rodríguez, 2015).

Las teorías de la *desorganización social* (Bursik, 1988; Kornhauser, 1978; Sampson & Raudenbush, 1999; Skogan, 1986) pronosticarían que cuanto mayor sean la desventaja estructural, la *estigmatización territorial* y la victimización por el delito, mayor sería el deterioro de la *eficacia colectiva*,

⁸ Este nombre –ficticio– sirve como etiqueta para connotar algunos de los principales resultados de la investigación.

salvo que interviniera algún otro factor de contención o reversión de este deterioro, como podrían ser las intervenciones gubernamentales para recuperar espacios públicos o instancias de representación vecinal (véase Skogan, 1986).

No obstante, según la encuesta a hogares realizada durante la investigación referida, 55.29% de los hogares encuestados reportaron que sus vecinos sí han realizado acciones de beneficio común,⁹ 52.94% perciben que sus vecinos sí se han organizado para realizar acciones para contener la inseguridad, y 44.71% perciben que sus vecinos se han organizado para exigir a las autoridades tomar medidas contra la inseguridad. Estos porcentajes fueron, en general, mayores a los registrados en el fraccionamiento de clase media con el cual se comparó a Progreso.

Es digno de destacar que, en materia de organización vecinal, los habitantes de Progreso perciben su colonia peor que antes; sin embargo, son optimistas en relación con el futuro: un poco más de 50% opinó que en el futuro la colonia estará mejor. Si bien perciben deterioro en su colonia, advierten un proceso en marcha, el cual podría levantarla en los aspectos de eficacia colectiva, organización, confianza interpersonal, apoyo mutuo, entre otros. También puede estar asociado a lo que en otras investigaciones (Jacobs, 1961/2011) se ha caracterizado como cierta “terquedad” de los habitantes de barrios bajos; una actitud de resistencia contra el deterioro de su entorno.

Los habitantes de Progreso parecen apostarle a su futuro colectivo, tal vez –pensando con Jacobs (1961/2011)– no por el futuro de todo el fraccionamiento como tal, sino por el de su clúster¹⁰ o el de aquel radio de hogares, calles y espacios que les son valiosos.

Lindón identificó que muchos pobladores de la periferia de Valle de Chalco vivían en la paradoja de estar anclados a un lugar sin sentirse pertenecientes a él: un espacio que no representa su pasado ni su anhelo de futuro, sino un lugar del cual esperan mudarse; un dormitorio, un domicilio. Esta es una situación de *atopía*: “estar sin pertenecer al lugar” (Lindón, 2005, p. 154; véase Tuan, 1974, 1977). Las personas en dicha situación pueden experimentar *topofobias*: no les gusta estar ahí, se sienten incómodos, resignados o frustrados (véase Tuan, 1974; 1977). Cuando se trata de un lugar con el estigma de ser violento, inseguro, “de *cholillos*”, etc., sus pobladores pueden asumir

⁹ Más del doble que la media nacional, según datos de las Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas 2021 (Secretaría de Gobernación, 2021).

¹⁰ Clúster es cada uno de los conjuntos de viviendas dentro de un fraccionamiento cerrado. Como si fueran un mini-fraccionamiento cerrado, cada uno de estos conjuntos de viviendas suele tener barda perimetral y su propio módulo de vigilancia o acceso privado.

estas representaciones simbólicas, aceptando e incluso legitimando, hasta cierto punto la “violencia simbólica” ejercida desde arriba (Wacquant, 2001a, 2001b, 2007, 2011). El *lugar* se convierte en un *espacio* (Wacquant, 2001a, p. 126; Tuan, 1977). A tal grado es importante este factor, que Jacobs advirtió: “el eslabón clave de un barrio bajo perpetuo es que demasiada gente se marcha de él demasiado rápido y, mientras tanto, sueñan con hacerlo” (Jacobs, 1961/2011, p. 308). Al no poder mudarse, experimentan una tensión entre este deseo y la necesidad de seguir ahí (muchas veces por razones económicas: haber contratado un crédito hipotecario, por ejemplo); esta situación puede prolongarse por mucho tiempo, más allá del carácter transitorio o temporal que se hubiera deseado (Lindón, 1999, citado en Hiernaux y Lindón, 2004; Lindón, 2005; véase también Tuan, 1974, 1977).

Las necesidades y los ritmos cotidianos llevan a las personas a obtener “ventajas locacionales” de un espacio en el cual se experimentan ajenos: un pequeño comercio, la posibilidad de tener acceso a una casa que después podrá venderse (Hiernaux y Lindón, 2004, pp. 83-84). Pero, más allá de estas ventajas funcionales, las personas necesitan “un vínculo con lugares significativos; el sentido de lugar satisface necesidades humanas universales” (Relph, 1976; Tuan, 1974, citados en Scannell & Gifford, 2010, p. 1) y los residentes “se atreven a imaginar su futuro en el lugar, si bien nunca llegan a constituirse en verdaderos ‘habitantes,’ anclados profundamente” (Lindón, 2002, citado en Hiernaux y Lindón, 2004).

Algunos estudios han mostrado que la antigüedad de residencia puede ser un factor positivo para sentirse satisfecho con el barrio o colonia en la que uno vive y el sentido de comunidad de los hogares (Hur & Morrow-Jones, 2008, pp. 621-632). Otros estudios muestran la importancia de los lazos sociales para desincentivar el crimen, incluso por encima de la infraestructura defensiva o bien, reforzándola (Jacobs, 1961/2011; Jorquera Limón, 2011; Taylor *et al.*, 1984, p. 303).

Tuan advierte que el grado de satisfacción con el barrio no implica necesariamente compromiso, pero también señala que este grado de satisfacción con el barrio “depende más de la satisfacción con los vecinos –su carácter amistoso y respetable– que con las características físicas del lugar. Las quejas por [...] lo inseguro de las calles muchas veces esconden quejas sobre los hábitos de los vecinos” (Tuan, 1974, pp. 215-218). Con palabras muy similares, Jacobs afirmó que quienes eligen quedarse en un barrio lo hacen, en buena medida, por “el apego a otras personas, por la consideración que

creen haber logrado en el barrio y con el sentido de los valores, de lo importante en sus vidas [...] indirectamente permanecen por factores físicos de la vecindad” (Jacobs, 1961/2011, p. 316).

Jacobs (1961/2011) y Tuan (1974, 1977), entre otros, afirman que los habitantes de un barrio en proceso de deterioro pueden desarrollar *resistencia topofilica intencional* (recuperar y redignificar espacios, apropiarse de ellos, etc.) si su experiencia espacial está ligada a una experiencia social y emocional que los hace valiosos. Puede ser que esta resistencia emocional se extienda a sus cuadras o a su coto o clúster; si bien es difícil que llegue a abarcar todo un fraccionamiento, más aún si es populoso, como Progreso.

En suma, en función de las teorías de *desorganización social*, esperábamos *ineficacia colectiva* en un escenario como el de Progreso, pero no fue así. Constatamos sentimientos de *atopía* y, al mismo tiempo, espacios públicos (principalmente los parques de los clústeres) rescatados y revalorados, y habitantes orgullosos de esos espacios y optimistas respecto a su futuro colectivo.

Objetivos del estudio

Este estudio persigue un objetivo de índole heurística: explorar el potencial del concepto de apropiación del espacio para explicar y comprender: 1) la *reterritorialización* como estrategia para resolver la tensión entre querer mudarse y tener que seguir viviendo aquí; 2) la contención de la *espiral declinante* (Skogan, 1986) en fraccionamientos y barrios con características similares a las de Progreso. Y también busca otro objetivo, de índole teórico-metodológica: desde la perspectiva de la praxis, hacer una crítica y reformulación del concepto de apropiación del espacio, y de su operacionalización, según la propuesta de Vidal Moranta y Pol Urrútia (2005). La intención de esta reformulación es fortalecer la intención dialéctica y compleja que estos mismos autores quieren imprimir con su propuesta.

PRAXIS Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO: PRECISIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

Vidal Moranta y Pol Urrútia (2005) han elaborado el concepto de apropiación del espacio, y un modelo para hacerlo operativo en la investigación, después de una revisión crítica de nociones como identidad en el lugar (*place*

identity), satisfacción residencial (*residential satisfaction*) y apego al lugar (*place attachment*). Antes de precisar los conceptos usados en esta investigación, haremos –también nosotros– una revisión crítica desde la perspectiva de la praxis.

En la tercera tesis sobre Feuerbach, Marx define la praxis (revolucionaria) como “la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana” (Marx, 1888/2006, pp. 57-58). Al transformar sus circunstancias, los seres humanos se transforman a ellos mismos también. Desde una perspectiva analítica, una dimensión es objetiva, si así quiere verse, y se plasma en productos, resultados, espacios modificados, instituciones y leyes, asociaciones civiles y empresas, entre otros elementos, y otra dimensión es, por así decirlo, subjetiva, y se remite a las personas mismas, a sus procesos cognitivos, afectivos, de relaciones interpersonales y grupales, colectivos y societales. La apropiación es la “interiorización de la praxis humana a través de sus significados. [...] A través de la apropiación, la persona se hace a sí misma mediante las propias acciones, en un contexto sociocultural e histórico” (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, pp. 282-283). Como veremos, los conceptos de identidad en el lugar, de apego al lugar y de satisfacción residencial han hecho énfasis en alguna de las dos dimensiones de la praxis, en ocasiones descuidando la otra dimensión.

Cuba y Hummon afirman que “el concepto de identidad en el lugar ha evolucionado *sin conexión con una teoría más general sobre el entorno*” (Cuba & Hummon, 1993, p. 111, énfasis añadido). Definen la identidad en el lugar como “la interpretación del yo (*self*) que usa significado ambiental para simbolizar o situar la identidad” (Cuba & Hummon, 1993, p. 112). También insisten en la necesidad de referirlo a tres diferentes niveles espacio-territoriales: casa-hogar (*dwelling*), la comunidad y la región (Cuba & Hummon, 1993, p. 111).

Al plantear cuestiones conceptuales y empíricas respecto al apego al lugar, Hidalgo y Hernández (2001, p. 273) coinciden con Cuba y Hummon (1993): paradójicamente, hay más estudios a nivel de barrio o colonia, aunque es en donde el apego es más débil, y menos estudios en relación con la casa y con la ciudad o región. Señalan que *se ha descuidado la dimensión propiamente física del apego al lugar* (Hidalgo & Hernández, 2001, p. 273, énfasis añadido). En su estudio usaron la frase “Yo sería infeliz si me fuera” (ya usado por Gerson *et al.*, 1977, citado en Hidalgo & Hernández, 2001, p. 276). En nuestra investigación usamos una formulación opuesta: “si pudiera, me mudaba de este lugar”.¹¹

¹¹ Tomando como referencia los estudios de Conklin (1971) (pionero), Sampson y Raudenbush (1999) y Fidel *et al.* (2008).

Scannell y Gifford (2010, pp. 1-2) advierten diversidad en el uso del concepto *apego al lugar*; afirman que, por la misma razón, es necesario darle más estructura y consistencia y, para ello, proponen un marco conceptual tridimensional enfocado en la persona, el proceso psicológico y las dimensiones del lugar. Apuntan que “el apego al barrio propio está asociado con menos percepción de incivildades (venta de drogas, pandillerismo, tráfico, entre otras actividades) en la propia cuadra y con menos miedo al crimen a nivel de barrio” (Brown *et al.*, 2003, citados en Scannell & Gifford, 2010, p. 1).

Los hallazgos de Hur y Morrow-Jones (2008) convergen: las variables explicativas más importantes para la satisfacción residencial son los llamados *factores de estrés*: “tensiones con los vecinos, nivel de ingresos del barrio, incapacidad para comunicarse con otros, discriminación racial, crimen” (Potter & Cantarero, 2006, citados en Hur & Morrow-Jones, 2008, p. 621). Otro factor importante es el tiempo de residencia en el barrio (Hur & Morrow-Jones, 2008). Este resultado es consistente en la literatura (Ahlbrandt, 1984; Kasarda & Janowitz, 1974; Taylor, 1996, citados en Manzo & Perkins, 2006, p. 337).

En un estudio sobre política pública en México respecto a espacios públicos y cohesión social, Vargas Chanes y Merino Sanz (2012) afirman que, si bien la literatura sugiere que la variable explicativa más importante para la satisfacción residencial es la apariencia estética de la colonia (Hur & Morrow-Jones, 2008; Lovejoy *et al.*, 2010, citados en Vargas Chanes y Merino Sanz, 2012, pp. 901-902), en algunos países la política pública respecto a espacios públicos *está alejándose de un enfoque que solo considera la dimensión propiamente física* y se está moviendo hacia una consideración más amplia de todos los elementos, incluyendo la apropiación de los espacios y la cohesión social (Vargas Chanes y Merino Sanz, 2012, pp. 901-902).

Con la intención de integrar las dos dimensiones del fenómeno, Vidal Moranta y Pol Urrútia formulan un “modelo dual de la apropiación (Pol, 1996, 2002a), y que se resume en dos vías principales: la acción-transformación y la identificación simbólica” (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, p. 283):

A través de la acción sobre el entorno, las personas, los grupos y las colectividades transforman el espacio, dejando en él su “huella”, es decir, señales y marcas cargadas simbólicamente. Mediante la acción, la persona incorpora el entorno en sus procesos cognitivos y afectivos de manera activa y actualizada. Las acciones dotan al espacio de significado individual y social, a través de los procesos de interacción (Pol, 1996, 2002a). Mientras que por medio de la identificación simbólica, la persona y el grupo se reconocen en el entorno, y mediante procesos de

categorización del yo —en el sentido de Turner (1990)—, las personas y los grupos se autoatribuyen las cualidades del entorno como definitorias de su identidad (Valera, 1997; Valera y Pol, 1994). La acción-transformación es prioritaria en estadios vitales tempranos como la juventud, mientras que en la vejez prepondera la identificación simbólica. Otro tanto ocurre en función del tipo de espacio, ya que en el privado es más posible la transformación, mientras que en el público suele ser más habitual la identificación (Pol, 1996, 2002a). (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, p. 283)

Al actuar en el territorio, este se vuelve *lugar* (en el sentido de Lindón, 2005; Tuan, 1974), elemento de la identidad y escenario de intervenciones que valen la pena y el esfuerzo (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, pp. 283-287).

Altman y Low (1992, citados en Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, pp. 289-291) critican el sesgo positivista que ha conducido a visiones fragmentadas o desbalanceadas. En su aproximación del *apego al lugar*,¹² buscan integrar los diferentes aspectos referidos al apego mismo, a los sujetos (ya sean individuos o colectivos), a los lugares, a las relaciones sociales y a la dimensión temporal. En cercanía con este enfoque, Vidal Moranta y Pol Urrútia (2005) definen la apropiación del espacio como:

Un proceso dialéctico por el cual se vinculan las personas y los espacios, dentro de un contexto sociocultural, desde los niveles individual, grupal y comunitario hasta el de la sociedad. Este proceso se desarrolla a través de dos vías complementarias, la acción-transformación y la identificación simbólica. Entre sus principales resultados se hallan el significado atribuido al espacio, los aspectos de la identidad y el apego al lugar, los cuales pueden entenderse como facilitadores de los comportamientos respetuosos con los entornos derivados de la implicación y la participación en éstos (pp. 291-292).

Esta definición ha sido ya operacionalizada y contrastada empíricamente por Vidal *et al.* (2004). Si bien este esfuerzo lleva la discusión un paso adelante —al integrar las dos dimensiones de la praxis y al buscar una operacionalización más precisa y concreta—, sigue siendo problemática, como vemos en este enunciado: “consideramos que la apropiación del espacio, a través de la identificación y la acción en el entorno [...], explican el apego al mismo” (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, p. 292). La diferencia entre el proceso (apropiación del espacio) y uno de sus productos o resultados (apego al lugar) es muy sutil y se acerca demasiado a una de las dimensiones del proceso mismo (identificación simbólica), como lo muestra el cuadro 7.1:

¹² “Vínculo afectivo entre personas y lugares” (Altman & Low, 1992, citados en Manzo & Perkins, 2006, p. 337).

Cuadro 7.1. Indicadores del modelo de análisis de apropiación
del espacio de Vidal, Pol, Guàrdia y Peró

Apego al barrio	Identificación
Sentir el barrio como algo propio, sentir el barrio como una parte de uno mismo, sentirse apegado al barrio, sentirse del barrio, intención de continuar viviendo en el barrio, gusto por vivir en el barrio.	Diferencia con otros barrios, memoria personal en lugares del barrio, orgullo de ser del barrio, tener todo lo que se necesita para vivir en el barrio, pertenencia al barrio, identificación con el barrio, nombre del barrio, nombre de lugares del barrio, definición del lugar de donde uno dice que es cuando alguien de otra ciudad lo pregunta.

Fuente: adaptado de Vidal et al. (2004).

Se nos presenta, pues, un dilema: si tomamos el modelo propuesto, podemos hacer una elaboración teórica tautológica o circular, pues podría no haber una distinción clara entre una dimensión del proceso (identificación simbólica) y el resultado del proceso (apego al lugar). Portes (1998) ha hecho una advertencia análoga respecto a la noción de capital social.

Pero si, por otro lado, hacemos un corte muy claro, podemos caer en un sesgo que privilegia solo una dimensión, ya sea la referida a las personas (se trate de individuos o colectivos) o bien, la respectiva a los espacios-lugares. ¿Cómo resolver el dilema? No parece fácil.¹³ Proponemos ensayar un método mixto; explorar todo el fenómeno en su complejidad.¹⁴ Para este abordaje parece más pertinente una aproximación cualitativa. Esta perspectiva puede complementarse y confrontarse con una aproximación cuantitativa, procurando elaborar modelos que distingan claramente las variables independientes y la variable dependiente; es decir, modelos que se aparten de la circularidad, incluso a riesgo de estar sesgados hacia una u otra dimensión.

En concreto, en este trabajo se presentará el análisis del material de la investigación previa (Foust Rodríguez, 2015), adaptando el modelo de Vidal y Pol, como se describe a continuación.

Desde la perspectiva cualitativa, tomamos como principales ejes de

¹³ A mi ver, Calonge Reillo (2013) resuelve muy bien este dilema y logra mostrar el fenómeno en su complejidad.

¹⁴ Al final de cuentas, sí hay cierto grado de circularidad en el proceso: al realizar acciones en los espacios, los configuramos y nos configuramos; los volvemos *lugares* y nos identificamos con ellos, o los aborrecemos, o algo mezclado.

análisis: 1) las intervenciones gubernamentales para recuperar espacios y reactivar instancias de participación y representación vecinal en los cotos (clústeres) o conjuntos de viviendas de Progreso, y la percepción de estas intervenciones; 2) el *trabajo emocional*¹⁵ y las *estrategias de autoprotección simbólica* contra la *estigmatización territorial*. De esta manera, pretendemos recuperar las dimensiones objetivas (1) y subjetiva (2) de la apropiación del espacio.

Desde la perspectiva cuantitativa, ensayaremos con modelos de regresión múltiple, regresión logística y regresión logística multinomial para analizar la relación entre el apego al lugar y la eficacia colectiva.

Para producir los datos, se realizó una encuesta con un levantamiento multietápico (entre octubre de 2012 y los primeros meses de 2013) en 85 hogares¹⁶ de Hacienda del Progreso, aplicando un cuestionario a personas mayores de 15 años. El diseño de la muestra fue aleatorio simple, la unidad de selección fue la vivienda y la unidad de observación fue el hogar, aunque no se hizo un muestreo al interior del hogar: se entrevistó a la persona que atendió la puerta y quiso responder el cuestionario. Previamente se realizó una prueba piloto para ajustar el cuestionario y determinar el tiempo promedio necesario para aplicarlo.

La aplicación del cuestionario para la encuesta sirvió como pretexto para hacer observación (principalmente, no participante) y producir fotos, pero sobre todo para realizar entrevistas: 20 (12 mujeres y 8 hombres), con diferentes perfiles de edad, nivel socioeconómico, experiencia de victimización, posicionamiento político, participación en la comunidad, entre otros elementos. Estas entrevistas fueron analizadas desde diferentes perspectivas, incluyendo los lineamientos de la teoría fundamentada (Corbin & Strauss, 1990) y la perspectiva del posicionamiento (Korobov, 2001).

¹⁵ Hochschild habla del trabajo emocional que hacen las personas para lograr un ajuste entre su experiencia emocional, las reglas de esta experiencia y el entorno social en que se presenta. Distingue tres tipos de técnicas de trabajo emocional: a) la cognitiva, distinguida por los “intentos de recodificación de una situación”; b) la corporal, en donde se trata de buscar un ajuste en el componente físico-somático de la emoción; c) la expresiva, en donde se trabaja la expresión, la manifestación de lo que se está sintiendo (Hochschild, 1979, p. 562).

¹⁶ El tamaño mínimo de muestra calculado. En la muestra final están representados 40 de 61 conjuntos de viviendas (65.5% del total).

HALLAZGOS Y DISCUSIÓN

Los diversos ejercicios con modelos de regresión múltiple, regresión logística y regresión logística multinomial con diferentes grupos de variables no arrojaron resultados robustos,¹⁷ muy probablemente porque la muestra, aun siendo representativa, es relativamente pequeña para este tipo de análisis. No obstante, este resultado no impide otro tipo de análisis.

En el cuestionario aplicado, las personas entrevistadas respondieron la siguiente pregunta:¹⁸

¿Qué tan de acuerdo o en desacuerdo está con las siguientes afirmaciones? [Para cada ítem: Totalmente de acuerdo, De acuerdo, Ni de acuerdo ni en desacuerdo, En desacuerdo, Totalmente en desacuerdo. A estas respuestas les corresponden los números 1 al 5].

Me gusta vivir aquí, me siento satisfecho de vivir aquí. _____

Si pudiera, me mudaba de este lugar. _____

Me gustaría ver crecer a mis hijos en esta colonia/fraccionamiento. _____

Estos tres ítems fueron agrupados en un índice que podemos tomar como indicador *proxy* de apego al lugar. Usamos una escala ordinal para clasificar las respuestas de las personas entrevistadas. Anteriormente, habíamos generado una hipótesis de trabajo para el análisis. Según la literatura revisada (y ya citada en este texto), incluyendo la propia investigación previa, los siguientes son factores (variables explicativas) del apego al lugar: las intervenciones del gobierno municipal para recuperar espacios e instancias de representación vecinal (asambleas y representantes de clúster), la eficacia colectiva, el trabajo emocional y las estrategias simbólicas contra el estigma territorial.¹⁹ Si así fuera, una mayor presencia de estos elementos debe coincidir con un mayor apego al lugar.

¹⁷ Me refiero, sobre todo, una débil bondad de ajuste (valores de r ajustado menores a 0.5).

¹⁸ Tomando como referencias los estudios de Conklin (1971), Sampson y Raudenbush (1999) y Fidel *et al.* (2008).

¹⁹ Los resultados del despliegue de estas estrategias son ambivalentes: por una parte, pueden contribuir a una mayor atomización de la colectividad, a una actitud de discriminación del vecino y de falta de solidaridad (véase Wacquant, 2001a, 2001b, 2007, 2011); por otra parte, como ha notado Simmel (1926/2010), el conflicto puede reforzar los vínculos, la identidad y las normas al interior de los grupos. En el caso de Progreso encontramos esta ambivalencia: autoestima colectiva mezclada con micro-diferenciación con el vecino: casi 72% de las personas encuestadas respondieron que los vecinos no comparten los mismos valores.

De los 20 hogares que tuvieron mayor *rating* en el índice de apego al lugar, tres corresponden a un clúster cuyo parque fue renovado, incluyendo la construcción de un quiosco; uno más corresponde a otro clúster con parque renovado, y un quinto hogar corresponde a uno en el que se rehabilitó la representación vecinal con interlocución frecuente con el gobierno municipal. En otro de estos hogares encontramos una ejemplificación clara de las estrategias de trabajo emocional y autoprotección simbólica contra el estigma territorial. Además, los hogares con mayor puntaje en el índice de apego al lugar también obtuvieron mayor puntaje en el índice de eficacia colectiva.²⁰ En uno de los clústeres, la entrevistada afirmó que sí tienen representante vecinal y que a través de sus gestiones lograron convertir un baldío en parque que ahora es aprovechado por los jóvenes.

El *repertorio interpretativo* identificado²¹ en otra ocasión (Foust Rodríguez, 2016b) nos habla de un refugio en la dignificación del espacio propio y colectivo, a pesar de –¿o por? – el entorno, las crisis, la pobreza (“No rayar... favor de cuidar el altar”; “Es parque, no basurero” –véase figura 7.1–). El hilo común de lo que decían las personas entrevistadas era este: “Sabemos que nuestra colonia tiene mala fama, pero tal vez se trate del otro clúster, porque, ¡fíjese bien! (¡apunte!, ¡tome nota!, etc.), (yo) nosotros sí cuidamos X, sí hacemos Y, sí nos reunimos, sí cooperamos...”. Como se señaló antes, este *repertorio interpretativo* puede ser entendido como una *estrategia de autoprotección simbólica* (Wacquant, 2011), pero el conjunto de los hallazgos también abre la puerta a interpretarlo como un elemento del *trabajo emocional* para hacerle cara a la realidad de vivir en este fraccionamiento. Esta resistencia emocional se ve reflejada en el discurso, pero también en la dignificación de los espacios y en la recuperación o activación de instancias de representación vecinal.

En estas imágenes se observan varios espacios que han sido arreglados y aseados (dos de ellos para actividades de culto). En dos de ellos, además, están escritas frases que buscan contener a quienes intenten estropearlos: “Es parque, no basurero”, “No rayar, favor de cuidar el altar”. Las fotos procuran dar cuenta de que el entorno de estos espacios está efectivamente limpio (relativamente, en el caso del parque) y evidenciar el respeto a la petición.

²⁰ Se realizó una prueba Kruskal-Wallis ($p\text{-value} = 0.0259$).

²¹ Un repertorio interpretativo consiste en “sistemas de términos recurrentes utilizados para caracterizar y evaluar acciones, eventos y otros fenómenos” (Potter & Wetherell, 1987, p. 149, citado en Wooffitt, 2005, p. 35).

Connotan el esfuerzo de grupos de vecinos para preservar estos espacios de acuerdo con fines supuestamente aprobados socialmente y dignos de respeto: el culto, el esparcimiento y descanso.



"No rayar. Favor de cuidar el altar".
(Foto tomada en Progreso)



"Es parque, no basurero".
(Foto tomada en Bella Vista, fraccionamiento vecino)



Parque arreglado para recibir a la virgen.
(Foto tomada en Progreso)

Figura 7.1. Espacios públicos en Hacienda del Progreso y Bella Vista

Fuente: elaboración propia, fotos tomadas por el autor en 2012.

Más allá de la funcionalidad que conlleva preservar espacios públicos para fines socialmente reconocidos, podemos interpretar, con Collins (1975, 2004) y Turner (2007), que en estas acciones se da una simbolización del grupo humano, la cual fortalece la ritualización reiterada, el flujo de energía emocional positiva y la solidaridad.

El análisis de las entrevistas y de lo observado en el trabajo de campo permitió distinguir tres tipos de apropiación²² de los espacios públicos (Cuadro 7.2):

²² Entendida la *apropiación* en un sentido más restringido, como hacerse de una cosa, tomarla como propia.

Cuadro 7.2. Relatos que ejemplifican los tipos de apropiación de espacios públicos en Progreso

Privatizados por los vecinos más cercanos	¿Al parque? Casi no vamos. Van los de la otra cuadra, como si el parque fuera solo para los que viven ahí luego luego, como si fuera de ellos, y se portan mal con los demás, los corren (ama de casa, 41 años, casa propia). Yo estuve en la directiva como vocal. Fue hace más de tres años. Siempre hay broncas, como el parque: se nos pedía una cuota de 30 pesos al mes y la gente decía: 'Yo no voy al parque, que den los que viven enfrente del parque', como si solo fuera un parque para los que vivimos cerca (ama de casa, 48 años, exrepresentante vecinal, casa propia).
Ocupados por pandillas en horarios nocturnos	En el parquecito del clúster nomás se juntan puros mariguanos. Quiebran las lámparas que los demás vecinos arreglan con ayuda del ayuntamiento (ama de casa, 22 años, vive en la casa que le prestaron sus suegros). En el parque se juntan toda la bola de mariguanos... los conozco desde que eran chicos (mamá soltera, 22 años, renta la casa de sus papás).
Rehabilitados, apropiados de forma colectiva	Ahora nos cooperamos para tener cuidado el altar a la Virgen... ahora le tocó a la Virgen, pero igual cuidamos el parque (ama de casa, 42 años, tiene un cyber en su domicilio, casa propia). [En su clúster se juntan para cortar el pasto, pintar el parque; pagan entre todos] (ama de casa, 29 años, casa propia). [Dice que su clúster está mejor en materia de seguridad porque se reúnen en el parque y se conocen y si ven a alguien desconocido le preguntan a quién busca] (chofer, 36 años, casa propia).

Fuente: elaboración propia a partir de las entrevistas y el trabajo de campo citados en este artículo.

El primer tipo de apropiación podría ser una extensión del desarrollo de los lazos sociales a nivel de cuadra o de manzana: las personas que conforman las unidades domésticas en torno a estos espacios públicos se van involucrando entre sí y con su entorno, y al asumirlo como propio e invertirle tiempo, dinero y otros recursos (simbólicos, emocionales, etc.), lo van haciendo tan suyo que parecieran excluir a los demás (o los excluyen, de hecho). Notemos la semejanza con la afirmación de Taylor *et al.* (1984):

A medida que los lazos sociales [...] evolucionan, el interés de los residentes y el involucramiento en los espacios públicos en sus cuerdas aumenta. Toman un interés más como propietarios y se ocupan en los espacios conexos a su casa, tales como banquetas frente a su casa o corredores detrás de su casa. Espacios nominalmente públicos [...] se transforman. Las expectativas parcialmente compartidas emergen en relación con lo que es o no apropiado en estos lugares. Los residentes desarrollan un involucramiento en estos espacios cercanos a su casa y sienten un nivel de responsabilidad en el monitoreo hacia el cumplimiento de las normas. (p. 326)

El segundo tipo de apropiación podría ser una estrategia simbólica y emocional para contrarrestar el estigma asociado a la afiliación a ciertos grupos (“cholo”, por ejemplo) utilizados discursivamente al estereotipar a los habitantes de un territorio. La interpretación de Turner apunta en esa dirección:

Sospecho que mucha de esta conducta [dominar espacios públicos con música a volúmenes altos, *bullying* y hostilidad hacia personas de mayor rango para que se retiren] es el resultado de vergüenza reprimida, el componente de ira de la vergüenza emerge y es usado en modos altamente estratégicos para ganar poder temporalmente (sobre personas de más alto rango) y prestigio (entre los propios), mientras se imponen emociones negativas como el miedo en aquellos que han tenido más éxito en el sistema de estratificación. (Collins, 2000, citado en Turner, 2007, p. 187)

Personas que se han sentido marginadas en encuentros enmarcados en situaciones en las cuales se ven dominados por la estructura social (por ejemplo: ser excluidos de un empleo por tener un tatuaje) experimentan vergüenza e ira y canalizan estos sentimientos en encuentros que no tienen este marco (Collins, 200, citado en Turner, 2007, pp. 187-188). Una interpretación similar se puede hacer desde la distinción entre estrategia y táctica realizada por Michel de Certeau (2000, pp. XLIX-L) para hablar de la resistencia de los desposeídos, aprovechando los intersticios en el tiempo y el espacio.

El tercer tipo de apropiación de los espacios, más colectiva, ha estado motivada o respaldada por la intervención gubernamental y de asociaciones civiles.

En el testimonio de varias personas entrevistadas podemos distinguir un trabajo emocional para neutralizar la preocupación por las condiciones económicas, de salud o por la inseguridad. Don Luis lleva seis de sus 80 años viviendo en Progreso, en casa propia. Está pensionado por el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE). Según la información de don Luis, alrededor de su clúster, los dueños de las tiendas las han enrejado para evitar robos. Un señor ya no se pudo recuperar. Expresa que le da mucho coraje. Si a él le llegaran a robar –dice–, mataría de coraje. No le han robado; de joven, sí. Afirmo que su casa está muy bien asegurada. Tiene dos perros muy bravos y él se da cuenta de si alguien intenta meterse a su casa. No sale al parque ni al tianguis.

Don Luis está resignado a vivir ahí. Sus hijos y él compraron propiedades en ese lugar. Pero sus hijos compraron en otro lado y se fueron. Él, si pudiera, se iba, pero no puede. En su entrevista, don Luis habló de su adolescencia.

Vivía hacia San Juan de Dios, cuando estaba el río; había unos puentes de madera y no estaba empedrado. El mercado de San Juan de Dios eran unos puestecitos, casi como tianguis, no había una construcción de tanto material como la de ahora. Había muchos sembradíos y los regaban con agua del río, que estaba limpia. Ahora huele muy mal; ahora todo está sucio.

Don Luis cuenta la historia de una ciudad con un río que se contaminó; la de un señor jubilado que terminó viviendo donde no quería por querer vivir con su hijo, pero ahora vive ahí “por necesidad”.

Para protegerse de la inseguridad, a falta de dinero para protecciones, en muchos hogares hacen trabajo emocional o echan mano de algún otro recurso, como orar:

Dios nos ha cuidado a nosotros. Vivimos cuatro años sin protecciones, pero no se han metido [...] los mariguanillos no se meten con uno, aunque *dicen* que sí han asaltado. (Mujer, 68 años, ama de casa, 10 años viviendo en Progreso)

[A causa de los disparos –en los que hubo al menos un muerto, según se dice– el mototaxi de Laura no pasó por ella]. Me encomendé a la Virgen y salí de todos modos a tomar mi camión. (Laura, 46 años, obrera)

El apoyo de los vecinos –conocidos o no– también es un recurso importante:

[Se siente insegura en todas partes, a excepción de su casa. Dice que ha oído decir que se meten a las casas, que en una tienda “seguido” asaltan. Dice que cuando se sube al camión tiene miedo]. Aunque trato de no apanicarme. En las mañanas ha habido asaltos. A mi hija le tocó ver cuando a un señor lo iban a asaltar y *otro señor lo defendió* [Dalia iba a misa caminando, a las siete de la noche. Ahora tiene que ir más temprano o tomar el camión].

Hubo una balacera. Mis vecinas me preguntaron si estaba bien [...] Mis vecinos siempre me procuran. (Mujer, 60 años, ama de casa)

[Solo dijo sentirse insegura en un taxi; respecto a la colonia agregó:] *Suelo llevarme bien con las personas* [...] Al principio pusieron vidrios en la barda de la casa, cuando llegamos y *casi no conocía a nadie* y se intentaron meter. (Joven, 15 años)

Poco más de la mitad de los encuestados respondió que los vecinos sí se habían organizado para poner en marcha, ellos mismos, acciones para contener la inseguridad. Es de hacer notar que casi la mitad de los encuestados también respondió haber exigido a la autoridad mayor seguridad. Se

puede afirmar, entonces, que se trata de una *gestión de la seguridad* (véase Kessler, 2009), la cual combina los esfuerzos privados o de los particulares –ya sea a nivel individual o colectivo– con los esfuerzos ciudadanos de exigencia a la autoridad.

Enseguida algunos testimonios:

Se andaban robando a un niño de los vecinos. Grité cuando vi que se lo estaban llevando, y unos vecinos se lo alcanzaron a quitar a los de una camioneta. (Ama de casa, 68 años)

Mi clúster está mejor en cuestión de seguridad porque nos reunimos en el parque, nos conocemos, y si alguien ve a alguien desconocido le pregunta a quién busca. (Hombre, 36 años, chofer)

Hace poco intentaron robar una casa y todos salieron a buscar en las casas solas, con palos; soltaron perros. Sé que son [los vecinos] muy unidos en cuestión de inseguridad. (Mujer, 35 años, empleada)

Hace tiempo asaltaron una tienda de abarrotes. Se habían llevado la caja registradora. Cuando los vecinos correataron al ladrón, este tuvo que soltar la caja registradora. (Mujer, 35 años, vende dulces y fruta picada afuera de su casa)

El 85.88% de las personas entrevistadas respondieron que les gusta vivir en Hacienda del Progreso; se sienten satisfechos de vivir ahí; sin embargo, 65.88% respondieron que, si pudieran, se mudarían de esa colonia; de nuevo, prácticamente el mismo porcentaje que en Valle del Ascenso –por cierto, no todos por la inseguridad, algunos lo hacen por buscar algo más céntrico o con mejores oportunidades educativas–. Y 65.88% respondieron que les gustaría ver crecer a sus hijos en este fraccionamiento.

Nancy, de 22 años, tiene un niño de dos años y una bebita de seis meses. Vive en casa de su suegro desde hace dos años y medio. Vende ropa usada afuera de su casa mientras cuida a sus niños. Dice que las personas no se conocen entre sí y que cuando hay un camión de mudanza, a veces no se sabe si se trata de un robo o una mudanza auténtica. Cuando le pregunté si se puede confiar en las personas de esta colonia, de plano soltó una carcajada. Y hubo otra carcajada con “uno puede percibir por el estado de los espacios públicos que las personas que viven por aquí se sienten orgullosas de su colonia”. Por otra parte, fue enfático su “¡no!” al preguntarle si le gustaría ver crecer a sus hijos en esta colonia.

En contraste, Ximena, de 15 años, dijo que se llevaba bien con los demás; que “al principio, pusimos vidrios en la barda, cuando llegamos y *casi* no

conocíamos a nadie, y se intentaron meter” (énfasis nuestro), pero ahora ya no quisiera mudarse y le gustaría ver crecer a sus hijos en este fraccionamiento.

Mientras Josefina (62 años, nueve viviendo en Progreso) estaba respondiendo el cuestionario, dos mujeres le preguntaron por una cooperación, algo relacionado con unas sillas para un algún evento. También llegó su vecina que vive a un lado, le avisó de su llegada y le platicó qué prepararía de comer. Doña Jose había barrido el frente de la casa de su vecina porque “esta mujer trabaja todo el día”.

Carmen, otra entrevistada, contaba que sus vecinas se ponen de acuerdo para ir por las mañanas a la unidad deportiva a hacer ejercicio. Y en una de las entrevistas pude ser testigo de la visita de un médico a la casa de su vecino y amigo para conocer su estado de salud. Ambos tomaban un trago en la sala.

Los entrevistados tienen grandes expectativas de recibir apoyo de sus vecinos en caso de enfermedad o de tener que encargar el cuidado de sus hijos: más de 70% coincidieron en afirmar que sería fácil conseguir este tipo de apoyos (72.94% y 75.29%, respectivamente).

CONCLUSIONES

Podemos notar que en Hacienda del Progreso está presente una dinámica de contención de la *espiral de declive* (Skogan, 1986), en la cual se combinan la intervención del gobierno municipal para recuperar espacios públicos e instancias de representación vecinal, la propia iniciativa de los vecinos para organizarse contra la inseguridad y para procurar el bienestar común, la resistencia simbólica contra la estigmatización territorial, así como el trabajo emocional para adaptarse y sobrevivir a un entorno de difíciles condiciones socioeconómicas y de seguridad. Este dinamismo se ve reflejado en un mayor apego al lugar y en una lógica de *reterritorialización* (Hiernaux y Lindón, 2004), que hace frente a la *atopía* y a la transitoriedad estructural (véase Lindón, 2005), no de una manera romántica o idealista, sino reconociendo las limitaciones y los condicionamientos del entorno, pero tampoco solo generando o aprovechando *ventajas locacionales* (véase Hiernaux y Lindón, 2004). No todos participan de esta estrategia; como es lógico, muchos quieren mudarse y algunos efectivamente lo hacen (recordemos que este fraccionamiento tiene un alto porcentaje de casas abandonadas); pero otros hogares

no se resignan: actúan en su entorno para recuperarlo, dignificarlo; para *imprimir en él su huella* (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005, p. 283) (con lógicas que llegan a yuxtaponerse u oponerse, como en el caso de las pandillas y los vecinos organizados). No puede dejarse de lado la intervención gubernamental para coadyuvar con este dinamismo. Incluso podemos preguntarnos qué tanto depende de la recuperación de los espacios públicos o de la habilitación de canales de interacción eficaz con el gobierno municipal mediante los representantes vecinales.

Esperamos que este trabajo ayude a mostrar el potencial heurístico del concepto de apropiación del espacio. Sin duda, Vidal y Pol han contribuido a su problematización; sin embargo, sigue siendo un reto captar el carácter dialéctico de esta praxis sin caer en tautologías o en sesgos unidimensionales. Es necesario seguir experimentando con el concepto para lograr mayor precisión teórica y metodológica. En estudios ulteriores, por ejemplo, convendría producir suficientes datos para poder comparar los distintos dinamos de apropiación del espacio en función de la edad o el sexo. Pensemos en los jóvenes que crecen en este tipo de fraccionamientos y van tejiendo amistades con otros jóvenes, vecinos suyos. Podemos imaginar que sus relaciones sociales los llevan a tener un mayor apego al lugar, al mismo tiempo que pudieran estar escuchando constantes quejas de sus padres, atrapados en un entorno del cual quisieran mudarse. Además de los retos que, de por sí, plantea la adolescencia y la diferencia generacional, se podrían presentar conflictos por distintas lógicas de apropiación del espacio.

REFERENCIAS

- Bayón, M. C. (2012). El “lugar” de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la Ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(1), 133-166.
- Bursik, R. J. Jr. (1988). Social Disorganization and Theory of Crime and Delinquency: Problems and Prospects. *Criminology*, 26(4), 519-551.
- Cabrales, L. F. y Canosa, E. (2001). Segregación residencial y fragmentación urbana: los fraccionamientos cerrados en Guadalajara. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, 12(20), 223-253.
- Calonge Reillo, F. (2013). *Los sentidos de la ciudad. Sobre cómo mujeres y hombres ordenan sus espacios vitales*. Universidad de Guadalajara.
- Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana; Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Collins, R. (1975). *Conflict Sociology: toward an Explanatory Science*. Academic Press.

- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton University Press.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2019). Metodología para la medición multidimensional de la pobreza en México. México: CONEVAL. <https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Metodologia.aspx>
- Conklin, J. (1971). Dimensions of Community Response to the Crime Problem. *Social Problems*, 18(3), 373-385.
- Corbin, J., & Strauss, A. (1990). Grounded Theory Research: Procedures, Canons and Evaluative Criteria. *Zeitschrift für Soziologie*, 19(6), 418-427.
- Cuba, L., & Hummon, D. M. (1993). A Place to Call Home: Identification with Dwelling, Community, and Region. *The Sociological Quarterly*, 34(1), 111-131.
- Fidel, C. H. Tomasso, R. D. y Farias, C. (2008). *Territorio, condiciones de vida y exclusión: el Partido de Quilmes (Provincia de Buenos Aires, Argentina)*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Foust Rodríguez, D. (2015). *Sentimiento de inseguridad, estigmatización territorial y eficacia colectiva en dos colonias de la periferia metropolitana de Guadalajara* [Tesis doctoral, Universidad de Guadalajara]. RIUdeG. <https://hdl.handle.net/20.500.12104/82607>
- Foust Rodríguez, D. (2016a, septiembre 22 y 23). *Sentimiento de inseguridad, estigmatización territorial y eficacia colectiva en dos fraccionamientos de la periferia metropolitana de Guadalajara* [Ponencia presentada]. V Coloquio de Investigación. Las emociones en el marco de las ciencias sociales: perspectivas interdisciplinarias. Tlaquepaque, México.
- Foust Rodríguez, D. (2016b). "Sentimiento de inseguridad como analizador de la eficacia colectiva y del nosotros en la zona metropolitana de Guadalajara". En: O. López Sánchez y R. Enríquez Rosas (Coords.), *Cartografías emocionales. Las tramas de la teoría y de la praxis* (pp. 221-241). FES Iztacala, UNAM; ITESO.
- Foust Rodríguez, D. (2020). Frustraciones y paradojas de proyectos aspiracionales en un fraccionamiento de la metrópolis de Guadalajara. *Polis México*, 16(1), 145-176.
- Hidalgo, M. C., & Hernández, B. (2001). Place Attachment: Conceptual and Empirical Questions. *Journal of Environmental Psychology*, 21(3), 273-281.
- Hiernaux, D. y Lindón, A. (2004). Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la Ciudad de México. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (44), 71-88.
- Hochschild, A. R. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- Hur, M., & Morrow-Jones, H. (2008). Factors that Influence Resident's Satisfaction with Neighborhoods. *Environment and Behavior*, 40(5), 619-635.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2011). Censo Nacional de Población y Vivienda 2010. México: INEGI. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2010/>
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1961).
- Jorquera Limón, R. A. (2011). *Ciudad del miedo. La seguridad y el capital social en las clases medias*. El Colegio de Sonora.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad: sociología del temor al delito*. Siglo XXI.
- Kessler, G. (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso paradigmático. *Espacios en Blanco*, 22, 165-197.

- Kessler, G. y Dimarco, S. (2013). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*, 22(2), 221-243.
- Kornhauser, R. (1978). *Social Sources of Delinquency*. University of Chicago Press.
- Korobov, N. (2001). Reconciling Theory with Method: from Conversation Analysis and Critical Discourse Analysis to Positioning Analysis. *Forum: Qualitative Social Research*, 2(3), 11. <https://doi.org/10.17169/fqs-2.3.906>
- Lara, J. y Mateos, P. (2015). “La fragmentación socio-espacial del ‘viviendismo’: neoliberalismo y desarrollos masivos de vivienda social en la periferia remota de Guadalajara”. En: G. Aguilar e I. Escamilla (Coords.), *Segregación urbana y espacios de exclusión. Ejemplos de México y América Latina* (pp. 163-193). Instituto de Geografía, UNAM; Miguel Ángel Porrúa.
- Lindón, A. (2005). “Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias”. En: R. Reguillo y M. Godoy Anativia (Eds.), *Ciudades translocales: espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas* (pp. 145-172). ITESO; Social Science Research Council.
- Manzo, L., & Perkins, D.D. (2006). Finding Common Ground: the Importance of Place Attachment to Community Participation and Planning. *Journal of Planning Literature*, 20(4), 335-350. <https://doi.org/10.1177/0885412205286160>
- Marx, K. (2006). “Tesis sobre Feuerbach”. En: F. Engels y K. Marx, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana y otros escritos sobre Feuerbach* (pp. 57-59). Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels. (Obra original publicada en 1888).
- Portes, A. (1998). Social Capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology. *Annual Review of Sociology*, 24, 1-24.
- Sampson, R. J., & Raudenbush, S. W. (1999). Systematic Social Observation of Public Spaces: A New Look at Disorder in Urban Neighborhoods. *American Journal of Sociology*, 105(3), 603-651.
- Scannell, L., & Gifford, R. (2010). Defining Place Attachment: a Tripartite Organizing Framework. *Journal of Environmental Psychology*, 30(1), 1-10.
- Secretaría de Gobernación. (2021). Encuesta Nacional Sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (ENCUP). Subsecretaría de Desarrollo Democrático, Participación Social y Asuntos Religiosos. <https://fomentocivico.segob.gob.mx/es/FomentoCivico/ENCUP>
- Segura, R. (2012). Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata. *Quid*, 16(2), 106-132.
- Simmel, G. (2010). *El conflicto. Sociología del antagonismo*. Sequitur. (Obra original publicada en 1926).
- Skogan, W. (1986). Fear of Crime and Neighborhood Change. *Crime and Justice*, 8, 203-229.
- Taylor, R. B., Gottfredson, S. D., & Brower, S. (1984). Block Crime and Fear: Defensible Space, Local Social Ties and Territorial Functioning. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 21(4), 303-331.
- Tuan, Y. F. (1974). *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*. Prentice-Hall.
- Tuan, Y. F. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. University of Minnesota Press.
- Turner, J. H. (2007). *Human Emotions. A Sociological Theory*. Sage.

- Vargas Chanes, D. y Merino Sanz, M. (2012). El papel de los espacios públicos y sus efectos en la cohesión social: experiencia de política pública en México. *Estudios Sociológicos*, 30(90), 897-914.
- Vidal Moranta, T. y Pol Urrútia, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36(3), 281-297.
- Vidal, T., Pol, E., Guàrdia, J. y Però, M. (2004). Un modelo de apropiación del espacio mediante ecuaciones estructurales. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 5(1 y 2), 27-52.
- Wacquant, L. (2001a). The Rise of Advanced Marginality: Notes on its Nature and Implications. *Acta Sociologica*, 39(2), 121-139.
- Wacquant, L. (2001b). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial.
- Wacquant, L. (2007). Territorial Stigmatization in the Age of Advanced Marginality. *Thesis Eleven*, 91(1), 66-77.
- Wacquant, L. (2011). Desolación urbana y denigración simbólica en el hipergueto. *Astrolabio, Nueva Época*, (6), 4-18.
- Wooffitt, R. (2005). *Conversation Analysis and Discourse Analysis. A Comparative and Critical Introduction*. Sage.



8. Prevalencia de la felicidad en México: concepción y estudio

Gabriela Rodríguez Hernández

INTRODUCCIÓN

Tomar buenas decisiones para el futuro implica, entre otras cosas, contar con información adecuada sobre el presente. Por ello, en las últimas décadas se ha aumentado el interés sobre cómo la gente piensa y experimenta su vida, para lo cual se han diseñado diversos medios (reportes y encuestas periódicas) tanto nacionales como internacionales, por ejemplo, The Gallup World Poll, The World Values Survey, The European Social Survey, How's Life?, Informe mundial de la felicidad, entre otros. Este tipo de instrumentos miden los niveles de calidad de vida en áreas como la salud, las relaciones sociales y el entorno natural, y capturan una visión más amplia del bienestar que la ofrecida por las medidas de progreso económico.

Además, dan cuenta del bienestar y sus diferencias entre las naciones y su relación con el desarrollo económico, la salud, el medio ambiente, la igualdad y la libertad. Estos instrumentos permiten acceder a conocimiento esencial de aspectos que ayudan a incrementar el bienestar de los individuos, así como de aquellos factores que lo disminuyen.

La utilización y análisis de bases de datos nacionales e internacionales sobre bienestar comenzó en la década de los años 80 del siglo pasado,

con la intención de identificar los giros en las valoraciones de las personas que han contribuido a cambios sociales en distintos aspectos, incluyendo la percepción subjetiva sobre la felicidad humana. Cabe mencionar que, por razones conceptuales y empíricas, el estudio de la felicidad se ha incluido en los estudios sobre bienestar subjetivo (BS), como parte de la evaluación subjetiva que cada persona hace de su propia vida como totalidad o de algunas de sus facetas (Diener, 2000). En este sentido, la felicidad es un constructo psicológico individual, a través del cual se valora subjetivamente la propia vida (Veenhoven, 2009).

En México, desde hace más de una década se mide el Bienestar Autorreportado (BIARE) en población adulta residente en ámbitos urbanos, a partir de tres aspectos: 1) *balance anímico*, el cual explora la prevalencia de estados de ánimo, tanto positivos como negativos, 2) *satisfacción con la vida* en general y con ámbitos específicos de la misma, y 3) *eudemonía* o bienestar espiritual, que refiere a la fortaleza y sentido de vida (INEGI, 2024), bajo los lineamientos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE, 2013).

A partir de estudios a gran escala se ha podido conocer sobre lo que hace o caracteriza a la felicidad en distintas latitudes; por ejemplo, a inicios de este siglo, se reportaba que las personas que experimentaban altos niveles de felicidad solían ser más exitosas en términos de relaciones cercanas y trabajo voluntario, y quienes experimentaban niveles más bajos de felicidad eran más exitosos en términos de ingresos, educación y participación política (Oishi *et al.*, 2007). Hoy día, se destaca que, en la mayor parte de los países, la satisfacción con la vida disminuye gradualmente desde la infancia, pasando por la adolescencia y hasta la edad adulta. También se distinguen emociones negativas con mayor frecuencia en las mujeres que en los hombres en todas las regiones, y en casi todos los países del mundo tanto el apoyo social como la soledad afectan la felicidad, siendo el apoyo social el de mayor efecto (Helliwell *et al.*, 2024). Este tipo de estudios evidencian que, en la actualidad, se pone especial atención en aspectos eudemónicos al hablar de bienestar o felicidad, y no en aspectos hedónicos como hace unas décadas.

La evolución de la definición de bienestar o felicidad muestra una visión más amplia, al incluir aspectos de salud, relaciones sociales y entorno natural y social, por tanto, los objetivos que guían la presente comunicación son: 1) identificar los elementos eudemónicos y hedónicos que prevalecen en la estructura de felicidad de los mexicanos; 2) conocer la relación

entre los elementos eudemónicos y hedónicos, para ello, se recuperan las mediciones del BIARE (INEGI, 2018), el cual sigue los lineamientos emitidos por la OCDE y el enfoque denominado PERMA, desde donde la felicidad se desarrolla a través de las fortalezas de carácter: emociones positivas (*positive emotion*), compromiso (*engagement*), relaciones positivas (*relationships*), sentido de vida (*meaning and purpose*) y sentido de logro (*accomplishment*) (Seligman, 2011); estas permiten acceder a los componentes eudemónicos de la felicidad, y 3) identificar la prevalencia de los dominios de satisfacción a nivel nacional.

BIENESTAR SUBJETIVO

El bienestar subjetivo (BS) se refiere a lo que las personas piensan y sienten acerca de sus vidas, así como a las conclusiones cognitivas y afectivas que alcanzan cuando evalúan su existencia. Comúnmente, se habla de BS cuando las personas sienten más emociones agradables y pocas desagradables, cuando están comprometidas en actividades interesantes y cuando están satisfechas con sus vidas (Diener, 1984). En otras palabras, el BS es la evaluación realizada por una persona de su calidad global de vida de forma positiva (Veenhoven, 2008). La definición anterior dio paso a la conceptualización hedónica de la felicidad, la cual se centra en el estudio de las emociones positivas y la satisfacción con la vida, e incluye un marco articulado con énfasis en la importancia de participar en actividades que proporcionan experiencias emocionales positivas como el placer, la comodidad, la diversión y el disfrute, las cuales conducen a la satisfacción de los propios deseos (Kahneman, 1999).

FELICIDAD, FELICIDAD HEDÓNICA Y FELICIDAD EUDEMÓNICA

Sin duda alguna, definir la felicidad ha resultado un desafío; sin embargo, desde la filosofía occidental parece haber un acuerdo a la hora de definirla, toda vez que cuando los filósofos escriben sobre la felicidad típicamente usan el término en uno de dos sentidos. El primero, similar a la comprensión laica del término, la considera un estado mental que denota una preponderancia de emociones y actitudes positivas hacia la vida. El segundo se refiere a una

vida de bienestar o prosperidad, una vida buena y benéfica para la persona. Se trata de hacer el bien, más que de sentirse bien (Haybron, 2008).

Estos dos diferentes usos del término desde la filosofía corresponden, de alguna manera, a la distinción entre teorías hedónicas y eudemónicas predominantes en la ciencia psicológica (Ryan & Deci, 2001). Los enfoques hedónicos conciben la felicidad en términos de placer y evitación del dolor, donde estos pueden pertenecer no solo al cuerpo, sino también a la mente y el corazón. Estas teorías se centran en los estados subjetivos de las personas, como las emociones sentidas y las evaluaciones personales (Haybron, 2011). Incluso, se desarrolló la teoría del punto de ajuste del bienestar (Lykken, 2000; Lykken & Tellegen, 1996), la cual toma en cuenta los vínculos entre las características estables de las personas, los eventos de la vida y el bienestar subjetivo. Propone que el bienestar es más o menos estable a lo largo de la vida, y ni los esfuerzos individuales ni las políticas públicas pueden hacer mucho para aumentar o disminuir el bienestar, aunque, por supuesto, hay detractores de la teoría (Headey, 2010).

No obstante, en los últimos años, la psicología positiva ha permitido nivelar la tendencia hedónica con la perspectiva eudemónica, al propiciar estudios vinculados al propósito, la autonomía, la competencia, la autorrealización, la atención, la autenticidad, la congruencia y la conexión social (Baumeister & Vohs, 2002; Huta, 2012; Ryan & Deci, 2000). Los enfoques eudemónicos enfatizan el proceso de vivir bien y los aspectos del funcionamiento psicológico positivo que van más allá de las emociones y evaluaciones positivas de las experiencias de vida (Jayawickreme *et al.*, 2012). A diferencia de las teorías hedónicas, las teorías eudemónicas no suponen que lo bueno para una persona es necesariamente bueno para otra; en su lugar, especifican ciertas cualidades objetivas o estados psicológicos requeridos para la felicidad (ej. actividad virtuosa, autonomía, relaciones positivas, entre otras), independientemente de lo que a la persona le importe, le guste o posea.

Empero, se ha identificado una superposición entre ambas perspectivas teóricas de la felicidad, toda vez que una persona pueda sentirse subjetivamente feliz sin llevar una vida de virtud y prosperidad, pero también es posible tener una vida próspera, significativa y virtuosa no siempre acompañada por altos grados de afecto positivo. Por esto, los intentos empíricos de distinguir la felicidad hedónica de la felicidad eudemónica son provocadores, pues los resultados publicados, en la mayor parte, son inconsistentes

por las siguientes razones: la multiplicidad de definiciones conceptuales y operativas existentes para ambos constructos (Huta & Waterman, 2014; Kashdan *et al.*, 2008), y la tendencia actual de estudiar subjetivamente ambas construcciones, además de no existir una medida estándar para comparar los méritos de los dos enfoques. Aunque debe precisarse que ambas perspectivas están fuertemente correlacionadas.

La aproximación eudemónica hace hincapié en el bienestar en términos del grado en que una persona está en pleno funcionamiento, por tanto, la felicidad es considerada un proceso en curso a través del cual se actualizan los potenciales humanos (Deci & Ryan, 2008; Ryan & Deci, 2001). Esta perspectiva plantea vivir una vida de contemplación y de virtud como vía para alcanzar el bienestar donde las gratificaciones requieren de esfuerzo y dedicación (Henderson & Knight, 2012). De acuerdo con Delle Fave *et al.* (2011), la felicidad eudemónica se define como una condición de equilibrio psicológico y armonía entre las relaciones familiares y las relaciones sociales, mientras relacionan la felicidad hedónica con la pertinencia y la satisfacción con la vida; proponen la dimensión de armonía/equilibrio, la cual se refiere a una actitud pacífica para hacer frente a acontecimientos de la vida, ya sean agradables o desagradables, a través de la cual se logra un equilibrio entre las diferentes necesidades, aspiraciones y compromisos.

Ambas concepciones de la felicidad (hedónica y eudemónica) son estados subjetivos positivos, pero no independientes del todo, pues cuando las personas desarrollan sus potenciales personales a través de actividades que les producen placer y éxito, es justo cuando se experimenta el disfrute tanto hedónico como eudemónico (Waterman, 2013). Para Muratori *et al.* (2015), la diferencia fundamental entre ambas corrientes se encuentra en el foco de valoración en el cual se centra el individuo a la hora de definir la felicidad.

LA FELICIDAD EN MÉXICO. ALGUNOS DATOS Y ESTUDIOS

En la última década, México ha progresado en la calidad de vida de sus ciudadanos, especialmente en las áreas de educación, salud y empleo, aun así, nuestro país se encuentra en una posición baja en buena parte de los indicadores de calidad de vida considerados por la OCDE (2015). El ingreso

familiar disponible promedio per cápita es menor al promedio de los 34 países miembros. En términos de empleo, solo alrededor del 61% de las personas entre 15 y 64 años tienen un empleo remunerado. En lo concerniente al sentido de comunidad, 80% de las personas creen conocer a alguien en quien pueden confiar cuando lo necesiten. La participación ciudadana en los procesos electorales oscila en el 63%. En general, los mexicanos están satisfechos con su vida con una calificación de 6.6, en una escala de 0 a 10. En lo respectivo a la calidad del sistema educativo, el estudiante promedio obtuvo una calificación de 416 puntos en lectura, matemáticas y ciencias en el Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés), por debajo del promedio de la OCDE de 488.

Diversos estudios se han abocado a estudiar la felicidad en mexicanos. Un ejemplo es el estudio de Rodríguez-Hernández, Domínguez-Zacarías y Escoto (2017), quienes se propusieron identificar la estructura de la felicidad en mexicanos y reportan una estructura con dos factores. Uno de estos factores es representado por el afecto positivo, en el cual no caben sentimientos de fracaso, de tristeza o ineptitud. Las emociones positivas amplían los recursos intelectuales, físicos y sociales de los individuos y acrecientan las reservas a las que se puede recurrir cuando se presentan amenazas u oportunidades e incrementan los patrones para actuar en ciertas situaciones mediante la optimización de los propios recursos personales en el nivel físico, psicológico y social. El otro factor, lo constituye la satisfacción con la vida de manera general. Esta estructura bifactorial de la felicidad en mexicanos se aprecia suficientemente robusta, pues ambos factores presentan coeficientes alfa que indican una consistencia interna adecuada, aunque, el factor con mayor carga es el que representa al afecto positivo. Por último, la correlación entre los dos factores fue positiva y moderada, en consonancia con otras investigaciones.

En otro estudio, con la intención de conocer el rol eudemónico y hedónico de la felicidad en una población con altos niveles de satisfacción con la vida, Rodríguez-Hernández (2019) identificó una estructura con dos componentes. Uno de los componentes incluye al afecto negativo, el cual refiere la angustia que generan los problemas personales y las obligaciones. El otro componente se constituye tanto de elementos eudemónicos como hedónicos, tales como sentirse bien consigo mismo, optimismo frente al futuro, libertad para decidir, aprender cosas nuevas, propósito de vida, fortuna, logros, además de la satisfacción con la vida y el afecto positivo. Ambos componentes se correlacionan negativamente, lo cual revela una relación armónica y de

equilibrio entre las diferentes necesidades, aspiraciones y compromisos, donde se hace patente el esfuerzo, el interés y el flujo.

Si bien la evidencia científica apunta a considerar la libertad para decidir y el sentimiento generalizado de bienestar como parte fundamental de la estructura de felicidad de los mexicanos, la cual tiene un efecto directo en el afecto positivo, incluso más que el propio desarrollo económico (Inglehart *et al.*, 2015), así como el hecho de que México sea uno de los países más felices del mundo (Helliwell *et al.*, 2024) pese a contar con puntajes bajos en casi todos los indicadores de calidad de vida (OCDE, 2015), surge la urgencia de ahondar en el conocimiento de la estructura de la felicidad en los mexicanos y los elementos eudemónicos y hedónicos que la conforman, así como su relación.

MÉTODO

Diseño

La presente investigación correspondió a un estudio no experimental, *ex post facto*, retrospectivo, transversal. Se utilizan los datos de la Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado (ENBIARE) (INEGI, 2018), la cual se aplica periódicamente en México de conformidad con la iniciativa “Para una vida mejor”, impulsada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). La organización de la encuesta, el trabajo de campo y los resultados se pueden consultar en la página del INEGI.¹

Participantes

La muestra estuvo conformada por 2024 personas (47% hombres y 53% mujeres) mexicanas entre los 18 y 85 años con un promedio de edad de 31 años. De las cuales 55% son casadas y 45% solteras, y el 92% reportó tener ingresos mensuales.

Mediciones

a) *Satisfacción con la vida*. Se evaluó preguntando a los encuestados qué tan satisfechos estaban con su vida como un todo. La escala de eva-

¹ <https://www.inegi.org.mx/programas/enbiare>

luación fue de 10 puntos, la cual va de 0 (totalmente insatisfecho) a 10 (totalmente satisfecho).

- b) *Afectos*. En esta subescala los encuestados debían indicar cómo se sentían el día anterior a la entrevista para cada uno de los 10 estados anímicos (cinco positivos y cinco negativos). En una escala de 10 puntos que va de 0 (en ningún momento del día) a 10 (todo el día).
- c) *Eudemonía*. Esta subescala consta de 11 reactivos con una escala de 10 puntos que va de 0 (totalmente en desacuerdo) a 10 (totalmente de acuerdo).

Con las mediciones mencionadas, primeramente, se realizaron análisis descriptivos y, posteriormente, se efectuó un análisis de correlación de Pearson. Estos análisis se llevaron a cabo con el programa SPSS versión 21.0.

RESULTADOS

En el cuadro 8.1 se presentan las medidas de tendencia central de los elementos que hacen tanto a la felicidad hedónica como a la eudemónica, así como de los dominios de satisfacción. Como se observa, la felicidad hedónica es moderada ($M = 6.41$, $SD = .85$). Si bien la satisfacción con la vida puntúa alto ($M = 8.26$, $SD = .59$), el puntaje en cuanto al balance afectivo es negativo. Prevalece el mal humor ante el buen humor, la ansiedad ante la tranquilidad, el cansancio ante la vitalidad, el aburrimiento ante la concentración y la tristeza ante la alegría. El puntaje más bajo se aprecia en la emoción de tristeza ($M = 4.32$, $SD = 2.34$) y el más alto en cansancio ($M = 4.70$, $SD = .48$).

Aun cuando la satisfacción con la vida de manera general se aprecia alta, el dominio de satisfacción sobresaliente es el de las relaciones personales ($M = 8.65$, $SD = 1.47$) mientras el dominio que menor satisfacción causa es el relacionado con el país ($M = 6.60$, $SD = 2.34$).

En cuanto a los elementos eudemónicos, la mayor parte puntúa alto, aunque los más valorados son: “soy libre para decidir mi propia vida” ($M = 8.98$, $SD = 1.46$) y “por lo general siento que lo que hago en mi vida vale la pena” ($M = 8.98$, $SD = 1.22$), por arriba de “la religión es importante en mi vida” ($M = 8.14$, $SD = 2.13$). Es de resaltar que el elemento con menor calificación es: “cuando algo me hace sentir mal me cuesta mucho volver a la normalidad” ($M = 4.5$, $SD = 2.97$) (Cuadro 8.1).

Cuadro 8.1. Promedios de las medidas que constituyen el bienestar hedónico y el bienestar eudemónico

Medidas	Característica nacional	M	DE
Satisfacción con la vida		8.26	0.59
	Nivel de vida	8.19	1.57
	Salud	8.42	1.62
	Logros de vida	8.45	1.41
Dominios de satisfacción	Relaciones personales	8.65	1.47
	Perspectivas a futuro	8.33	1.53
	Tiempo libre	7.72	2.07
	Seguridad ciudadana	5.05	2.76
	Actividades primordiales	8.56	1.62
	Vivienda	8.41	1.62
	Vecindario	7.88	1.92
	Ciudad	7.18	2.09
	País	6.60	2.34
Afectos	Mal humor/Buen humor	4.62	0.61
	Ansiedad/Tranquilidad	4.62	0.58
	Cansancio/Vitalidad	4.70	0.48
	Aburrido/Concentrado	4.59	0.62
	Tristeza/Alegría	4.32	0.88
Bienestar subjetivo o hedónico		6.41	0.85
Eudemonía	Me siento muy bien con respecto a mí mismo	8.64	1.40
	Siempre soy optimista ante mi futuro	8.58	1.48
	Soy libre para decidir mi propia vida	8.98	1.46
	Tengo fortaleza frente a las adversidades	8.71	1.39
	Por lo general, siento que lo que hago en mi vida vale la pena	8.98	1.22
	Soy una persona afortunada	8.96	1.38
	El que me vaya bien o mal depende de mí	8.74	1.51
	Siento que tengo un propósito en la vida	8.89	1.38
	La religión es importante en mi vida	8.14	2.13
	La mayor parte de los días siento que he logrado algo	8.53	1.43
	Cuando algo me hace sentir mal me cuesta mucho volver a la normalidad	4.5	2.97

Fuente: elaboración propia.

En el cuadro 8.2 se presenta el análisis de correlación de Pearson efectuado para conocer el nivel de relación entre la felicidad hedónica y los elementos de felicidad eudemónica. Se observa que los coeficientes van de bajos (.01) a moderados (.67), la mayor parte positivos y significativos ($p < .05$).

Las relaciones más fuertes se observan entre la felicidad hedónica y sentirse muy bien con respecto a sí mismo ($r^2 = .64$), ser optimista y sentirse muy bien con respecto a sí mismo ($r^2 = .64$) y sentir que lo que se hace vale la pena y creerse una persona afortunada ($r^2 = .64$). Otro dato importante se aprecia en el elemento “cuando algo me hace sentir mal me cuesta mucho volver a la normalidad”, el cual se relaciona negativamente con los otros elementos eu-
demónicos y la felicidad hedónica. En este punto también sobresale que este elemento ni siquiera se relaciona significativamente con el aspecto religioso.

Cuadro 8.2. Correlaciones entre elementos
de felicidad eudemónica y felicidad hedónica

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
2	.64**										
3	.44**	.46**									
4	.48**	.59**	.55**								
5	.54**	.56**	.51**	.63**							
6	.47**	.55**	.43**	.56**	.64**						
7	.43**	.53**	.49**	.54**	.53**	.57**					
8	.41**	.49**	.38**	.52**	.59**	.58**	.53**				
9	.13**	.10**	.09**	.10**	.18**	.20**	.11**	.27**			
10	.48**	.49**	.37**	.47**	.57**	.51**	.44**	.54**	.26**		
11	-.19**	-.19**	-.18**	-.23**	-.24**	-.20**	-.16**	-.20**	.01	-.18**	
12	.67**	.59**	.35**	.42**	.48**	.47**	.44**	.40**	.14**	.45**	-.19**
p < .05											
1. Me siento muy bien con respecto a mí mismo											
2. Siempre soy optimista ante mi futuro											
3. Soy libre para decidir mi propia vida											
4. Tengo fortaleza frente a las adversidades											
5. Por lo general, siento que lo que hago en mi vida vale la pena											
6. Soy una persona afortunada											
7. El que me vaya bien o mal depende de mí											
8. Siento que tengo un propósito en la vida											
9. La religión es importante en mi vida											
10. La mayoría de los días siento que he logrado algo											
11. Cuando algo me hace sentir mal me cuesta mucho volver a la normalidad											

Fuente: elaboración propia.

DISCUSIÓN

Tal y como se planteó al inicio de este trabajo, el objetivo principal de la presente investigación fue ahondar en el conocimiento de la estructura de la felicidad en los mexicanos y los elementos eudemónicos y hedónicos que la conforman, así como su relación a partir de las mediciones del BIARE (INEGI, 2018).

Los resultados obtenidos en esta investigación contrastan con lo marcado en el último *Reporte Mundial de la Felicidad* (Helliwell *et al.*, 2024), el cual señala que los países que ocupan las primeras posiciones en el ranking tienen los puntajes más altos en ingreso, expectativa de vida saludable, apoyo social, confianza, libertad y generosidad, pues los participantes en este estudio reportan estar satisfechos con su vida, pero en cuanto a la felicidad hedónica (bienestar subjetivo) se identificó un nivel moderado. Además, cabe precisar que los participantes en este estudio reportan un equilibrio entre emociones positivas y negativas. Se debe precisar que las emociones medidas a través del BIARE son conceptualmente discretas; es decir, son emociones con la capacidad de ampliar el pensamiento momentáneo de la gente, el cual lleva a la acción y a construir recursos personales duraderos, los cuales van desde los recursos físicos e intelectuales hasta los recursos sociales y psicológicos que a futuro sirven para afrontar dificultades con alternativas más creativas (Fredrickson, 2003), como al parecer sucede con los participantes en este estudio y su situación de vida.

Este último dato hace voltear la mirada a las emociones positivas, las cuales posibilitan el desarrollo, construcción, identificación o recuperación de elementos eudemónicos de la felicidad, como la libertad y la confianza personal, tomando en consideración que las relaciones entre los elementos de felicidad eudemónica y hedónica se presentan positivas y significativas, coincidentes con otros estudios (Baumeister & Vohs, 2002; Henderson & Knight, 2012; Huta, 2012; Ryan & Deci, 2000). La evidencia sugiere que para los mexicanos la felicidad está constituida de elementos hedonistas como la satisfacción con la vida y elementos eudemónicos muy bien perfilados como la libertad para decidir sobre la propia vida, sentir que lo que se hace vale la pena con un propósito o sentido de vida, además del optimismo y el reconocimiento de fortalezas para hacer frente a las adversidades.

Los resultados obtenidos coinciden con otros estudios realizados con población mexicana, en los cuales se identifican plenamente elementos tanto hedónicos como eudemónicos en la estructura de la felicidad

(Rodríguez-Hernández *et al.*, 2017; Rodríguez-Hernández, 2019). Para complementar, se identifican estados subjetivos positivos no independientes, pues cuando las personas desarrollan sus potenciales personales a través de actividades que les producen placer y éxito, es justo cuando se experimenta el disfrute tanto hedónico como eudemónico (Waterman, 2013).

CONCLUSIONES

A la luz de los resultados obtenidos se puede comprender por qué los mexicanos participantes en este estudio manifiestan estar satisfechos con su vida, aun cuando su estado afectivo no sea del todo positivo en un día normal, ello podría atender a las condiciones de vida en el país, las cuales están por debajo de la media de lo marcado como aceptable por la OCDE. Esta situación, a primera vista confusa o inexplicable, se podría justificar desde las emociones positivas, las cuales están ubicadas en el nivel supra-ordenado del conocimiento social; es decir, son las emociones que permiten ampliar los pensamientos y acciones para hacer frente no solo a las emociones negativas, sino también a las situaciones difíciles (Shaver *et al.*, 1987); en oposición a lo que sucede con las emociones básicas (miedo, alegría, tristeza, amor, sorpresa y enojo), las cuales se aprenden a lo largo de la existencia mediante los procesos socializadores y, por tanto, se les atribuyen etiquetas simbólicas y con ello verbales a nivel transcultural.

Si bien las emociones básicas son las más expresadas y las más utilizadas en el lenguaje cotidiano, los sucesos emocionales son percibidos, codificados y comprendidos principalmente mediante prototipos básicos que limitan la inclusión de otro tipo de emociones (aflicciones, sentimientos o estados de ánimo) que posibiliten la ampliación de recursos intelectuales, físicos y sociales (Fredrickson, 2001).

Otro elemento importante a considerar es la actitud positiva que los participantes señalan tener ante la vida, a pesar del infortunio, promoviendo y desarrollando tanto el optimismo como la libertad para decidir sobre su propia vida y, con ello, darle sentido o propósito, en pro no solo del bienestar personal, sino también grupal y nacional. Como se aprecia de los resultados obtenidos en este estudio, la satisfacción con la vida a nivel comunitario, ciudad y país son bajas, lo cual es comprensible, atendiendo al desgaste o ruptura que ha tenido el tejido social por largo tiempo, debido al abandono de

programas sociales y las dificultades económicas que han llevado al apremio de cubrir primordialmente las necesidades básicas. Durante mucho tiempo, el Estado dejó en el desamparo a las personas, pero los recursos individuales, familiares y sociales, aquellos asociados a capacidades y fortalezas con los cuales se construyen relaciones significativas dan ánimo, posibilidad de continuar y sentir bienestar, y han mantenido e influido en la percepción sobre el bienestar.

La información disponible hasta el momento sobre las características de la felicidad para el mexicano debería utilizarse con la intención de generar y proponer políticas públicas para promover o desarrollar bienestar. Se tendría que aquilatar que, para los mexicanos, la satisfacción con la vida tiene su semilla en las relaciones personales y en la realización de actividades importantes para ellos; esto se relaciona con fortalezas individuales, más allá de las experiencias emocionales como el placer, la comodidad, la diversión y el disfrute. La disponibilidad de personas en quienes confiar, tal parece, promueve la capacidad de sobreponerse a las frustraciones y los duros desafíos; además, desempeña un papel importante en el mantenimiento de la integridad física y psíquica del individuo a largo plazo. Por lo visto, el apoyo social es fundamental en la percepción de la felicidad.

Los intentos empíricos por comprender la felicidad –sobre todo la de los mexicanos– resultan provocadores, debido a las condiciones económicas, sociales y políticas adversas por las cuales ha transitado el país los últimos años. Los datos, además de evidenciar las características que tiene la felicidad para el mexicano, también permiten reconocer al mexicano resiliente, con capacidad de afrontar la adversidad que denota equilibrio emocional frente a las situaciones de estrés.

Además del talante resiliente de los mexicanos, los resultados presentados permiten conocer sobre la importancia de las emociones positivas, la satisfacción con la vida, el gusto por aprender cosas nuevas, la libertad para decidir sobre la propia vida. En otras palabras, se evidencia una relación entre elementos hedónicos y eudemónicos del bienestar, sin menospreciar la evidencia científica que muestra al bienestar subjetivo como predictor con alto grado de precisión de una gama de resultados como el tiempo que alguien permanecerá en un trabajo o permanecerá casado, hasta cuánto tiempo vivirá, o hasta los resultados de las elecciones políticas. Resultados, como los registradas en México, han llevado a desarrollar maneras alternativas de medir la felicidad como el Happy Planet Index, el cual no solo considera elementos de

bienestar subjetivo como la esperanza de vida, la desigualdad y la huella ecológica –indicador del impacto promedio que cada residente de un país ejerce sobre el medio ambiente y que ha demostrado tener impacto en el bienestar de las personas–, sino también elementos de orden contemplativo y de virtud como vía para alcanzar el bienestar, como una condición de equilibrio psicológico y armonía entre las relaciones familiares y las relaciones sociales.

Finalmente, estudios como el que en este artículo se presenta y muchos otros contribuyen a la definición o redefinición de la felicidad, en especial para los mexicanos, y obligan a dejar de priorizar el crecimiento económico y el ingreso, pues se evidencia que los mexicanos priorizan el bienestar y la paz sobre el bienestar económico. En otras palabras, si bien los recursos materiales son necesarios para vivir, no son la felicidad.

En conclusión, la única certidumbre sobre el estudio de la felicidad es que esta ciencia tiene mucho por delante, atendiendo a las características particulares de cada sociedad.

REFERENCIAS

- Baumeister, R. F., & Vohs, K. D. (2002). "The pursuit of meaningfulness in life". In: S. J. Lopez & C. R. Snyder (Eds.), *Handbook of positive psychology* (pp. 608-618). Oxford University.
- Deci, E., & Ryan, R. (2008). Hedonia, eudaemonia, and well-being: an introduction. *Journal of Happiness Studies*, 9, 1-11. <https://doi.org/10.1007/s10902-006-9018-1>
- Delle Fave, A., Brdar, I., Freire, T., Vella-Brodrick, D., & Wissing, M. P. (2011). The Eudaimonic and Hedonic Components of Happiness: Qualitative and quantitative findings. *Social Indicators Research*, 100, 185-207. <https://doi.org/10.1007/s11205-010-9632-5>
- Diener, E. (1984). Subjective well-being. *Psychological Bulletin*, 95, 542-575. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.95.3.542>
- Diener, E. (2000). Subjective well-being: The Science of happiness and proposal for a national index. *American Psychologist*, 55(1), 34-43. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.55.1.34>
- Fredrickson, B. (2001). The role of positive emotions in positive psychology: The broaden-and-build theory of positive emotions. *American Psychologist*, 56(3), 218-226. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.56.3.218>
- Fredrickson, B. (2003). The Value of Positive Emotions. *American Scientist*, 91(4), 330-335. <https://doi.org/10.1511/2003.26.330>
- Haybron, D. (2008). *The pursuit of unhappiness: The elusive psychology of well-being*. Oxford University Press.
- Haybron, D. (2011). "Happiness". In: E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Stanford University Press.
- Headey, B. (2010). The set point theory of well-being has serious flaws: on the eve of a scientific revolution? *Social Indicator Research*, 97(1), 7-21.

- Helliwell, J. F., Layard, R., Sachs, J. D., De Neve, J. E., Akinin, L. B., & Wang, S. (Eds.). (2024). *World Happiness Report 2024*. Wellbeing Research Centre.
- Henderson, L., & Knight, T. (2012). Integrating the hedonic and eudaimonic perspectives to more comprehensively understand wellbeing and pathways to wellbeing. *International Journal of Wellbeing*, 2(3), 196-221. <https://doi.org/10.5502/ijw.v2i3.3>
- Huta, V. (2012). Linking peoples' pursuit of eudaimonia and hedonia with characteristics of their parents: Parenting styles, verbally endorsed values, and role modeling. *Journal of Happiness Studies*, 13(1), 47-61. <https://doi.org/10.1007/s10902-011-9249-7>
- Huta, V., & Waterman, A. (2014). Eudaimonia and its distinction from hedonia: Developing a classification and terminology for understanding conceptual and operational definitions. *Journal of Happiness Studies*, 15(6), 1425-1456. <https://doi.org/10.1007/s10902-013-9485-0>
- Inglehart, R., Foa, R., Peterson, C., & Welzel, C. (2015). Development, Freedom, and Rising Happiness. A global perspective (1981-2007). *Perspectives on Psychological Science*, 3(4), 264-285. <https://doi.org/10.1111/j.1745-6924.2008.00078.x>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018, julio). *Módulo de Bienestar Autorreportado 2018, datos al mes de julio-octubre. México, 2018-2019*. Recuperado el 11 de marzo de 2019, de <https://www.inegi.org.mx/rnm/index.php/catalog/513>
- Jayawickreme, E., Forgeard, M. J., & Seligman, M. E. (2012). The engine of well-being. *Review of General Psychology*, 16, 327-342.
- Kahneman, D. (1999). "Objective happiness". In: D. Kahneman, E. Diener & N. Schwarz (Eds.), *Well-being: The foundations of hedonic psychology* (pp. 3-35). Sage.
- Kashdan, T., Biswas-Diener, R., & King, L. (2008). Reconsidering happiness: The costs of distinguishing between hedonics and eudaimonia. *The Journal of Positive Psychology*, 3, 219-233.
- Lykken, D. (2000). *Happiness: The Nature and Nurture of Joy and Contentment*. St Martin's Press.
- Lykken, D., & Tellegen, A. (1996). Happiness is a stochastic phenomenon. *Psychological Science*, 7(3), 186-89. <https://doi.org/10.1111%2Fj.1467-9280.1996.tb00355.x>
- Muratori, M., Zubietta, E., Ubillos, S., González, J. y Bobowik, M. (2015). Felicidad y Bienestar Psicológico: Estudio comparativo entre Argentina y España. *Psykhē*, 24(2), 1-18. <https://doi.org/10.7764/psykhe.24.2.900>
- Oishi, S., Diener, E., & Lucas, R. (2007). The Optimum Level of Well-Being: Can People Be Too Happy? *Perspectives on Psychological Science*, 2(4), 346-360. <https://doi.org/10.1111%2Fj.1745-6916.2007.00048.x>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). (2013). *Guidelines on Measuring Subjective Well-being*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/9789264191655-en>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). (2015). *¿Cómo va la vida? 2015. Medición del bienestar*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/9789264240735-es>
- Rodríguez-Hernández, G. (2019). El rol eudemónico y hedónico de la felicidad en una población con altos niveles de satisfacción con la vida. *International Journal of Social Psychology*, 34(2), 230-255. <https://doi.org/10.1080/02134748.2019.1576323>
- Rodríguez-Hernández, G., Domínguez-Zacarias, G. y Escoto, M. (2017). Evaluación psicométrica de la escala de felicidad de Lima en una muestra mexicana. *Universitas Psychologica*, 16(4), 1-10. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy16-4.epef>

- Ryan, R., & Deci, E. (2000). Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development and well-being. *American Psychologist*, 55(1), 68-78. <https://doi.org/10.1037//0003-066x.55.1.68>
- Ryan, R., & Deci, E. (2001). On happiness and human potentials: a review of research on hedonic and eudaemonic well-being. *Annual Review of Psychology*, 52, 141-166. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.52.1.141>
- Seligman, M. (2011). *Flourish: A visionary new understanding of happiness and well-being*. Free Press.
- Shaver, P., Schwartz, J., Kirson, D., & O'Connor, C. (1987). Emotion knowledge: further exploration of a prototype approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52(6), 1061-1086. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.52.6.1061>
- Veenhoven, R. (2008). Healthy happiness: Effects of happiness on physical health and the consequences for preventive health care. *Journal of Happiness Studies*, 9, 449-469. <https://doi.org/10.1007/s10902-006-9042-1>
- Veenhoven, R. (2009). Medidas de la Felicidad Nacional Bruta. *Intervención Psicosocial*, 18(3), 279-299.
- Waterman, A. (Ed.). (2013). *The best within us: Positive psychology perspectives on eudaimonia*. American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/14092-000>



9. Sentido de lugar, memoria y emociones en contextos de movilidad forzada. Una aproximación desde la geografía humana ¹

Leidy Laura Cartagena Benítez

INTRODUCCIÓN

Aproximarme desde las narrativas de personas granadinas en Colombia y apatzinguenses en México a sus vivencias y experiencias en relación al valor otorgado a su sentido de lugar, el cual se vio alterado por los contextos de violencia criminal que viven ambos municipios, lo cual ha llevado a un alto número de personas a tomar decisiones respecto a moverse o no de sus lugares de vida, a raíz de los hechos victimizantes desplegados y que acecharon no solo la tranquilidad de sus pueblos, sino también el día a día de sus cotidianidades, fue uno de los propósitos de la investigación que da pie a este artículo.

Los continuos combates, asesinatos, secuestros, retenes, bloqueos de alimentos, quema de automóviles y de establecimientos públicos y comerciales, amenazas, toques de queda y un sinnúmero de acciones por parte de grupos armados –legales e ilegales–, además de las medidas institucionales para

¹ Resultado parcial de la investigación: “Uno siempre está construyendo su lugar. El quedarse, el salir y el volver en contextos de movilidad forzada. Colombia-México, 2000-2017”. Trabajo preparado para su presentación en el VI Coloquio de Investigación “Las emociones en el marco de las ciencias sociales: perspectivas interdisciplinarias”, Facultad de Estudios Superiores Iztacala UNAM, Tlalnepantla de Baz, Estado de México, 20, 21 y 22 de septiembre de 2018.

hacerles frente,² pusieron al descubierto en la población una serie de configuraciones con respecto a la forma de vivir las emociones emergentes bajo estos hechos y las relaciones con el espacio o con sus lugares próximos, pero también llevaron a emprender una serie de estrategias, ya sea: 1) la decisión de *permanecer* en sus localidades en medio de todo; 2) cuando la decisión es *salir*, empezar la itinerancia en las trayectorias de la movilidad, o 3) cuando al estar fuera por algunos días, meses y hasta años de ese lugar dejado, se decide *volver*.

Revisitar el pasado desde la memoria de quienes han vivido la experiencia de la movilidad forzada, para conocer su significado, implica a su vez, reconocer el sinnúmero de emociones que iban aflorando al sortear los embates de una cotidianidad día a día signada por la violencia; además, no se debe dejar de lado que la emergencia de tales emociones, junto con el sentido de lugar, fundan una impronta o huella en la dimensión espacio/temporal, así como en las relaciones y las prácticas sociales construidas por las personas que asisten a un proceso como el de la movilidad forzada en contextos de violencia.

En la revisión preliminar de fuentes, especialmente documentales, fue posible evidenciar cómo los intereses de comprensión y atención del proceso de movilidad forzada han versado, especialmente, sobre la identificación y registro de la población que sale, sus afectaciones y pérdidas tanto simbólicas como materiales, los territorios de recepción, las precariedades a las cuales se ve enfrentada la gente que se mueve en los espacios de asentamiento, así como las respuestas institucionales que allí reciben, privilegiando, en este caso, factores económicos y sociales que dejan de lado las reconfiguraciones y prácticas espaciales que ocurren durante todo el proceso de movilidad forzada. Por ello, este trabajo buscó hacer visible la dimensión espacial y su implicancia al analizar un proceso como el de la movilidad forzada; bajo orientaciones cualitativas, el reto emprendido estuvo dirigido a explicar y analizar,³ desde la experiencia de la población en situación de movilidad forzada, la construcción de sus sentidos de lugar y de sus prácticas espaciales en las trayectorias emprendidas del *quedarse*, el *salir* y el *volver*.

² Me refiero especialmente a las políticas de seguridad adoptadas por los gobiernos de turno, en el caso de Colombia, la Política de Seguridad Democrática: “Mano firme y corazón grande” del expresidente Álvaro Uribe Vélez en el periodo 2002-2010; y en México, el periodo de gobierno de Felipe Calderón Hinojosa, 2006-2012, en el que se replanteó la política de seguridad, dando paso a la llamada “guerra contra el narco”.

³ No se deja de lado el reconocimiento a la especificidad y la expresión del fenómeno en sus particularidades o generalidades.

El esfuerzo estuvo, entonces, en pensar este proceso desde lo espacial, dimensión poco abordada hasta ahora en los estudios sobre el tema, pero con un fuerte potencial para explicar la relación entre lo social y el espacio habitado, máxime si se considera que tanto los procesos geográficos como los movimientos que estos implican son una construcción social, y viceversa, las prácticas sociales también significan y resignifican la configuración espacial.

Los avances que se presentan a continuación dan cuenta de un proceso en específico, la movilidad forzada en Granada y Apatzingán, donde se ejemplifican exploratoriamente, y a manera de invitación para continuar en su profundización, las interacciones ocurridas entre las emociones de las personas y los lugares que han hecho suyos y dotado de sentido.

Este texto está estructurado en tres partes: en la primera se dará cuenta de las orientaciones teórico-metodológicas de la investigación; en la segunda, una aproximación al contexto espacial y situacional que mostrará por qué se eligió un estudio de caso multisituado; en el tercer apartado, a manera de hallazgos, se mostrará cómo se imbrican sentido de lugar, memoria y emociones en un proceso de movilidad forzada, y para finalizar, unas reflexiones parciales de lo que ha sido este proceso visto desde la arista de lo espacial en relación a la memoria y las emociones.

APROXIMACIÓN A LAS PERSPECTIVAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS COMO CLAVES ORIENTADORAS

El estudio de las emociones ha sido un campo privilegiado desde la década de los 80 en las ciencias sociales, principalmente disciplinas como la psicología, la antropología, la historia y la sociología han dirigido su atención en la dimensión emocional/afectiva como clave analítica de interés en la lectura de un contexto específico de análisis. Recientemente, desde lo que se ha denominado las nuevas geografías, entre las cuales se destaca su perspectiva humanista, se ha empezado un acercamiento al estudio de estas y su relación con la dimensión espacial. Si bien las emociones no fueron el centro de atención de los avances que aquí se presentan, sí se encontró en las narrativas de la población un sinnúmero de menciones que subrayan un énfasis en los sentires en el proceso de movilidad; es decir, lo que hemos denominado en la investigación el *antes, durante y después* del despliegue y accionar violento de los actores armados en la población y en los lugares habitados.

La necesidad apremiante de saber cómo se manifiestan los sentidos de lugar bajo situaciones adversas –la movilidad forzada es el proceso elegido en este caso– me llevó a construir un tejido permanente entre los referentes teóricos –elaborados desde lo lógico deductivo– y el dato empírico o etnográfico –la experiencia vivida–. Vincular estos ejes de análisis, tanto en Colombia como en México, es una salida teórico-metodológica que retoma elementos desde muchas perspectivas, pero, considero, son complementarias y su tejido aquí es estratégico; buscando desde esta articulación poder describir, explicar y entender cómo la población con experiencia en movilidad forzada, en la medida de sus posibilidades y potencialidades, transforma, se apropia, genera acciones y estrategias respecto al espacio habitado, el cual se vio alterado no solo por las formas abruptas del quedarse, salir, llegar a otro lugar y volver al espacio dejado, sino también por cómo se revelan sus apropiaciones, usos y disputas, respecto a los vínculos que se crean o no con los espacios involucrados en este proceso.

Bajo estos intereses, ¿cuál es la urdimbre teórica que puede favorecer la comprensión de esta realidad? Inicialmente, parto reconociendo que la referencia a la urdimbre es a partir de un uso figurado la cual remite a la idea de tejido, a la acción; esto resulta de entrelazar un conjunto de hilos. En este caso, la urdimbre está constituida por cuatro hilazas –sentido de lugar, territorio, contexto de violencia y proceso de movilidad forzada– significativas y relevantes que indican una pluralidad en medio de la singularidad constituida intrínsecamente por ellas solas. Si bien hay un desarrollo amplio de estas en la investigación, aquí por asuntos de extensión solo mencionaré y desarrollaré una síntesis de cada una de estas hilazas, reconociendo las ideas y apuestas fundamentales que me han servido de apoyo para entender los asuntos emergentes en la búsqueda de saber cómo las personas (re)construyen sus sentidos de lugar y procesos de territorialidad en contextos de violencia, ejes claves para la construcción del argumento de este texto.

Se preguntarán entonces, ¿qué pasa con la memoria y las emociones que se presentan como elementos centrales en este capítulo? Pues bien, ambas han sido emergentes en la estancia de trabajo de campo. La memoria se hizo visible en el hecho mismo de la dinámica de la rememoración de la experiencia sobre el proceso de movilidad forzada. En este caso, es pertinente retomar a Paul Ricoeur (2010), quien sostiene que la memoria no es volver al pasado, sino una representación de él. Entonces, se vuelve a él desde el presente, a revisitarlo de nueva cuenta a partir de dilemas o preguntas hechas

desde el hoy; así, “la memoria es un puente que comunica no sólo al presente y al pasado, sino también al futuro; expectativas y experiencia” (Kuri, 2017, p. 14). En esta investigación, el ejercicio de recabar información sobre lo que ocurre con el sentido de lugar en el proceso de movilidad puso de manifiesto la memoria, entendida aquí como una herramienta necesaria para aprehender el sentido de esa experiencia que, más allá de reconstruir los hechos, lo cual también se vuelve necesario, permitió acercarme a cómo esta se vivió y se recuerda (Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia, 2013, p. 43).

Cuando indagué en la población sobre cómo su sentido de lugar se vio menoscabado por los efectos de la violencia criminal en sus espacios habitados, fue relevante cómo la población que tomó o no la decisión de moverse de sus lugares de vida decodificó su experiencia a partir de ubicar la memoria de lo vivido en un espacio particular; es decir, lo recordado estuvo estrechamente vinculado e inscrito en un lugar. En este caso, la preeminencia estaba en el espacio más que en el tiempo.

Las personas se remitían más a los lugares donde sucedieron eventos significativos que a la identificación exacta de la fecha en la que estos sucedieron. Por ejemplo, en el *antes* de desencadenarse los hechos violentos, las personas memoran el espacio habitado como un lugar tranquilo, de convivencia, de encuentro e identidad; además, su sentido de lugar se ampliaba a escalas como el conjunto del espacio público: municipio, plazas, parques, calles, colonias o barrios; en el *durante*, el momento más álgido de la confrontación, se empieza a reducir la escala; sus lugares pasan de lo público a lo privado, especialmente la referencia se hace a la casa; y en el *después* de tomar la decisión o de que la intensidad de la violencia diezmará, rememorar los lugares fue un ir y venir entre lo dejado al momento de moverse y lo nuevo encontrado en referencia a la reterritorialización hecha en otro espacio, el cual aparece como nuevo y ajeno; esto, si la decisión fue salir. Por el contrario, si se optó por quedarse, también se asiste a un cambio en las dinámicas cotidianas, se coexiste con aquellas impuestas por los actores quienes ejercen la violencia y las que son propias de las personas que encontraron en el quedarse una respuesta a la circunstancia.

La evocación de la memoria suscitó, al mismo tiempo, las huellas emocionales asociadas al evento de moverse forzosamente de los lugares en donde la vida se construía. Rehacer el contexto en el cual se produjeron los hechos de salir o no de estos lugares y los eventos violentos a los que se asistió

llevó también a la población a identificar una serie de manifestaciones o marcas emocionales dejadas por estas vivencias. Tristeza, miedo, rabia, temor, angustia, desconfianza, nostalgia, aislamiento, incertidumbre y esperanza son los sentires más constantes en los relatos de las personas abordadas. Mientras ellas narraban cómo estas fueron experimentadas, también fue posible reconocer que si bien lo emocional es una manifestación dada en lo corporal, también sucede en o habita un espacio. De acuerdo con Alicia Lindón, la espacialidad ha sido olvidada en los estudios que se han consolidado sobre las emociones y la corporalidad,⁴ “aunque paradójicamente la relación entre el cuerpo y el espacio es inevitable para la condición humana. De igual forma, la relación entre el espacio y las emociones constituye otro aspecto ineludible de la vida misma” (Lindón, 2012, p. 701).

En este caso, la experiencia del *quedarse, salir y volver*, además de ser espacial,⁵ también es emocional.⁶ A cada uno de estos momentos corresponde –como se verá más adelante–, en simultáneo, un(os) espacio(s) así como una(s) emoción(es). Coincido con Paula Soto (2013), Robyn Longhurst (2003) y Linda McDowell (2000) en que el cuerpo es la primera escala geográfica o espacio habitado, y aunque es en él donde se viven y experimentan las emociones, realidad individual, no se debe desconocer que estas hacen parte también de un contexto más amplio en lo social, cultural, económico y político; es decir, las emociones se movilizan entre las personas, pero además “se vinculan alrededor y dentro de ciertos lugares” (Soto, 2013, p. 200).

Es así como memoria y emociones se erigen como dimensiones analíticas emergentes del trabajo de campo, siendo claves en el análisis propuesto en la investigación. Además, es a partir de ellas –memoria y emociones– como puedo llegar a aproximarme al conocimiento que las personas indagadas construyen acerca de su lugar: el próximo, el cercano a ellas, al cual le guardan afecto y con el que se identifican. Para alcanzar esto, el punto de partida será reconocer que el lugar es un centro de significados construido por la experiencia del habitar, el conocer y el hacer.

En este caso, reconstruir la memoria acerca del sentido de lugar que tienen las personas de Granada y Apatzingán con experiencia en movilidad

⁴ Aunque no se desconoce el trabajo realizado por las geografías de género (Anderson & Smith, 2001; Haraway, 1991; McDowell, 2000).

⁵ Para ampliar sobre la experiencia espacial véase Tuan (1977).

⁶ Para ampliar sobre la experiencia emocional véase Zajonc (1980).

forzada en contextos de violencia llevó a identificar unas hilazas conceptuales que constituyen la urdimbre teórica de la cual se sujeta el objetivo principal de esta investigación, lo cual hizo necesario el acercamiento a su esencia y características como categorías analíticas.

Reconociendo esta emergencia de la memoria y las emociones, traemos de vuelta la idea de urdimbre que orienta esta búsqueda.

Primera hilaza: sentido de lugar

Las mudanzas de un barrio a otro, de un municipio a otro, de un estado a otro o de un país a otro son experiencias personales que reviven un sinnúmero de emociones asociadas al extrañamiento, la nostalgia, la añoranza o la pérdida por los espacios dejados. Sentir esto lleva a preguntarse el porqué de estos sentires. Una respuesta ligera podría ser que ellos –los espacios– hacen parte del ser, tienen marcas indelebles por lo construido en ellos, a manera individual como colectiva, además de las relaciones dadas allí en el tiempo largo que ha permitido construir una historia e identidad en ellos.

Cuando hablo de espacio y creación de lugares, me ubico desde aquellas perspectivas que consideran que el espacio es socialmente construido desde la experiencia subjetiva: es decir, situarme desde ahí hace necesario reafirmar la “transformación del espacio a través del lenguaje, la interacción social, la memoria, la representación, el comportamiento y el uso en escenas y acciones que transmiten significado. Ambas son disputadas y combatidas por razones económicas, políticas e ideológicas” (Low, 2017, p. 35).

El punto de partida es que la experiencia del lugar es una parte universal y elemental de la vida, y tener una perspectiva geográfica basada en el lugar es vital para comprender las relaciones existentes (Sack, 1988). Son varios los autores y las autoras que, desde la geografía, especialmente desde la corriente humanista, retoman el lugar como concepto central en el pensamiento geográfico.

A partir de sus orientaciones, esta investigación entiende el lugar desde las áreas contenidas dentro de unos límites, mismos que invitan a imaginarlos como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales en las cuales una gran proporción de dichas relaciones, experiencias e interpretaciones están construidas a una escala mayor que la definida del espacio mismo en aquel momento, sea una calle, una región o incluso un continente. En este caso, se acude a un sentido de lugar extrovertido, el cual

incluye una conciencia de sus vínculos con todo el mundo, e integra, de una manera positiva, lo global y lo local; pero también se apela aquí al sentimiento de apego por el lugar (Tuan, 1977, p. 7), este busca posicionar la idea de que los seres humanos desarrollamos un sentimiento que se identifica con el afecto por el espacio habitado, lo cual va a conocerse coloquialmente como apego por el terruño y da cuenta de la forma como nos relacionamos con este desde las percepciones, las actitudes y los valores individuales que las personas han ido construyendo socialmente a través de los sentidos, las creencias y las experiencias desarrolladas hacia sus lugares de vida, tanto desde lo que se produce por sus relaciones cotidianas, como por las condiciones del medio físico en las que vive.

En la medida en que la población se mueve forzosamente de sus lugares, tiene unas trayectorias de movilidad (el quedarse, el salir y el volver) que llevan, además, a que su sentimiento o sentimientos otorgados hacia el lugar se muevan con ellos, sus emociones no están ancladas al espacio físico como tal, sino a los modos en los cuales como individuos o colectividad se relaciona con este, es así como el espacio habitado es un lugar de significación; asunto importante rescatado por Yi-Fu Tuan (2007, p. 133) cuando sostiene que ese sentimiento de pertenencia debe ser entendido desde el acto mismo de moverse. La manifestación de amor por un lugar no desaparece o se invisibiliza con el acto de salir; por el contrario, son las experiencias de percepción, apropiación, habitación y significado las que se establecen como representaciones que acompañan, sin tener necesariamente un espacio definido desde una entidad física.

Bajo estos referentes, el sentido de lugar es asumido en esta investigación como la construcción significada, desde la experiencia, de vínculos e identidades que se suceden en el o los espacios de vida de un ser humano, quien “carga” o dota, a su vez, ese espacio geográfico de valores y subjetividades, las cuales darán cuenta del conjunto de relaciones afectivas creadas en y hacia un espacio.

Segunda hilaza: territorio

Las visiones que han leído el territorio como límite, espacio de poder, gestión y dominio del Estado, ocupación o dimensión fundamental para aquellos procesos desarrollados en la superficie terrestre (Capel, 2016; López y Ramírez, 2012) se han enriquecido con las aportaciones que lo comprenden

como proceso y resultado de la acción social que, de forma concreta y abstracta, se lo apropia física y simbólicamente; sería el espacio construido, donde convergen relaciones sociales, a partir de un “ambiente de vida, de acción, y de pensamiento de una comunidad, asociado a procesos de construcción de identidad” (Tizon, 1996, p. 19).

En estos términos, el territorio, de acuerdo con el interés aquí planteado, constituiría un conjunto integrado entre sus elementos más tangibles y su construcción más sociocultural. En el caso de la movilidad forzada, se hace necesario reconocerla tanto desde su estado material (por ejemplo: las divisiones político-administrativas, sus componentes geofísicos, el poder material de las relaciones económico-políticas) hasta el poder simbólico más estrictamente cultural. Desde este punto de partida y de acuerdo con Haesbaert (2011), hay tres dimensiones fundamentales a considerar y que en el caso del proceso de movilidad forzada se constituyen como observables:

- a) *Política* (referida a las relaciones espacio-poder en general) o jurídico-política (relativa también a todas las relaciones espacio-poder institucionalizadas) en la que el territorio es concebido como un espacio delimitado y controlado, a través del cual se ejerce un determinado poder.
- b) *Cultural o simbólico-cultural*: prioriza la dimensión simbólica y más subjetiva; el territorio es visto, sobre todo, como el producto de la apropiación/valoración simbólica de un grupo en relación con su espacio vivido.
- c) *Económica*: “el territorio como fuente de recursos o incorporado al conflicto entre clases sociales, y en la relación capital-trabajo como producto de la división ‘territorial’” (Haesbaert, 2011, p. 35).

Si el sentido de lugar es una construcción experiencial y significativa para el ser humano, el interés por develar cómo se presenta en procesos de movilidad forzada debe reconocer la interrelación entre el lugar y el territorio. Este último adquiere aquí un valor relevante en términos de los asuntos, principalmente, políticos y económicos cuando empieza a ser disputado por los intereses de actores armados que, a través del control territorial y la imposición del ejercicio de la violencia, van afectando profundamente los lazos que la población hace con sus lugares.

Las acciones impactantes de violencia de los actores armados, además de las respuestas gubernamentales a estas a partir de la implementación de políticas de seguridad, han llevado a muchas personas por lo menos a elegir entre dos situaciones de interés en esta investigación: 1) quienes toman la

decisión de quedarse deben reconfigurar su existencia dentro del territorio, algunas de las personas destacaron en sus narrativas cómo modificaron sus prácticas cotidianas en el espacio público; por ejemplo, no salir a ciertas horas –especialmente en la noche–, no frecuentar algunos lugares, colonias o ranchos cercanos, no transitar en las vías que conducen a otros municipios cuando la noche se acerca; 2) las personas que se mueven a raíz de los hechos violentos asisten a la pérdida física de aquellos lugares donde llevaban a cabo sus modos de vida y de conexión con el territorio y se enfrentan al proceso de movilidad forzada emprendiendo itinerarios y trayectorias para encontrar otro espacio donde establecerse de nuevo, lejos del ya conocido.

En este sentido, el territorio es visto aquí como un resultado de las relaciones sociales y de las manifestaciones de poder entre los actores armados y estatales, pero también como resultado de relaciones de resistencia que la población manifiesta frente a los detentores de la violencia. No significa esto que la población que asiste a un proceso de movilidad forzada, por estar fuera del lugar del origen, no esté en un territorio; se puede abandonar físicamente un territorio sin perder la referencia simbólica y subjetiva al mismo, a través de la memoria, el recuerdo, la nostalgia. Es así, bajo estas circunstancias, que la población en situación de movilidad puede re-territorializar nuevos espacios, haciendo con ello una ampliación de sus sentidos de lugar desde lo que son las dinámicas de des-re-territorialización.⁷

Tercera hilaza: contexto de violencia

Comparto lo que muchas investigadoras e investigadores de diversas latitudes consideran al momento de buscar la mejor forma de apelar a la violencia, y es que ella tiene una diversidad de caras según el proceso del cual se deriva, no es lo mismo la violencia política que la de género, la violencia escolar que la criminal, la violencia laboral que la doméstica, entre otras muchas; aludir

⁷ Para Gilles Deleuze y Félix Guattari (2008), la primera regla del agenciamiento es descubrir la territorialidad que engloba, los componentes heterogéneos en el orden de lo social y biológico, conjugando a su vez lo vital, las poblaciones, los territorios, los afectos, las estéticas y los encuentros; sin embargo, esta acción implica además la desterritorialización y la reterritorialización, de acuerdo con Deleuze y Guattari (2008), la primera puede ser considerada como el movimiento por el cual se abandona el territorio, una operación de líneas de fuga, y por ello es una reterritorialización y un movimiento de construcción del territorio. En un primer movimiento, los agenciamientos se desterritorializan y, en un segundo, se reterritorializan como nuevos agenciamientos de los cuerpos y colectivos de enunciación. Estas dinámicas de territorialización, desterritorialización y reterritorialización deben ser aprehendidas como dinámicas simultáneas, es decir, la territorialización está compuesta –utilizando como metáfora una moneda– por esas dos caras que son indisolubles.

a ella significa volver a su origen, causas, manifestaciones y soluciones para determinar a cuál dimensión se hace referencia. En palabras de la profesora María Teresa Uribe, “la violencia es pues como una medusa; puede tener muchas cabezas, múltiples rostros, pero un solo cuerpo: la pérdida de legitimidad, la carencia de poder” (2001, p. 24).

Si bien identifico en esta investigación la multiplicidad de apelaciones que puede tener este concepto, parto de reconocerlo desde su definición más general asociada especialmente a términos de Estado, aludiendo al “uso ilegítimo o ilegal de la fuerza”, esto para diferenciarla de la llamada violencia “legítima” (Blair, 2009, p. 11); seguidamente, me adscribo a la propuesta del profesor y filósofo José Sanmartín Esplugues (2007), quien entiende por violencia cualquier conducta intencional que puede causar o causar daño (p. 9).

Desde este punto de partida, cabe añadir que el proceso de movilidad del cual da cuenta esta investigación apela a ella –la violencia– como contexto, ello significa reconocer y hacer visible que la violencia se “instala” en los espacios como proceso estructurante y desestructurante de las distintas dimensiones y dinámicas convergentes en él, de hecho, ella se apropia, reordena y reconfigura los tiempos-espacios de las sociedades que coexisten con ella.

En este sentido, apelar a un contexto de violencia supone observar el escenario en donde ocurre la violencia y del cual es necesario dilucidar sus lógicas en el proceso de configuración, la acción de los actores –armados y no armados–, la producción de valores y normas de hecho, lo cual deviene en un proceso diferente que configura el territorio, lo transforma, por sus dinámicas violentas en medio de sufrimiento, estigma y exclusión (González, 2010), y en las que la movilidad forzada es una de sus muchas derivaciones; en este caso, el contexto influye en las mujeres y hombres que se encuentran insertos en él y, a través de un conjunto de procesos, se generan transformaciones en ellos y en su entorno cercano, pero también en el conjunto de escalas implicadas.

Cuarta hilaza: proceso de movilidad forzada

Aquí la movilidad se convierte en un componente dinámico del lugar que ayuda a entender el movimiento de personas en relación con su experiencia social y espacial de trasladarse entre lugares y a través de lugares (Arango y Sánchez, 2016, p. 15). La contribución de la geografía a la lectura y comprensión de la movilidad forzada está primeramente en poner en escena el

espacio, exaltando el papel del contexto territorial en lo que puede ser una perspectiva amplia de los procesos de movilidad a raíz de hechos violentos; esto lleva a enfatizar la necesidad de considerar el conjunto de espacios que esta implica: a) aquel donde ocurren los hechos victimizantes; b) el de las trayectorias e itinerarios que se emprenden hasta llegar a territorializar un nuevo espacio, y c) el de vuelta, cuando se retorna a ese lugar abandonado, pero luego, al volver a él, ya es diferente. En este sentido, vale anotar que no solamente las personas sufren cambios, también tienen cambios el espacio, los territorios y los lugares implicados en este proceso.

Considerar la movilidad como proceso significa no verla como un asunto de acumulación lineal sino como algo que da sentido a las lógicas desplegadas por distintos actores en una construcción y en un espacio-tiempo particular que implica, además, la indagación de sus dimensiones en relación con las trayectorias, lógicas y tendencias (Bozzano, 2009, p. 224). Entender desde la movilidad forzada las lógicas espaciales y aquellas desplegadas por las personas antes, durante y después de tomar la decisión de salir o no de aquellos espacios donde desarrollan sus formas de vida es reconocer este proceso como una circunstancia multidimensional y compleja, no resumida en solamente decir: “me fui de aquí para allá”; estamos hablando de que el quedarse o el irse a raíz de hechos violentos supone para mujeres y hombres la reorganización de sus vida, pero también de los espacios que asisten a ella; estos espacios tienen significación tanto por su representación material como por su representación simbólica. En este caso, el proceso no denota cualquier secuencia de acontecimientos, eventos o hechos, es una sumatoria de ellos, una secuencia que constituye una permanencia de condiciones y conexiones (Coraggio, 1987), las cuales se configuran, en este caso, bajo la coacción y la violencia armada.

LA HILAZA METODOLÓGICA: DÓNDE Y CÓMO SE LLEVÓ A CABO LA INVESTIGACIÓN

Ir tras las huellas que el sentido de lugar tiene en la población que se mueve a raíz de los contextos de violencia vividos, en especial, en los municipios de Granada en Antioquia (Colombia) y Apatzingán en Michoacán (México), lleva a identificar en ellos algunos elementos de su devenir histórico y de su

conformación socio-espacial; si bien estos responden a unas lógicas y realidades particulares a escala local, también guardan relación con configuraciones más amplias de lo nacional e internacional.

Establecer estos vínculos socio-espaciales más amplios es reconocer que ellos inciden en todas las dimensiones –social, política, cultural, económica y espacial–, eso no se discute; sin embargo, para el caso de esta investigación, la dimensión espacial cobra importancia en su relación con el proceso de movilidad forzada en contextos de violencia, este último –el proceso de movilidad– será la bisagra que permitirá acercarse a una realidad compartida entre Granada y Apatzingán.

El municipio de Granada se encuentra ubicado en la zona de embalses de la subregión oriente del departamento de Antioquia, Colombia. Cuenta con una riqueza hídrica que se constituye en una fuente importante de producción energética en el país; asimismo, al poseer variedad de pisos térmicos que van desde los 13 °C hasta los 25 °C y alturas de hasta de 2600 m s. n. m., se favorece el desarrollo de una amplia vocación agrícola, la cual le llevó a ser reconocido como la reserva agrícola de esta subregión (Figura 9.1).

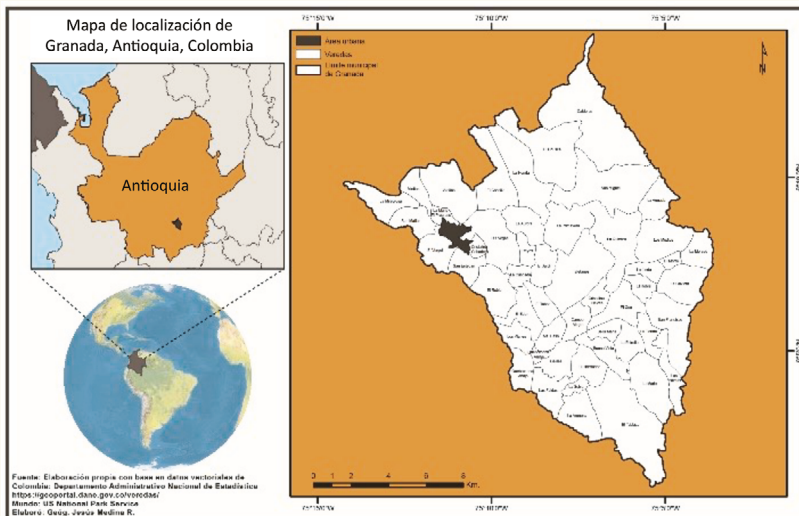


Figura 9.1. Mapa de localización de Granada, Antioquia, Colombia.

Fuente: elaboración propia con base de datos vectoriales de Colombia del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), 2017.

A partir de los años 60 del siglo xx, la construcción de los complejos hídricos de Guatapé, San Carlos, Calderas y Jaguas, la Autopista Medellín-Bogotá

y el Aeropuerto José María Córdoba, aunado a la red de caminos y carreteras terciarias que comunican con otros departamentos, llevó a Granada a ser parte de la zona geoestratégica del Oriente Antioqueño. Estos desarrollos en la Región contribuyeron no solo al flujo de mercancías y la comercialización agrícola en la escala regional, departamental y nacional, sino también a que los actores armados se disputaran este corredor como estrategia de control territorial para su consolidación militar, la movilidad “segura” de sus estructuras armadas y el tráfico de armas.

Apatzingán, por su parte, es un municipio localizado al sureste del estado de Michoacán, México (Figura 9.2); forma parte de lo que se conoce como la región de Tierra Caliente.⁸ En 1947 se crea la Comisión de Tepalcatpec, iniciativa gubernamental para activar el desarrollo nacional y regional desde la implementación del enfoque de cuencas hidrográficas, contribuyendo con esto a la potencialización de un sistema agrícola e industrial –del cual Apatzingán aportó un gran porcentaje–, la construcción de sistemas de comunicación –carreteras, puentes y conexiones ferroviarias– y presas de agua, y la implementación de servicios públicos –agua potable, energía eléctrica, salud, educación y vivienda– (Maldonado, 2010).

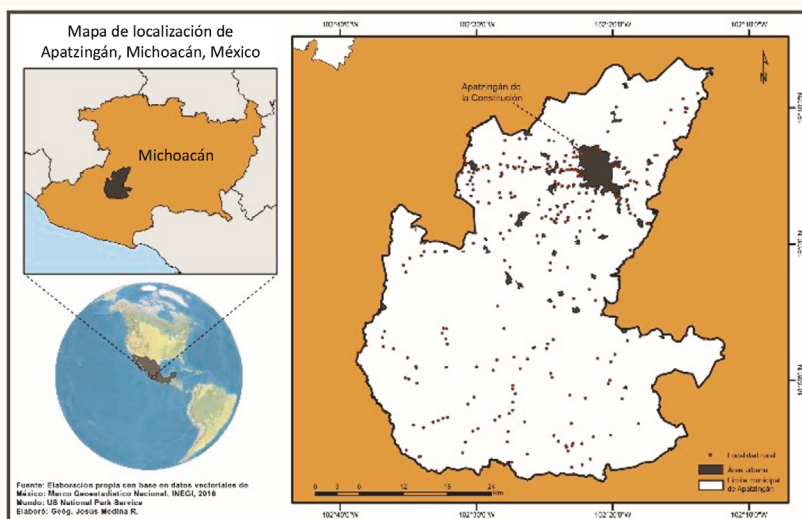


Figura 9.2 Mapa de localización de Apatzingán, Michoacán, México.

Fuente: elaboración propia con base de datos vectoriales de Colombia del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), 2017.

⁸ Esta región abarca parte del sureste de Michoacán, el noreste de Guerrero y algunos pueblos colindantes del Estado de México.

En 1973, 26 años después, parte de estos desarrollos, especialmente aquellos relacionados con el sistema vial, son una conexión significativa en términos comerciales e industriales con el Puerto Lázaro Cárdenas, uno de los accesos más importantes a la cuenca del Pacífico. Si bien estas condiciones hoy son importantes para la economía nacional, otros actores, como el narcotráfico, que también han usufructuado de estas, iniciaron una disputa para expandirse en el territorio y lograr, al menos, tres asuntos importantes: 1) el control de puntos estratégicos en términos económicos y de recursos; por ejemplo, se rescata el valor de la Sierra Madre del Sur como territorio productivo de cultivos ilícitos y como corredor de comercialización que llegaría hasta el Puerto; 2) la comunicación establecida entre lo marítimo y lo terrestre para la entrada y salida de armas y de productos derivados de la economía ilegal, y 3) la disputa por ejercer la hegemonía territorial.

Son aproximadamente 3271 kilómetros los que separan el municipio de Granada, ubicado en la región de embalses del oriente antioqueño colombiano, de Apatzingán, un municipio de la Tierra Caliente michoacana (México), pero más allá de la distancia topográfica, de asuntos identitarios y socioculturales que marcan la diferencia, el acercamiento a la experiencia del proceso de movilidad forzada visibiliza características compartidas, no desconoce las singularidades con las cuales se presenta localmente este fenómeno a razón de los marcos temporales en los que este sucede y las dimensiones políticas en referencia a su contexto particular de violencia criminal.

Dentro de los asuntos compartidos están la implementación de planes nacionales de desarrollo con énfasis en la explotación de recursos para el beneficio económico que facilitaron luego el accionar de los actores armados; la manifestación a través de acciones violentas y de coacción armada para lograr el control del poder local y la “afectación espacial”, la cual se explica “por la importancia geoestratégica de los territorios para los diferentes actores, así como por la presencia de cultivos ilícitos, recursos naturales, economías ilegales y por la facilidad de movilidad que permite la comunicación” (Salas, 2015, p. 157), por la geografía local y por fuera de sus fronteras, y por último, la adopción de estrategias y políticas de seguridad gubernamentales que más que reducir las acciones violentas, sumaron, desde la legalidad en el uso de la fuerza, un número considerable de hechos victimizantes. A razón de estas circunstancias es como ambos municipios presentan transformaciones territoriales por las acciones sobrevenidas en la población y el territorio, a raíz de lo que significa estar inserto en un espacio disputado por actores armados y el ejercicio de la violencia en sus acciones.

Ambas localidades han enfrentado, en las últimas dos décadas, las debacles de la violencia social, política y económica por diversidad de actores quienes se han disputado a fuego abierto su posición geoestratégica y la riqueza de sus tierras. En el caso de Apatzingán, se resaltan además los conflictos agrarios en relación con la concentración de la tierra, y en Granada una violencia asociada al conflicto armado colombiano, cuya historia tiene un recorrido de más de 50 años, pero que desde finales de los años 80 tomó un sinnúmero de matices entre los cuales se destaca la relación con el narcotráfico y la confrontación entre diferentes actores armados legales e ilegales⁹ por el control territorial, asunto que dejó entre los años 2000 y 2017 un total de 30,763 personas en situación de movilidad forzada y 2629 personas asesinadas, ambas cifras inscritas en el Registro Único de Víctimas (RUV) de Colombia (RUV, 2018).

En el caso de Apatzingán, la violencia que actualmente irrumpe en la cotidianidad de la población está asociada a la disputa por el poder y los territorios entre los cárteles de la droga, si bien no se tienen estimaciones de las personas cuya movilidad de sus territorios ha sido forzada, el número de homicidios puede ser un referente a tener en cuenta como victimización que puede llevar a que las personas tomen la decisión de salir del municipio; según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2018) y el Semáforo Delictivo¹⁰, los homicidios en 17 años, considerando el mismo periodo que Granada, suman en este municipio 995 personas asesinadas.

Es así como el uso del terror y la reproducción del miedo por las acciones violentas desplegadas –asesinatos, masacres, desmembramiento de cuerpos, tortura, secuestro, extorsiones, retenes– se convirtieron en estrategias que llevaron a que parte de la población, en ambos municipios, emprendiera los itinerarios de la movilidad forzada como consecuencia de estos hechos victimizantes; pero si por el contrario la decisión fue quedarse, lo que hubo fue una modificación a las dinámicas sociales, productivas y, especialmente, espaciales para “adaptarse” al nuevo orden impuesto desde el ejercicio de la violencia. Además de ocasionar estas experiencias en la población, tal contexto de violencia también produjo una afectación espacial por las lógicas

⁹ Los actores armados legales que hicieron presencia en Granada son el Ejército y la Policía Nacional, y como actores armados ilegales se identifican: 1) las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y 2) los bloques paramilitares, a saber, el Bloque Metro de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) y el Bloque Héroes de Granada, un apéndice del Bloque Cacique Nutibara que operaba en la ciudad de Medellín.

¹⁰ Semáforo Delictivo es un proyecto social ciudadano que provee indicadores de los delitos cometidos a nivel nacional y estatal.

territoriales y las relaciones de poder impuestas, desde la disputa armada de los actores armados, para la consolidación de una hegemonía por el control de los espacios geoestratégicos, y la definición de estrategias militares y de seguridad implementadas por el orden gubernamental.

Bajo este contexto, se planteó la etnografía multisituada como método orientador de la investigación, acompañado de distintas estrategias de aproximación a los sujetos de conocimiento¹¹ y de generación, organización y sistematización de la información (revisión de documental, conversaciones abiertas, entrevistas, talleres, recorridos, visitas guiadas, observación no participante y diarios de campo).

Si bien hay una experiencia compartida en ambos países en relación con la movilidad forzada, evidencia de una correspondencia en términos de la población que se mueve por las razones ya conocidas, también hay una riqueza en sus diferencias, en cuanto a los contextos socio-históricos, los relatos del espacio y los ritmos sociales en los que se sucede el *quedarse*, el *salir* y el *volver* como modalidades de la movilidad forzada.

La propuesta de George Marcus (2001) de “seguir empíricamente el hilo conductor de procesos” (p. 112) desde una configuración espacial múltiple, privilegiando la observancia de conexiones, asociaciones y relaciones, fue lo que me llevó a elegir la etnografía multisituada como enfoque metodológico. La adopción, en este caso, permitió: 1) superar los límites impuestos por la delimitación unilocal de un fenómeno, es decir, un proceso en un solo lugar de indagación y la reducción de la potencia del trabajo de campo por seguir los cánones de la etnografía convencional; 2) reconocer a mi sujeto de conocimiento como móvil y múltiplemente situado, analizar lo que pasa con la movilidad humana en contextos de violencia supone, en esta investigación, advertir que este proceso se construye en una “heterogeneidad de espacialidades”, una “pluralidad de lugares” (Perret, 2011, p. 58), seguir a las personas en cuanto al espacio y sus lugares, significa bajo esta mirada asumir que ambos se mueven junto con ellas.

¹¹ Parto de negar la relación sujeto-objeto para reconocer aquella que tiende a la relación sujeto-sujeto, ya no existe la gran diferencia entre el sujeto cognoscente y el objeto a ser conocido. En este sentido, entiendo por sujeto de conocimiento un sujeto actuante, con capacidad de apropiación de lo real “en una dialéctica de lo dado y lo dándose, del presente y el futuro” (Torres y Torres, 2000, p. 11). Reconozco a las personas con las que me encuentro en medio de una conversación informal o una entrevista semiestructurada como seres activos en su propio devenir, en su dignidad como sujetos de decisiones y posibilitadores de transformaciones.

SENTIRES EN PROCESOS DE MOVILIDAD: EL LUGAR Y LAS MEMORIAS

En este apartado, además de dar cuenta del objetivo trazado, presento una muestra del trabajo de campo llevado a cabo en abril, noviembre y diciembre de 2007 y enero-marzo de 2018 en Granada y Apatzingán. En él se devela la relevancia existente entre lo espacial, las memorias y los sentires que conlleva asistir a un proceso de movilidad forzada en los contextos específicos de los dos municipios. El hilo conductor serán las narrativas de mujeres y hombres que a partir de las dinámicas de la violencia tomaron una decisión: *quedarse* en el territorio, *salir* de él y *volver* a él.

El quedarse

¿A dónde me iría, a esta edad? ¿De qué voy a trabajar, de qué me voy a sostener? Yo aquí tengo mi casa, aquí tengo mi modo de sostenerme, de mantenerme, de no morirme de hambre, pero en otro lado no tengo nada, además, ¿a quién le vendes? Ahorita medio pueblo está en venta, ¡aaahhh! mucha gente se ha ido, mucha gente se ha ido, entonces, vives en la fe de que Dios te cuide y cuide a tu familia, así es como vives y es muy triste y es muy triste vivir así. (Testimonio mujer, entrevista 11, Apatzingan, 14/12/2017)

Evidenciar las memorias del quedarse fue un asunto emergente hasta el momento mismo del trabajo de campo, siempre estaba en búsqueda de personas con historias que narraran su experiencia del salir o del regresar, ¡pero el reto estuvo difícil!, porque en muchas ocasiones me encontraba con personas que si bien en algún momento pensaron en abandonar sus municipios, su decisión fue quedarse en medio del contexto violento.

El quedarse puede ser considerado junto con el moverse, el llegar a un nuevo espacio y el volver, una dimensión del proceso de movilidad, en tanto la población no queda inmóvil o inerte a lo que sucede, por el contrario, se definen distintas estrategias –de afrontamiento, enfrentamiento, resistencia y negociación– para poder estar y sobrevivir en el espacio; en este caso, el sentido de lugar se ve transformado y resignificado. Principalmente se modifican las prácticas espaciales; por ejemplo, hacer las diligencias personales o mandados en las horas de la mañana; no transitar por vías o caminos que frecuentemente están solos y de hacerlo, estar acompañado; evitar salir de noche e ir a bares, cantinas o antros, y evitar visitar colonias o barrios o áreas rurales catalogadas como zonas de peligro.

Ya uno dejó de visitar la familia que vive pa'otra vereda, las cosas no estaban como tan bien como para uno estar por ahí buscando lo que no se le ha perdido. Y sí de terco uno se iba, le tocaba andar a la pura carrera porque no había ni alma en pena por el camino. (Testimonio mujer, entrevista 3, Granada, 24Abr2017)

El salir a pasear al centro, a la plaza, ya no puede uno ir así tranquilo... por decir no más a caminar, ya no. Sale uno, pero todo lo que se pueda hacer en el día, ya en la tarde o en la noche ya no. Aquí en Apatzingán no sé si ya haiga un límite de toque de queda, pero yo, por ejemplo, donde yo vivo que es en un rancho, sí lo hay, ya no se puede llegar tarde. Ya no es lo mismo para salir como antes, no, no, ya no puedo ni decir tengo la confianza de dejar que mi hija salga con el novio en la noche a cenar, a ir a una disco o simplemente a la plaza por un helado. (Testimonio mujer, entrevista 5, Apatzingán, 22Nov2017)

Además de identificar cómo se modifican las prácticas en el espacio, quienes tomaron esta decisión también coinciden en identificar al menos tres razones que los llevaron a permanecer en su municipio: 1) No tener los recursos, principalmente económicos, para cubrir los gastos de lo que implica emprender la salida y las trayectorias involucradas en ello; o no poseer redes familiares, de amistad o de paisanos que marcan inicialmente la direccionalidad (lugar de destino) y luego la temporalidad (permanencia). Estas últimas están presentes durante el traslado, la instalación y la “inserción” en el destino. 2) La preocupación por romper con los afectos anclados a sus lugares (apego, arraigo), expresiones de identidad territorial. 3) La incertidumbre y el miedo asociados a la pérdida, en términos de los vínculos familiares y de redes sociales, los bienes muebles e inmuebles o la actividad laboral.

El quedarse implicó para quienes lo hicieron el afloramiento de una diversidad de emociones como el miedo, la desconfianza, la angustia y el aislamiento, las cuales llevan a reconfigurar o transformar el sentido de lugar en función de la violencia a la que se asiste, por ejemplo, de acuerdo con las voces recabadas en el trabajo de campo, el uso del espacio público empieza a restringirse: “después de las siete de la noche es mejor no salir”, las actividades colectivas y familiares van disminuyendo: “ya son pocas las colonias que hacemos posadas”,¹² las relaciones con los otros y las otras en entornos vecinales, laborales o de ocio se ven transformadas por la aprensión: “ya ni con las vecinas uno habla”; bajo estas circunstancias, el vínculo de los pobladores con su espacio se ve alterado, comienza a resignificarse el sentido de lugar como conexo a la experiencia vital.

¹² En México, las posadas son una tradición y costumbre celebrada nueve días antes de navidad.

Por ejemplo, cuando se nombra el miedo, este se asocia principalmente a lo que pueda pasarle a la persona que lo siente o a algún miembro de su entorno familiar, no importa el espacio: “hay miedo en la calle, hay miedo en la casa, hay miedo donde se esté”:

... uno le da miedo en todas partes, ya ni la casa es segura porque también las balas entran cuando uno está en ella, eso que llaman las balas pérdidas no distinguen de la casa o de la calle, entonces, cómo no sentir miedo que en cualquier momento le pase a uno algo. (Testimonio mujer, entrevista 8, Granada, 25Abr2017)

Estábamos en un vendimia, donde venden comida, cuando escuchamos “fuera de aquí, todos, porque ahí viene un enfrentamiento y se están balaceando en este momento y vienen para acá” y el corredero de gente, dejaron la comida servida, tiraron sillas, mesas por querer refugiarse y yo agarré a mi hijo y le dije “vente, vámonos pues” y nos metemos mucha gente al Seguro que ahí hay una pared alta, de barda, de piedra, se quedó escueto todo, bien silencioso y sin gente también y yo con mi hijo y mi hijo: “mamá, ¿qué pasa?, tengo miedo”, y le dije “tranquilo” y yo lo abrazaba “que no tengas miedo, espérate” y toda la gente allá arrinconada en el Seguro y sin saber qué hacer y yo fuerte, pero la pensión que me daba era que nos pasara algo a mí y a mi hijo. (Testimonio mujer, entrevista 17, Apatzingán, 17Dic2017)

Estos testimonios muestran cómo un espacio hecho lugar, en el cual se expresa la vida social –la calle–, pasa a ser un espacio de absoluta indefensión, de riesgo, en cuanto es la vida, la integridad corporal y la libertad las que están en una amenaza inminente. En estas y otras narrativas se muestra que lugares como el rancho, la vereda, los caminos, el trabajadero, las plazas públicas –por solo mencionar los más reiterativos en las narrativas– han pasado a formar parte de los espacios que se temen o se evitan en virtud del miedo instalado por la “nueva” espacialidad de la violencia. Si antes la memoria de los lugares estaba construida por las experiencias agradables vivenciadas en ellos, ahora se demarcan y reconocen como espacios donde tienen lugar actos violentos, temidos y percibidos como peligrosos.

Según Alicia Lindón, demarcar estos espacios como vetados, casi autoprohibidos por los hechos violentos acaecidos en ellos, significa también fragmentar las experiencias cotidianas allí construidas (Lindón, 2012, p. 13), esta fragmentación responde a cómo el miedo infringido por la violencia criminal¹³ se experimenta individualmente, se construye socialmente y se

¹³ En este caso, el énfasis se pone en esta, pero se reconocen otros tipos de violencia que pueden llevar a evitar o inutilizar los lugares.

comparte culturalmente (Reguillo, 2006, p. 32). La construcción de pertenencia, bajo este contexto, queda como una marca indeleble en el recuerdo de lo vivido, pero suspendida hoy por lo nuevo desconocido ocasionado por este tipo de violencia en el espacio. Estos lugares reseñados por la población no son aquellos a los que se llega intempestivamente, no, ellos hacían parte de su itinerario habitual, era el lugar propio, el lugar de la complacencia, en el que la vida privada encontraba una prolongación en su habitar.¹⁴

Lo que hace el miedo, como se dijo anteriormente, es transformar la capacidad de encuentro y cercanía con un espacio, reconocido ya como lugar, “la idea de daño inminente que se traduce en miedo a la pérdida, miedo al perjuicio material o miedo al dolor físico o moral” (Reguillo, 2006, p. 46) lleva a que la población empiece a percibir y significar sus lugares desde el peligro que estos suponen, restringiéndolos, evitándolos o excluyéndolos de su hacer cotidiano.

El salir

¿Por qué me fui? Por amenazas de muerte, amenazas sobre mi hija y sobre mi familia, yo me fui por cuestión de temor, de miedo, entonces ahora sí que uno se va por el bienestar de uno, (...) pero se va uno de la casa y empieza a pensar qué va a pasar, qué va a hacer. (Testimonio mujer, entrevista 4, Apatzingán, 24Oct2017)

Nos tuvimos que ir toda la familia, la vereda se quedó también muy sola, del montón de familias que había solo quedaron como cinco. Cuando nos fuimos, echamos para Cali, pero de ahí, uno de mis hijos se volvió junto con el papá, pero luego los de Cali nos fuimos a Medellín, porque mi hermano ayudó a colocar a mis hijos. Eso fue muy difícil, dejar la casita, mis animalitos, la historia de toda mi vida como que se partió en dos, en Granada y Medellín, pero uno en Medellín siempre pensaba en como era de bueno la vida en la finca y ¿ahora qué hago? (Testimonio mujer, conversación 15, Granada, 26Feb2018)

Cuando la decisión de salir está tomada, comienza a definirse una serie de situaciones que hacen parte de las trayectorias de la movilidad, como el asunto de la itinerancia, el deambular de un lugar a otro sin tener aún definido lo que será el asentamiento definitivo o temporal en otro lugar, podría decirse que la población experimenta un caos por no encontrar su lugar; en

¹⁴ Se retoma el habitar de acuerdo con Heidegger (2015), quien propone en su libro *Construir, habitar, pensar*, cuando considera que toda construcción precede un habitar, en este caso, hablo de un lugar como espacio que se construye y habita.

este caso, se apela a que el sentido de lugar es móvil por el estado mismo de movilidad continua; este hecho marca una particular forma de relacionarse con el espacio, de igual manera válida.

Emprender la salida implica iniciar con la itinerancia, en diversas ocasiones ir de un lugar a otro mientras se define el espacio de asentamiento, temporal o definitivo. De acuerdo con Cindia Arango y Luís Sánchez: “La condición de itinerancia se describe como un estado de pertenencia a ambos y ninguno, representa a quienes se han separado de sus territorios y los han abandonado sin aún haberse asentado en un lugar al que puedan llamar ‘hogar’” (Arango y Sánchez, 2016, p. 43). La emoción que se asocia a la experiencia de esta situación es la incertidumbre de no saber qué va a pasar y a dónde se va a llegar.

Yo sé que tenía que llegar hasta Tijuana, son tres días de camino, son más de 72 horas, pasé por Los Cabos, Los Mochis, parte de Sinaloa-Culiacán. Yo tenía la seguridad que iba llegar donde él, pero cuando llego donde dijimos, él me habla y me dice que ya está en Los Ángeles. Ahí me agarra la incertidumbre de dónde iba a llegar, yo en embarazo y con mi niña la mayor. (Testimonio mujer, entrevista 4, Apatzingán, 24Oct2017)

Otra de las situaciones a las que se enfrentan quienes decidieron salir hace referencia al establecimiento o asentamiento en un nuevo espacio, el cual se presenta ajeno pero que también se eligió, esta experiencia obliga a la población a repensar y resignificar el nuevo contexto espacial en el cual se encuentra, es el momento de reterritorializar. Para muchas personas esto significa la pérdida de sus modos de vida y el cambio abrupto de su entorno geográfico, pero a medida que la vida se “acomoda” a las nuevas dinámicas, se hace un extrañamiento del sentido de lugar dejado y, a partir de él, se empieza a crear uno nuevo desde esos referentes, pero también desde lo recién encontrado.

En esta ocasión, la incertidumbre está asociada a lo desconocido, a no saber cómo son las dinámicas del espacio al que se llegó, a enfrentarse como extraño a un nuevo contexto espacial. El llegar a un nuevo espacio, el reterritorializar desde la condición de foráneo, es también un momento de sentimientos encontrados, entre lo que se dejó –lo conocido, cercano, propio, familiar– y lo que ahora se encuentra –lo ajeno, extraño–.

... antes disfrutábamos ir a Morelia, pero de visita, de paseo, pero no sabíamos cómo era vivir allá... no hay como la Tierra Caliente: su gente, su comida, ¡no hay como el hogar! Llegar a Morelia fue muy difícil, uno tenía miedo de cómo era la vida allá porque es una ciudad más grande, ya uno no conocía nada y la gente

no es como la de aquí [refiriéndose a la de Apatzingán], llegar a una colonia a pagar renta y no conocer a nadie, porque mi comadre vivía un poco lejos. (Testimonio mujer, conversación 12, Apatzingán, 17Dic2017)

Este ejemplo refleja cómo la población en esta situación ve cómo sus nociones identitarias se ven trastocadas por el nuevo contexto espacial, dando cuenta del paso del proceso de desterritorialización –moverse forzosamente del espacio cotidiano donde sucedía la vida– a la reterritorialización –resignificación y reapropiación de un nuevo espacio–, esta experiencia va más allá de ir de un lugar a otro, significa, para quien la vive, replantearse y renegociar su lugar en el mundo.

¿Pero qué es lo nuevo por conocer para quienes asisten a este momento del proceso de movilidad? Fueron muchas las respuestas al hacer esta contrapregunta cuando se manifestó sentir incertidumbre e inseguridad por aquello nuevo que se antepone a la realidad de vivir fuera del lugar donde sucedió por muchos años la vida y al cual se estaba acostumbrado; sin embargo, sobresalieron cinco asuntos que caracterizan el momento de cuando se asiste a una “acomodación” en un nuevo espacio:

1. Los cambios producidos al enfrentarse a un contexto distinto, desconocido y ajeno, donde cambian las relaciones y las rutinas cotidianas anteriores para aprehender unas nuevas, hay una convergencia ambigua entre la identidad construida y la identidad propia del contexto al que se llega.
2. El lugar de habitación, la vivienda, se convierte en una cuestión en la que aflora la incertidumbre, se pasa de la tenencia a compartir un espacio con otra u otras familias, dando lugar al hacinamiento o la manifestación de sentirse arrimados, como lo revelaron algunos relatos.
3. La generación de ingresos, llegar a un espacio especialmente urbano. Es menester señalar aquí que todas las personas entrevistadas o con las que se sostuvo una conversación,¹⁵ y que asistieron a un proceso de movilidad forzada, reconocieron que su destino fue la ciudad. Dicho espacio les llevó a emprender nuevas actividades laborales, las cuales en muchos casos no respondían a sus conocimientos y habilidades aprendidas en el lugar de origen.
4. Los procesos de socialización: “no se puede tapar el sol con un dedo, decir que soy de Apatzingán puede traerme problemas a mí y a mis

¹⁵ En el trabajo de campo se realizaron 32 entrevistas y 22 conversaciones libres con población de Apatzingán y Granada en situación de movilidad forzada.

chiquillos”. Antes de salir, el sentimiento de pertenencia permitía identificarse como parte de una comunidad, pero la llegada a otro espacio implica un momento de suspensión de la biografía pasada, para empezar a construir una nueva versión desde el sentirse ajeno o extraño en el nuevo espacio. Aunque se debe hacer una precisión: también esta situación, bajo el entendido de la movilidad como proceso, puede convertirse en una posibilidad u oportunidad para acceder a la generación de otros recursos, porque no se rechaza la idea de que se asiste a un cambio personal y social.

La cotidianidad se modifica súbitamente, la regularidad de las acciones que se venían desempeñando, de acuerdo con las certezas y con las confianzas que posibilitaban actuar de alguna manera consciente de las consecuencias que desencadenarían en unas condiciones de vida, hasta entonces asumidas como estables, permitía definir la capacidad que se tenía para influir, predecir y transformar en la propia vida individual, familiar y comunitaria. Fuera del espacio físico y simbólico sobre el cual se construyó la rutina diaria, la incertidumbre se constituye ahora en una de las principales características en la vida de los desplazados, obligando ello a un gran esfuerzo emocional para replantear el orden concedido a las prácticas y a los objetos en el tiempo y en el espacio, así como al cuestionamiento sobre la primacía que ostentan ciertos modelos de identidad. (Bello, 2004, p. 9)

Y, por último, 5) moverse forzosamente de un lugar que se ha dotado de sentido, y con el cual se adscribe una identidad y una historia, constituye para quienes asisten a este proceso emprender un movimiento –la salida, el tránsito y la llegada– desde la incertidumbre de no saber cuándo se vuelve, sí es que se vuelve.

Estos cinco asuntos señalados reflejan la incertidumbre de ver desmejoradas las condiciones de vida, si bien tanto Apatzingán como Granada presentan indicadores desfavorables en términos de calidad de vida, dejar atrás un mundo conocido para enfrentarse a uno nuevo implica primeramente una apuesta por la sobrevivencia. Cualquier acto, bajo los contextos de estos dos municipios, que conduzca a la salida del lugar sentido y valorado quedará inscrito como una experiencia fundacional para el nuevo ciclo emprendido con el movimiento, marcando una nueva naturaleza en las maneras de construir y sentir los espacios como lugares.

El volver

Mi esposo no se adaptó a la ciudad, no le gusto, ¡Apatzingán no lo cambia por nada! (risas). Aunque yo tenía miedo de regresar pensando que las cosas seguían igual o peor, pero no nos aguantamos. Prácticamente se añora mucho la instancia de lo que es tu hogar, donde tú creciste, ver todos tus recuerdos, ver que la gente tiene otras costumbres, tiene otra sazón, la comida sabe diferente, no logras encontrar lo que tú acostumbrabas aquí [en Apatzingán]. Aquí por ejemplo en las noches se salía a la cena, a los taquitos, la morisqueta, la bebida, el refresco, allá son otras costumbres totalmente diferentes, la gente reacciona diferente, aunque hubo gente muy buena que siempre estuvo con nosotros, conocimos nuevas personas, diferentes, y... pero no dejas de añorar tu hogar, volver fue la alegría al alma, estás en lo tuyo. (Testimonio mujer, entrevista grupal, 22Nov2017)

El volver es un reencuentro con el territorio dejado y con los lugares amados, el espacio no es el mismo que se dejó, se asiste a uno diferente por lo que sucede o sucedió cuando no se estaba, pero también empieza a redefinirse por las experiencias con las cuales se llega de los otros lugares transitados y de las estancias prolongadas. Volver no significa que necesariamente el contexto de violencia haya pasado, 11 de las personas con quienes se conversó regresaron a los pocos meses de haber partido y se encuentran con que la situación puede seguir igual o aún con mayor degradación que cuando se fueron, pero en muchos casos pesa más en la decisión de regresar el extrañamiento de su lugar, su tierra, su pueblo, y aunque el regreso se marca a partir de la evocación y la añoranza del pasado, la realidad del presente muestra que hoy esa lectura ya no es posible.

Podría, en este caso, hablarse de un proceso de reterritorialización del espacio dejado; es decir, se inicia la “construcción de una nueva relación con el lugar de reasentamiento [espacio dejado], entendiendo que dicha relación comprende desde la disponibilidad de una vivienda y domicilio fijo, la generación de sentidos asociados a los lugares habitados y recorridos, hasta la garantía de la subsistencia y del disfrute de condiciones de seguridad” (Ocampo Prado *et al.*, 2017, p. 165). Dentro de los relatos, algunas personas insisten en que “se vuelve a hacer el lugar de nuevo”, pero lo importante es que ya es un espacio conocido, familiar y propio. Así el contexto de violencia continúe o ya haya diezmado, volver aflorará la alegría de llegar al lugar conocido, en donde está la raíz.

En este caso, la población asistirá de nuevo a la reterritorialización del espacio, como un momento dentro del proceso de la movilidad que se enmarca a partir de la llegada. La construcción y apropiación del espacio estará marcada por la forma en la cual las personas que han decidido regresar resignifican, a partir de la sumatoria de los aprendizajes a raíz de la movilidad con sus tránsitos y repertorios, junto con los conocimientos anteriores, nuevamente el espacio dejado y de nuevo habitado. Este momento del proceso implica reinventar con el cúmulo de experiencias, previas y nuevas, tanto el espacio como los lugares en donde la vida sucedía antes de la movilidad y hoy, con el volver, se presenta la “oportunidad” de construir una nueva relación en ellos tanto material como simbólica. Aunque las relaciones espaciales, además de las familiares y las sociales, no son las mismas, el volver significará inicialmente entender las diversas dinámicas, entre ellas las socioespaciales, en las cuales se desenvuelve la cotidianidad hoy en esos espacios que pueden o no seguir signados por la diversidad de acciones violentas, para así reiniciar la reconstrucción de la vida, a nivel individual pero también social.

En este momento del proceso, la esperanza fue el sentir que se hizo común en la mayor parte de los relatos logrados, aunque iba acompañada de la expectativa por saber qué traería consigo el regreso; la esperanza se convirtió en el bastión necesario para vivir/sobrevivir, era el anhelo por reencontrarse con la vida y el mundo dejado, la compañera que mantiene latente la posibilidad de que al regresar volvería a reiniciar lo que se dejó suspendido o se perdió cuando se tomó la decisión de salir.

Cuando salí, fue echar la vida a suerte, a ver qué traía la ida a Medellín, pero cuando pensé en volver, casi después de dos años, uno guardaba la esperanza de volver a hacer lo que uno hacía, aunque el pedacito de tierra estuviera enmontado y ya las cosas no fueran igual, pero uno guarda una suerte de esperanza de poder volver a retornar a la vida que dejó, como que eso [la esperanza] nunca se pierde. (Testimonio hombre, entrevista 18, Granada, 15Feb2018)

Yo nunca perdía la esperanza de volver a mi Apatzingán, uno salió, pero aun estando lejos, siempre quería volver, aquí estaba la familia [...] uno guardaba la esperanza y la confianza en Dios [...] uno no perdía la esperanza de volver pronto. (Testimonio mujer, entrevista 15, Apatzingán, 16Dic2017)

La esperanza es el sentir que mantiene viva la idea del regreso, de continuar o reiniciar con la vida llevada antes de la llegada de la violencia, ella también se convierte en la oportunidad de considerar la posibilidad de

que la situación de movilidad no fuera definitiva, se advierte en oposición al miedo; por el contrario, se puede leer como una posición latente de espera, posibilitadora para continuar la vida, brota con fuerza, confiada, optimista de un cambio en las dinámicas que impulsaron a salir. El volver guarda la esperanza de que ese momento sea un reencuentro gratificante acompañado de un sinnúmero de recuerdos de lo que era la vida antes de la instauración de la violencia en los órdenes cotidianos. En este caso, la esperanza se guarda o se deposita porque existe la memoria de un lugar que se conoce, se ha vivido y por ende se ha imbuido de significado.

El recorrido propuesto por algunos de los sentires producidos por el proceso de movilidad mostró la asociación entre estos y el espacio significado por los seres humanos que viven esta experiencia. En palabras de Joan Nogué (2014), “los lugares, a cualquier escala, son esenciales para nuestra estabilidad emocional porque nos vinculan a una lógica histórica y porque actúan como un vínculo, como un punto de contacto e interacción entre los fenómenos globales y la experiencia individual” (p. 157). En últimas, lo que nos refieren las tres dimensiones que caracterizan el moverse forzosamente es que el sentido de lugar se deriva de las vivencias cotidianas dadas en un lugar, en el cual se reúnen, además de la materialidad o fisicalidad del espacio, prácticas, significados y valores que guardan una carga emocional y simbólica bien importante para los sujetos de la experiencia.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo he explicitado cómo el lugar asume un valor en el proceso de entender las lógicas a las que se debe enfrentar la población en situación de movilidad forzada, a raíz de los contextos de violencia que se viven en la mayor parte de los países latinoamericanos. Esta experiencia hace visible los efectos que tiene un proceso de movilidad como este en la forma en que las personas experimentan, viven y asumen sus territorios y lugares como componentes de identidad.

La memoria construida en las narrativas de la población apatzinguense y granadina permite identificar dos asuntos hasta ahora fundamentales: 1) el sentido de lugar, desde la experiencia de movilidad forzada por contextos de violencia, es una construcción multilocal; es decir, apropiaciones y signifi-

cados atravesadas por memorias y emociones circunscritas en las vivencias, prácticas y relaciones forjadas con el espacio, en el espacio y, además, con los significados de momentos como el *quedarse*, el *salir* y el *volver* componentes de este proceso, y 2) concebir el sentido de lugar bajo la experiencia de la movilidad humana está dado a partir de entrecruzamientos, complementaciones u oposiciones al sentido original y el que se sucede durante las trayectorias del proceso.

Las personas que asisten a un proceso de movilidad forzada, en este caso granadinos y apatzinguenses, concurren en una transformación de su vida cotidiana que los lleva a configurar una forma de aprehender aquello que se muestra como nuevo, ajeno y desconocido, así como en la movilidad de sentires y emociones que resignifican sus vidas en términos de espacios, de tiempos y de las relaciones con otros y otras.

En este sentido, esta investigación permitió, en lo que respecta al papel que juegan los lugares en el proceso de movilidad, encontrar que, efectivamente, las experiencias asociadas con un lugar o unos lugares sí inciden en las valoraciones, los significados y las representaciones hacia esos lugares y en la determinación de emprender unas trayectorias por fuera de las fronteras locales. De ahí la importancia de ver cómo operan en la construcción de ese sentido de lugar asuntos que están en el orden del apego a este, la identidad construida en él o la vinculación funcional, dimensiones que coadyuvan a ver si ellas influyen o no en la toma de esta decisión.

REFERENCIAS

- Anderson, K., & Smith, S. (2001). Editorial: Emotional Geographies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 26(1), 7-10.
- Arango, C. y Sánchez, L. (2016). *Geografías de la movilidad: perspectivas desde Colombia*. Uniandes.
- Bello, M. N. (2004). Identidad y desplazamiento forzado. *Aportes Andinos*, (8), 1-11.
- Blair, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, (32), 9-33.
- Bozzano, H. (2009). "Procesos, lugares y actores: una triada social". En: H. Bozzano (Ed.), *Territorios posibles. Procesos, lugares y actores* (pp. 223-252). Lumiere.
- Capel, H. (2016). Las ciencias sociales y el estudio del territorio. *Biblio 3W: Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 21(1.149), 1-38.
- Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia. (2013). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

- Coraggio, J. L. (1987). *Territorios en transición: crítica a la planificación regional en América Latina*. CIUDAD.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2008). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia* (J. Vázquez Pérez y U. Larraceleta, Trans.). Pre-Textos.
- González, A. (2010). *Viajeros de ausencias: Desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia*. Universidad Complutense de Madrid.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza*. Cátedra; Universidad de Valencia.
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. Siglo XXI.
- Heidegger, M. (2015). *Construir, habitar, pensar*. La Oficina de Arte y Ediciones.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018, julio). *México en cifras. Michoacán de Ocampo*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado el 20 de julio de 2018, de <https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/#collapse-Resumen>
- Kuri, E. (2017). La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica. *Península*, 12(1), 9-30.
- Lindón, A. (2012). Corporalidades, emociones y espacialidades: hacia un renovado *betweenness*. *RBSE - Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 11(33), 698-723.
- Longhurst, R. (2003). *Bodies. Exploring Fluid Boundaries*. Routledge.
- López, L. y Ramírez, B. (2012). "Pensar el espacio: región, paisaje, territorio y lugar en las ciencias sociales". En: M. E. Reyes Ramos y A. López Lara (Coords.), *Explorando territorios. Una visión desde las ciencias sociales* (pp. 21-48). UAM Xochimilco.
- Low, S. (2017). "Introduction: the importance of and approaches to the ethnography of space and place". In: S. Low, *Spatializing Culture. The Ethnography of Space and Place* (pp. 1-11). Routledge.
- Maldonado, S. (2010). *Los márgenes del Estado mexicano: territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. El Colegio de Michoacán.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Cátedra.
- Nogué, J. (2014). Sentido de lugar, paisaje y conflicto. *Geopolítica(s)*, 5(2), 155-163.
- Ocampo Prado, M., Chenut Correa, P., Ferguson López, M. y Martínez Carpetá, M. (2017). Territorialidades en transición: pobladores desplazados por la violencia del conflicto armado colombiano y la resignificación de su territorio. *Psicología USP*, 28(2), 165-178.
- Perret, G. (2011). Territorialidad y práctica antropológica: desafíos epistemológicos de una antropología multisituada/multilocal. *KULA. Antropólogos del Atlántico Sur*, (4), 52-60. <https://plarci.org/index.php/kula/issue/view/138/76>
- Reguillo, R. (2006). "Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros". En: J. M. Pereira y M. Villadiego (Eds.), *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías* (pp. 25-54). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Registro Único de Víctimas (RUV). (2018, julio). *Víctimas Conflicto Armado*. Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Recuperado el 1 de julio de 2018, de <https://>

- www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia y el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Sack, R. D. (1988). El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios. *Documents D'analisi Geografica*, (12), 223-241.
- Salas, L. G. (2015). Lógicas territoriales y relaciones de poder en el espacio de los actores armados: un aporte desde la geografía política al estudio de la violencia y el conflicto armado en Colombia, 1990-2012. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 24(1), 157-172.
- Sanmartín Esplugues, J. (2007). ¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia. *Daimon. Revista de Filosofía*, (42), 9-21.
- Soto, P. (2013). "Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones". En: M. Á. Aguilar y P. Soto Villagrán (Coords.), *Cuerpos, espacios y emociones* (pp. 197-219). UAM; Porrúa.
- Torres, A. y Torres, J. C. (2000). Subjetividad y sujetos sociales en la obra de Hugo Zemelman. *FOLIOS, Revista de la Facultad de Artes y Humanidades*, (12). <https://doi.org/10.17227/01234870.12folios12.23>
- Tizon, P. (1996). "Qu'est-ce que le territoire?". En: G. Di Méo (Dir.), *Les territoires du quotidien* (pp. 17-34). L'Harmattan.
- Tuan, Y. F. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. University of Minnesota.
- Tuan, Y. F. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno* (F. Durán, Trad.). Melusina.
- Uribe, M. T. (2001). *Nación, ciudadano y soberano*. Corporación Región.
- Zajonc, R. (1980). Feeling and Thinking: Preferences Need No Inferences. *American Psychologist*, 35(2), 151-175.



10. Patrimonio desde el giro afectivo. *Representación y más-allá-de-la-representación desde la geografía humana*

Yuzzel Alcántara Ceballos

INTRODUCCIÓN

Hablar de patrimonio es una tarea difícil dentro de la esfera académica puesto que ha provocado múltiples debates a lo largo del tiempo y, por ende, ha sido objeto de frecuentes replanteamientos. Para quienes están poco familiarizados con este concepto, iniciaré explicando a qué hace alusión dicho término.

En el libro *Alegoría del patrimonio*, Françoise Choay (2007) hace una genealogía de cómo sus significados han ido cambiando a lo largo del tiempo. Lo que ahora es llamado patrimonio comenzó entendiéndose solo como monumento, ni siquiera como monumento artístico, pues aún no era objeto de interés para las ciencias ni para el arte; es decir, existía sin ser problematizado del todo. La historiadora relaciona el surgimiento del interés por el monumento con el inicio del interés por el objeto antiguo o perteneciente a la Grecia clásica (pinturas, esculturas, estatuas, documentos, vajillas, camafeos); sin embargo, no se reconocía en él un valor relacionado con su historia (valor histórico), sino con el hecho de que exponían la superioridad y refinamiento que solo los griegos habían conocido (Choay, 2007). Fue hasta el último cuarto del siglo XIV, con las reflexiones promovidas desde el cam-

po del arte, que al monumento antiguo se le comenzaron a asignar valores históricos y artísticos (Choay, 2007), iniciando entonces una larga carrera de controversias presentes hasta nuestros días.

No obstante, dichas polémicas están más centradas en cuestiones operacionales, como pueden ser: la gestión del patrimonio, la diferencia entre el patrimonio público y patrimonio privado, el dilema de la conservación o restauración o de los recursos públicos para su mantenimiento, por mencionar algunos ejemplos.¹

De hecho, el concepto patrimonio es poco cuestionado como tal; se asume bajo un significado universal que cuenta con legitimidad y validez porque ha sido institucionalizado. En 2003, la definición de patrimonio cultural dejó de limitarse a monumentos y colecciones de objetos y pasó a comprender también tradiciones o expresiones vivas heredadas y transmitidas como tradiciones orales, espectáculos, usos sociales, rituales, actos festivos y técnicas y prácticas vinculadas con la artesanía tradicional (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [Unesco], 2024).² Así, patrimonio significa lo mismo en México, India, Ecuador o Inglaterra. No obstante, se ha aumentado la lista de categorías para definir lo patrimonial: patrimonio tangible e intangible, material e inmaterial, cultural, industrial o natural; es decir, se muestra solo un cambio en los accidentes del concepto mas no en su raíz. Y, como puede observarse, dichas divisiones teóricas continúan reflejando un entendimiento del mundo disociado: (patrimonio) natural/cultural, materialidad/sociedad, edificio/cuerpo.³

El debate centrado en los puntos señalados ha dejado de lado otras dimensiones de la vida humana que el patrimonio también toca, como la percepción, las emociones, el cuerpo, comportamientos o la relación con el *otro*. Desde mi perspectiva, la teoría del giro afectivo puede permitir acceder a estos otros niveles de lo humano invisibilizados en la historia del patrimonio, y promover desde allí estudios cuyos objetivos busquen romper las dicotomías que hasta el día de hoy guían y sostienen la reflexión arquitectónica patrimonial.

Dicho lo anterior, el propósito de este texto es presentar cómo ha sido pensado el patrimonio en términos de representaciones socioculturales

¹ Desde la Carta de Venecia (1964) el interés por el patrimonio ha residido, particularmente, en su dimensión operacional; es decir, medidas y leyes para la restauración, conservación y catalogación.

² Definición establecida en la "Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial", realizada en 2003.

³ Puede consultarse la lista de patrimonio cultural en UNESCO (2019).

y cómo es redimensionado por la teoría del giro afectivo en lo que se ha categorizado como entendimiento más-allá-de-la-representación (de ahora en adelante MAR). Es preciso apuntar que esta última línea está siendo principalmente desarrollada por la geografía humana en el círculo inglés, sobre todo en países como Inglaterra, Australia y Canadá, países con un enorme legado de museos y sitios marcados por enfrentamientos bélicos.

Otra consideración, igualmente importante de señalar, es la división que el campo de la geografía mantiene respecto a la emoción y al afecto. Por ello, en una primera parte me interesa mostrar cómo son entendidas ambas categorías para entonces poder comprender a qué se hace referencia cuando se habla de patrimonio afectivo. Curioso es notar que en la mayor parte de los trabajos escritos en lengua inglesa no se habla de patrimonio emocional; este pasa a segundo plano.

En una segunda parte se abordan algunos estudios de los principales exponentes del patrimonio desde el modelo representacional en Latinoamérica, para pasar a la tercera parte en donde explico en qué consiste el modelo MAR apoyándome en la teoría de Gilles Deleuze, uno de los filósofos más retomados en los trabajos de los geógrafos angloparlantes.

En un cuarto punto abordo con una mirada crítica algunos ejemplos producidos en el círculo inglés, tanto para subrayar sus aportaciones como para dar cuenta de ciertas debilidades que considero deben ser señaladas. En este apartado traigo a un primer plano un cuestionamiento ético nacido de mi preocupación respecto a las aplicaciones que la teoría del giro afectivo está teniendo en el diseño museográfico o de memoriales: ¿qué tan válido es el diseño de mundos afectivos que buscan cambiar comportamientos y reacciones emocionales para regular un sentimiento público ante ciertas experiencias vividas por ciertos “otros” cuerpos del pasado, poniéndolas a tono con el discurso político y cultural conveniente al país involucrado?

Finalmente, cierro este texto con una reflexión en torno a los caminos y dimensiones que nos abre la teoría del giro afectivo para el estudio del patrimonio en el contexto mexicano, haciendo hincapié en la urgencia y necesidad de que nuestras investigaciones sobrepasen el binomio edificio/cuerpo, solo así podremos acceder a experiencias humanas que hemos pasado por alto.

AFECTO Y EMOCIÓN DESDE LA GEOGRAFÍA HUMANA

Pese a que el giro afectivo en las ciencias sociales y humanas ha buscado rescatar la dimensión emocional y afectiva de los fenómenos, objetos, discursos y representaciones, en la geografía humana de habla inglesa se está poniendo un mayor interés en estudiar al patrimonio solo indagando en su versión afectiva. Lo anterior viene a ser consecuencia de la diferencia conceptual que los geógrafos mantienen respecto al significado de emoción y afecto, ello ha derivado en una clara separación entre patrimonio emocional y patrimonio afectivo. De allí que en la literatura producida por estos circuitos no figuren estudios sobre patrimonio emocional.

En la geografía humana ambos conceptos son continuamente debatidos y no existen definiciones acotadas ni totalmente compartidas respecto a qué significa cada uno; sin embargo, sí han producido estudios bastante diferenciados divididos en geografías emocionales por un lado y geografías afectivas por otro. El estudio del patrimonio, como se ha señalado, se ubica dentro de las segundas. Si comparten algún acuerdo es que ambas geografías entienden afecto y emoción desde las teorías no-representacionales o más-allá-de-la-representación,⁴ diferenciándose de las demás ciencias sociales, las cuales entienden ambas categorías como construcciones socioculturales. Ello dirige sus estudios hacia las experiencias vividas, al hacer y al *performance* más que al dominio simbólico –cabe señalar que las geografías emocionales están menos distanciadas del constructivismo sociocultural que las afectivas–. Otro punto en común es que ninguna concibe al sujeto como ente universal.⁵

A continuación, doy una breve aproximación a ambos términos, con la intención de perfilar el camino hacia las principales preocupaciones que mantienen a los geógrafos interesados en explorar el patrimonio desde lo afectivo.

Las emociones son “modos de conocer, ser y hacer en el más amplio sentido que permiten llevar el conocimiento geográfico más allá de sus dominios visuales, textuales y lingüísticos” (Anderson & Smith, 2001, p. 8, traducción de la autora). Kay Anderson y Susan Smith señalan que, si bien las emociones pueden estar guiadas y ser expresadas por las formas culturales y sociales, dichas formas de expresión subyacen experiencias personales genuinas en búsqueda de representación.

⁴ Véase Davidson y Milligan (2004).

⁵ Para una distinción minuciosa entre geografía emocional y afectiva, véase Pile (2010).

Por su parte, Davidson y Milligan (2024) concuerdan en que las emociones moldean espacio y sociedad:

... tienen efectos tangibles en lo que nos rodea y pueden moldear la propia naturaleza y experiencia del ser-en-el-mundo [...] pueden claramente alterar cómo el mundo es para nosotros, afectando nuestro sentido del tiempo y del espacio. Nuestro sentido de quiénes y qué somos es reelaborado por el cómo nos sentimos. (p. 524, traducción de la autora)

También es compartido un imperativo ético en conectar y comprometerse con las experiencias emocionales de los sujetos estudiados: “cuanto más es la expresión de las experiencias personales [...] más se preocupa el investigador” (Pile, 2010, p. 11, traducción de la autora).

La geografía emocional al poner en tela de juicio la comunicación verbal, el lenguaje, el vocabulario o los nombres asignados a la experiencia emocional (odio, amor, envidia, orgullo, vergüenza y demás) se ha nutrido del psicoanálisis para encontrar nuevas alternativas, ya sea para conectar con la experiencia del sujeto como con las narrativas que ellos generan. La atención a la comunicación inconsciente y al conocimiento corporeizado les ha abierto posibilidades para aprehender aquello que escapa y se pierde en la traducción de los sentimientos y emociones a palabras. Un ejemplo es el uso de la contra-transferencia como medio para acceder a lo que la otra persona siente a través de lo comunicado no verbal ni cognitivamente en el momento de la entrevista (Bondi, 2014).

Lo más cuestionado a la geografía emocional es que presuponen la existencia de un sujeto como entidad fija y definida a la vez que confían demasiado en su capacidad para profundizar en su sentido de subjetividad (Pile, 2010).

Por otro lado, en la geografía afectiva el sujeto es descentrado, deja de pensarse como una entidad con límites definidos y se prefiere rastrearlo mediante las interacciones de las que es parte, dentro de un marco transhumano o más-allá-de-lo-humano. Desde allí, la experiencia tampoco es asumida como algo personal sino transpersonal. A diferencia de la geografía emocional, la cual se enfoca en la experiencia del sujeto, la geografía afectiva, como puede suponerse, se focaliza en las interacciones en las que este participa y en los ensamblajes que conforma con objetos, cuerpos no-humanos, virtualidades e intensidades.

Bajo estas ideas hay un entendimiento del afecto como una cualidad pre-cognitiva, inexpresable, incapaz de traducirse en representación, y se

localiza en el espacio intermedio generado por la relación entre cuerpos (Pile, 2010), siendo el resultado activo de un encuentro que aumenta o disminuye la habilidad del cuerpo para actuar (Thrift, 2004). Para Anderson (2009), “los afectos van más allá de quien los experimenta” (p. 78; traducción de la autora), de allí que el sujeto sea desestabilizado. Thrift (2004) señala al afecto como autónomo, abierto, el cual fluye y es un potencial de interacción, en cambio, la emoción es la expresión más intensa que captura o contrae la intensidad producida por el afecto y a su vez aquello que escapó en el acto del encuentro.

La noción de afecto está íntimamente ligada con el nuevo materialismo que propone a la materia como poseedora de poderes morfogénéticos en sí misma (DeLanda, 2015), esto quiere decir que la materia también es capaz de afectar y ser afectada porque posee capacidades infinitas a diferencia de las propiedades, las cuales son finitas: “un importante movimiento conceptual hacia la dirección de la materialidad activa es la caracterización de los sistemas abiertos no solo por sus propiedades sino también por sus capacidades” (DeLanda, 2015, p. 17; traducción de la autora), lo cual le concede a la materia el poder de actuar e impactar de formas inesperadas.⁶

De allí que, en los estudios del patrimonio afectivo, los geógrafos pongan primordial atención a las interacciones resultantes de los encuentros entre cuerpos, siendo la pregunta que atraviesa su trabajo: ¿cómo la experiencia que el humano tiene del patrimonio es modificada por los impactos producidos por la materia y demás cuerpos no-humanos al entrar en interacción?

REPRESENTACIÓN EN EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

El concepto patrimonio ha sido reelaborado teniendo como marco el modelo representacional que parte del supuesto de un conocimiento del mundo como representación, otorgando un lugar sustantivo a la dimensión simbólica, discursiva y lingüística en el análisis de la historia y la cultura (Chartier, 2005). Así, se ha buscado entender la experiencia humana a través de “las relaciones entre las formas simbólicas y el mundo social centrando su

⁶ DeLanda ejemplifica lo anterior con un cuchillo, el mismo cuchillo tanto tiene la capacidad de cortar como puede adquirir la capacidad de matar al entrar en interacción con un animal o de asesinar a alguien al interactuar con un ser humano.

atención en los lenguajes, las representaciones y las prácticas de los agentes históricos” (Gastón, 2014, p. 231).

Representación ha sido una categoría de gran impacto que ha articulado en buena medida la investigación en las ciencias sociales, pero ha sido puesta en duda a la par que el constructivismo social fue cuestionado.⁷ Pensar desde esta línea remite al estudio de un orden simbólico colectivo entendido como “un set de mecanismos de control [...] que gobiernan el comportamiento” (Geertz, 1973, p. 44). Trasladado al campo de la geografía, entonces: “todas las construcciones sociales, sean ciudades o conocimiento geográfico, [reflejarán] los valores de una sociedad y de una época” (Ley & Samuels, 1978, p. 21).

El edificio patrimonial dentro de este marco se ha pensado como símbolo y testimonio de una cultura, conjunto de significados y valores cons-truidos por esta y como objeto (signo) representativo de nacionalidades e identidades. De hecho, el término monumento “denomina a todo artefacto edificado por una comunidad de individuos para acordarse de o recordar a otras generaciones” (Choay, 2007, p. 12), asumiendo que el monumento alberga significados correspondientes a una generación que podrá ser recordada (decodificada) por otra.

Bajo esta concepción, los estudios representacionales han desplegado una variedad de estrategias analíticas, semióticas y textuales para leer y desentrañar los significados de los sitios patrimoniales entendidos como textos metafóricos (Crang & Tolia-Kelly, 2010). Entienden la experiencia del patrimonio estructurada por el lenguaje, condicionada por la cultura y los códigos compartidos por los sujetos, reduciéndose a la interpretación cognitiva que la mentalidad del sujeto pueda realizar utilizando el bagaje de códigos, discursos y símbolos culturales que posea.

En el pensamiento arquitectónico latinoamericano, la impronta del modelo representacional ha permeado con fuerza. Una de las figuras más prominentes ha sido Marina Waisman (1995), cuyas últimas reflexiones contribuyeron a extender la noción de patrimonio arquitectónico, de suscitar solo preocupaciones sobre el aspecto material edilicio (conservación) y sus atributos estéticos, hacia las relaciones que guarda con lo urbano, con los significados culturales, los valores sociales, la memoria social y las funciones pasadas y presentes.

⁷ Véase Anderson y Harrison (2010).

Desde este punto de vista, el objeto patrimonial debía mirarse en relación con su entorno cultural, de otra manera no podría reconocerse el sentido y significado del monumento en la vida de los sujetos o de una nación. En estas afirmaciones el foco de atención se coloca sobre la cultura; es decir, lo que el patrimonio simbolice estará definido por su contexto. Hay, por lo tanto, un entendimiento del patrimonio como categoría cultural y de la cultura como *texto*,⁸ lo cual lo posiciona dentro del modelo representacional.

Waisman (1995) planteó la existencia de un tiempo de la experiencia que le otorgaba un significado mutante al edificio; es decir, lo que representaba para una generación podría tener diferentes registros en las generaciones venideras. El construccionismo social respondería afirmando que no existe una manera objetiva de percibir la realidad (ni al edificio), sino que esa realidad es construida: “encontramos cada vez el espesor que la historia ha ido agregando, con lo que el primitivo significado se ha transformado, ha sufrido olvidos, ha adquirido nuevas memorias, despierta *resonancias inéditas y cambiantes*” (Waisman, 1995, p. 13, énfasis añadido).

Utilizando el caso del Neoclásico, hacía notar que el estudio del patrimonio estaba íntimamente ligado con el sentimiento de rechazo o empatía que este suscitaba en cada generación, de tal manera, el Neoclásico, para sus contemporáneos, resucitaba ecos de nazifascismo mientras que para generaciones sucesivas esa carga histórica no era legible (Waisman, 1995). Pese a no hacerse explícito, se estaba reconociendo un tipo de comportamiento emocional, el cual se hacía presente en la manera en la cual el edificio resonaba (interpelaba a) en ciertas mentes y no en otras.

Se ha dicho, y de manera muy frecuente, que el patrimonio también funciona como evocación, afirmación de una memoria colectiva y como nexo entre individuos que comparten una historia común (Florescano, 1993; García, 1993; Waisman, 1995). Como ejemplo las siguientes líneas de Chanfón (1988): “el estudio de los monumentos históricos enriquece los vínculos de una sociedad con su pasado [...] y mediante su permanencia lo hacen con el futuro” (p. 124). Se propone una especie de lazo que el objeto puede construir entre una sociedad presente con otra del pasado, pero tal lazo se teoriza desde un plano abstracto, se presupone su existencia y que en efecto así funciona para cada mundo social.

⁸ Véase Gastón (2014).

Pero si hablar de vínculo es hablar de un tipo de unión (de tipo afectivo/emocional), ¿el patrimonio necesariamente unirá a una sociedad con otra? Si las emociones son capaces de vincular, pero también de separar o alejar cuerpos (Ahmed, 2004), ¿no puede el edificio patrimonial vincular/desvincular o acercar/alejar ciertos cuerpos con otros, no tanto en un sentido relacional hacia las sociedades del pasado, sino hacia las sociedades del presente?, y aún más, ¿acaso no puede acercar/alejar a un individuo de sí mismo?

En la cita de Chanfón hace falta reconocer que el patrimonio también tiene un rol en la sociedad del presente no solo por tejer vínculos afectivos y emocionales con su pasado y futuro, sino porque también lo hace con su mismo presente, y puede tanto unir como separar o alejar a los individuos que la conforman.

Para García Canclini (1993) el patrimonio posee atributos simbólicos: “representa ciertos modos de concebir y vivir el mundo y la vida propios de ciertos grupos sociales” (p. 33). Sin hacerlo evidente, García Canclini habla de un patrimonio emocional apuntalado por modos de concebir y vivir el mundo. Si las emociones poseen componentes de carácter fisiológico, cognitivo, experiencial y conductual (Bericat, 2012), ¿acaso no son esos modos de vivir el mundo modos de sentir y estados emocionales compartidos por un colectivo? Con base en ello, puede pensarse que el edificio patrimonial hace resonar también un patrimonio emocional.

MÁS-ALLÁ-DE-LA-REPRESENTACIÓN

*Si la vida es construida, ¿por qué parece tan inmutable?,
¿cómo es que la cultura parece tan natural?,
si las cosas burdas y sutiles son construidas, luego entonces
¿éstas pueden ser reconstruidas también?
(Taussig, 1993, p. XVI)*

El paradigma más-allá-de-la-representación es un cuerpo teórico creado en el mundo angloparlante; se rastrean sus inicios a mediados de los 90 y pueden señalarse como causas que motivaron su emergencia el impacto del posestructuralismo en las ciencias sociales –principalmente en la geografía humana–, la influencia del trabajo de Gilles Deleuze y Bruno Latour, una fuerte preocupación por la vida cotidiana y un interés por las múltiples formas de prácticas encarnadas, pero sobre todo fueron las inquietudes que el constructivismo social no pudo resolver (Anderson & Harrison, 2010).

Científicos sociales criticaron la separación del mundo en dos realidades, la de la vida diaria, las cosas banales y burdas, y la del mundo de los símbolos, significados y valores. Se preguntaban si las experiencias de la vida cotidiana y las acciones del día a día eran totalmente gobernadas por un *set* de construcciones sociales y culturales, pues siendo así ¿por qué no podía re-construirse un nuevo *set* para que las prácticas cotidianas fueran diferentes? Si la raza, el género, la nación, los lugares, el paisaje, la ciudad eran representaciones e invenciones, ¿por qué no podían ser inventadas de nuevo?

En vez de entender al cuerpo, los hábitos, las prácticas (individuales o colectivas) como reflejo del mundo simbólico, el modelo MAR propone estudiar su dimensión performativa, su capacidad de generar significado en el momento de la acción (*enactment*). Ello surge del reconocimiento de que no toda acción está relacionada con el mundo simbólico, y por ende mediada por el lenguaje: “en la mayor parte de nuestras vidas cotidianas hay una buena cantidad de cosas que hacemos, una buena cantidad de asuntos en los que estamos involucrados que nosotros no pensamos, y cuando se nos pregunta acerca de ellos, difícilmente podemos darles una explicación” (Anderson & Harrison, 2010, p. 7).

En buena medida, la columna vertebral de las teorías MAR se sostiene sobre la filosofía del nuevo materialismo, la cual reconoce que la materia tiene capacidad de afectar y ser afectada; en vez de ser entendida como objeto inerte, se recupera su agencia. Esta afirmación ha abierto un mundo en la investigación arquitectónica y patrimonial, pues si bien antes concebidos como representaciones culturales, poseedores de símbolos y reflejo de valores de una época, la teoría MAR reconoce en lo arquitectónico un tipo de materialidad capaz de tener efectos, modificar, hacer vibrar, o mover a otros cuerpos, en una palabra, afectar.

El cuerpo teórico de este modelo se ha nutrido de la emergencia de nuevas categorías analíticas generadas por la filosofía de Deleuze y por la sociología de la ciencia de Bruno Latour. Hablaré de las nociones de ensamblaje, individuación y virtualidad para señalar cómo han sido aplicadas al patrimonio.

Ensamblaje

Sobre este modelo de pensamiento, un ensamblaje está concebido como una entidad compuesta de elementos heterogéneos irreducibles al papel que

cumplen dentro de dicho ensamblaje. Es decir, el todo no es igual a la suma de sus partes, pues cada parte puede simultáneamente estar participando en múltiples ensamblajes. Ello se debe a sus relaciones de exterioridad (DeLanda, 2015), las cuales hacen de cada ensamblaje un sistema abierto y dinámico, susceptible de cambiar inesperadamente, de sumar elementos o perder otros. Así, cada ensamblaje es altamente inestable pues las relaciones que le constituyen están en perpetua reestructuración.

Como ejemplo puede imaginarse el caucho de un globo; según la ley de Hooke, la deformación sufrida por x material será proporcional a la cantidad de fuerza que se le aplique; no obstante, se ha demostrado que esto no siempre es así. Al inflar un globo, la intensidad aplicada inicialmente no es suficiente para que el caucho se expanda proporcionalmente a dicha intensidad, de hecho, cuesta trabajo que el caucho dé de sí, más llegando a cierto punto, pese a mantenerla exactamente igual, el globo se infla y el caucho se expande sin ninguna dificultad.

Debajo de su aparente estabilidad, ocurrió una reestructuración a nivel molecular que hizo al caucho flexible. De acuerdo con el nuevo materialismo, los elementos integrantes de cada ensamblaje poseen capacidades y propiedades. Las propiedades son finitas, uno puede enumerar las propiedades del caucho, por el contrario, sus capacidades son infinitas, pues se refieren a la naturaleza del afecto, por ende, insospechadas e inimaginables por la mente humana (DeLanda, 2015).

En la filosofía de Deleuze y Guattari (2004), cada ensamblaje produce una individuación que supera los límites marcados por la subjetivación: “Existe un modo de individuación muy diferente al de una persona, un sujeto, una cosa o una sustancia [...] todo es relación de movimiento y de reposo entre moléculas y partículas, poder de afectar y ser afectado” (p. 264). De acuerdo con lo anterior, cualquier cuerpo, objeto, humano, materia, aire, dada su capacidad afectiva, conforma ensamblajes que producen una individuación a la cual denomina *haecceidad*.

Pensemos, por ejemplo, en un hombre-lobo, este hombre-lobo o lobo-hombre, solo puede serlo de noche y con la luna llena, individuación que equivaldría a: hombre + devenir-lobo + noche + luz de luna llena, donde el lobo deja de ser sujeto para devenir acontecimiento, dentro de un ensamblaje inseparable de una hora, de una estación, y de una atmósfera.

Siguiendo esta lógica, se desprende que patrimonio no es el objeto, tampoco el sujeto al cual representa o simboliza, sino individuación, *haecceidad*

o evento. Es decir, un ensamblaje de cuerpos humanos + no-humanos + atmósferas, que en el plano virtual hacen pasar velocidades, intercambian potencias y se afectan.

¿Cómo esas velocidades, intercambio de potencias entre los visitantes, la materia y los demás elementos ensamblados configuran la vivencia del patrimonio? Esta pregunta ha llevado a los académicos a realizar etnografías de las experiencias que contemplen “dimensiones más-allá-de-lo-humano y los modos en las que estas pueden abrir o cerrar posibilidades para un compromiso afectivo” (Waterton & Dittmer, 2014, p. 123; traducción de la autora).

Virtualidad

*Yo cargo esas imágenes, esos olores, esos rincones,
los llevo conmigo y por eso escribo, para que sigan vivos
(Mutis, entrevistado por Poniatowska, 2013)*

¿Se puede existir sin nunca haber sido capturado un instante por una atmósfera particular?, ¿acaso no los espacios que habitamos vuelven y nos habitan, nos atrapan, una y otra vez?

Thrift (2004) ha sugerido que el afecto “es la sensación de un empuje del mundo”, “siempre emergente” (traducción de la autora), el cual, según Massumi (2002) nace en lo virtual, definiendo lo virtual como una multitud apremiante de potencias que están empezando a desarrollarse. Dicha noción de virtualidad ha sido inspirada en la filosofía de Deleuze, quien define este concepto como un nivel en el cual solo se encuentran fuerzas intensivas en términos no medibles con el poder de afectar, pero cuyos efectos no pueden determinarse con precisión (Deleuze y Guattari, 2004). Justo en este plano de fuerzas intensivas (plano virtual) es donde sucede la experiencia humana; no en el mundo simbólico como lo concibe la teoría representacional, sino en la virtualidad. El habitar no es un proceso finito, continúa haciéndose y rehaciéndose sin necesariamente ser conscientes de, o poderlo expresar con palabras (volverlo lenguaje).

Señalan Deleuze y Guattari (2004) que cualquier haecceidad, o modo de individuación, de ninguna manera son instantáneas; su capacidad de perdurar, de acumular tiempo y estratificarse en y a través de él, es posible puesto que suceden dentro de una temporalidad abstracta; esto es, en el tiempo de Aión, tiempo indefinido del acontecimiento, la línea flotante que solo conoce velocidades y potencias de partículas. Y Cronos, por el contrario, es el

tiempo de la medida, el que fija las cosas y las personas, desarrolla una forma y determina un sujeto. En este sentido, patrimonio MAR es un ensamblaje, de cuerpos humanos + no-humanos + horas + atmósferas, acontecido y actualizado en el tiempo de Aión.

Es en esta temporalidad abstracta de lo arquitectónico donde importan las potencias de devenires nacidas en el inter de cada ensamblaje y, por ende, van más-allá-del-sujeto, así lo hace notar Virginia Woolf (2007) en *Las olas*: “Estoy en una burbuja, más o menos inflada. Soy esa burbuja” (p. 11), “Tengo un tallo en mi mano, yo mismo soy un tallo” (p. 9). Una burbuja-devenir-cuerpo-humano y un tallo-devenir-cuerpo-humano son, por tanto, dos eventos bien diferenciados, y en ambos, dos tipos de devenires de cuerpos-no-humanos que se vuelven humanos.

Algo semejante sucede en cada encuentro con el patrimonio, al que podríamos mirar como un conjunto de cuerpos-no-humanos cuyas potencias están por encarnar en humanos, imperceptibles devenires que se impregnarán en nuestras vísceras.

Pensar la dimensión afectiva del patrimonio desde el modelo MAR es dar cuenta de que cada encuentro con la espacialidad es potencialmente encarnado, abriendo al cuerpo a múltiples devenires, puesto que cada encuentro permanece en esa temporalidad abstracta, no lineal, no pulsada. Ello explica por qué una atmósfera, lugar, arquitectura o patrimonio atrapa al cuerpo en *espaciotiempos* no son procesados mentalmente ni vueltos lenguaje *a priori*. No se piensa en lo que un espacio nos hizo sentir hasta que ya fuimos capturados por él.

Visualizar lo arquitectónico de esta manera conduce a preguntar ¿cómo recorre el patrimonio al sistema háptico del cuerpo? Resumiendo lo dicho, dentro de la línea no representacional, una arquitectura afecta como evento y es un ensamblaje de cuerpos, donde cada atmósfera es una individuación muy concreta, que excede al sujeto y lo vuelve un potencial del devenir.

Por tanto, el patrimonio no solo puede representar a un grupo o sociedad o una abstracción de esta –como las sociedades del pasado con las que nos vincula– ni ser receptor de atributos y valores, sino que el propio edificio puede también tener agencia. Agencia implica cumplir un papel activo en vez de un papel pasivo en el curso de la acción y más que poseer significados asignados por cierta élite académica, política, económica, su significado se hace en el curso de eventos y encarna en los múltiples cuerpos que hace devenires.

Son los cuerpos quienes performan patrimonio; así, patrimonio deja de ser representación para convertirse en interacción, una suma de procesos, devenires y eventos posibles que emergen de la habilidad de afectar y ser afectado.

ESTUDIOS MÁS-ALLÁ-DE-LA-REPRESENTACIÓN EN EL CIRCUITO DE HABLA INGLESA

La teoría del giro afectivo ha generado buena cantidad de estudios empíricos en el circuito angloparlante, cuya intención ha sido dar cuenta de la manera en la que los visitantes y usuarios del patrimonio interactúan con este, afectan y son afectados por cada ensamblaje.

Señalan Crang y Tolia-Kelly (2010) que el patrimonio está estrechamente ligado con la identidad nacional y, por ende, es fundamental no solo enfocarse en la construcción simbólica del pasado a través del aparato patrimonial, también se requiere indagar en la experiencia sentida, en la organización de sensibilidades y en la circulación de los sentimientos que el patrimonio moviliza, pues ello es crucial para impulsar la inclusión cívica y trabajar con modalidades raciales y exclusiones sentidas que el patrimonio hace presentes.

Sus estudios se han enfocado en la crítica curatorial, dando cuenta de cómo cada museo despliega la otredad, a través de qué disposiciones, arreglos espaciales, narrativas o elementos kinestésicos. Su objetivo ha sido mejorar la práctica museográfica mediante el registro de las experiencias sentidas por los visitantes. El distanciamiento con la teoría representacional consiste precisamente en observar cómo los humanos reaccionan a la representación, sin asumir previamente que esta gobierna la totalidad de sus comportamientos. En su trabajo es reconocible el papel vital que juegan los museos en alejar o acercar mundos, hacer partícipes a los cuerpos de unos y no de otros, en cómo presentan la historia, o en qué tanto moldean al yo y qué tanto a la relación del yo con el otro. El afecto es el eje de su análisis, así como la manera en la cual los objetos participan en la creación de ciertas sensibilidades de índole nacional.

Su trabajo está muy ligado a la teoría de Stuart Hall (1999), quien señaló: “El patrimonio nacional es una poderosa fuente de significados culturales. De ello se deduce que aquellos que no pueden verse reflejados en su espejo

no pueden *pertenecer adecuadamente*” (p. 4; traducción de la autora), y criticó el papel histórico del patrimonio, en especial los museos, al colonizar la idea de “modernidad” como una invención exclusivamente occidental.

Para Hall, el patrimonio refleja inevitablemente los ideales del gobierno en turno, y se encuentra siempre intersectado por el poder y la autoridad de aquellos que han colonizado el pasado, cuyas versiones son las importantes: “¿Para quién es el patrimonio? Está dirigido a aquellos que pertenecen, una sociedad que se imagina como, en términos generales, culturalmente homogénea y unificada” (Hall, 1999, p. 6; traducción de la autora). Ello lo posiciona dentro del ámbito de la representación.

La propuesta de Hall, quien se preocupa por el papel colonizador ejercido desde los museos, es retomada por Crang y Tolia-Kelly, pero con un sentido diferente. La pregunta que atraviesa transversalmente sus investigaciones es si el cuerpo es colonizado como efecto de las representaciones; es decir, focalizan su objeto de estudio en la relación representación-cuerpo o patrimonio como ensamblaje-cuerpo, yendo más allá de lo que las representaciones significan en sí.

En el mundo australiano Emma Waterton es una de las figuras vertebrales en el giro afectivo del patrimonio. En sus investigaciones, la autora amplía los límites de lo usualmente es entendido por dicho concepto, para ella, “patrimonio no solo abarca museos, monumentos, paisajes, campos de batalla, sitios y lugares, sino también los sentimientos de afinidad que nosotros podemos tener con ellos –de empatía y conexión– así como sus contrarios: alienación, aburrimiento, rabia o rechazo” (Waterton, 2014, p. 824; traducción de la autora). Siguiendo esta idea, subraya que los espacios patrimoniales también reúnen valores afectivos y emotivos que moldean movimientos y capacidades corporales, particularmente respecto a prácticas de inclusión y participación (Waterton, 2014).

Hay dos conceptos clave que Waterton vincula con los espacios patrimoniales: cuerpo y *performance*. Entiende al cuerpo como una especie de fuente de conocimiento que registra experiencias táctiles, sensoriales, sónicas, hápticas, de las cuales parte para reconocer cómo el patrimonio afecta y cómo es sentido (encarnado); y al *performance* como una “puesta en escena” que los espacios patrimoniales ejecutan o hacen. Es decir, no son objetos estáticos sino procesos, implican un movimiento de intercambio de ida y vuelta en esa relación de poder afectar y ser afectado entre el espacio y quien lo habita, lo vive o lo encarna.

Las ideas centrales bajo las cuales conceptualiza patrimonio son las siguientes: a) patrimonio no solo es el edificio sino los afectos y emociones que es capaz de hacer resonar o hacer vibrar, b) lo entiende como algo más-allá-de la-representación, es decir, performa identidades, sensibilidades de índole nacional, inclusiones, exclusiones, moldea cuerpos, y donde el significado es creado mediante la práctica (evento), a través del hacer, y no del lenguaje, c) asume que la capacidad de ser afectado estará condicionada por experiencias pasadas que han atravesado y quedado archivadas en el cuerpo (geohistoricidad),⁹ y d) los espacios patrimoniales dan cuenta de las relaciones de poder, sobre todo de cómo el poder es sentido y cómo redefine las fronteras espaciales entre el nosotros/ellos, o el yo/otro (otredad).

Pese a ampliar el significado de patrimonio afectivo, incluyendo los sentimientos de afinidad, rechazo y emociones que este hace vibrar más allá de la edificación misma, su investigación de igual forma se centra en museos y en sitios memoriales de reconocido prestigio a nivel nacional. En sus estudios, el concepto de ensamblaje es utilizado en las etnografías para estudiar cómo la experiencia de los usuarios se transforma conforme participa en diversos ensamblajes: “consideramos al Memorial como un ensamblaje de objetos, de los cuerpos del staff y visitantes, narrativas, materiales y más, que juntos moldean la experiencia del visitante” (Waterton & Dittmer, 2014, p. 123; traducción de la autora). Lo anterior abre un potencial de posibilidades de cómo el espacio, la memoria, el pasado, los humanos, los no-humanos, los materiales, luz, sonido, ruido y demás se asocian entre sí produciendo efectos sobre la experiencia afectiva y emocional.

Otro de los conceptos retomados en su trabajo es el de virtualidad, si este concepto se refiere al potencial de devenir (Deleuze & Guattari, 2004), cuyas capacidades son infinitas y reales –recordemos el ejemplo del caucho, pero igualmente aplica a objetos intangibles–, aun cuando no ocurra en el tiempo presente, afectan porque son virtuales. Entonces, memoria la entiende como un ejemplo de realidad virtual: “eventos virtuales impactan el comportamiento en el presente a través de la producción de hábitos corporeizados” (Waterton & Dittmer, 2014, p. 125; traducción de la autora), esto es un tipo de memoria grabada en el cuerpo que predispone su capacidad de reacción o de ser afectado.

⁹ Para la autora el afecto no circula libremente, le denomina disposiciones encarnadas.

Las dimensiones de lo patrimonial se multiplican desde el giro afectivo. Lo patrimonial no solo se encuentra en los significados o las representaciones –que corresponderían a la dimensión lingüística o al dominio de las palabras–, se encuentra latente también en la dimensión corporal, sensorial y emocional; es decir, en ese algo que queda grabado somáticamente y modifica nuestro contacto con el mundo.

UN CUESTIONAMIENTO AL PATRIMONIO AFECTIVO DESDE LA HISTORIA DE LAS EMOCIONES

Hay un profundo deseo en caracterizar la exploración de la dimensión afectiva y emocional del patrimonio, se trata de un deseo de conectar con el sujeto del pasado para provocar un cambio en la posición política y ética de quienes lo visitan. Considerando que en el presente solo se disponen de las mediaciones y representaciones del pasado, ¿basta con ello para recrear las experiencias vividas por cuerpos humanos en lejanos espaciotiempos?, ¿se puede conectar con una experiencia, si no real, sí muy cercana a quienes la vivieron sin hacer de esta una artificialización descontextualizada?

Indagar en el patrimonio desde una historia de las emociones plantea un nuevo reto emanado de la presencia del factor tiempo, un tiempo ajeno al presente que intenta ser aprehendido por este último. Dicho reto hace aflorar la necesidad de historizar el afecto y la experiencia emocional, tarea bastante compleja abordada sobre todo por historiadores.

Desde el constructivismo social se ha diferenciado entre experiencia y expresión emocional, se entiende a la primera como una vivencia individual cuyo sentido se adquiere en un contexto sociocultural, y a la segunda como el conjunto de herramientas del lenguaje usadas para manifestar determinados modos de sentir: palabras, frases, sentidos, comportamientos e indicadores corporales (López, 2011). Se tiene entonces que la tarea de historizar las emociones solo puede ser llevada a cabo mediante mediadores culturales (representaciones), convirtiéndose las cartas, diarios, periódicos, novelas, memorias, autobiografías, crónicas, textos de confesores y demás en la caja de herramientas para analizar cómo dichos discursos condicionan la vida emocional de los sujetos, modifican subjetividades individuales y colectivas e influyen en las relaciones sociales (Bourke citado en López, 2011).

Desde la teoría no-representacional el foco de interés cambia, pues ante dichos recursos se prefiere cumplir el papel de observador o testigo y a partir de allí realizar narrativas empíricas o etnografías personales que den cuenta del papel performativo de los textos en los investigadores. Se busca evitar enmarcar los testimonios dentro de una explicación coherente y fija que conceptualice determinado modo de vida (Pile, 2010). Lo anterior ha limitado la tarea de historizar las emociones y, sobre todo, los afectos,¹⁰ pues las teorías no-representacionales de partida se enfocan en la acción, en la vida cotidiana, en el tiempo presente y en lo inexpresable, no vinculándose con el campo de la historia de las emociones.

Mas si es cierta la existencia de un conjunto de códigos y reglas, propios de un espacio y un tiempo específico, que determinan las experiencias subjetivas y las pautas de expresión emocional (Stearns citado en Moscoso, 2015), en este intento por diseñar espacios donde el despliegue de objetos, imágenes, representaciones, luces o sonidos sirva como detonante para disparar experiencias que hagan empatizar con las experiencias de eventos históricos: 1) ¿cómo hacer honor a la experiencia vivida en el pasado?, y 2) ¿cómo atravesar la barrera de ese conjunto de códigos y reglas diferentes para las múltiples sociedades que buscan ponerse en contacto? Pienso que las instituciones involucradas en dicho despliegue de mundos afectivos deben retomar estas preguntas.

Posicionar la mirada desde el ángulo de la historia de las emociones hace aflorar un cuestionamiento ético-político al mundo del diseño, encargado de poner a circular energías afectivas bajo la justificación de generar conciencia y empatía, asegurando que así las sociedades de hoy se harán más sensibles hacia eventos del pasado. No obstante, ¿qué tan ético es buscar fabricar cierta reacción comportamental y corporal hacia una experiencia de la cual solo se conoce a través de expresiones emocionales (mediaciones culturales)?, o bien, ¿a conveniencia de quién y bajo qué premisas y valores culturales se está definiendo el tipo de reacción emocional que se espera generar en los visitantes?, ¿qué tan riesgoso es colocar al patrimonio dentro del mundo del diseño de experiencias?

Desde mi punto de vista, el problema es bastante complejo y conlleva un peligro latente, pues se está reelaborando la historia para hacerla entonar

¹⁰ Ello debido a la existencia de diferentes marcos epistemológicos. En el campo de la historia se asume la emoción como producto sociocultural, dejando de lado el reto de la exploración histórica del afecto como categoría no cultural.

con los valores y concepciones culturales de los diferentes mundos sociales a los que toca. Debe decirse, el patrimonio se ha convertido en un espacio para la educación emocional y la regulación de sentimientos públicos funcionales a ciertos grupos políticos.

Como lo he mostrado, la mayor parte de los estudios de patrimonio afectivo en el mundo de habla inglesa están enfocados en museos y sitios memoriales; esto es, “grandes monumentos”, dejando de lado la vasta multiplicidad de bienes también considerados patrimonio, como paisajes industriales, molinos, fábricas, catedrales, palacios o incluso patrimonio urbano, que, aunque no cuenten con la jerarquía de los primeros, importan porque son parte de la vida cotidiana.

Ello ha dado lugar a la elección de ciertas historias y eventos dignos de honrar mientras otros han quedado invisibilizados como resultado de una concepción (sociocultural) de lo atroz o inhumano, asumida tanto en los grupos gestores del patrimonio como en los grupos académicos que ponen mayor –y casi único– interés en este tipo de patrimonio.

De lo anterior se desprende que, si bien hay un esfuerzo por dignificar eventos y vidas humanas (Micieli-Voutsinas, 2017), también hay una búsqueda por regular un sentimiento público hacia seleccionados sucesos del pasado y hacia escogidos “otros”.

Por ejemplo, en el diseño del museo y memorial del 9/11, la modulación de la luz, los colores, efectos auditivos, grabaciones de voces, estrechamientos espaciales y vibraciones están pensados para exponenciar sensaciones de horror, miedo y angustia que hagan conectar con la experiencia de las víctimas del ataque. Lo peculiar es el acomodo espacial del museo, pues ubica como antepenúltima sala al “breathing room”, donde las personas pueden liberar la carga afectiva y emocional acumulada previamente, e inmediatamente después de pasar por este espacio entran a la sala que despliega al culpable: Al-Qaeda y el terrorismo. De acuerdo con la investigación de Micieli-Voutsinas (2017), las reacciones de los visitantes son de odio, rencor, venganza y enojo hacia esa otredad. El autor concluye señalando que el diseño de patrimonio afectivo corre el riesgo de intensificar reacciones negativas como la islamofobia y xenofobia, punto al cual solo le dedica un párrafo.

La reflexión anterior indica que la particularización en la versión afectiva del patrimonio ha encarado superficialmente el funcionamiento y complejidad de lo emocional, tanto en su dimensión histórica como presente, problematizando poco los factores ético-políticos involucrados.

Cómo se accede a la experiencia del evento histórico para entonces poder recrearla y después poder estudiar el impacto ante esa reelaboración son tareas fundamentales que deben encarar las instituciones gestoras del patrimonio. Considero de igual importancia que las etnografías hagan confluir los enfoques afectivos y los emocionales pues puntualizar solo en uno ha dado como resultado un entendimiento parcial del impacto que puede tener lo patrimonial en la vivencia de los usuarios. Esta separación si bien abre un potencial de críticas, al mismo tiempo, hace emerger situaciones ético-políticas pendientes que afrontar.

DISCUSIÓN

En primera instancia, México no es un país imperialista, y en segundo término su trabajo de curaduría no ha expresado un interés explícito en diseñar exposiciones apegadas a la verosimilitud histórica que eviten desplegar ideas occidentales sobre otras culturas. Mientras en los países imperialistas la otredad cobra figura en lo oriental, la negritud, y la gente indígena, en un país como México la otredad la constituyen los pobres, los indígenas y la etnicidad, abarcando dentro de los pobres una gran variedad de cuerpos humanos: obreros, campesinos, ambulantes, marchantas, que siempre han conformado las clases oprimidas. Podría, en todo caso, cuestionarse cómo presentan los museos nacionales a las culturas prehispánicas, a la cultura novohispana, o posrevolucionaria, revisando qué respuestas afectivas suscita la configuración museográfica en sus usuarios; sin embargo, a continuación, propongo otros temas en donde la teoría del giro afectivo tiene gran potencial para permitirnos entrar en contacto con esos otros “otros”.

Como primer punto, los estudios sobre patrimonio en México deben procurar considerar su dimensión tanto afectiva como emocional, no limitándose a ninguna de ellas. En segunda instancia creo necesario redireccionar la mirada: 1) pasar de los “grandes monumentos” a los edificios patrimoniales –o no necesariamente, pero con relevancia histórica para cada comunidad– “pequeños” y cotidianos; 2) cambiar de sujetos de estudio; es decir, de los “visitantes” a los habitantes. Lo anterior permitiría dar cuenta y honrar otras historias y otros cuerpos que la jerarquía concedida al estudio del patrimonio emblemático ha soslayado. La pregunta ¿qué relaciones emocionales se dan en México con el pasado a través de la presencia o ausencia

de los edificios? nos obliga a mirar hacia cualquier edificio, cualquier cuerpo y cualquier población.

Finalmente, si comencé este texto señalando cómo la definición y categorización del patrimonio hace evidente la manera disociada en la cual se piensa el mundo: cultura/naturaleza, edificio/cuerpo, materia/sociedad, quisiera concluir con una forma de traspasar dichas fronteras, la cual permitiría también encontrar un punto de apoyo entre su dimensión afectiva y emocional.

Es de suma importancia entender al cuerpo del habitante como patrimonio en sí y centrarse en su cuerpo para acceder a ambas dimensiones, con lo anterior no quiero decir que deba abrirse una etiqueta más dentro de la interminable lista de patrimonio cultural material e inmaterial y que se agregue ahora patrimonio emocional, esto sería bastante absurdo. Mi propuesta, la cual se ha hecho a un lado en los estudios de habla inglesa, es que los efectos, cicatrices, traumas, dolor, sufrimiento, marcas, huellas, orgullo o devoción que el patrimonio (edificio o complejo urbano) ha dejado en los humanos que lo habitaron o fueron parte de él pasen a ser prioridad de estudio. No los cuerpos que visitan los museos, sino los cuerpos que habitan la vida cotidiana y cargan con su presencia o ausencia. Cuerpos que importan porque son cuerpos que existen y la academia –al menos en México– debería asumir un compromiso ético-político con ellos. Abogaré por estudios del patrimonio, los cuales, aparte de posicionarse dentro del edificio, exploren también las interacciones a nivel urbano, entre cuerpos, entorno construido y memoria in-corporada.¹¹

Lo creo primordial, porque nuestro legado patrimonial está imbuido de historias de colonización, abusos, desigualdades y despojos, que han quedado pendientes de aprehender y continúan presentes. Pendientes pero presentes, y es su presencia lo que importa porque continúa moldeando la experiencia emocional cotidiana.

Puedo mencionar como posibles cuestionamientos: ¿cuáles son las secuelas y energías afectivas que los paisajes remanentes del pasado virreinal, posrevolucionario o industrial han depositado en la memoria somática de los cuerpos?, ¿cómo reverbera la tortura y encarcelamiento del Palacio de Lecumberri en los cuerpos que la experimentaron?, ¿cómo ha sido modificada la experiencia de la Plaza de Las Tres Culturas en Tlatelolco después de la

¹¹ Para un estudio pionero en este tema véase Lozoya (2021).

matanza del 2 de octubre?, ¿cómo continúa impactando la ausencia de los edificios patrimoniales destruidos tras el terremoto de 1985 o 2017?, ¿cómo estas experiencias que han trascendido espacio y tiempo han quedado encarnadas en los cuerpos? O bien, pensando en otro tipo de experiencias, ¿cómo un edificio –la Basílica de Guadalupe es capaz– de congrega a millones de personas año con año y participar de la devoción sentida corporal y emocionalmente?

En mi opinión, el reto está en revelar maneras en las que el patrimonio continúa reverberando y moldeando experiencias cotidianas del habitar, no las grandes historias de los grandes monumentos, sino aquellas más elusivas, de cuerpos más oprimidos pero cuyas experiencias es necesario honrar y comprometerse con ellas. Es pertinente no limitarse ni al concepto de patrimonio ni a la lista legitimada por la Unesco. Debemos visibilizar escenarios emocionales donde eventos del pasado continúan afectando, en el sentido más amplio, la relación con nosotros mismos, el otro y la nación.

CONCLUSIONES

Pese a que el giro afectivo ha tocado ya diferentes disciplinas en Latinoamérica, la arquitectura y los estudios del patrimonio continúan aún un poco alejados de estas nuevas tácticas y herramientas analíticas; al mismo tiempo, hay poco interesados en acceder a la dimensión emocional y afectiva emergida del encuentro entre humanos y no-humanos. Las posibles preguntas que pueden plantearse desde el giro afectivo y desde el pensamiento arquitectónico latinoamericano podrían ser: ¿podemos, utilizando las tácticas analíticas del giro afectivo, unir binomios en vez de disociarlos?, ¿cómo podemos superar la barrera entre el edificio y el humano?, ¿llegará el momento en el que pensemos lo arquitectónico –lo patrimonial incluido– como parte de nuestro cuerpo y a nuestro cuerpo como parte de la materialidad arquitectónica?, ¿puede el diseño, orquestador de intensidades afectivas, comprometerse con las tareas de historizar el afecto y la emoción?

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh University Press.
- Anderson, B. (2009). Affective atmospheres. *Emotion, Space and Society*, 2(2), 77-81.

- Anderson, B., & Harrison, P. (2010). "The Promise of Non-Representational Theories". In: B. Anderson & P. Harrison (Eds.). *Taking-Place: Non-Representational Theories and Geography* (pp. 1-36). Ashgate.
- Anderson, K., & Smith, S. (2001). Editorial: Emotional Geographies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 26(1), 7-10.
- Bericat, E. (2012). Emociones. *Sociopedia.isa*, 1-11.
- Bondi, L. (2014). Understanding Feelings: Engaging with Unconscious Communication and Embodied Knowledge. *Emotion, Space and Society*, 10, 44-54.
- Chanfón, C. (1988). *Fundamentos teóricos de la restauración*. Facultad de Arquitectura, UNAM.
- Chartier, R. (2005). "El mundo como representación". En: *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (pp. 51-63). Gedisa.
- Choay, F. (2007). *Alegoría del patrimonio*. Gustavo Gili.
- Crang, M., & Tolia-Kelly, D. (2010). Nation, Race, and Affect: Senses and Sensibilities at National Heritage Sites. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 42(10), 2315-2331.
- Davidson, J., & Milligan, C. (2004). Embodying Emotion Sensing Space: Introducing Emotional Geographies. *Social & Cultural Geography*, 5(4), 523-532.
- DeLanda, M. (2015). The New Materiality. *Architectural Design*, 85(5), 16-21.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Florezano, E. (1993). *El patrimonio cultural de México*. Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, N. (1993). "Los usos sociales del patrimonio cultural". En: E. Florezcano (Comp.), *El patrimonio cultural de México* (pp. 16-33). Fondo de Cultura Económica.
- Gastón, E. (2014). Reflexiones en torno al concepto de representación y su uso en la historia cultural. *Questión*, 1(42), 228-241.
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*. Basic Books.
- Hall, S. (1999). Un-Settling 'The Heritage', Re-Imagining the Post-Nation. Whose Heritage? *Third Text*, 13(49), 3-13.
- Ley, D., & Samuels, M. S. (1978). "Part one: Epistemological orientations. Overview". In: D. Lay & M. Samuels (Eds.), *Humanistic Geography: Prospects and Problems* (pp. 19-21). Croom Helm.
- López, O. (2011). "Reflexiones iniciales sobre una historia cultural de la construcción emocional de las mujeres en el siglo XIX mexicano". En: O. López (Ed.), *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX* (pp. 23-56). FES Iztacala, UNAM.
- Lozoya, J. (2021). "Dwellers of Silence: Conflict and Affective Borderlands of the Estadio Nacional, Santiago de Chile". In: J. Micieli-Voutsinas & A. M. Person (Eds.), *Affective Architectures. More-Than-Representational Approaches to Heritage*. Routledge.
- Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Duke University Press.
- Micieli-Voutsinas, J. (2017). An Absent Presence: Affective Heritage at the National September 11th Memorial & Museum. *Emotion, Space and Society*, 24, 93-104.
- Moscoso, J. (2015). La historia de las emociones, ¿de qué es historia? *Vínculos de Historia*, (4), 15-27.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) (2024). Textos fundamentales de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003. Unesco. <https://ich.unesco.org/es/convenci%C3%B3n>

- Pile, S. (2010). Emotions and affect in recent human geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 35(1), 5-20.
- Poniatowska, E. (2013, 1 de septiembre). Conozco México mejor que muchos mexicanos, porque estuve en Lecumberri: Álvaro Mutis. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2013/09/01/opinion/a03a1cul>
- Taussig, M. (1993). *Mimesis and Alterity: A Particular History of the Senses*. Routledge.
- Thrift, N. (2004). Intensities of Feeling: Towards a Spatial Politics of Affect. *Geografiska Annaler*, 86(1), 57-78.
- Waisman, M. (1995). *La arquitectura descentrada*. Escala.
- Waterton, E. (2014). A More Than-Representational Understanding of Heritage? The 'Past' and the Politics of Affect. *Geography Compass*, 8(11), 823-833.
- Waterton, E., & Dittmer, J. (2014). The museum as assemblage: bringing forth affect at the Australian War Memorial. *Museum Management*



11. Querétaro: una ciudad de esperanza y felicidad o la mercantilización de la vida

Nubia Cortés Márquez

*Pero ¿qué es la felicidad sino la sencilla armonía
entre el hombre y la vida que lleva?*
Albert Camus

INTRODUCCIÓN

Cada vez es más común escuchar que los habitantes de la ciudad tienen derecho a disfrutar de ella, al ser un lugar propicio para el desenvolvimiento de la vida creativa, cultural y social. La urbe da cuenta de la estrecha relación entre su materialidad y la capacidad de fomentar la participación de sus habitantes, o bien, del desenvolvimiento de actividades económicas mercantilistas que buscan comercializar la imagen de los centros históricos o de las ciudades patrimonio.

En cualquiera de los dos casos, los espacios urbanos son una muestra cultural de las formas de hacer economía. El objetivo principal de este capítulo es analizar cómo la búsqueda de la felicidad y la esperanza de una mejor calidad de vida han sido uno de los motores principales para elegir a la ciudad de Querétaro como el lugar ideal para vivir.

La ciudad goza, todavía, de una fama nacional e internacional no solo por su nombramiento como patrimonio de la humanidad sino por considerarse “el mejor lugar para vivir” en México. Se ha convertido en un referente para empresarios que ven en la venta de estilos de vida relacionados con jóvenes familias, oferta cultural, laboral o un espacio de oportunidad para echar a andar un negocio propio.

Se eligió el centro histórico de Querétaro para mostrar cómo la imagen urbana que se mira en redes sociales y medios de comunicación tiene un papel importante en la toma de decisiones de quienes deciden emprender un negocio, cambiar su residencia o elegir un lugar turístico para visitar. Se propone reflexionar cómo la felicidad y la esperanza son parte de este proceso complejo en el que tanto inmobiliarias como gobiernos locales han encontrado formas de mercantilización de viviendas ofreciendo mejorar el estilo de vida.

La discusión presentada se basa en un trabajo de campo realizado en el año 2017 y principios de 2018. Se hicieron recorridos y observación no participante en el centro histórico de la ciudad de Querétaro para identificar las dinámicas del lugar, mercancía ofertada y consumidores. Se realizaron entrevistas semiestructuradas en 10 negocios, de cada uno de ellos se entrevistó a 3 clientes y a 20 turistas elegidos de manera aleatoria. El acercamiento con estas personas fue en sitios como el Jardín Zenea, Plaza de Armas y Alameda Hidalgo. Se investigó en los periódicos locales y nacionales sobre la imagen de la ciudad de Querétaro, la oferta inmobiliaria y los informes y notas municipales.

Gracias a los recorridos de reconocimiento en el centro histórico se decidió centrarse en negocios que ofrecían productos naturales, veganos, hechos a mano. Las entrevistas semiestructuradas fueron clave para reconocer que lo que se encontraba en los medios de comunicación, en redes sociales, sobre la ciudad de Querétaro se veía reflejado entre los consumidores y quienes habían decidido emprender. Los resultados obtenidos de este trabajo fueron la base de un análisis inductivo para identificar comercios, discursos, y examinar cómo lo visto en el centro histórico estaba estrechamente vinculado con la imagen promovida en medios de comunicación; esto es, se detectó un patrón de respuestas obtenidas durante año y medio (Bernard & Ryan, 2010; Miles & Huberman 1994).

Este capítulo se divide en tres bloques, el primero es un antecedente teórico-conceptual del que parte esta investigación, ahí el lector encontrará una introducción sobre el derecho a la ciudad tomando como base principal las ideas de Henri Lefebvre (1976, 2020), para pensar en el paso de una ciudad como bien común a una versión mercantilizada donde el acceso al disfrute se ha vuelto un privilegio del cual se benefician los turistas y comerciantes establecidos en el centro histórico queretano, así como futuros residentes en potencia quienes ven en la ciudad de Querétaro una opción segura para vivir.

En el segundo apartado se presentan hallazgos y discusiones sobre el trabajo realizado durante año y medio. Se describe a la capital del estado como un lugar ideal para vivir, frase usada no solo por las personas entrevistadas sino en notas periodísticas, incluso en páginas de inmobiliarias. La razón de centrarse en comercios del centro histórico que venden productos naturales, hechos a mano, veganos, es porque muestran el vínculo entre la imagen de la ciudad queretana como próspera, segura, ideal para vivir y, claro, las formas de comercialización de estilos de vida promovidos como aceptables, las cuales acercan a quienes pueden acceder a ellos a ser más felices, a quienes guardan la esperanza de mejora y ven en Querétaro un futuro lugar para vivir. La tercera sección, más que una conclusión, es una reflexión inicial sobre la importancia de considerar emociones como felicidad y esperanza en procesos urbanos. La promesa de un futuro mejor motiva a las personas a mudarse, cambiar de empleo, buscar espacios donde se vea materializada su idea de felicidad; esto es, estar adscrito a un estilo de vida que demuestre sus logros y un espacio urbano que lo sostenga.

ANTECEDENTES

El derecho a la ciudad

La discusión, al menos la más reconocida, es la obra del filósofo Henry Lefebvre *El derecho a la ciudad* (2020), ahí explica cómo se expresa un sentimiento de protesta, una búsqueda de reivindicación de la defensa de la ciudad, de la vida urbana como una condición de humanismo. Se tiene derecho a disfrutar la ciudad, a convertirla en nuestro punto de encuentro con la esfera económica al dar un valor de uso incluso de la propia vida urbana.

El derecho a la ciudad es una demanda de la vida cotidiana moderna, de expresiones económicas y de consumo que estratifican y diferencian a la población. La demanda histórica sigue siendo la misma desde entonces, una lucha por el espacio urbano (Lefebvre, 2020). Según Lefebvre (2020), la ciudad tiene un valor de uso y de obra colectiva donde idealmente sus habitantes deberían disfrutar sus espacios de encuentro. Si esto no sucede, la ciudad se vuelve una referencia histórica de demanda por parte de quienes la viven y la sufren. Esto es la búsqueda por el derecho a la ciudad, por la vida urbana, por el disfrute de sus bienes comunes.

La ciudad se ha convertido en un lugar donde se fomentan valores sociales para promover ciertas prácticas y estilos de vida que pueden resultar insostenibles para ciertos grupos de población. La vida en la ciudad está en crisis y ante ella han surgido formas de organización creativas que promueven una vida urbana menos alienada. Este tipo de cambio implica no solo una transformación cultural de la vida urbana sino de los estilos de vida promovidos como una mercancía más en el mercado cultural global (Harvey, 2013).

Aquí se inicia con una serie de dilemas, si el derecho a la ciudad ha promovido un conjunto de trabajos sobre los movimientos sociales urbanos por parte de grupos de población desfavorecida, también ha traído propuestas de diferentes instancias supranacionales y nacionales sobre la utopía de la ciudad proveedora de calidad de vida para sus ciudadanos (Harvey, 2013).

Hacer posible que los bienes comunes urbanos sean aprovechados por todos presenta varios problemas en diferentes niveles, desde la base con las formas de organización de los grupos y entre las formas de administración por parte del Estado. ¿Cómo crear espacios en los cuales se desenvuelvan alternativas de modos de vida lejos de la mercantilización, cuando es el mundo en el que vivimos?

Se puede entender el bien común urbano como los modos sociales que definen nuestras relaciones. Espacios y bienes públicos son parte del bien común, son una cualidad apropiada mediante la acción política de la ciudadanía. Lo anterior significa que son relaciones dinámicas, flexibles, propias de un grupo, pero necesarias para su permanencia (Harvey, 2013).

El bien común urbano puede ser usado, producido, reproducido, pero no apropiado como un objeto vuelto mercancía, es de todos y deberá permanecer de ese modo. A pesar de esta noción de bien común urbano, las ciudades, en general, presentan una incapacidad de proveer los servicios necesarios para su permanencia. Entonces, ¿cómo es que sigue siendo un ideal de vida?

La ciudad como mercancía

La urbanización de las ciudades en América Latina en los siglos xx y xxi no solo ha sido en extensión sino en modos de mercantilización del espacio y de los estilos de vida urbanos. Esto ha dado pie a pensar en dinámicas territoriales, en los modos de vida trastocados (Hiernaux y González, 2017). Su estudio se ha volcado en temas sobre gentrificación, mercado inmobiliario y, recientemente, en los megaproyectos urbanos que explican los desarrollos

desiguales, zonas de exclusión, marginación en un lugar que prometía ser un bien común.

La privatización y mercantilización del espacio forman una especie de patrón de acumulación de capital visible en infraestructura, pero impacta sobre todo en la vida cotidiana de todos los sectores de la población sin importar su ingreso económico. Uno de los poderes experimentados por todos ha sido el ‘poder del consumidor’, el que hacemos efectivo al momento de adquirir un producto. Así, pareciera que la mercantilización, y de paso la privatización de ciertos espacios antes concebidos como comunes, van formando sus propias condiciones sociales, las cuales satisfacen nociones particulares de poder como consumidores en los espacios donde nos desenvolvemos en la urbe (Márquez y Pradilla, 2017). En estos espacios donde cotidianamente se desenvuelve la población se producen dinámicas socio-territoriales fuertemente relacionadas con procesos políticos y económicos del lugar donde se reside. Se ha visto cómo algunos de estos espacios han sido privatizados en pro de espacios de socialización privados donde se regula, restringe o excluye a ciertos sectores de la población.

Los procesos de apropiación están reservados para quien pueda pagar por ellos. El espacio común, por otro lado, cumple otras funciones vinculadas con la socialización, ocio, educación, protesta o reivindicación, son espacios donde es posible manifestarse individualmente o como sociedad ejerciendo libremente su derecho, su libre ciudadanía (Márquez y Pradilla, 2017).

La cuestión a discusión aquí es cómo la privatización de la ciudad, de la propiedad común tanto en la urbe como en lo rururbano, crea condiciones para una territorialización o sectorización de procesos de acumulación de capital donde los capitales nacionales y extranjeros transforman entornos, delimitan propiedad, generan ganancias del suelo comprado al tiempo que forman parte de un proceso histórico de quienes vivimos en la ciudad.

Vale la pena reflexionar sobre este contexto de mercantilización, pues la propiedad común ahora puede funcionar como un instrumento que promueve su consumo y, por tanto, su ingreso a procesos de acumulación que pueden ser gestionados por el propio Estado, bajo legalizaciones de patrimonialización. Bajo este discurso, se crean planes de desarrollo, proyectos turísticos e inmobiliarios deseables.

Poco se ha analizado el papel de los habitantes que participan en estos procesos en el devenir cotidiano urbano. Se propone considerar el poder de los habitantes de la ciudad, en su faceta tanto de consumidores como

de ciudadanos. En todos, la capacidad agentiva del sujeto y su capacidad política adquieren matices interesantes para la urbe, produciendo nuevas dinámicas con influencia en diferentes escalas, ya sea en los procesos de producción, circulación de bienes y servicios, en la apropiación del espacio público.

En la ciudad se puede observar, de manera más clara, cómo el estilo de vida capitalista está materializado en sus plazas comerciales y la construcción de edificios y vialidades, creando una imagen urbana particular. Originalmente, el embellecimiento de las ciudades tuvo como objetivo combatir los estragos de la contaminación causada por las industrias, a finales del siglo xx, y según las experiencias en diversas ciudades del mundo se pone en tela de juicio la eficiencia porque terminan siendo ejemplos de la banalización de contenidos para dar paso a ciudades con logo, marcas puestas en el mercado (Hiernaux y González, 2017; Muñoz, 2008). Walter Benjamin en *El libro de los pasajes* (1982) escribe sobre las ciudades del siglo xix, específicamente en su texto “París, capital del siglo xix”. La importancia de la imagen de una población que asombrada veía nuevos espacios y prácticas, y experimentaba nuevas sensaciones por ellos. El abordaje dado a temas comunes sobre la privatización o mercantilización del terreno urbano, de espacios abiertos, públicos, trae consigo la innegable necesidad de hablar no solo de los impactos en las prácticas públicas de planeación o gestión territorial urbana sino en las percepciones producidas por quienes viven o han decidido vivir en la ciudad (Márquez y Pradilla, 2017).

En otras palabras, la ciudad se ha convertido en *marketing* urbano, su imagen se ha puesto en venta y hay que ser cada vez más ingeniosos para mantenerlas en el mercado por más tiempo. Las características de la infraestructura, arquitectura, servicios ofrecidos y eventos culturales ayudan a reproducir valores proyectados en un estilo de vida, haciéndola deseable (Brandão, 2011). Así, la ciudad se vuelve una mercancía consumida por diversos grupos de población, produciendo conjuntamente formas de vida ideales que brindan felicidad y son una esperanza para quienes desean mejorar su calidad de vida.

De la forma-de-vida como bien común al estilo de vida como mercancía

En las ciencias sociales se ha abordado el tema de modos de vida relacionados a cierto tipo de ambientes, herramientas, nociones del mundo, percepciones,

creencias y formas de ganarse la vida.¹ A estas nociones se les ha incluido una visión antropológica en la cual se analicen las relaciones políticas y sociales que pueden dar sentido al lugar. Poco se ha trabajado con la forma-de-vida y estilo de vida. ¿Qué diferencias existen entre una y otra?

Las formas-de-vida se diseminan en la propia actividad de la vida sin necesidad de violencia, sin ejercer la fuerza, la vida adquiere forma en la medida de su uso. Por ejemplo, soy una profesora que en el momento de la enseñanza activo mi poder de obra que es enseñar, cuando termino mi clase, esta obra de enseñanza es mi uso habitual, sigo siendo profesora aun cuando haya terminado mi trabajo. A pesar de ello, no soy dueña ni poseedora del acto de enseñar, más bien el hábito del “uso de sí” como profesora persiste habitualmente; de este modo, el uso de la obra de enseñar no es una actividad sino una forma-de-vida (Agamben, 2016).

La vida no se determina en un obrar o una cultura, la atraviesa toda cultura o determinación. La forma-de-vida es la vida inscrita en un paradigma, pero no como norma sino como vida ejemplar que el viviente concibe como vivible. Forma-de-vida es una amalgama en que la vida se vuelve forma y la forma se vive, esto es la existencia misma a *La Vida* en potencia inscrita en todo tipo de actividad que el sujeto desee realizar.

Toda vida tiene una forma, pero no toda forma deviene en una forma-de-vida. La aclaración es necesaria al querer diferenciar entre modo y estilo de vida. En este capítulo nos resulta útil pensar en forma-de-vida para distinguir las formas de expresión de la vida del sujeto en sociedad inserto en un modelo económico concreto, configurando modos de vida de acuerdo con los modos de producción que han regido en la sociedad a lo largo de la historia.

Las personas inscritas en un modo de vida están sustentadas en formas de organización social con normas éticas, reglas propias, una forma de expresión de la cultura y relaciones políticas y económicas. Las expresiones espaciales de las formas de vida son una de las posibles entradas para comprender las dinámicas existentes entre las esferas social, ambiental y económica desenvueltas en la vida cotidiana.

Un modo de vida está vinculado con sus integrantes como sujetos y como parte de un grupo social más amplio, estos buscarán conservar

¹ Véanse los trabajos de Gavin Smith sobre *livelihood and resistance* (1989), Susana Narotzky (2013) y los varios trabajos sobre antropología y economía, y Roy Rappaport (1985, 1987) y su producción sobre la ecología cultural y los modos de vida.

elementos que definan su existencia permitiendo así su reproducción. Las estrategias desarrolladas para dicho fin son parte de las expresiones espaciales que pueden decirnos algo sobre las formas de existencia, de entender el mundo.

Por otro lado, un estilo de vida está relacionado con características varias no necesariamente comprometidas con una forma de producción y reproducción de una comunidad, son más bien cánones generados a partir de una moda susceptible de ser consumida y mercantilizada. Al adscribirse en cierto estilo de vida no se requiere mantener una cohesión social ni formas de organización con propósitos comunes a largo plazo; se busca un goce, un compromiso individual, en ocasiones colectivo, para fines de reconocimiento y satisfacción inmediata. Uno de los fines de adscribirse a un estilo de vida es agotarse en el uso a través del consumo.

Aquí cabe una aclaración. Adoptar un estilo de vida requiere adquirir no solo hábitos y discursos, sino objetos materiales, algunos de ellos pueden tener un valor elevado en el mercado, con lo cual devienen en usos exclusivos y, por tanto, excluyentes. También existen sujetos que aun sin el capital económico para adscribirse a cierto estilo de vida consumen un símil, ello da pie a un déficit en la experiencia originaria del estilo de vida, lo cual genera dinámicas y lógicas organizadoras particulares.

El lugar donde los estilos de vida están más presentes es la ciudad, debido a la *turistificación* que se ha hecho de sus espacios. En ese sentido, la ciudad tiene un valor de uso y de obra colectiva, un bien común urbano en el cual es posible disfrutar del encuentro, de la convivencia, pero también es un lugar histórico de demanda social. Poder vivir de cierto modo haciendo uso de los bienes comunes para satisfacer necesidades básicas, como la libertad, es la utopía del vivir en la ciudad.

La ciudad también se ha vuelto un lugar importante para analizar el desvanecimiento de los modos de vida que están dando paso a los estilos de vida mercantilizados. Un estilo de vida se opone a un proyecto colectivo o político debido a la imposibilidad de apropiación. Apropiarse de lo inapropiado de manera individual, a través del sistema de mercado, hace de los bienes comunes urbanos una mercancía más (Harvey, 2013; Prozorov, 2016). En el modo de producción capitalista, neoliberal, el consumo vende significados, un valor emotivo que hace de las emociones un medio de producción.

Las emociones en este contexto son un medio de producción, expresan una libertad subjetiva orientada al consumo y la producción de necesidades.

La emoción como un producto de consumo hace del neoliberalismo una especie de diseño emocional que moldea y maximiza el consumo. Esta es una de sus fortalezas, consumir emociones en lugar de productos finitos. Las emociones al ser dinámicas y diversas en sus nociones y formas de experiencia se despliegan, sobrepasan el valor de uso hacia el consumo infinito. Las emociones como producto susceptible de ser consumido se vuelve la cárcel del sujeto (Han, 2015).

A este tipo de consumo, Freddy Timmermann (2018) lo llama consumo mimético. La subjetividad se sustenta como identidad en el objeto adquirido produciendo una especie de vacío en el consumidor al tiempo que activa la esperanza en un futuro próximo. La esperanza de adquirir otra mercancía hace del consumo un proceso continuo infinito alimentado por la ausencia y la posibilidad del futuro palpable. Al estar imbricadas en un sistema de sentidos y valores socioculturales, las emociones como felicidad y esperanza toman tintes específicos que vale la pena analizar en espacios y tiempos concretos (Bolaños Florido, 2016; Le Breton, 1999).

Precisiones teórico-metodológicas sobre la esperanza y la felicidad

Comúnmente, se piensa en la felicidad como un estado de ánimo, una finalidad en sí misma que concentra los medios para conseguirla; sin embargo, la felicidad es más una especie de praxis con una dimensión política (Martínez, 2017). En tiempos neoliberales, para ser feliz se requiere contar con los medios necesarios, de no tenerlos nos vemos obligados a trabajar para obtenerla. Es aquí donde comienza el proceso sin fin entre alcanzar la felicidad y nuestra experiencia.

En un contexto donde todo está a la venta, se hace más evidente la existencia de diversas maneras de entender felicidad, así como formas varias de obtenerla, lo cual nos produce un distanciamiento constante entre la felicidad, los medios para alcanzarla y la experimentación de ella. Así, se tiene que los medios se han convertido en el fin *per se*, los objetos materiales, mercancías que consumimos, son nuestro disfrute, experimentación más próxima de la felicidad (Bataille, 2001).

George Bataille (2001) hace referencia a la dialéctica milenaria de la negación de la felicidad, ya que su embriaguez es el comienzo de la desgracia

al ser efímera. Quien busque la felicidad en la duración está centrando su valor en la adquisición del recurso, en el gasto realizado. El valor del instante de felicidad se vierte en la angustia constante frente a la felicidad fugaz.

Las pequeñas victorias conseguidas impulsan a continuar y sobrellevar la incertidumbre activando la esperanza, emoción que impulsa una acción de mejora, esto es una especie de felicidad aplazada ante una serie de acontecimientos y significados dinámicos que orientan el camino a la felicidad. La esperanza es una emoción que facilita la comprensión, el acercamiento de las condiciones del contexto social en el cual se encuentra una sociedad o sujeto (Bodei, 1995).

La esperanza genera expectativas hacia el cumplimiento de un objetivo, sus características varían de acuerdo con el grupo social concreto. Felicidad y esperanza en su dimensión biopolítica refuerzan mecanismos de control, vigilancia y organización social produciendo dispositivos que permitan reproducirse en lugar de obstaculizar; es decir, la construcción de mecanismos de poder que hacen del sujeto un administrador de su vida en busca perpetua de la felicidad frente a un horizonte esperanzador de mejora (Bodei, 1995; Han, 2015).

Emociones como la felicidad y la esperanza son dinámicas, situacionales, por ello, el proceso económico es tan importante en su estudio (Han, 2015). El interés de este capítulo es atender a las implicaciones sociales que tienen la esperanza y la felicidad en el proceso de construcción de nuevos modos de vida, los cuales van de la mano del consumo de estilos de vida alternativos en ciudades con ciertas características de infraestructura, programas institucionales y reconocimiento social, como lo es la ciudad de Querétaro, especialmente el centro histórico. El consumismo proporciona placer al satisfacer una necesidad primaria o no. Esta visión utilitarista de la felicidad y el consumo nos lleva a pensar que la mayor felicidad está en la mayor cantidad de satisfactores. La esperanza de alcanzar la felicidad nos lleva a considerar los medios que prometen felicidad (Bolaños Florido, 2016).

HALLAZGOS Y DISCUSIÓN

La ciudad de Querétaro, un lugar ideal para vivir bien

Con base en los recorridos del centro histórico de Querétaro,² se identificó una mayor presencia de comercios que ofrecían productos alternativos, veganos, naturales, hechos a mano, algunos los nombraban artesanales al ser hechos con materiales nacionales o locales. Lo anterior también llamaba la atención de los turistas, a decir de estos entrevistados de manera aleatoria; al comprar productos locales no solo ayudaban a la economía local, también era una forma de acercarse a la vida queretana. “Vine [a Querétaro] porque mi hija se casó y quiere vivir aquí, pero primero quisimos venir, saber qué hay, cómo se vive aquí, ver cómo es la gente y luego ver si conviene cambiarse [...] hasta ahora solo hemos caminado por aquí [centro]” (mujer turista, entrevistada 7/08/2017).

Como resultado de las entrevistas, tanto a consumidores, dueños de los comercios, como a turistas, se reconocieron dos formas de consumo: 1) *cultural*, la ciudad de Querétaro como destino cultural que ofrece múltiples actividades, festivales musicales y gastronómicos, y 2) como *floreCIMIENTO* de la reivindicación de modos de vida tradicionales y conservación de su patrimonio arquitectónico. En estos años (2017, 2018) ya se escuchaba la promoción de la muñeca Lele como uno de los símbolos más representativos de la artesanía queretana. Lele no solo recorrió el mundo, se volvió parte de la imagen urbana al ser usada en los semáforos (Márquez, 2021). Mujeres artesanas con canastas llenas de muñecas se pueden ver en las calles de un centro histórico que adquirió fama por ser ganador en múltiples ocasiones (de 2008 a 2022) de la Escoba de Plata, Oro y Platino (Contreras, 2022).

Las implicaciones del sistema capitalista en sus diferentes etapas históricas han trastocado la vida cotidiana de sus habitantes orientándose hacia su cosificación susceptible de ser comercializada, pero pocas veces se considera a las emociones. Así, se propone que las personas foráneas quienes han cambiado o están pensando en mudarse a la capital queretana, y quienes han emprendido un negocio, mantienen la esperanza de mejorar sus condiciones

² Los límites oficiales del centro histórico son, según el Plan Parcial de Desarrollo Urbano para la Delegación Centro Histórico (Gobierno Municipal, 2008), el Boulevard Bernardo Quintana, la Av. 5 de Febrero y la Carretera Federal 57.

de vida y, por tanto, un proceso de constante búsqueda de felicidad en ciudades que gozan de fama como Querétaro, Qro.

Para que esto fuera posible, se ha requerido identificar y promover una serie de valores rectores para comercializar un estilo de vida, una ciudad como deseable. En 2017, el gobierno municipal implementó estrategias de seguridad para mejorar la percepción de la población (Municipio de Querétaro, 2017). El sector inmobiliario también contribuyó en la promoción tanto de sus fraccionamientos como de las ventajas ofrecidas por la ciudad. Esta imagen se ha creado desde años atrás; por ejemplo, los resultados de la encuesta “Las ciudades más habitables de México”, realizada por el Gabinete de Comunicación Estratégica (2013), coloca a Querétaro y Mérida como las ciudades con mejores evaluaciones de calidad de vida. Los 20 turistas entrevistados repetían la misma respuesta: Querétaro es segura, limpia y hay oportunidades de empleo.

La imagen construida de la ciudad de Querétaro es un proceso de años que requiere de diferentes sectores para ser sostenido. De esta manera, se logra una coherencia entre los objetivos de la ciudad y su público, una marca que indica su singularidad respecto a otras ofertas urbanas, puede ser: ciudad verde, de negocios, sustentable o inteligente, por mencionar algunos ejemplos. La marca de la ciudad se vincula con una imagen sostenida por la satisfacción de necesidades simbólicas y funcionales, ya sea a través de la arquitectura, el paisaje o la identidad (Brandão, 2011).

La ciudad de Querétaro desde hace algunos años aparece en el ranking urbano como una de las mejores ciudades para vivir (González, 2020), se menciona en noticias de economía y de negocios, y en revistas de viajeros. Identificar las cualidades que hacen única a la capital queretana ha sido una carta de presentación frente a complejos urbanos homogéneos. Ciudades ideales para el turismo, el comercio, la diversión, los conciertos, la cultura han sido recetas replicadas alrededor del mundo; esto da como resultado una *urbanalización* (Brandão, 2011; Muñoz, 2009).

Además de las personas entrevistadas, se tuvieron pláticas informales con taxistas y tenderos, quienes siempre mencionaban las ventajas de vivir en la ciudad cuando se les preguntaba sobre los lugares recomendados para conocer o comer. Una de las frases más comunes entre quienes viven en la ciudad de Querétaro es “en Querétaro no pasa nada”. Para los foráneos, la ciudad de Querétaro es un referente de seguridad, de bonanza económica, crecimiento urbano, establecimiento de industria y un centro histórico reconocido como

patrimonio mundial en 1996 por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, 2022a, 2022b).

Este reconocimiento le dio un valor agregado a la ciudad, lo cual cambió la percepción tanto de oriundos, sobre su entorno inmediato, como de turistas, para quienes fue un incentivo para convertirse en un destino turístico no playero de importancia, al menos en la última década (Martínez, 2016). La revaloración patrimonial significó para los queretanos orgullo y reconocimiento, pero también representó una oportunidad para activar la economía local.

El éxito de los sistemas de valores promovidos en la ciudad queretana no está dado solo en términos de uso o cambio, sino en las distancias sociales que genera en el espacio y se prolongan en el tiempo. Signos, sentidos de distinción y estatus social son el producto más socorrido en el mercado inmobiliario (Santana y Alzate, 2017). Quienes se mudan a la ciudad de Querétaro no consumen un espacio urbano sino el valor de uso dotado de significados concretos que brindan distinción, de distancia geográfica a centros comerciales, cultura como distancia social. El efecto positivo generado en escalas más amplias es por el carácter específico dado por cada persona, nociones propias que comparten la generalidad de mejorar la vida, tener esperanza de mejorar (Lefebvre, 1976).

En el 2015, la ciudad de Querétaro fue la séptima mejor ciudad para vivir o tener una casa de fin de semana en México según el ranking de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (*Periodismo y Ambiente*, 2023). A todo lo anterior habría que agregar el número de notas periodísticas, páginas de Internet, publicidad de los grandes complejos urbanos, como Zibatá, que dan promoción a las ventajas ofrecidas por la ciudad de Querétaro y sus municipios conurbados. Incluso los periódicos dedican secciones completas al éxito de Querétaro, ya sea por su planeación urbana o el crecimiento económico.

Cabe mencionar la existencia de notas periodísticas sobre la experiencia de vivir en Querétaro, después de dejar la Ciudad de México. En una nota del periódico *El Universal* del 20 de abril de 2014 se dedicaba un espacio para contar la historia de un trabajador del Departamento de Parques y Jardines del municipio de Querétaro. Don Rodolfo Gallardo señala: “Yo soy afortunado, porque vivo en un lugar seguro y me encanta mi trabajo. Salgo de mi casa contento y regreso más contento después de trabajar, eso para mí y para los míos es lo más importante” (Gallardo, 2014, párr. 4). Desconocemos qué

actividad realizaba el señor Gallardo, pero queda claro que en Querétaro su estado constante es de felicidad. ¿Qué hace tan especial a Querétaro?

Como señala Brandão (2011), el proyecto urbano de una ciudad competitiva está orientado a la generación de un valor atractivo, ya sea por su ubicación o por las actividades estratégicas ahí establecidas de la mano del consumo. El crecimiento de Querétaro es un proceso de gentrificación que ha desplazado poco a poco a la población local debido al alto precio de las rentas, la promoción de una ciudad patrimonio que lleva prácticas de imagen urbana y estrategias de vigilancia, especialmente en el centro histórico (Hiernaux y González, 2014). La promoción de Querétaro como un destino turístico cultural se sostiene por la creciente oferta de festivales como el del Queso y el Vino, Queretarock o Hay Festival. La ciudad sigue el patrón de la *urbanización*, una receta ya conocida del espacio urbano estrechamente vinculado con el mercado, y la ha convertido en un producto de consumo (Muñoz, 2009).

La ciudad de Querétaro y espacios conurbados están en un proceso de tematización, ya sean espacios promotores de cultura, ocio o consumo especializado, son ideales para la reproducción de estilos de vida alternativos, llamados hoy verde, sustentable, orgánico, entre otros apelativos. Estas prácticas alternativas jerarquizan los espacios urbanos articulando y desarticulando a sectores de la población; por ejemplo, a los interesados en poner en práctica la vida vegana y, en el segundo, la desarticulación de quienes no pueden acceder a las bondades que ofrecen ciertos estilos de vida (Muñoz, 2009; Koolhaas, 2007).

Las características de una urbanización incluyen considerar a la imagen como el primer factor de producción de una ciudad atractiva. Su transformación espacial viene de inmediato cuando se diseña una ciudad consumible para sus habitantes y otra para los turistas. La seguridad es otro factor importante. Un estilo de vida urbano seguro donde tanto el residente como el turista se desenvuelven sin peligro, sintiéndose protegidos en espacios públicos y privados, manteniendo en la invisibilidad a barrios marginados.

El consumo del espacio urbano de manera parcial se refiere al esfuerzo de la ciudad y alrededores de identificar lugares atractivos de visita, no importa si es una experiencia fragmentada, desconectada de las características locales, lo importante es la experiencia de consumir la imagen de la ciudad (Muñoz, 2006, 2008, 2009).

El consumo de la imagen de la ciudad está desconectado de las características propias del lugar, desvinculado de la cultura compartida por el queretano y, sobre todo, poco o nada comprometida con quienes habitan dicho espacio (Muñoz, 2006; Koolhaas, 2007). La imagen de Querétaro para turistas, compradores de bienes inmuebles en potencia y posibles residentes está enmarcada en una mercantilización de las características culturales y arquitectónicas que hacen singular a la ciudad.

Esta reivindicación de su excepcionalidad y autenticidad es parte del capital simbólico que ha sobrepasado la individualidad hacia el colectivo. El aparente poder colectivo es una poderosa herramienta de atracción que en su colectividad mantiene alejados a quienes no puedan adquirirlo. Así, la marca distintiva de la ciudad de Querétaro y espacios conurbados ha llevado a la espacialización de la exclusión de sectores menos favorecidos. Este es el imaginario socialmente compartido por los habitantes de la ciudad y por quienes desean cambiar su residencia.

La imagen de la ciudad de Querétaro promovida como un buen lugar para vivir, así como el centro histórico ejemplo de higienismo urbano con fines turísticos que resaltan su categoría de patrimonio, también esconde pobreza y marginación (Hiernaux y González, 2014). Al respecto, se puede mencionar la población paracaísta establecida en zonas federales entre los matorrales y el libramiento de la ciudad de Querétaro, como Ampliación Margaritas (Cortés *et al.*, 2017; “Las margaritas, lugar de esperanza”, 2014) o la transformación de las calles del centro histórico como dormitorios para vendedores, muchos de ellos indígenas de los municipios vecinos.

Por todo lo anterior, no es de extrañar que este lugar se haya vuelto atractivo para pequeños empresarios de diferentes estados de la República. El imaginario de la ciudad ha inspirado a diversos sectores de la población a materializar o seguir con proyectos familiares o colectivos, para su mejora socioeconómica.

Querétaro, el escenario para la reproducción de estilos de vida alternativos

La venta del imaginario de la ciudad de Querétaro como el lugar ideal para vivir descansa en la fuerza de su capital simbólico, sobre su imagen reproducida por la colectividad. El éxito de este imaginario se basa en el sello de distinción que establece: planeación urbana, reivindicación de la historia, la arquitectura, la gastronomía y tradiciones (Bourdieu, 1998). El centro histórico

de Querétaro es un espacio que mantiene estilos de vida que coquetean entre lo mejor de la tradición con las ventajas de la modernidad.

Se dice que la ciudad de Querétaro es el lugar de las oportunidades, ofrece empleo, una buena calidad de vida, libre de violencia, una ciudad que se antoja justa. ¡Y sí! Hay personas, familias completas, quienes han llegado a residir en la ciudad y han encontrado empleo y la posibilidad de establecer un negocio³, en pocas palabras, han mejorado su calidad de vida. Otros han adquirido una casa de fin de semana en algún fraccionamiento lujoso.

La primera impresión de un turista o un posible residente cuando visita Querétaro es la grata experiencia visual, una ciudad limpia, organizada, con oferta cultural y comercial en sus calles principales. Al caminar por el centro histórico se pueden ver un sinnúmero de establecimientos de todo tipo: bares, restaurantes, cafeterías, tiendas de antigüedades y algunos negocios que ofrecen productos alternativos.

Mercados, tianguis orgánicos, productos artesanales, desde comida, dulcerías, ropa, cosméticos cien por ciento naturales hasta talleres de huertos urbanos o elaboración artesanal de zapatos. Los transeúntes se ven atraídos por este tipo de mercancía alternativa cuyo objetivo es insertarse en el mercado, uno más justo, estableciendo una relación de responsabilidad tanto en el consumidor como en el productor.

Este tipo de alternativas de consumo no son nuevas, las organizaciones promotoras surgen en los años 70 del siglo xx, de la mano de movimientos políticos de descolonización para promover el desarrollo de países económicamente vulnerables. Las organizaciones del comercio alternativo como una forma alternativa de hacer negocios justos con doble propósito: 1) mejorar las condiciones de vida de población vulnerable en países en vías de desarrollo y 2) cambiar las estructuras inequitativas del comercio internacional (Renard, 2005).

El movimiento promotor de valores de equidad en intercambios y la desigualdad mantienen una tensión, el mercado justo está inserto en una lógica comercial, pero el principal foco de interés está en hacer consciente al comprador de su corresponsabilidad sobre los productos que consume (Renard, 2005).

El centro histórico de Querétaro, Patrimonio Mundial de la Unesco, tiene al menos dos usos distintos. Por un lado, el patrimonio público autenticado,

³ Los ejemplos están en los negocios verdes que han prosperado en la ciudad de Querétaro y municipios conurbados.

definido históricamente por expertos y legitimado por el Estado y gobiernos locales; por el otro, el patrimonio privado, referente a los valores patrimoniales reconocidos, interpretados y usados por miembros de la comunidad rural o urbana. En ese escenario se han desenvuelto proyectos varios: unos encaminados a la comercialización y otros gestados por pequeñas organizaciones e incluso, proyectos personales para desarrollar prácticas no-mercantilistas sino cercanas al mercado justo y solidario.

A pesar de los proyectos alternativos existentes, la justicia y la solidaridad no son beneficios extensivos a la población en general. Al contrario, generan exclusión al tiempo que fortalecen su sello de exclusividad dando un sobreprecio a la mercancía ofertada (Conway, 2015). Este tipo de prácticas están reconfigurando las economías locales, algunas como alternativas insertas en la dinámica del mercado global están apegadas a estilos de vida con tintes mercantiles y de consumo, otras, más familiares, buscan revitalizar la fuerza de la economía local, mercados justos de trueque, promotores de modos de vida respetuosos del impacto negativo del consumismo, comprometidos con el cuidado del entorno.

Mercados alternativos, orgánicos y solidarios, un estilo de vida para algunos

Hemos visto hasta ahora que los modos de vida son generadores de lugares de experiencia comunitaria, de una experiencia creadora capaz de concebir otras realidades. Por otro lado, tenemos la mercantilización de estilos de vida, particularmente promotores de una vida sana mediante el consumo de productos orgánicos como parte de la instrumentalización del imaginario urbano de la mano de la industria y la moda. Concebimos dos formas de expresión, modos de vida y estilos de vida, que han reconfigurado el espacio y las prácticas cotidianas tanto de los habitantes como de los turistas en la ciudad de Querétaro.

Desde el año 2014, por ejemplo, el Mercadito de la Universidad Autónoma de Querétaro ha sido un espacio para emprendedores enfocados a la pequeña producción de comida y venta de productos orgánicos. Existen otros negocios cuyos giros son similares más allá de los límites del centro histórico, esto en respuesta a la moda de productos orgánicos y artesanales que buscan tanto residentes como turistas. De los 10 negocios a los cuales se les dio seguimiento se reconocieron formas de producción familiar, colectiva

(grupo de amistades que se han asociado para impulsar un negocio) e individual. El bazar, una alternativa recién iniciada en el centro histórico, se realizó cada vez con más frecuencia durante 2024, promocionándose en redes sociales como Instagram. En cualquiera de los casos, los pequeños productores, aunque busquen mercados alternativos o formas distintas de pensar la economía, siguen dependiendo del mercado, de la difusión y presencia que puedan tener en redes sociales o ser promovidos de voz en voz para conformar un nicho de clientes.

Los productos ofertados tienen un sobreprecio que busca compensar el trabajo y la dedicación que el productor haya puesto en el proceso de elaboración; esto es, un precio justo acorde a la calidad de los insumos y los procesos artesanales en el que está inmersa la solidaridad y compromiso del consumidor de apoyar la economía local. Lo puesto en venta en el mercado o susceptible de ser intercambiado guarda una relación con los acontecimientos culturales, son mercancías cotidianas diferentes, creativas, representativas de valores éticos, que son adquiridas gozosamente.

Estas alternativas están enmarcadas en una serie de valores rectores y representaciones compartidas por quienes se adscriben a ciertos estilos de vida, su pérdida de sentido original resulta en una vulgarización de su significado llevándolo a la reproducción y promoción de estilos de vida por canales de comercialización que provocan desilusión de potenciales consumidores con menor poder adquisitivo. Hoy día, ser un consumidor consciente, comprometido con las causas locales, se ha vuelto un estilo de vida lujoso difícil de sostener. El sobreprecio de los productos se ha deformado en una demostración de capacidad de compra y estatus social (González, 2005).

Vemos cómo proyectos locales se resguardan bajo el sello “comercio comunitario”, “mercado justo”, “economía solidaria” de mercancías orgánicas o artesanales, buscando competir en mercados nacionales, incluso internacionales vía certificaciones internacionales para perderse en la homogeneización de sus productos frente a criterios de “lo justo” en mercados globales (Renard, 2005).

La búsqueda de otros negocios de este tipo se realizó en Facebook, algunos sin perfil en esa red se buscaron en Google Maps. En el año 2018, en la ciudad de Querétaro y municipios conurbados se localizaron 60 establecimientos enfocados a la elaboración, venta y promoción de economías más justas, solidarias, ofreciendo productos orgánicos o de elaboración artesanal. De acuerdo con sus perfiles, en estos negocios existe una variedad de proyectos y economía alternativa.

Seis de los dueños de negocios provienen del estado de Guanajuato, Estado de México y Ciudad de México. Todos ellos han tenido experiencias previas en la elaboración de sus productos o formas alternativas de comercializarlas; sin embargo, han coincidido en que en el estado de Querétaro han logrado consolidar su negocio. Estos casos exitosos sostienen la imagen de una ciudad que brinda a sus habitantes una mejor calidad de vida.

No es de extrañar que la ciudad de Querétaro sea, hasta hoy, uno de los destinos turísticos culturales más visitado y una de las primeras alternativas de vecinos de la Ciudad de México, Estado de México y demás estados del país como un lugar ideal para vivir. Cuando los turistas y clientes de un negocio platican con el dueño o encargado del negocio comparten su experiencia positiva y los beneficios obtenidos al mudarse. Así, las opiniones, la imagen urbana que mantiene el centro histórico y la oferta turística y cultural convierten a la ciudad queretana en una urbe esperanzadora para mejorar la calidad de vida. Vemos entonces que los espacios urbanos construyen un imaginario de felicidad y esperanza para obtener una mejor calidad de vida.

Existen también otras economías atraídas por este mismo espacio urbano, economías locales visibles en el espacio geográfico, en la imagen urbana de la ciudad y en las zonas residenciales donde se han establecido negocios “alternativos”. Estas adaptaciones, supervivencias o micro-resistencias de las economías cotidianas de quienes orquestan dichos proyectos tienen dos directrices: 1) promoción y concientización de formas-de-vida no basadas en acumulación económica y producción masiva; 2) respeto de las relaciones del trabajo, la tierra, el conocimiento local y el paisaje, que aseguren el arraigo o permanencia en el lugar (Montesinos Llinares, 2013).

CONCLUSIONES

Los negocios establecidos en el centro histórico de Querétaro que ofrecen productos locales, hechos a mano y elaborados en pequeña escala reflejan parte de la construcción de una imagen urbana deseable para quienes desean cambiar su residencia, están en busca de mejores oportunidades laborales y, por tanto, de una mejor calidad de vida. Las autoridades municipales, mediante la implementación de estrategias de seguridad, limpieza, impulso de actividades culturales, de conservación y promoción del patrimonio cultural mantienen el interés tanto de empresas como de turistas.

Felicidad y esperanza tienen un lugar central en la construcción de la ciudad como una mercancía deseable, son la base de dos procesos abordados en este texto. Las dos son una prospección, la primera como promesa de lo que aún no es pero se quiere alcanzar; la segunda espera una felicidad adelantada que alimenta un anhelo, lo cual puede ser una fuente de resistencia, una potencia de imaginar futuros posibles (Ahmed, 2019). Lograr la felicidad es una acción disciplinaria que nos dicta el deber ser. En este capítulo, el deber ser de felicidad se ve materializado en la ciudad de Querétaro, especialmente su centro histórico, como ventana de experiencia vivida de una urbe que les permitirá alcanzar su objetivo de mejorar la calidad de vida.

La ciudad de Querétaro se construye como un lugar ideal para vivir, un espacio en el que podemos mejorar la calidad de vida, experimentar una sensación de seguridad y contar con oferta laboral. El centro histórico es una de las aproximaciones más inmediatas que tienen tanto turistas como foráneos cuyos planes son cambiar de residencia y, en algunos casos, emprender un negocio en un lugar más próspero. Uno de estos tipos de emprendimientos son los comercios que ofrecen mercancía hecha a mano en pequeñas cantidades o productos veganos.

Algunos promueven economías alternativas con dos perspectivas distintas, una, el estilo de vida enfocado a la mercantilización y el consumo de productos que brindan la posibilidad de experimentar una vida más sana y feliz. La otra hace referencia a los modos de vida que buscan, a través de economías más creativas, la solidaridad entre sus miembros, reduciendo el consumo y la comercialización para dar paso a otras nociones de intercambio.

En ambos casos, la ciudad tiene un papel clave en la formación y desenvolvimiento de estas economías, donde las emociones son un marco de referencia respecto a las nociones y significados que la población mexicana tiene respecto a la felicidad, al bienestar que le proporciona la urbe. Conceptos y herramientas metodológicas antropológicas, filosóficas y geográficas permiten comprender la complejidad del sujeto en sociedad, sus valores resaltados, las formas de expresión económicas emergentes. Visibilizar las dinámicas sociales invisibilizadas es necesario para dar cuenta de la existencia de alternativas al modelo económico imperante y que el sujeto tiene la capacidad creativa para ello.

La ciudad es vista como un espacio de esperanza, de anhelo, que promete felicidad cuando se logra reproducir un estilo de vida centrado en el consumo cultural, en tratar de reproducir una vida alternativa, un progreso

respecto al lugar de procedencia. Este deseo de mejora se ha nombrado aquí como felicidad y esperanza, dos emociones que, si bien pueden ser susceptibles de mercantilización, también son el motor de procesos locales de cambio de significados sobre el consumo y la mercancía. Reconocer la diferencia entre modos de vida y estilos de vida permite identificar los diferentes tipos de proyectos sociales de quienes residen en la ciudad, produciendo así dinámicas urbanas concretas que exigen una infraestructura urbana acorde al imaginario sostenido por el gobierno queretano.

Se tiene la imagen de la ciudad de Querétaro como un lugar ideal para vivir, el cual puede ser analizado como un espacio de posibilidad para comenzar o desarrollar proyectos pequeños, locales, los cuales se acercan a la tendencia internacional y los estilos de vida de moda; sin embargo, también brinda la posibilidad de pensar en las nociones de la ciudad y del patrimonio como espacios que motivan la creación de formas de organización que intentan ser justas de la mano de otras que se moldean de acuerdo con las preferencias del mercado. Esta es una de las vetas de investigación para estudios urbanos, considerar el papel de las emociones en la toma de decisiones en la compra de vivienda o cambio de residencia.

Cada vez es más evidente que nuestras ciudades están sometidas por una mercantilización y consumismo de quienes las habitamos. La escala humana, en nuestra vida social, es parte de los intereses económicos y políticos locales desplegados en la urbe. Estos procesos, aparentemente contradictorios, forman parte de la complejidad de la ciudad, pues, así como es un ejemplo de la mercantilización de los espacios, ha sido el lugar de oportunidad para construir bienes comunes, espacios de esperanza de proyectos colectivos promotores de modos de vida alternativos al modelo neoliberal promotor de modas de estilos de vida.

REFERENCIAS

- Agamben, G. (2016). *El uso de los cuerpos*. Adriana Hidalgo editora.
- Ahmed, S. (2019). Esperanza, inquietud y promesa de felicidad. *Nueva Sociedad*, (283), 111-125. <https://nuso.org/articulo/esperanza-inquietud-y-promesa-de-felicidad/>
- Bataille, G. (2001). *La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1944-1961*. Adriana Hidalgo editora.
- Benjamin, W. (1982). *El libro de los pasajes*. Akal.

- Bernard, H. R., & Ryan, G. (2010). *Analyzing qualitative data. Systematic approaches*. Sage Publications.
- Bodei, R. (1995). *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político*. Fondo de Cultura Económica.
- Bolaños Florido, L. P. (2016). El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX. *Revista de Estudios Sociales*, (55), 178-191. <http://dx.doi.org/10.7440/res55.2016.12>
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Madrid: Editorial Taurus.
- Brandão, P. (2011). *La imagen de la ciudad: estrategias de identidad y comunicación*. Universitat de Barcelona.
- Contreras, J. (2022, 17 de junio). Por su calidad de vida, Municipio de Querétaro obtiene la Escoba de Platino 2022. *Líder Empresarial*. <https://www.liderempresarial.com/por-su-calidad-de-vida-municipio-de-queretaro-obtiene-la-escoba-de-platino-2022/>
- Conway, F. J. (2015). "Interpretaciones del patrimonio local en la búsqueda de la sustentabilidad en zonas rurales". En: M. Cariño y L. Castorena (Eds.), *Saberes para la sustentabilidad* (pp. 175-193). Icaria.
- Cortés, N., Bautista, D. y Navarrete, Y. (2017). "Alternativas de sustentabilidad y procesos de inclusión en la zona metropolitana de la ciudad de Querétaro. Caso Ampliación Las Margaritas". En: M. Ribeiro (Ed). *Complejidad ambiental en la ciudad de Querétaro, una mirada desde los residuos sólidos urbanos* (pp. 69-88). Universidad Autónoma de Querétaro; Plaza y Valdés.
- Gabinete de Comunicación Estratégica (2013). *Las ciudades más habitables de México 2013*. Gabinete de Comunicación Estratégica https://gabinete.mx/images/estudios/2013/DOSSIER_cidades_mas_habitables_2013.pdf
- Gallardo, R. (2014, 20 de abril). Cambió mi vida venir a vivir a Querétaro. *El Universal*. <http://www.eluniversalqueretaro.mx/metropoli/20-04-2014/cambio-mi-vida-venir-vivir-queretaro>
- Gobierno Municipal (2008, 1 de abril). Plan Parcial de Desarrollo Urbano para la Delegación Centro Histórico. Versión abreviada. *La Sombra de Arteaga. Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Querétaro*, tomo CXXI, No. 19, 2240-2251. <http://www.ordenjuridico.gob.mx/Estatal/QUERETARO/Municipios/Queretaro/1Plan.pdf>
- González, A. A. (2005). "El mercado solidario". En: E. Barragán López (Ed.), *Gente de campo. Patrimonios y dinámicas rurales en México* (vol. II, pp. 501-514). El Colegio de Michoacán.
- González, E. (2020, 4 de agosto). Las mejores ciudades de México para vivir. *am de Querétaro*. <https://amqueretaro.com/vivir-mas/2020/08/04/las-mejores-ciudades-de-mexico-para-vivir/>
- Han, B.-Ch. (2015). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Hiernaux, D. y González, C. I. (2014). Gentrificación, simbólica y poder en los centros históricos: Querétaro, México. *Scripta Nova*, 18(493), 12. <https://revistes.ub.edu/index.php/scripta-nova/article/view/15001>
- Hiernaux, D. y González, C. I. (2017). "La ciudad maquillada: las nuevas máscaras de la ciudad en el siglo XXI". En: D. Hiernaux y C. I. González (Coords.), *La ciudad latinoamericana a debate: perspectivas teóricas* (pp. 93-124). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Koolhaas, R. (2007). *La ciudad genérica*. Gustavo Gili.

- Las Margaritas, lugar de esperanza. (2014, 2 de septiembre). *El Universal*. <https://www.eluniversalqueretaro.mx/metropoli/09-02-2014/las-margaritas-lugar-de-esperanza/>
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Nueva Visión.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política: el derecho a la ciudad II*. Península.
- Lefebvre, H. (2020). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1968).
- Márquez, L. y Pradilla, E. (2017). “La privatización y mercantilización de lo urbano”. En: D. Hiernaux y C. I. González (Coords.), *La ciudad latinoamericana a debate: perspectivas teóricas* (pp. 17-55). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Márquez, M. (2021, 15 de agosto). Querétaro pone a la muñequita Lele en los semáforos del Centro Histórico. *El Universal*. <https://www.eluniversalqueretaro.mx/nuestras-historias/queretaro-pone-la-munequita-lele-en-los-semaforos-del-centro-historico/>
- Martínez, A. (2016, 22 de abril). Recupera Querétaro 1er lugar como destino turístico no playero del país. *Quadratín Querétaro*. <https://queretaro.quadratín.com.mx/Recupera-Queretaro-1er-lugar-destino-turistico-no-playero-del-pais/>
- Martínez, J. (2017). Dimensiones semánticas de la felicidad. *UCMaule*, (53), 115-131. <http://doi.org/10.29035/ucmaule.53.115>
- Miles, M. B., & Huberman, A. M. (1994). *Qualitative data analysis: An expanded sourcebook* (2nd ed.). Sage Publications.
- Montesinos Llinares, L. (2013). “Apoyo mutuo, economías solitarias y supervivencia sostenible”. En: S. Narotzky (Ed.), *Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles* (pp. 105-147). Icaria.
- Municipio de Querétaro. (2017, 28 de febrero). Avanza programa “Ciudad Limpia, Ciudad Segura”. BOLI45/DP/2017. <https://municipiodequeretaro.gob.mx/avanza-programa-ciudad-limpia-ciudad-segura/>
- Muñoz, F. (2006). “Urbanización: la huelga de los paisajes”. En: R. Mata y A. Tarroja (Coords.), *El paisaje y la gestión del territorio. Criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo* (pp. 143-163). Diputación de Barcelona, Xarxa de Municipis.
- Muñoz, F. (2008). *Paisajes comunes, lugares globales*. Gustavo Gili.
- Muñoz, F. (2009). “Paisajes aterritoriales, paisajes en huelga”. En: J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 293-323). Biblioteca Nueva.
- Narotzky, S. (2013). “Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles”. En: S. Narotzky (Ed.), *Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles* (pp. 7-26). Icaria.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). (2022a). *México*. UNESCO World Heritage Convention. Recuperado el 2 de mayo de 2022, de <http://whc.unesco.org/en/statesparties/mx>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). (2022b). *Zona de monumentos históricos de Querétaro*. UNESCO World Heritage Convention. Recuperado el 2 de mayo de 2022, de <https://whc.unesco.org/es/list/792>
- Periodismo y Ambiente*. (2023, febrero 17). Querétaro, 7ª entidad de municipios con muy alto desarrollo humano. Recuperado el 4 de abril de 2025, de <https://www.periodismoyambiente.com.mx/2023/02/17/queretaro-7a-entidad-de-municipios-con-muy-alto-desarrollo-humano/>
- Prozorov, S. (2016). Living à la mode: Form-of-life and democratic biopolitics in Giorgio Agamben's *The Use of Bodies. Philosophy & Social Criticism*, 43(2), 144-163. <https://doi.org/10.1177/0191453716662500>

- Rappaport, R. A. (1985). "Naturaleza, cultura y antropología ecológica". En: H. L. Shapiro (Ed.), *Hombre, cultura y sociedad* (pp. 261-292). Fondo de Cultura Económica.
- Rappaport, R. A. (1987). *Cerdos para los antepasados: El ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea*. Siglo XXI.
- Renard, M. C. (2005). "El comercio justo. ¿Víctima de su éxito?". En: E. Barragán López (Ed.), *Gente de campo. Patrimonios y dinámicas rurales en México* (vol. II, pp. 443-458). El Colegio de Michoacán.
- Santana, L. D. y Alzate, A. M. (2017). "Las teorías críticas sobre la producción inmobiliaria capitalista: dos perspectivas metromarxistas y una agenda teórica". En: D. Hiernaux y C. I. González (Coords.), *La ciudad latinoamericana a debate: perspectivas teóricas* (pp. 155-191). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Smith, G. (1989). *Livelihood and Resistance: Peasants and the Politics of Land in Peru*. University of California Press.
- Timmermann, F. (2018). El padecimiento de la felicidad neoliberal. Algunas perspectivas del terror sociopolítico. *Aposta*, (76), 108-139. <https://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/timmermann.pdf>

Eje 4. Escenarios diversos de cuidados, autocuidados y emociones



ÍNDICE



AUTORAS Y AUTORES



EJE 1



EJE 2



EJE 3



EJE 4



12. EL PAPEL DEL PROFESOR Y LAS HABILIDADES
SOCIOEMOCIONALES EN EL NUEVO MODELO EDUCATIVO.
EL CASO DE UN BACHILLERATO TECNOLÓGICO



13. VIVIR EN LA PENA MUDA. EL ACOMPAÑAMIENTO ASISTIDO
DE UN GRUPO DE CUIDADORES FAMILIARES
POR LA DIABETES MELLITUS



12. El papel del profesor y las habilidades socioemocionales en el nuevo modelo educativo. El caso de un bachillerato tecnológico

Luz Marina Ibarra Uribe y César Darío Fonseca Bautista

INTRODUCCIÓN

La Encuesta Nacional de Exclusión, Intolerancia y Violencia en la Educación Media Superior 2013, aplicada en México, muestra cómo a las causas (ya identificadas) que provocan el abandono escolar en este tipo educativo se han sumado e identificado otras no relacionadas directamente con problemas económicos, tales como las vinculadas a la cotidianidad escolar y académica en los planteles y otras más a situaciones delicadas como la violencia, las adicciones y los embarazos no deseados.

Es importante constatar cómo cada vez se identifican más situaciones que explican el porqué del creciente abandono escolar anualizado de 770,000 jóvenes en la Educación Media Superior (EMS). Ante esta problemática, la autoridad educativa federal ha implementado, desde el año 2017, diversas políticas, estrategias y acciones enfocadas en contener y revertir algunos de los efectos de este fenómeno, con el fin de ofrecer a los jóvenes del país la posibilidad de cursar y acreditar su EMS. En este contexto, la autoridad relanzó el programa Construye T, cuyo objetivo es contribuir a la adquisición y desarrollo de habilidades socioemocionales en los jóvenes. La implementación de este programa coincidió con la entrada en vigor del Modelo Educativo para

la Educación Obligatoria (MEEO) en el ciclo escolar 2018-2019. Actualmente, su ejecución es obligatoria en los planteles federales de bachillerato, y su aplicación recae en todos los docentes; esto ha generado una serie de problemas de diversa índole.

El propósito de este capítulo es contrastar la conceptualización de las emociones presentada por la autoridad educativa en el Modelo Educativo para la Educación Obligatoria (MEEO) desde una perspectiva sociocultural. Asimismo, se busca determinar, en el contexto en que se desempeñan los docentes, las posibilidades reales de éxito en la implementación de esta tarea asignada.

Se retoman referentes teóricos de la educación emocional por considerar que son el fundamento del programa Construye T, aunque se hace una crítica a este tipo de estudios. Adicionalmente, se realiza un acercamiento a la perspectiva de la sociología de las emociones con los aportes de Arlie Russell Hochschild. A partir de dichos referentes teóricos, del empleo de una metodología cualitativa y de la realización de entrevistas a docentes, directivos y administrativos de un bachillerato tecnológico, encontramos que para algunos docentes trabajar las habilidades socioemocionales con sus estudiantes resulta complejo y hasta riesgoso; para otros, la falta de un proceso de capacitación y sensibilización hacia los profesores dificulta las posibilidades reales de una aplicación con resultados favorables del programa Construye T. También se hallaron en los docentes síntomas de angustia, molestia, apatía y escepticismo; es lógico, ya que se espera que los docentes “controlen y regulen sus emociones” y, además, enseñen a sus estudiantes a hacer lo mismo, sin considerar el contexto institucional, su formación, sus expectativas, ni sus condiciones laborales. Asimismo, se omite el reconocimiento del contexto de procedencia tanto del docente como de sus estudiantes.

CONTEXTO

De los tres tipos educativos que conforman el sistema educativo nacional mexicano (básico, medio-superior y superior), sin duda el que presenta mayores rezagos y problemas es el medio-superior, el cual incluye dos niveles: el bachillerato en sus diversas variantes y el profesional técnico.¹ Los tres prin-

¹ Según la Ley General de Educación, el tipo medio-superior comprende el nivel de bachillerato en sus diversas modalidades (general, universitario tecnológico) así como los demás niveles equivalentes a este. El otro nivel es el de la educación profesional que no requiere bachillerato o sus equivalentes.

cipales –no los únicos– problemas que enfrenta la EMS son: altos índices de reprobación y de abandono escolar (anteriormente denominado deserción escolar) y una baja cobertura de atención. En relación con el abandono escolar, este registra 15% anualizado, lo cual en números absolutos significa que en el último ciclo escolar reportado (2015-2016) abandonaron sus estudios 770 mil jóvenes (Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación [INEE], 2018); es decir, diariamente 3850 estudiantes dejaron la escuela; 160 cada hora del calendario escolar.

Según datos difundidos por la Secretaría de Educación Pública (SEP), las principales causas de este abandono son: 38% por motivos económicos, 41% por motivos escolares-institucionales, 5% por problemas personales-familiares y 16% debido a la inseguridad social (INEE, 2018).

Entre las causas del abandono atribuidas a los jóvenes destacan el desinterés por el estudio, los embarazos tempranos y el bajo desempeño escolar, lo cual trae como consecuencia una alta reprobación. No obstante, en un ejercicio de autocrítica, en reiteradas ocasiones la autoridad educativa federal ha asumido que detrás de dicho abandono, además de las razones relacionadas con las:

... condiciones socioeconómicas en las que se desenvuelven los jóvenes y la escasa disponibilidad de capital cultural en sus hogares [...] también operan muchos otros factores anclados en la escuela o en eventos propios del difícil tránsito de la adolescencia a la juventud. (Tuirán y Hernández, 2015, párr. 3)

A lo anterior se suman la rigidez y escasa pertinencia curricular y las deficiencias en la formación del profesorado que atiende este tipo educativo, lo cual se traduce en prácticas pedagógicas anacrónicas que generan en el joven aburrimiento, falta de sentido y significado en su formación y desinterés en sus estudios. Si bien los problemas estructurales (como los económicos) son difíciles de modificar en el corto plazo, para la autoridad educativa, sí se puede incidir sobre aquellos aspectos de carácter escolar a través de acciones y estrategias diseñadas para contener el abandono escolar y favorecer la permanencia de los jóvenes en la escuela.

Datos de la Encuesta de Exclusión, Intolerancia y Violencia en la Educación Media Superior 2013 señalan que 56% de los jóvenes dice estar triste, 44% se siente solo y 26% considera ser un fracaso. Por su parte, 76% no es perseverante y 74% no sabe manejar el estrés. Según ellos, 32% de sus profesores no los valoran (Subsecretaría de Educación Media Superior [SEMS],

2014a). Asimismo, los “Cuestionarios de contexto” (parte de la prueba Planea diseñada por el INEE) revelaron que, en 2016, solamente 25% muestra actitudes empáticas, 18% se siente capaz de tomar decisiones y 26% presenta consistencia en el interés (Patiño, 2017). Ante esos resultados, la autoridad tomó la decisión de impulsar el relanzamiento² del programa Construye T, con la finalidad de incidir directamente en el autodescubrimiento y reconocimiento del joven a partir del desarrollo y adquisición de lo que se ha denominado en el ámbito educativo nacional *habilidades socioemocionales*.

Desde 2008, la SEMS ha implementado paulatinamente programas, estrategias, acciones y actividades orientadas a atender los problemas de la EMS, entre los principales pueden enunciarse: Servicio Profesional Docente, Sigue estudiando, Sigue tus sueños, Jóvenes lectores, Orientación educativa, Orientación vocacional, Yo no abandono, Prevención del embarazo adolescente, Programa de tutorías, Planea tu vida y Capacita T; este último es al que mayor impulso se le da actualmente.

Puede observarse cómo la mayor parte de estos programas institucionales están enfocados hacia los estudiantes, aunque algunos están relacionados directamente con la formación y capacitación de los docentes. Es oportuno no perder de vista que solo 15% de los docentes de EMS en México son profesores de formación inicial, el resto son universitarios o politécnicos egresados de muy diversas ramas del conocimiento y carecen de formación pedagógica.

Los docentes que se desempeñan en los bachilleratos federales, subsistema al cual pertenece el plantel donde se llevó a cabo la investigación de la cual se deriva este trabajo, desde 2008, con la Reforma Integral de la Educación Media Superior (RIEMS) y a partir de la Reforma Educativa de 2013, han estado sometidos a una dinámica permanente de adaptación y reaprendizaje de nuevas condiciones, exigencias y expectativas, las cuales demandan de ellos formación y una contribución –en ocasiones, desproporcionada y hasta injusta– para continuar el proceso de consolidación de la EMS trazado por la autoridad educativa. Por ejemplo, con la entrada en vigor de la RIEMS, los docentes tuvieron que aprender, en paralelo a sus estudiantes, el enfoque basado en competencias, un enfoque pedagógico distinto al practicado en su ejercicio docente –programación por objetivos– y que resultó totalmente desconocido para todos los profesores, pues ninguno había sido siquiera

² Este programa se diseñó en 2004 y desde entonces se aplicó de manera opcional en algunos planteles. En 2017 se piloteó reestructurado.

formado en ese paradigma. Esta situación generó entre los docentes sentimientos y actitudes de rechazo, malestar, apatía y simulación.

La nueva tarea en la EMS (ciclo escolar 2018-2019) fue que el programa Construye T lo desarrollen todos los docentes de 1° a 6° semestres en paralelo con el contenido de su asignatura; sin embargo, inició el ciclo escolar y los mentores no fueron ni sensibilizados ni capacitados en dicho programa. La apuesta de la autoridad educativa es ambiciosa, busca mejorar el ambiente escolar generando un clima que contribuya a desarrollar respeto, tolerancia, escucha activa, empatía, resolución pacífica de conflictos y comunicación entre los miembros de toda la comunidad escolar, y así incidir en el desarrollo integral de los educandos y en la prevención de conductas de riesgo, adicciones o cualquier obstáculo que pueda truncar su trayectoria educativa. Se pretende impactar de manera directa en la población escolar, acompañando al joven en el desarrollo de sus habilidades socioemocionales, lo cual supuestamente implica:

... gestar o fortalecer en ellos la capacidad para identificar y entender sus emociones; sentir y mostrar empatía por los demás; construir y mantener relaciones interpersonales positivas; fijar y alcanzar metas positivas; y, tomar decisiones de manera reflexiva y responsable, de tal forma que puedan enfrentar asertivamente los distintos riesgos a los que están expuestos en esta etapa del curso de vida. (SEMS, 2014b, p. 2)

PLANTEAMIENTO TEÓRICO METODOLÓGICO

El campo de la educación socioemocional es relativamente reciente en México. Hubo un fuerte predominio a lo largo del siglo xx de mirar la educación casi exclusivamente como un proceso racional, de acumulación memorística de información. Lo anterior, a pesar de los avances en el desarrollo de la pedagogía, poco aportó para dar cuenta de las dificultades que enfrentan los sujetos en contextos actuales que debieran facilitar más dicho aprendizaje; por ejemplo, en el ámbito digital.

A finales del siglo pasado, los aportes de Salovey y Mayer (1990), Gardner (1995) y Goleman (1996) (citados por García, 2012) marcaron un parteaguas: la educación escolarizada ya no puede explicarse únicamente desde lo académico, ni limitarse al uso de recursos tecnológicos modernos o al desarrollo

estrictamente cognitivo. Se recuperan, pues, todas las dimensiones humanas para entender y comprender cómo aprendemos. Este argumento coincide con la justificación de la Secretaría de Educación Pública (SEP, 2017) para incluir en el MEEQ las habilidades socioemocionales.

Nadie duda que el aprendizaje sea un acto deliberado, por lo que no es ni inconsciente ni arbitrario, sino que se da conforme el individuo se desarrolla y se manifiesta como la capacidad para ejecutar una conducta que previamente no se poseía. Sin embargo, esto no dice cómo es que el sujeto alcanza tal conducta o capacidad y mucho menos qué lo motiva a su alcance. (García, 2012, p. 103)

En ese sentido, el componente faltante es el emocional, el cual, según sus promotores, puede contribuir al aprendizaje colocando la disponibilidad de la atención en el proceso, generando un estado de ánimo positivo que ayude a recuperar la memoria, la facilidad para el uso de estrategias de aprendizaje, la elaboración y organización del material y el pensamiento crítico y la autorregulación, el seguimiento y la evaluación de los resultados de los educandos (Valencia, 2015).

Hernández *et al.* (2018) coinciden con varios autores en que, en el contexto actual, la formación de los jóvenes debe incluir herramientas más allá de los conocimientos disciplinares, las cuales pueden adquirirse y desarrollarse en la escuela (Durlak *et al.*, 2015; Cunningham *et al.*, 2008, citados por Hernández *et al.*, 2018). Estos últimos autores refieren un amplio conjunto de investigaciones desarrolladas en el presente siglo, las cuales concluyen que la educación socioemocional impacta favorablemente el clima en el ámbito escolar; como ejemplo, citan los aportes de Durlak *et al.* (2015, citados por Hernández *et al.*, 2018), quienes analizan los resultados de la evaluación de 213 programas de educación socioemocional, desde preescolar hasta el nivel medio superior, para sustentar sus observaciones.

Por su parte, Milicic *et al.* (2013, citados por Hernández *et al.*, 2018) también reportan una relación directa entre la intervención educativa, a través del desarrollo de las habilidades socioemocionales, con una mayor asistencia escolar, involucramiento en el aula y la resolución de conflictos entre pares. “En otras palabras, los estudiantes que adquieren HSE [habilidades socioemocionales] se llevan bien con otras personas, trabajan cooperativamente, identifican estrategias para resolver problemas, saben cuándo y dónde pedir ayuda, y están más motivados para aprender” (Hernández *et al.*, 2018, p. 91).

Evidentemente existe un cierto consenso en el sentido de que trabajar las habilidades socioemocionales contribuye a que los jóvenes se sientan interesados en sus estudios, integrados con sus compañeros, arraigados a su plantel y también en condiciones de enfrentar, con mayores elementos, situaciones actuales –algunas inéditas– como la diversidad y niveles de violencia experimentados en la última década en nuestro país, así como prepararlos para un mercado laboral escaso, precario y altamente competitivo; sin embargo, vale la pena reiterar que esta tendencia refuerza el trabajo individual, las emociones se enmarcan como aspectos interiores y que tal como lo menciona Nobile (2017):

... otras dimensiones que estructuran la vida social y escolar, que remiten a los entramados relacionales en los cuales el desarrollo de la emocionalidad tiene lugar, quedan invisibilizadas, lo cual reforzaría el mandato de individuación contemporáneo que exige de cada uno la responsabilización personal por nuestros desempeños y conductas. [...] Al mismo tiempo, se desacreditan otras formas posibles de sentir y de expresar los sentimientos e igualmente, los rasgos de personalidad que no se ajusten a este patrón de persona exitosa. (p. 30)

Esta es la perspectiva que ha ingresado recientemente a la escuela mexicana para el campo de las emociones en el trabajo cotidiano con los niños, adolescentes y jóvenes. Se observa cómo han surgido y permeado en los sistemas educativos diversas propuestas de componentes, programas, unidades o módulos inscritos en lo que se ha denominado *educación emocional*³, a partir de las cuales, las autoridades educativas pretenden lograr contener y enfrentar una diversidad de problemas educativos, lo cual, al traducirse en indicadores estadísticos, exhiben limitaciones, rezagos y carencias en dichos sistemas para proveer a los jóvenes de una formación integral, disminuir drásticamente la tasa de abandono escolar y elevar significativamente la eficiencia terminal.

No obstante la diversidad de tipos de estrategias de acción, todas apuntan hacia el mismo objetivo: desarrollar en el aprendiz competencias emocionales o habilidades socioemocionales, mismas que –se apuesta– modificarán el clima de trabajo al interior de los planteles y posibilitarán a los jóvenes

³ El programa Social and Emotional Aspects of Learning (SEAL) en el Reino Unido; en Estados Unidos de América, Illinois Social Emotional Learning Standards y Collaborative for Academic, Social and Emotional Learning (CASEL); en Brasil, un programa cobijado por la Fundación Ayrton Senna; en la OCDE; en España, la Fundación Botín; más recientemente, en Argentina, Mikulic, y en México, Construye-T.

contar con una serie de herramientas para hacerle frente a su cotidianidad, a situaciones adversas, a las violencias en las cuales se desenvuelven actualmente y que, en no pocas ocasiones, truncan y expulsan a dichos estudiantes de sus estudios y de su escuela.

La educación emocional como mecanismo de gestión para fortalecer la formación integral de los estudiantes, mediante la adquisición de competencias socioemocionales, aspira a proveer a los jóvenes de ciertos conocimientos, recursos, atributos y habilidades dosificados y graduados para ser identificados, caracterizados, ejercitados y adquiridos instrumentalmente como competencias, ya que, según se piensa, estas facilitan la resolución de conflictos en el aula, elevan la motivación de los jóvenes por permanecer en la escuela y el gusto por aprender; asimismo, disminuye comportamientos violentos y contrarresta la aparición de embarazos prematuros en las adolescentes, que en México es una de las causas de abandono escolar.

Lógicamente, estas estrategias institucionales de intervención educativa poseen una determinada concepción de lo que son las emociones, la forma de percibirlas y de enfrentar situaciones variadas; concepción que descansa en un determinado tipo de sujeto a formar y en un para qué. Una constante en esa diversidad de programas es el reconocimiento de la educación emocional como un componente emergente, relativamente nuevo en el campo de las políticas educativas, toda vez que, en el ámbito del aprendizaje, hubo una preeminencia de lo cognitivo y lo racional como lo importante y determinante, menospreciando o, en el mejor de los casos, subordinando la parte emocional.

Ante la irrupción de esta tendencia por formar y desarrollar competencias socioemocionales, obviamente quienes deben ser los primeros en adquirir dicha sensibilización y formación en este ámbito son los docentes, por tanto, hay que “volverlos emocionalmente competentes” señala Nobile (2017, p. 25). Y el cuestionamiento sigue siendo el mismo, son programas cuya atención se centra en su acción en el sujeto individual, por separado, para que cada quien:

... trabaje sobre sí mismo, regule sus emociones y conductas, así como en que saque provecho de ellas para alcanzar el éxito, dejando en la sombra las condiciones institucionales, socioeconómicas y culturales que modelan la emocionalidad de las personas, tanto en general como en los espacios educativos. (Nobile, 2017, p. 24)

Nobile (2017) advierte también sobre la existencia de un uso pragmático de esta educación emocional, cuando se prescribe que ser emocionalmente competente significa alcanzar mayores niveles de productividad, percepción secundada por CASEL⁴ al sostener que el aprendizaje socioemocional otorga a los estudiantes habilidades y actitudes ampliamente valoradas por los empleadores, para alcanzar un éxito duradero en el trabajo y la economía de hoy.

SOCIOLOGÍA DE LAS EMOCIONES

Entendida como tal, la sociología de las emociones es un campo de trabajo sociológico relativamente reciente. Bericat (2000) señala su nacimiento hacia el inicio del último cuarto del siglo xx, tomando como punto de partida los aportes de Arlie Russell Hochschild, Thomas J. Scheff y Randall Collins.

Hochschild fue fundamental en la consolidación de la sociología de las emociones como una especialidad en este campo. En su ensayo *The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities* (1975), Hochschild argumenta que las emociones están profundamente moldeadas por normas sociales y contextos culturales, más allá de ser experiencias individuales o biológicas. Su obra impulsó el reconocimiento formal de esta área en la década de 1980, con la creación de la Sociedad Internacional de Investigaciones sobre la Emoción. En *The Managed Heart* (1983), profundizó sobre cómo las emociones se regulan en función de demandas sociales, especialmente laborales, introduciendo el concepto clave de “trabajo emocional” (Hochschild, 2008, p. 111).

Según Hochschild (1979), las emociones están orientadas hacia la acción, pero también hacia la cognición, y dichas emociones aparecen condicionadas por nuestras expectativas previas, cumpliendo una función de señalización que advierte al sujeto la autorrelevancia que tiene para él mismo una determinada situación, entrelazando experiencia emocional, gestión emocional, normas emocionales, estructura social e ideología.

⁴ CASEL surgió en 1994 como un grupo voluntario de educadores e investigadores sobre el aprendizaje social y emocional desde el preescolar hasta la secundaria, al cual se fueron sumando fundaciones empresariales que proyectaron ese grupo a una organización encargada de asesorar, formar y capacitar en las mejores formas para lograr el aprendizaje considerando las emociones. Actualmente, continúa su labor promoviendo la ciencia, la práctica y las políticas relacionadas con el aprendizaje social y emocional en todo tipo de organizaciones, instituciones o empresas.

Así, las emociones están cargadas de significado, de sentidos anclados en contextos sociohistóricos entre los cuales aparecen, a decir de Hochschild, por lo menos tres dimensiones que cruzan las emociones *normativa*, *expresiva* y *política*. De esta manera, las normas emocionales prescriben, condicionan, delimitan y gradúan las emociones del ser humano y la manera cómo se expresan las mismas, haciéndose apenas perceptibles para el mismo sujeto, se advierten de manera disruptiva cuando se desvían de lo socialmente esperado y se vuelven disonantes. La dimensión política en el terreno de las emociones está relacionada con la forma como estas quedan expuestas a las sanciones sociales.

Hochschild (1979) introdujo el concepto de manejo de las emociones definiéndolo como “el acto de intentar cambiar en grado o cualidad una emoción o sentimiento” (p. 561). Este manejo hace referencia al proceso que le permite a una persona acatar las reglas del juego social, más allá de si lo logra o no, el hecho de intentarlo define el comportamiento como manejo de las emociones.

Esta perspectiva permite analizar cómo una política educativa traducida en un programa como Construye T desarrolla, en un contexto institucional, acciones y actividades para identificar y reconocer en los estudiantes sus habilidades socioemocionales, las cuales se pretende que adquieran y desarrollen a manera de competencias para orientarlas de manera instrumental, a efecto de mejorar los indicadores educativos del bachillerato. Se espera que todo esto lo realice el docente sin considerar el contexto institucional, su formación, sus expectativas, sus condiciones laborales, el contexto de procedencia, tanto de él como de sus estudiantes, y sobre todo la dificultad para el autorreconocimiento de sus emociones.

PROGRAMA CONSTRUYE T

Este fue diseñado por la SEP con la colaboración del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y se considera fundamental para lograr el aprendizaje socioemocional y el desarrollo integral de los adolescentes, sobre todo considerando los riesgos que implica la edad crítica en la que se encuentran; en esta comienzan a definir y reafirmar su identidad y a tomar decisiones, algunas de las cuales serán cruciales para su futuro. Cabe señalar que la EMS recibe adolescentes de 15 años, quienes al concluir su

bachillerato egresan –la mayoría de ellos– a los 18 años; es decir, convertidos en ciudadanos. El punto neurálgico del Programa es el desarrollo de las denominadas habilidades socioemocionales a partir de tres dimensiones, conformadas por seis habilidades generales y 18 habilidades específicas, tal y como se puede apreciar en el cuadro 12.1.

Cuadro 12.1. Programa Construye T.
Habilidades socioemocionales

Dimensión	Habilidades generales	Habilidades específicas
Conoce T	Autoconciencia Autorregulación Determinación	1 Autopercepción
		2 Autoeficacia
		3 Reconocimiento de emociones
		4 Manejo de emociones
		5 Postergación de la gratificación
		6 Tolerancia de la frustración
		7 Motivación de logro
		8 Perseverancia
		9 Manejo de estrés
Relaciona T	Conciencia social Relación con los demás	10 Empatía
		11 Escucha activa
		12 Toma de perspectiva
		13 Asertividad
		14 Manejo de conflictos interpersonales
Elige T	Toma responsable de decisiones	15 Comportamiento prosocial
		16 Generación de opciones y consideración de consecuencias
		17 Pensamiento crítico
		18 Análisis de consecuencias

Fuente: elaboración propia a partir de la información del manual Construye T (SEMS, 2014b).

Estas habilidades son definidas como las herramientas que permiten al estudiante conocerse mejor, manejar sus emociones, comunicarse de manera efectiva, saber cómo resolver conflictos, tener la capacidad para plantearse y alcanzar metas, sobreponerse a fracasos, saber cómo controlar el estrés y aprender a tomar adecuadamente decisiones reflexivas (SEMS, 2014b). Al parecer, no todas las habilidades específicas están enunciadas explícitamente como emociones, aunque podrían estar relacionadas.

En 2017, el poder ejecutivo dio a conocer el Modelo Educativo para la Educación Obligatoria (MEEO) o mejor conocido como el “nuevo modelo

educativo”, el cual entró en vigor en el ciclo escolar 2018-2019. Para el caso aquí abordado, en la revisión realizada de planes y programas de estudio previa al diseño del MEEQ, se detectó que la EMS presentaba problemas en el ámbito curricular, entre otros: sobrecarga de información, desarticulación en las áreas de conocimiento y asignaturas, contenidos poco estimulantes para el aprendizaje de los jóvenes, fuerte desequilibrio entre la formación teórica y la práctica y, sobre todo, que sus currículos no consideraban ni atendían el desarrollo socioemocional de los jóvenes.

Ante esto, la autoridad educativa federal procedió a actualizar contenidos en planes y programas de estudio, a ajustar las competencias genéricas y disciplinares, así como a redefinir el perfil de egreso del bachiller, incorporándose, por vez primera, las habilidades socioemocionales para los jóvenes de EMS, las cuales se reflejan puntualmente en uno de los 11 ámbitos de dicho perfil, llamado “Habilidades socioemocionales y proyecto de vida”, donde se sintetizan las habilidades generales y específicas contenidas en el programa Construye T. Sin duda, esta es una de las innovaciones de la Reforma Educativa: el hecho de reconocer en el decreto de creación del Modelo Educativo que:

... la formación académica debe ir de la mano del desarrollo progresivo de habilidades, actitudes y valores, el mejor conocimiento de sí mismo, la autonomía, la autorregulación, la perseverancia y la convivencia. Por ello, se debe promover que los docentes apoyen y alienten a los estudiantes a fortalecer la regulación de sus emociones, así como acompañar, gestionar y monitorear su desempeño escolar. (SEP, 2017, p. 74)

Con el inicio del ciclo escolar se puso en marcha el programa de habilidades socioemocionales en todos los planteles federales de bachillerato, siendo responsabilidad de los docentes su implementación en el mismo espacio curricular de sus materias, dedicándole 20 minutos semanales al desarrollo de las dinámicas contenidas en las fichas de trabajo del manual del programa.

No obstante las bondades que indudablemente podría tener y sin demeritar la mejor de las intenciones de la autoridad educativa, nuevamente, y como ya es costumbre, la política evidencia algunos aspectos preocupantes. El primero, la falta de socialización y sensibilización del docente para llamar su atención y ganar su voluntad. A la fecha no ha habido ninguna capacitación formal al magisterio de bachillerato para que conozca qué son las habilidades socioemocionales, para qué sirve desarrollarlas, cómo funciona el programa Construye T, sus alcances y limitaciones y, lo más importante, el compromiso

esperado por parte de los docentes para poner en marcha esta tarea. Segundo, el material contenido en el manual Construye T es vasto y resulta amigable y atractivo visualmente; sin embargo, demanda un cierto perfil profesional para su manejo y administración con los estudiantes, perfil que no posee la mayor parte de los docentes de EMS. Tercero, algunos planteles donde debe materializarse esta formación han mostrado poco interés y compromiso con esta tarea. Algunas causas rebasan la capacidad de las escuelas, por ejemplo, la imposibilidad para asignar a personas con el perfil idóneo y otras de menor envergadura como la falta de los materiales y una coordinación pertinente y permanente.

METODOLOGÍA

Este estudio se enmarca en los campos de la sociología de la educación y la sociología de las emociones, y adopta un enfoque cualitativo cuyo objetivo es explorar y comprender las experiencias vividas por directivos, docentes y operadores del programa Construye T. Los avances que se exponen son parte de una investigación más amplia referida al trabajo colaborativo docente en un plantel de bachillerato tecnológico del estado de Morelos. Para recabar la información sobre la etapa piloto del programa Construye T, se diseñó una guía de entrevista semiestructurada que incluía tanto preguntas generales como específicas, dirigidas a docentes, directivos y administradores del programa. Se realizaron un total de 12 entrevistas, buscando asegurar la representación de los distintos actores de la institución. Las entrevistas exploraron la información que los participantes poseen sobre el programa, sus opiniones al respecto, las emociones identificadas en sus estudiantes y en ellos mismos como docentes, administrativos o directivos, así como las emociones que consideran necesarias para alcanzar los objetivos planteados. Finalmente, se les pidió expresar su postura y expectativas frente a este esfuerzo institucional.

Las entrevistas se transcribieron y, con el apoyo del software ATLAS.ti, se diseñaron dos nubes de palabras que permiten observar de manera gráfica los códigos con apariciones reiteradas en las entrevistas. Paralelamente, se asistió a las reuniones de Academia Local que llevan a cabo los docentes, con la intención de realizar observaciones participantes y no-participantes y conocer la postura colegiada de los docentes ante la nueva actividad que empezaron a desarrollar a partir del mes de agosto del 2018.

En este estudio, se garantizó la confidencialidad y el anonimato de las y los participantes, quienes fueron informados sobre el uso académico de los datos. Antes de iniciar cada entrevista, se explicó detalladamente el objetivo de la investigación, se leyó el consentimiento informado y se solicitó permiso para grabar las sesiones. Durante el proceso, se aseguró a los participantes que podrían dimitir en cualquier momento, omitir respuestas a preguntas que les incomodaran o ampliar sus respuestas si así lo deseaban. Para resguardar su privacidad, los testimonios presentados no incluyen nombres. Toda la información obtenida ha sido tratada con confidencialidad por un equipo de estudiantes y profesores quienes participan en la investigación, garantizando su resguardo y correcto manejo ético.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

En nuestra reciente aproximación al estudio de las emociones, en primera instancia, se advierte que las problemáticas educativas en México han sido estudiadas sobre todo bajo la perspectiva psicosocial-psicopedagógica; en esta contribución se incorpora la dimensión emocional como perspectiva de análisis de los fenómenos socioculturales. El análisis se realiza considerando que los dos actores del proceso educativo escolarizado (estudiante y docente) son sujetos sintientes; por ello, incorporar la dimensión emocional puede ayudar a comprender que ambos están dotados de una vida interior y un “yo sensible y con conciencia de ello, un yo capaz de sentir y usar el vocablo de las emociones” (Hochschild, 2008, pp. 115-116). Las denominadas reglas del sentir están socialmente compartidas, orientan el intercambio emocional y son sensibles a los cambios producto de nuevas disposiciones e implementación de concepciones distintas. Una de las docentes entrevistadas sustenta su oposición a implementar el programa Construye T:

Yo ya tomé ese curso, el obligatorio, y se tomó la decisión que en los primeros días de agosto [2017] se aplicara, ¿cómo se va a aplicar algo que se desconoce? Que ni siquiera uno lo debió haber vivido como estudiante. Se ha hablado al respecto, que no lo aplicamos porque no hay capacitación, no se nos capacita [...] creo que primero necesito yo tener mis habilidades socioemocionales para después lograr las de otros. (Docente-idónea mujer)

Uno de los hallazgos importantes es que los docentes manifiestan inconformidad, molestia, apatía y se sienten saturados por la cantidad de ac-

tividades que se han venido sumando a su desempeño, todavía no terminan de asimilar las competencias que les exige su perfil, cuando ya hay una nueva disposición para implementar con sus grupos; las habilidades socioemocionales definitivamente no podrán desarrollarse en 20 minutos semanales, asumirlo así sería caer en la simulación. En otras palabras, existe ya una predisposición de los docentes frente al programa:

Yo creo que se puede participar, pero entonces descuidamos lo que es la materia, la asignatura, porque si de por si tenemos poquito tiempo, entonces ahora dedicarle 20 minutos y si tienes dos clases a la semana y le estás quitando 20 minutos a cada clase, te estás quedando con cuarenta, si hablamos de un tiempo completo. [...] Además de que debemos tener una capacitación, debemos saber cuáles son las actividades por aplicar, cómo se van a aplicar. (Directiva docente)

Demasiada resistencia, me parece que hay un rechazo total hacia estos nuevos modelos, los docentes no están ni dispuestos, ni con tiempo, ni con ganas de hacer eso, nada, nada. (Docente-idóneo varón)

... no da tiempo, si yo quiero aplicarlo tendría que dividir el grupo de 55 alumnos en tres, para que conozcan cada emoción, cada pensar de cada individuo y luego te dicen “falta integrarlos como grupo”. (Docente mujer)

Los testimonios de los docentes revelan una gama de emociones ante el programa Construye T, las cuales van desde la apatía y la resistencia hasta la incomodidad y el miedo. La apatía se manifiesta en la falta de entusiasmo y compromiso, influenciada por la sobrecarga laboral y la percepción de que se les exige más allá de sus capacidades emocionales; esto afecta la implementación del programa al reducir su motivación. La resistencia, por su parte, surge como una oposición explícita a las nuevas responsabilidades, reflejando las “reglas del sentir” que han prevalecido en su formación, donde se prioriza la neutralidad y objetividad en el aula. El programa desafía estas normas, lo cual genera una tensión interna, ya que los docentes deben reconfigurar su rol frente a las nuevas expectativas emocionales.

La incomodidad es palpable en quienes no han recibido formación suficiente para gestionar sus emociones, generando desorientación y un conflicto entre las expectativas institucionales y sus propias limitaciones emocionales. A su vez, el miedo, relacionado con la posibilidad de fallar o exponerse emocionalmente, refleja la inseguridad sobre su manejo emocional y el temor a perder autoridad frente a sus estudiantes. Estas emociones no solo muestran la complejidad del contexto en que se desarrolla el programa, sino también la

necesidad de un enfoque más integral en la capacitación docente, permitiendo a los educadores procesar sus emociones y, así, conectar emocionalmente con sus estudiantes de manera efectiva.

Incluso en aquellos casos en donde los docentes reconocen el valor potencial del programa, expresan cierto escepticismo latente:

Sí, sí le veo un beneficio. De repente los muchachos llegan a las materias de ciencias exactas con un miedo innato, de que esto es difícil, entonces me parece que el hecho del desarrollo de las habilidades socioemocionales podría ayudar a disminuir o inclusive a descartar ese miedo, que de alguna manera se ha aprendido, porque es un miedo aprendido, “es que eso es difícil y no voy a poder”; entonces sí me parece que tiene mucha aplicación en mi materia, sí creo que pueda sacarle provecho a la educación socioemocional en mi materia, pero también creo que yo no estaría precisamente capacitado para llevarla a buen término. No dudo que sea benéfica, pero probablemente no tengo el perfil como para aplicar todos los días 20 minutos de mi clase en ayudarles a desarrollar algo que ni siquiera yo sé desarrollarlo. (Docente-idóneo varón)

Podría decirse que en la institución los docentes han desempeñado su profesión a partir de tres paradigmas: en el primero, el profesor es quien ordena, detenta la autoridad y el poder, si es necesario, puede recurrir a infundir temor, presionar, ridiculizar, estigmatizar y violentar en el proceso (la letra con sangre entra). Después se pasó a un segundo paradigma donde el docente debía hacerse respetar y observar escrupulosamente los derechos humanos del alumno; mantener una distancia o barrera frente a él, ser justo, objetivo, no ejercer sobre el joven ningún tipo de violencia física ni simbólica, y promover su motivación y participación. Actualmente, el perfil del docente promovido por la autoridad educativa recupera algunos rasgos de los perfiles anteriores, pero al docente se le exige, sobre todo, ser empático, escuchar atentamente a sus estudiantes, involucrarse en sus problemáticas, orientar y asesorar; ser capaz de regular y administrar sus propias emociones al llegar al aula y tener la habilidad para promover que los jóvenes manifiesten las suyas. Algunos docentes entrevistados expresan no estar capacitados para dicho reto:

Porque no he sido capacitado y no me gusta el monitoreo que debo realizar con los estudiantes en el desarrollo de dicho programa. Los rasgos de mi personalidad están muy distantes de las pretensiones que se esperan del docente en el desarrollo de estas habilidades. (Docente varón)

... no creo que ese programa logre sus propósitos en el esquema establecido por la SEMS. Por otra parte, no sé cómo conducirlo, no estoy capacitado, no tengo el perfil idóneo, además de que mis particularidades no son compatibles con el tipo de comportamiento que exige el programa. No me interesa inmiscuirme en la vida de nadie porque tampoco me gusta que invadan mi privacidad. (Docente varón)

... yo difiero en implementar esas actividades de manera dogmática, de que esta sesión todos se tienen que abrazar, ¿por qué? si yo no quiero, no quiero que te me acerques, si soy auditiva, tú nada más háblame. (Docente mujer)

En el marco y desde la aplicación de la Reforma Integral, opté por hacer algunos cambios en mi actitud y comportamiento al frente del grupo. Estoy totalmente de acuerdo en colocar al centro del proceso al estudiante cediéndole mi lugar. Hoy busco ser más un generador de experiencias de aprendizaje que quien dicta contenidos; oriento, guío, sugiero, cuestiono; no aplico exámenes, llevo a cabo una evaluación permanente y diversificada, doy preferencia a los procedimientos y a los procesos, por encima de la memorización de contenidos, etc. En todo eso estoy totalmente de acuerdo, no así en la propuesta para relacionarme con los jóvenes de manera íntima o cercana. (Docente varón)

En primera, no hubo capacitación y, en segunda, para eso está la tutoría grupal para hacer esas actividades. Yo difiero de sus estrategias, repito [la dinámica del] abrazo; no voy a obligar a alguien, corre un riesgo de que se provoque una tensión. Yo sí estoy de acuerdo con los estilos de aprendizaje, por lo menos que tengamos las actividades para que ellos se conozcan porque es importante. Yo eso sí lo hice y creo que a muchos les funcionó, me faltó profundizar, es lo que voy a hacer este próximo semestre. (Docente mujer)

Otro aspecto a destacar es que varios docentes hacen mención de la necesidad de autocontrolarse, evitar entrar en conflicto directo o indirecto con los alumnos, que estos no los perciban enojados, deprimidos o molestos, mantenerse siempre tranquilos, aunque en realidad no lo estén; también como medida para evitar conflictos y discusiones con alumnos problemáticos, lo cual resulta una contradicción, toda vez que le pides al estudiante que haga lo contrario.

El autocontrol [...] para tener asertividad de tomar la decisión adecuada de acuerdo con la situación, pienso que sí, así como estamos ahorita, pienso que el autoconocimiento eso ya lo tenemos y ya cada quien va superando eso, pero el autocontrol –bueno no recuerdo si se clasifica así– pero pienso que sería el autocontrol y un poquito la escucha-activa eso a veces nos falta a los docentes,

cerramos nuestros paradigmas y no los escuchamos; creo que básicamente serían esas dos. (Docente mujer)

Definitivamente el autocontrol, el manejo de la ira, la frustración. A mí también me ha tocado de repente frustrarme, preguntarme por qué mis muchachos no están aprendiendo lo que yo quiero que aprendan. La mejora continua, el autoconocimiento para saber en qué necesitan mejorar, en qué necesito hacer las cosas de manera diferente, me parece que, así visto de un modo muy grueso, todas las habilidades socioemocionales que se manejan son importantes también para el docente. (Docente-idóneo varón)

Existen otros obstáculos para la implementación del programa, de acuerdo con algunos docentes:

... el número excesivo de alumnos, cada vez son más, es imposible formar nuestras propias habilidades socioemocionales, las propias y las suyas, si muchas veces ni siquiera sabemos sus nombres. (Docente mujer)

Es valioso siempre y cuando se aplique de acuerdo al contexto que se está viviendo, porque realmente aquí no tenemos las herramientas, no tenemos capacitación ni la motivación. Entonces no tenemos la organización, se nos está dejando hacer lo que nosotros queramos, en mi caso pues me interesa y busco material y trato de armarme una clase. (Docente-idóneo varón)

De alguna manera nosotros ya hemos manejado muchos cambios en modelos educativos, y que ahora vamos a trabajar de este modo, y que ahora vamos a trabajar del otro. Entonces como que sí hay una resistencia de decir “es que hay que cambiarle ahora” pero sí le entramos, creo que la resistencia es menor, sí la hay, sí la hay definitivamente. (Docente-idóneo varón)

La insuficiente capacitación emocional afecta profundamente la percepción que los docentes tienen de su propio rol. Al no sentirse preparados, experimentan una sensación de inadecuación y vulnerabilidad; esto mina su confianza profesional y su disposición para implementar el programa Construye T. Esta falta de formación no solo dificulta que los docentes asuman las responsabilidades emocionales exigidas, también genera resistencia, ya que perciben que se les pide realizar una tarea para la cual no cuentan con las herramientas adecuadas. Además, resulta paradójico esperar que enseñen habilidades socioemocionales sin haber recibido la formación necesaria en este ámbito, lo cual incrementa su frustración y la percepción de una exigencia de algo irrealizable. El contexto institucional tampoco favorece el proceso, ya que no se proporcionan los recursos ni el tiempo necesarios para que los

docentes desarrollen las competencias emocionales requeridas, por tanto, se exacerba aún más esta problemática.

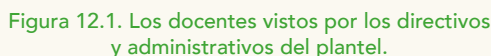
Los directivos y administrativos tienen su propia percepción del problema:

En cuestión de Construye T, yo creo que tampoco se ha llevado, así como que bien, no se ha aterrizado el proyecto, porque de que son buenos y están estructuradas [las actividades] [y] en cuestión de los procedimientos están correctos, pero de que los apliquemos no los hemos llevado como deberían de ser. [...] Yo creo que es falta de compromiso, y de que tenemos que trabajar en común acuerdo. En este caso me parece que Construye T depende de [Servicios] Escolares y de Subdirección, y ya a su vez sería con [Servicios] Docentes, pero yo creo que mientras esas áreas no aterricen bien la forma de cómo trabajarlo no se puede llevar a cabo. (Directivo)

Exactamente, el programa está muy bien implementado a nivel nacional, la plataforma que tiene es muy buena, las actividades que propone son excelentes, sin embargo, aquí no se están trabajando como tal [...] los responsables directos no lo están trabajando bien. (Área docente administrativa)

Si no lo van a aplicar en sus salones, es difícil que en una academia porque no las promueven, siento que es un punto que está fallando y va a fallar. [...] Va a ser como una simulación, porque no se valora el efecto que queda. (Subdirector)

Según la percepción de los trabajadores administrativos del plantel, los docentes presentan, en general, falta de entusiasmo, compromiso y oponen resistencia para trabajar de manera colaborativa, lo cual casi siempre los coloca en posiciones conflictivas en las que “terminan en choque” entre compañeros de trabajo, con sus alumnos y los padres de familia. Además, perciben a muchos maestros quienes no se sienten parte de algo, se encuentran bloqueados e incapaces de crecer profesionalmente, los perciben maltratados por el sistema, limitados. No obstante, existen docentes que todavía muestran disposición e interés, están al pendiente de sus estudiantes y los inspiran, están comprometidos con su trabajo y se capacitan –incluso– por iniciativa propia. Y, finalmente, observan a ciertos docentes con sentimientos de superioridad, que “se inflan”, que etiquetan y rechazan tanto a otros docentes como a los técnicos-docentes (Figura 12.1).



Como se aprecia en la figura 12.1, el término más expresado por los entrevistados fue el de “resistencia”, percibida por los administrativos en los docentes cuando les han solicitado incorporar actividades del programa Construye T en las sesiones de clase con sus estudiantes. Cabe señalar que, durante su formación personal y profesional, y en la cultura docente en la cual se han desarrollado durante años, los docentes aprendieron que un buen profesor es aquel capaz de ingresar al aula a cumplir con su trabajo, dejando fuera todos sus problemas, emociones y sensaciones, para ser objetivos en su desempeño.

Por otra parte, la competitividad y el logro individual de los objetivos fue otro elemento que formó parte de la cultura escolar meritocrática prevaliente durante décadas en nuestro país, por tanto, modificar estas estructuras en la formación de los sujetos implica una socialización, sensibilización y desestructuración del quehacer docente a efecto de que vivan abiertamente las emociones y estén en condiciones no solo de no reprimir a los estudiantes, sino trabajar de una manera transversal y espontánea con ellos en la construcción de espacios de expresión diferentes.

La mirada de los docentes sobre sí mismos se encuentra estrechamente relacionada con sus carencias, como el individualismo, la desmotivación y la

resistencia. Algunos señalan que la desmotivación se debe al cansancio (síndrome de *burnout*) o a que muchos no quieren tener conflictos con los padres de familia por reprobar o sancionar a un alumno, otros por las imposiciones y falta de organización del sistema escolar. El individualismo se remarca como una situación que les impide la colaboración en las academias, la falta de trabajo en equipo y de proyectos transversales, ya que nadie comparte nada y el trabajo colaborativo es prácticamente inexistente.

La situación se torna preocupante al analizar las respuestas acerca de las emociones que los docentes consideran indispensables de identificar en ellos mismos y en sus alumnos. En las entrevistas, prácticamente todos confundieron emociones con valores y virtudes, tales como respeto, paciencia, tolerancia, responsabilidad, ninguna emoción más allá de la ira, la cual fue asociada con estudiantes que por “alguna razón están llenos de ella”. Al parecer, al docente le genera angustia pensar en implementar actividades relacionadas con las emociones debido al temor de enfrentar “situaciones inesperadas” como llanto o reacciones violentas, debido a que los “adolescentes se encuentran en esa etapa en la que son todos inestables e incapaces de controlarse” (Figura 12.2).



Figura 12.2. Los docentes vistos por sí mismos.

Fuente: elaboración propia a partir de las entrevistas realizadas a los docentes.

Un aspecto crucial que emerge de las entrevistas es la confusión que los docentes demuestran al identificar emociones y valores. Varios mencionan virtudes como el respeto, la paciencia o la tolerancia cuando se les pregunta sobre emociones, lo cual refleja una carencia en su formación emocional. Esta confusión puede deberse a que han recibido una formación más orientada a la ética y los valores, sin una distinción clara entre ambos conceptos. Siguiendo a Hochschild (2008), diríamos que esta confusión subraya la necesidad de comprender cómo las emociones están socialmente construidas y reguladas. Hochschild sostiene –como ya se ha señalado– que las emociones no son solo experiencias individuales, además están profundamente influenciadas por las “reglas del sentir”; es decir, normas sociales que dictan cómo y cuándo es apropiado expresar emociones. Para que programas como Construye T tengan éxito, es fundamental la formación de los docentes, lo cual les permita distinguir entre emociones y valores, y comprender cómo las emociones son moldeadas por el contexto sociocultural en el que se desenvuelven.

Por otro lado, algunos docentes se desmotivan ante la idea de una relación más estrecha o flexible con los alumnos, no tanto por su visión tradicionalista de la docencia, sino más bien ante la situación de violencia y agresión presente en los alumnos para con los docentes, la cual además es respaldada por los padres, quienes llegan a tener enfrentamientos con los mentores. De tal manera, algunos han optado por un “distanciamiento profesional”, en el cual hacen uso de técnicas variadas dentro del aula, sin inmiscuirse en la vida privada de sus alumnos, tratando a todos en igualdad de condiciones.

CONCLUSIONES

Es digno de resaltar el hecho de que por primera vez la autoridad educativa federal haya incorporado al perfil de egreso de los bachilleres el desarrollo de las habilidades socioemocionales, con el soporte de un programa como Construye T, el cual, aun cuando puede ser mejorado, representa una base sólida e interesante como punto de partida para la nueva tarea educativa. Además, hacerlo en momentos en que la dimensión socioemocional ha sido reconocida, en diversos espacios, como un recurso necesario para orientar el desarrollo integral de los estudiantes plantea una serie de oportunidades para analizar y retroalimentar las experiencias resultantes de esta decisión.

Por otro lado, se identificaron varios inconvenientes, problemas y obstáculos para la implementación de la actividad. En primer lugar, el tiempo asignado (20 minutos a la semana en cada materia) no es suficiente. Por lo menos dos docentes quienes pusieron en práctica algunas dinámicas en la fase de pilotaje comentaron que el tiempo previsto es totalmente insuficiente. Por otra parte, de acuerdo con los comentarios de los docentes entrevistados, les quita tiempo para abordar y agotar los temarios de sus asignaturas. Aunado a lo anterior, la falta de previsión de la autoridad educativa central para iniciar anticipadamente el proceso de capacitación y sensibilización para el personal docente, así como la carencia de materiales para que los profesores se familiaricen con ellos y aprendan a trabajarlos, limita los alcances y los propósitos establecidos.

Quizá el obstáculo más difícil sea lo relacionado con la aceptación del personal docente. La resistencia va desde los profesores que se oponen a incorporar una actividad más a su jornada de trabajo, hasta quienes se niegan a hacerlo por considerar que deben colocarse en situaciones para las cuales no están preparados y sí les incomoda hacerlo, y no solo es un tema de capacitación, se debe a algo más profundo que es el manejo de sus emociones. Los profesores han sido formados como sujetos en contextos culturales diversos y, en diversas ocasiones, represivos en función del sexo. A las docentes se les permite expresar determinadas emociones a diferencia de sus colegas varones. Durante su formación docente, la mayoría está anclado en un paradigma que privilegia la objetividad, la razón, el no manifestar emociones o sentimientos en el aula. Se les ha enseñado que el mal humor, el hartazgo, la tristeza o cualquier otra emoción similar debe “dejarse fuera del aula” en el momento en que cierra la puerta e inicia su clase.

Sin la suficiente información, sensibilización y capacitación, se demanda al docente un nuevo requerimiento laboral, el cual implica un proceso de desaprendizaje y autoconocimiento emocional. Este proceso le exige redescubrirse para asumir un rol que, hasta ahora, le ha sido desconocido. Como lo señaló acertadamente uno de los docentes entrevistados: “nadie puede dar lo que no tiene”. Para algunos, esta nueva tarea genera incomodidad, ya que enfrentan la necesidad de mostrarse emocionalmente ante sus estudiantes. Además, deben recuperar y compartir su capacidad de asombro e indignación frente a la situación social del país, comunicar sus logros y tropiezos, y permitir aflorar su sensibilidad. La empatía con los jóvenes se

vuelve fundamental para crear una sinergia que los motive a compartir sus miedos, aspiraciones, temores, entusiasmo y aciertos.

Desarrollar habilidades socioemocionales no exige la formación de líderes, psicólogos o terapeutas; se necesitan docentes comprometidos, capacitados, apoyados, remunerados, motivados y sensibilizados, dispuestos a acompañar a los estudiantes para que florezcan y reconozcan sus emociones y las de los demás, las identifiquen y sean capaces de actuar en consecuencia para saber autoconocerse, relacionarse y elegir. Con ello, podrían evitar ser víctimas y contribuir a contener el acoso, disminuir el abandono escolar, denunciar el abuso, elegir estilos de vida saludable y plantearse un proyecto de vida a corto, mediano y largo plazo.

Sin duda, la excesiva formalización y rigidez de espacios, horarios y mediaciones no son el mejor recurso para el trabajo con las habilidades socioemocionales. En su lugar, debe apostarse por un trabajo docente colaborativo, colegiado y transversal, que involucre más a los docentes que trabajan con un mismo grupo, pero a la vez más diferenciado, ya que no todos los estudiantes tienen problemas emocionales ni todos los profesores están capacitados para enfrentarse a este tipo de programas. Además, debe existir el convencimiento de la autoridad sobre los beneficios de este tipo de actividades y flexibilizar las condiciones para llevarlo a cabo. De lo contrario, será un esfuerzo en vano, una simulación de parte del docente, una pérdida de tiempo en las sesiones de clase sin el interés participativo del estudiante y el beneficio que podría representar.

El problema rebasa con mucho a la institución –hablando de cada plantel–. No podemos obviar que este subsistema, el cual opera en 456 planteles a lo largo del territorio nacional, depende directamente de las directrices de las oficinas centrales, son planteles de sostenimiento federal donde todos los programas y actividades co-curriculares (como sería el caso del programa Construye-T) se implementan de manera uniforme. A esto debemos agregar la carencia de recursos presupuestales para contratar el personal con el perfil profesional necesario o la formación y capacitación del personal docente en activo en los planteles. Sin duda la necesidad existe, el programa, perfectible como cualquiera, es un buen recurso, implementarlo de manera apresurada, y como una carga de trabajo adicional a los docentes de todas las asignaturas, no es la mejor opción ni mucho menos.

REFERENCIAS

- Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*, 62, 146-176. <https://ddd.uab.cat/pub/papers/02102862n62/02102862n62p145.pdf>
- García, J. (2012). La educación emocional, su importancia en el proceso de aprendizaje. *Educación*, 36(1), 97-109. <https://doi.org/10.15517/revedu.v36i1.455>
- Hernández, M., Trejo, Y. y Hernández M. (2018). El desarrollo de habilidades socioemocionales de los jóvenes en el contexto educativo. *Red, Revista de Evaluación para Docentes y Directivos*, (9), 88-97. <https://www.inee.edu.mx/wp-content/uploads/2018/12/Red09.pdf>
- Hochschild, A. (1975). The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities. *Sociological Inquiry*, 45(2-3), 280-307. <https://doi.org/10.1111/j.1475-682X.1975.tb00339.x>
- Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575. <https://doi.org/10.1086/227049>
- Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart*. University of California Press.
- Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz Editores.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE). (2018). *La educación obligatoria en México. Informe 2018*. Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.
- Nobile, M. (2017). Sobre la 'educación emocional': subjetividad y psicologización en la modernidad tardía. *Digithum*, (20), 22-33. <https://raco.cat/index.php/Digithum/article/view/339070/429972>
- Patiño, H. (2017, 21 de septiembre). La educación socioemocional en el Nuevo Modelo Educativo: razones y desafíos. *Este País*. <https://estepais.com/impreso/la-educacion-socioemocional-en-el-nuevo-modelo-educativo-razones-y-desafios/>
- Secretaría de Educación Pública (SEP). (2017). *Modelo Educativo para la Educación Obligatoria. Educar para la libertad y la creatividad*. Secretaría de Educación Pública. http://media.educacioncampeche.gob.mx/file/file_a36334cd9aeb41e1197b4a403da9741.pdf
- Subsecretaría de Educación Media Superior (SEMS). (2014a). *Encuesta de Exclusión, Intolerancia y Violencia en la Educación Media Superior, 2013*. Subsecretaría de Educación Media Superior. Recuperado el 13 de marzo de 2018, de http://www.sems.gob.mx/en_mx/sems/encuesta_exclusion_intolerancia_violencia_ems_2013
- Subsecretaría de Educación Media Superior (SEMS). (2014b). *Programa Construye T 2014-2018*. Subsecretaría de Educación Media Superior. Recuperado el 11 de marzo de 2018, de https://siteal.iiiep.unesco.org/sites/default/files/sit_accion_files/programa_construye_t_2014_-_2018.pdf
- Tuirán, R. y Hernández, D. (2015, 1 de noviembre). El abandono escolar en el bachillerato. *Este País*. <https://anterior.estepais.com/articulo.php?id=197&t=el-abandono-escolar-en-el-bachillerato>
- Valencia, Y. (2015). ¿De qué manera las Emociones Académicas influyen en el Aprendizaje? *Portal Iberoaméricadivulga*. Recuperado el 19 de marzo de 2018, de <https://www.oei.es/historico/divulgacioncientifica/?De-que-manera-las-Emociones>



13. Vivir en la pena muda. El acompañamiento asistido de un grupo de cuidadores familiares por la diabetes mellitus

Pedro Yañez Moreno

INTRODUCCIÓN

Esta investigación retoma algunos planteamientos derivados de la reproducción social desde la antropología médica para dar seguimiento al estado de salud en que se encuentran un grupo de cuidadoras y cuidadores en la Zona Metropolitana de Guadalajara, Jalisco, entre 2012 y 2016, por la situación de acompañamiento ante la discapacidad severa de su familiar, quien sufre una serie de complicaciones producto de la diabetes mellitus tipo 2 y que derivan en falla renal, ceguera, amputación de extremidades y muerte prematura.

Así, siguiendo el incremento de padecimientos relacionados con la diabetes mellitus que generan discapacidad y muerte, es como en 2016 México activó la alarma epidemiológica EE-4-16, por la gran cantidad de mortalidad a causa de la diabetes mellitus. Para el 2017, se contabilizaron 105 mil muertes, por tanto, hoy día ocupa la principal causa de defunciones, sin soslayar que es la tercera causa de años de vida pérdida por muerte prematura, en asociación a los años de vida ajustados por discapacidad.

Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2024), la diabetes mellitus ocupa el segundo lugar entre las principales causas de

muerte (el primer lugar son las muertes asociadas a las enfermedades del corazón), lo cual evidencia que la enfermedad es un problema de salud pública por el desigual acceso de la atención médica y los tratamientos que detentan la calidad de vida de las personas, sobre todo por el gasto para contar con los servicios de salud (Campos, 2023). Por si fuera poco, la Secretaría de Salud (2018) ratifica la declaratoria de emergencia epidemiológica EE-5-2018, con la finalidad de fortalecer las acciones encaminadas a la prevención y el control del sobrepeso, obesidad y diabetes.

La situación del país es alarmante, debido a que se suman los emigrantes retornados, quienes regresan a sus comunidades con algún grado de discapacidad, resultado del modo de vida llevado en su lugar de trabajo. Entendiendo con ello, por ejemplo, que mientras Estados Unidos se comporta como un país productor, México se define como reproductor, por tanto, la atención a la salud se satura por la solicitud de los servicios sanitarios requeridos por las mujeres y hombres con complicaciones derivadas de la diabetes.

Por esta razón, el tema de los cuidados cobra relevancia, por el incremento en México, pero además por el envejecimiento demográfico y la acelerada transición sanitaria. En este sentido, debe entenderse que el envejecimiento involucra un cambio en la estructura por edad y, generalmente, se expresa en un aumento de las personas en edad avanzada (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2014). La transición sanitaria, en cambio, designa la salud como el desarrollo biopsicosocial y el bienestar donde la dimensión gradual del estado de salud oscila entre la salud positiva y el irreversible estado de la muerte. En la transición sanitaria existen múltiples estados de salud que incluyen la enfermedad no complicada y las discapacidades temporales o permanentes (Gómez, 2001).

Esto se menciona porque, en México, la Dirección General de Epidemiología (Secretaría de Salud, 2017) reporta que más del 86% de la población diagnosticada con diabetes cuenta con antecedentes familiares; de ellos, el grupo etario de mayor frecuencia que padece diabetes es de 55 a 59 años, donde las mujeres son quienes más sufren la condición; además, el 43% nunca ha revisado sus pies; otro porcentaje igual cuenta con algún tipo de discapacidad, por ello, al momento de solicitar atención hospitalaria los diagnósticos de ingreso reportan la necrobiosis como principal causa de atención.

Un aspecto de interés sobre esta situación de cambio en la salud manifiesta la realidad de la enfermedad como un fenómeno sociocultural total, el cual requiere conocerse desde un ámbito individual, pero también saber si

es o no, hasta cierto punto, limitada por el contexto en que se vive (Salcedo y García de Alba, 2014). Las personas cuidadoras, en este sentido, cobran distinción cuando la determinación funcional de habilidades y actividades de otras personas interrumpe el cumplimiento de los roles sociales esperados, por tanto, actúan en diferentes grados de complejidad para satisfacer las necesidades de otros.

Según datos del INEGI (2017), en 2016, 286 mil personas se encontraban a cargo del cuidado de personas dependientes. De cada 100 personas, 97 son mujeres cuidadoras. De esas 100 personas, 38 se desempeñan en establecimientos y 62 en viviendas particulares. La edad promedio de los cuidadores es de 38 años, cuentan con el nivel básico de educación y trabajan alrededor de 40 horas a la semana. En teoría, los cuidadores reciben 25 pesos por la retribución de su trabajo en horas. Ahora bien, en México, para ese año fueron registradas 23 millones de personas que presentaban algún grado de dependencia, por lo que, según especialistas en el tema de los cuidados, cuando el cuidado resulta ser complejo y en grados de complicación de la enfermedad, se necesitan de dos a tres cuidadores por persona dependiente (INEGI, 2017).

Sobre este asunto, algunos estudios han sido claros cuando señalan que una persona amputada tiene una alta probabilidad de morir al año siguiente por la amputación, mientras tanto, para quien sobrevive, son críticos los siguientes cinco años. Se habla de que la vida quienes padecen diabetes se reduce hasta 11 años (Pérez, 2011), sin dejar de mencionar la diabetes gestacional o la discapacidad asociada por las complicaciones derivadas. No obstante, hasta el momento no se ha encontrado información alguna que relacione el padecimiento de los cuidadores; es decir, no se habla del cuidador familiar hacia ese tránsito, mucho menos se conoce la probabilidad de muerte subjetiva del cuidador. Ante esta preocupación, se debe considerar que la muerte no está acechando a corto plazo (Berzosa, 2018; Escalante *et al.*, 2003; Seguí *et al.*, 2019).

Por primera vez, y desde el punto de vista de la evolución humana, la esperanza de vida, la cual en términos generacionales determinaba que las futuras generaciones vivirían más, puede apuntar a la probabilidad de que se viva menos ante esta amenaza latente. Por un lado, la diabetes tipo 2 va en aumento en niños y adolescentes, por otro lado, las personas cuidadoras paulatinamente pierden inexorablemente capacidades psíquicas; esto, sin dudas, vulnera su salud y las incorpora rápidamente a las filas de enfermos quienes necesitan atención sanitaria urgente, y en último término les llega la muerte prematura.

Para el caso de los cuidadores, se ha podido dar continuidad a lo que les sucede en términos de detección y manejo del colapso, en lo denominado “paciente invisible”; por ello, se considera que dentro de las distintas esferas de la vida –biológica, psicológica, social y financiera– sufren día a día de ansiedad, depresión, privación del sueño, pérdida de peso, aislamiento social y diversas enfermedades que no son atendidas y, por tanto, permanecen en silencio y a la sombra de aquel a quien cuidan, según lo refiere el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), a través de la Dirección de Prestaciones Médicas de la Unidad de Atención Médica, y desde la Coordinación de Unidades Médicas de Alta Especialidad y la Coordinación Técnica de Excelencia Clínica (Medina-Chávez, 2015).

Ante este embate, las familias mexicanas que acompañan la adversidad durante la enfermedad han reconocido cada vez más que las mujeres son las guardianas de la salud, y es principalmente la mamá, la hija o la hermana quien enfrenta las penas generadas por la asistencia cuando no se sabe hacerlo. Se evidencia así su capacidad para cuidar por periodos y de una manera bastante escondida. Mientras que, en el caso de los hombres, está más presente el caso de calamidades, de desastres, cuando hay una intervención específica y de emergencia, pero de corta duración (Marinelli, 2014).

En términos de sufrimiento, en el cuidador o cuidadora existe un desgaste emocional y se pierde la eficacia o calidad de los cuidados brindados cuando no se sabe hacerlo, lo cual merma progresivamente la salud emocional, y cuando esta persiste, el deterioro físico provoca enfermedad en las personas cuidadoras y riesgo de muerte prematura, por la falta de sentido de la vida después de los cuidados hechos a un familiar (Yañez Moreno, 2016). Es importante por ello identificar y tener en cuenta no solo la experiencia de sufrimiento de cada persona, sino la forma como lo expresa en la esfera física, personal y relacional (Krikorian *et al.*, 2010). Cuidar es un arte que se aprende y su utilidad supone enfrentar cada día situaciones difíciles y complejas (Cornago, 2014).

La práctica del cuidado en este sentido es una tarea interactiva entre el saber cuidar y las normas y actitudes requeridas para influir positivamente o no en la atención del proceso salud-enfermedad-atención-muerte, prevención, sufrimiento y duelo de una persona.

En esencia, el cuidado es una manifestación encaminada a la acción de cura y tratamiento en función de la enfermedad. Cuando la persona que asiste no tiene el conocimiento suficiente para realizarlo, los acontecimientos y

procesos empíricos del cuidado pueden resultar en quiebres de la propia vida, debido a que atentan contra el propio bienestar de quien pretende brindarlo. No obstante, un enfermo crónico-degenerativo comprendido desde la adaptación hacia la evolución de su enfermedad desgasta a la familia continuamente, no solo físicamente, sino de forma emocional, económica y hasta espiritual.

Ante la necesidad de los actos resolutivos que requiere México, el riesgo de padecer diabetes mellitus debe ser explicado en términos de su naturaleza biológica, clínica y genética, por su condición donde el organismo pierde la capacidad de absorber en los tejidos la glucosa, y tiende a elevarse en la sangre e incluso, puede ser producto de factores hereditarios, pero también por la influencia de la cultura en la manifestación de los fenómenos asociados a la vida cotidiana y causas socioculturales, de comportamiento y el entorno.

En este sentido, el estudio logró hallar una notoria continuidad de las realidades de tensión que enfrentan mujeres y hombres cuando atienden a su familiar, quien a causa de las complicaciones de la diabetes pierde autonomía, por lo cual requiere de atención y soporte hasta el final de la vida. De este modo, cuando el familiar muere la persona cuidadora se encuentra en riesgo de sufrir una serie de problemas emocionales que tienden a invisibilizarse y vivirse en soledad, amenazando su vida al poder compartir el mismo destino (muerte prematura), debido a un posible cambio de personalidad o la pérdida de ilusión por la vida.

Por lo anterior, se caracterizó la trayectoria del sufrimiento en cuidadores y cuidadoras de familiares hombres y mujeres con diabetes mellitus tipo 2 y amputación no traumática por complicaciones de pie diabético, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Para el caso, se abre un espacio de análisis que da continuidad a las prácticas de investigación y herramientas con miras a favorecer la producción y reproducción del saber a largo plazo y atiendan las prioridades del país.

El estudio identifica el proceso salud-enfermedad-atención, a partir de las funciones de comportamiento de un grupo de cuidadoras y cuidadores familiares, quienes –al resignificar sus recuerdos del vínculo afectivo y sentir– hacen por amor o por obligación cuidados que terminan por escindir sus emociones. Se trata de una realidad latente donde las estrategias de la vida no deben pasar desapercibidas, por tanto, es oportuno acercarnos a estos fenómenos con elementos de importancia teórica y metodología más actualizada que representan formalmente características propias de un tipo ideal modelado culturalmente.

Los hallazgos generados contribuyen a asegurar la producción y reproducción biológica y sociocultural de los grupos y microgrupos al focalizar los escenarios de riesgo, reconociéndose en ellos el cuidado de los familiares convalecientes desde el hogar.

ACERCAMIENTO A LA REALIDAD

El estudio sigue las respuestas al estado de emergencia en que se encuentra México, para ello, se aplica un enfoque desde la antropología médica mexicana, la cual abunda en las consecuencias de los problemas nacionales y se ubica en la intersección de los estudios culturales, sociales y biológicos por contener una perspectiva de participación respecto a un fenómeno catastrófico.

Esto hace emerger el análisis del proceso salud-enfermedad-atención de modo específico con base en la trayectoria del sufrimiento y el enfoque relacional, ya que se manifiesta dentro de las relaciones sociales y al momento de atender la salud, pero también de enfermar y morir, o por las formas de satisfacer o no las necesidades de acompañamiento asistido, dentro de un grupo particular de actores significativos en contexto natural (Menéndez, 1990), los cuales se definen aquí como cuidadores que asisten de manera ininterrumpida, en domicilio, a su familiar por amputación.

La trayectoria de los cuidados, asociada con el proceso social del sufrimiento, en sentido figurado, provee de sujetos y padecimientos únicos, y similares, considerando que “cada individuo tiene una forma particular de percibir, organizar y vivir las molestias y efectos en su vida diaria, [por lo que] se puede hacer referencia por lo menos a tres trayectorias diferentes: estables, oscilantes e inestables” (Mercado, 1996, p. 209).

De la experiencia o trayectoria dividida en fases, se ha podido determinar que cada una repercute en la vida de los familiares, debido a los distintos momentos en los cuales la enfermedad se vive. Robles-Silva (2010) dice al respecto:

En la fase estable hay pocas molestias y síntomas con pérdidas mínimas en sus roles sociales; en la fase oscilatoria se caracteriza por episodios de ausencia de molestias o síntomas con episodios de crisis de la enfermedad, y con pérdidas paulatinas en sus roles sociales; en la fase del deterioro hay molestias y síntomas permanentemente acompañadas de crisis que aumentan en severidad, y; [...] una pérdida total de cualquiera de sus roles sociales. (p. 294)

Sobre el enfoque relacional, se retoma para incluir aquellos factores o determinantes económicos, políticos, socioculturales y religiosos, entre otros, que inciden en el problema por estudiar, y permiten integrar la interpretación de la génesis de los hechos observables que recaen en los cuidadores, por tanto, los modos de vida generados en la relación cuidador-cuidado dependen de su movimiento histórico, viabilidad, avances y retrocesos que se determinan durante el aprendizaje de los cuidados (Breilh, 2003, 2010).

Teóricamente, los aportes de la investigación se sustentan en el concepto de *trayectoria del sufrimiento* de Gerhard Riemann y Fritz Schütze, cuyas principales observaciones y consideraciones sobre su aplicación logran comprender el fenómeno del cuidado como resultado de las consecuencias inscritas en la manera de vivir la enfermedad cuando alguien acompaña sin saber intervenir.

Por el tipo de estudio, se privilegia la vida de las cuidadoras y cuidadores que asisten a su familiar, para recuperar las emociones (o expresión de lo vivido) como una manera de identificar qué tipo de determinantes potencian el sufrimiento a través de las vivencias significativas y compartidas. La crítica a esta postura deriva en que los estudios llevados a cabo sobre la trayectoria del sufrimiento dejan de lado las consecuencias e interpretaciones creadas por las personas en toda la trayectoria de vida, y omiten el análisis de su situación personal en el sentido de no identificar los valores socioculturalmente construidos requeridos por una persona para poder cuidar. Sus historias narrativas se cuentan y cumplen una función interpretativa: explicarnos la vida y dotarla de sentido.

Para dar cuenta de la caracterización del sufrimiento y sus factores modificables se dio pie al uso de la *fenomenología del cuidar*; pensada como una perspectiva que somete la interpretación de las sensaciones, los sentimientos y, más estrictamente, las emociones generadas en la trayectoria de la cuidadora y el cuidador al tiempo de asistir a su familiar, para identificar los potenciales riesgos que existen en el cuidado sin el conocimiento mínimo para hacerlo y sí con entrega total.

A partir de lo anterior, la metodología empleada resultó cualitativa y cuantitativa, por tanto, ofrece elementos que facilitan el acercamiento al universo de estudio desde una versión de la realidad y no posee intenciones de representatividad estadística.

MÉTODO Y METODOLOGÍA

Se trata de un seguimiento al estado de salud en que se encuentra un grupo de cuidadoras y cuidadores en la Zona Metropolitana de Guadalajara, Jalisco, durante el periodo comprendido entre 2012 y 2016, por la situación de acompañamiento ante la discapacidad severa de su familiar.

He de mencionar que los actores significativos participantes en la investigación cuentan con nombres ficticios, lo cual obedece a la protección y anonimato de su integridad física y moral. De este modo, la consideración bioética se basó en el engarzamiento a una visión no solo racional, sino sentida y vivida de la realidad humana, con obligación de respetar la confidencialidad y guiando la reflexión hacia los motivos de la experiencia vivida con la intención de cuidar y comprender al otro en sus problemas.

En consecuencia, el estudio resulta de corte cualitativo y cuantitativo, este último considerado importante en términos de reconocer un tipo de realidad recurrente en personas que viven y sufren un determinado problema de manera muestral. En cuanto al interés por el trabajo cualitativo, se debe a que el centro de atención es la perspectiva de las personas ante la carencia de cobertura en las necesidades sociales básicas del cuidado. En suma, el análisis de los datos se explora mediante la atención del “contexto social y cultural de la vida de la persona que enferma, es desatendida en alguna dimensión o muere” (Hersch, 2016, p. 340).

Por ese motivo, dicha complementariedad (cuali-cuanti) buscó la comprensión de las carencias para lograr una verdadera medicina preventiva; aquella que investiga, orienta y actúa antes de la consumación de daños, la cual debe anticiparse a la atención del contexto sociocultural de la vida de las personas. Por ello, los resultados reconstruyen el mundo con orientaciones ideológicas encaminadas a la conformación de un estudio que cuestiona el daño evitable en términos de explicar los comportamientos sociopolíticos de la población y, especialmente, de los sectores sociales subalternos (Menéndez, 2009).

Esto es, se puede conocer el orden, no se puede conocer el azar. En este trabajo, cuando se decide utilizar un modelo (Weller & Romney, 1988) como instrumento, tiene el propósito de integrarse como un complemento para dar razón del par cualitativo-cuantitativo resultante de la realidad observada. Da paso a comprender el transcurso del sufrimiento en términos de causas estructurales cuya representatividad tuvo un condicionamiento fáctico de

ser definido, e implica describir un contexto social particular donde opera el proceso salud-enfermedad-atención, con el fin de analizar el sentido de las prácticas y representaciones que originan el sufrimiento en cuidadores familiares, dentro de una vivencia cotidiana. Su compromiso subjetivo (o epistemológico) fue el de un amplificador de voz, lo cual pudo ser captado de manera emergente (de orden inductivo), a través de la observación y entrevista, dada la variabilidad de las respuestas y la verdad del dato.

Lo anterior encontró la complementariedad (Devereux, 1973), ya que interviene en la transformación del hecho bruto en dato psicológico o sociológico para conformar la realidad construida al modificarse inevitablemente la experiencia observada (Morales, 2016).

Desde el punto de vista fenoménico, el trabajo se enmarcó a través de las narrativas como punto de verbalización desde la vivencia afectiva (Schütz, 1974). La narrativa, en este sentido, se configuró en la función de una praxis crítica sobre cualquier posicionamiento autorreflexivo del “dar cuenta” (Kleinman, 1988) de un hecho social total (Mauss, 1979), la cual se crea en función de saberes y prácticas reproducidas por los actores quienes interactúan ante fenómenos significativos que cambian el curso de su vida en grupo.

Una vez reunida la información se dio pie a la construcción de la información, iniciando con la transcripción y sistematización de las entrevistas por medio de la clasificación de unidades y subunidades de análisis para comparar las experiencias de los actores¹ del estudio. La lectura reflexiva para los temas centrales otorgó sentido al contexto de los discursos producidos, por tanto, la codificación de la información fue indispensable.

CAPTACIÓN DE LOS DATOS

El conjunto de datos dio paso a la separación y selección por bloques analíticos con el interés de comprender los temas tratados durante las entrevistas; esto permitió la centralidad hacia el análisis y una mejor comprensión de las ideas y pensamientos de cada respuesta. La triangulación de los datos generó las representaciones para contestar las preguntas y los objetivos establecidos. Los

¹ El concepto actor se refiere a distintos sujetos de la acción; actores individuales, actores colectivos, organizaciones, instituciones y redes. No obstante, en última instancia, todas las organizaciones, instituciones y redes expresan la acción de los actores humanos, aunque dicha acción haya sido institucionalizada u organizada mediante procesos en el pasado (Castells, 2009).

fundamentos teóricos y las fuentes de consulta se convirtieron en un respaldo científico para comprender los significados, interpretaciones, narraciones, metáforas y demás elementos que permitieron recuperar las acciones del trabajo de campo.

En resumen, la información generada entre la negociación del acceso al campo y la recogida de información no es, por tanto, dimensión distinta dentro del proceso de investigación. Por el contrario, la combinación de herramientas permitió conocer mejor la relación de la persona cuidadora con el familiar enfermo, lo cual significó abrir espacios para repensar las relaciones, las formas de ser, de estar, de mirar y de ver el mundo, además de captar la manera de practicar el cuidado y representarlo. En todo caso, la bitácora de análisis o diario del método se confeccionó como una herramienta útil (de ensayo-error) para evaluar la organización de materiales, datos y validación de información, lo cual permitió la codificación, categorización e interpretación de los datos.

Corresponde decir que la construcción de la información proviene de explorar diversos instrumentos validados para propiedades psicométricas en diferentes fuentes documentales, así como modelos de inclusión propuestos por diferentes autores, con el fin de continuar con un antecedente el cual pudiera acercarnos a identificar el sufrimiento, posibilitando con ello la generación de un material para comprender sus necesidades y los tipos de atención que requieren. Ello facilitó la construcción de las entrevistas para configurar al actor social.

Para la guía en las entrevistas se consideraron temas propuestos en otros estudios como el trabajo biográfico, las prácticas de atención y el conocimiento sobre aquellas representaciones del sufrimiento a partir de la asistencia al familiar enfermo, la calidad de vida, el síndrome de *burnout* y la escala de bienestar, entre otros.

Se trató, de inicio, en considerar una guía de cuestionario con los temas que privilegian las investigaciones sobre cuidadores, que va de 11 a 22 preguntas con 7 opciones de respuesta (escala Likert de 0 a 6), de 0 (nunca) hasta 6 (todos los días), y contiene las subescalas siguientes:

1. *Agotamiento emocional (AE)*: sentimiento de la persona cuidadora respecto a encontrarse saturada emocionalmente por los cuidados que brinda.
2. *Despersonalización (DP)*: respuesta fría e impersonal hacia el familiar enfermo.

3. Falta de realización personal (RP): sentimientos de poca competencia y eficacia en la realización del trabajo como cuidadora o cuidador.

Las puntuaciones de cada escala se obtienen al sumar los valores de las preguntas, los cuales, como puntos de corte, se piensan siguiendo los criterios de otros autores (Alfaro *et al.*, 2008; Bradley, 2003). El cuadro 13.1. es el ejemplo de una categoría.

Cuadro 13.1. Ejemplo de los valores estadísticos descriptivos a explorar

Categoría	Tipos y variables	Escala	Estadística descriptiva
Huésped	Edad Sexo Estado civil Número de hijos	Intervalo Nominal Nominal Ordinal	Media, moda Porcentaje Porcentaje Mediana
Agente	Sufrimiento Diabetes mellitus tipo II	Nominal Nominal	Porcentaje Porcentaje
Ambiente	Hogar Trabajo Entorno	Nominal Nominal Nominal	Porcentaje Porcentaje Porcentaje

Fuente: elaborado por Javier García de Alba (2013).

Con lo anterior, fue posible considerar una serie de temas específicos que contribuían a recuperar la cultura del sufrimiento en las personas que asisten a su familiar.

Posteriormente, se logró la configuración de una guía de entrevista pensada en tiempo y espacio para hacer intercambios subjetivos de forma crítica y en un clima de seguridad y confianza. Ayudó además a dirigir la atención a realidades reales² que los cuidadores callan o viven en silencio y dejan fuera de sí, y permitió comprender al cuidador más allá de objeto de experimentación,

² En un sentido intencional que se aparta de la escolástica idiomática del pleonismo, esta frase intenta explicar que en las ciencias sociales se objetiviza la realidad; es decir, la realidad que está dada es siempre cambiante, está dándose y puede ser cambiante, mejorable (Boltanski y Chiapello 2002). La idea de realidad real en esta investigación debe entenderse en los cambios que la realidad objetivable de cualquier estudio con población viva impide conocer, y que es necesario dar cuenta como los diferentes mundos a los que accede cualquier persona para emerger en sus diferentes actividades humanas, como el cuidado. Esto como reconocimiento de la otredad como legítima.

sino como una persona que sufre. Así, compartir la experiencia nos generó la posibilidad de compartir miedos y soluciones.

Finalmente, los sujetos de estudio fueron 30, considerando mujeres y hombres de diferentes edades, con distinto estado civil. En conjunto son personas que integran la familia y otras que figuran en la red vecinal, con edades entre 20 y 79 años. Se ubican en estratos socioeconómicos de tipo medio bajo y bajo, la mayoría de las personas con baja escolaridad. La población de estudio se divide en tres grupos: aquellas cuidadoras y cuidadores; los y las personas enfermas que viven con diabetes y amputación; y los llamados miembros hombres y mujeres de un equipo de atención. Por razones de espacio, solo enunciaremos tres historias de vida.

¿QUIÉNES SON LOS CUIDADORES?

La vida diaria de Camilo

María es la madre de Camilo. A finales de noviembre de 2014 tenía 70 años, con más de 23 años padeciendo diabetes mellitus tipo 2. En el 2012, como resultado de dos embolias continuas, se le realizó amputación de la extremidad derecha a la altura media de la tibia y peroné, motivo por el cual permanece en una silla de ruedas o recostada en la sala de la casa. Es una mujer delgada, de aproximadamente 1.60 metros de estatura; su rostro es alargado, la nariz es recta, de cabello lacio y cano que le llega a los hombros, de ojos café claro con mirada profunda, labios delgados y voz grave. Su padecimiento es monitorizado en el hospital.

El hijo que la cuida ha sido el acompañante en esta etapa de la vida. Fue quien se quedó en la casa, porque ninguno de sus hermanos se quiere hacer cargo de ella. Cuando su madre se queja, él la atiende con prontitud, aunque no siempre con gusto debido a que la señora María le grita groserías y lo culpa por la enfermedad. En diversas ocasiones, se resiste a ser bañada o que le cambie el pañal. Camilo refiere que cuando María no le grita o le pega, siente un lazo estrecho madre-hijo, derivado de dejarse cuidar.

El padre de Camilo murió por complicaciones del corazón, según piensa derivados de tristeza por abandono, ya que su esposa María lo corrió de la casa. Camilo nació en una colonia popular al sur de la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG), donde hasta la actualidad reside. Es fumador

crónico, de estatura aproximada de 1.70 metros, delgado y usa bigote. Al momento de la entrevista contaba con 43 años. Está casado y tiene dos hijas, una de ellas estudia en el nivel básico de educación primaria y la otra en preparatoria. Su esposa es emprendedora y ayuda con el gasto de la casa vendiendo cosas usadas.

Camilo estudió la primaria y trabaja haciendo colchones. Sus ingresos varían entre 800 y 1000 pesos a la semana, con lo que debe cubrir los gastos de la familia, así como los medicamentos y necesidades de su madre. Ha trabajado desde niño, vendiendo chicles, boleando zapatos o ayudando a su padre en el taller; también ayudaba cuidando de su abuela y hermanos menores. Posteriormente cuidó a su padre y ahora asiste a su madre. Considera que la vida como cuidador ha sido muy difícil, lo cual ha repercutido en su salud, y los problemas derivados de ello los ha tenido que resolver a solas. Enuncia su vida diaria así:

Soy el segundo de seis hermanos. Uno de ellos, el más chico, salió bien vago, de esos con la mente abierta y aventurero también, ese camarada un día cayó a la cárcel, y a mi jefa fue cuando le pegó el diabetes. Te estoy hablando cuando yo tendría unos 19 años, o 20 años, por ahí, y de ahí para acá.

Toda mi vida he trabajado en un tallercito que hace colchones, entonces ahora sí que yo empecé con el jefe (el papá) desde mero abajo, desde el primer escalón, hasta que fui progresando... cuando se fue (murió), yo me quedé ahí. La cosa es que cuando la jefa ya estaba a una edad más grandecilla, no tan vieja, se empezó a descuidar. Entonces siempre estuve con ella, nunca estuve de acuerdo en la forma en que ella vivía... a verse deplorable.

Yo cuando me casé a los 26 años me vine aquí a la casa de mi mamá con mi esposa, y cuando me andaba casando mi padre regresó, ya no vivía en la casa con la jefa, sino que allá en el tallercillo, había acondicionado algo pequeño. Mis hermanos ya todos habían volado, unos para Estados Unidos... el más grande, por ejemplo, el que seguía de mí, pensando en que iba a hacer algo por allá, era el que nos iba ayudar, ¡a la jefa sobre todo!, pero no, por allá se casó, hizo su familia, y ya no regresó. Todos le siguieron atrás de él, entonces llegó el día en que me quedé solo con mi jefa aquí. Entonces, prácticamente, se queda uno solo (agacha la mirada). Los vecinos pues igual se apartan, porque dicen «no pues, ¡pinche vieja gritona!». Yo me quedé al cargo de todos, de mi jefe también.

En ocasiones, Camilo se ha sentido desconsolado y llora porque se van muriendo sus padres, *pero* (tartamudea) no siente *coraje con ellos, ¡no!* (guarda silencio), *nada, hasta eso me siento bien, a gusto* (se pone a llorar).

La asignación de cuidador la tuvo que tomar porque toda la gente se fue retirando, los hermanos, los tíos, los vecinos, quienes nada tienen que ver, pero... *pero en su momento aquí estaban, ¡se acabó todo eso!* Por ese motivo en su vida existen recuerdos que lo entristecen y hasta lo enojan. Con mucho sentimiento dice:

A veces me dice (su madre): “Tú tienes la culpa de lo que me pasa”, o de esto, o lo otro. Le digo: “Mira, yo no tengo la culpa de nada, tú es tu vida, tu vida la encarrilaste por donde la llevas, dale gracias a Dios que no me he hecho agachón, y que aquí estoy”. Este, o dice... “Que te quedaste con mi taller y con mi casa”. “No, yo no me quedé con nada jefa, tú me pusiste a chambear ahí, desde que estaba niño, y ahí estoy”. Este... al jefe, pos ‘ora sí que (entrecorta la voz y llora), ¡hasta la pinche tumba!, y la jefa, pus, igual, yo creo que va a ser igual (conmigo) (guarda silencio y sigue llorando).

Así pasan todos los días de Dolores

Dolores es soltera y no tiene hijos. Padece obesidad por trastornos de alimentación que le dificultan llevar con disciplina el control del peso corporal, de tez morena, pelo lacio que le llega a los hombros, cara redonda, ojos pequeños y de color café oscuro, nariz redonda y pequeña, labios pequeños y mide aproximadamente 1.60 metros. Cuando fue entrevistada en 2015 contaba con 41 años. Vive en un fraccionamiento popular al sureste de la ZMG. Su profesión la desarrolla en los estudios de género en una universidad. Cuida a su tía Remedios de 86 años desde 1997, por la amputación que tuvo primero en un pie y posteriormente en otro, derivado de complicaciones por diabetes mellitus tipo 2. Tiene una hermana que a veces le ayuda y un hermano que participa en labores específicas como cargar a la tía y abrazarla cuando no quiere ser arropada con la toalla, porque cuando la bañan lanza golpes, muerde y rasguña.

Dolores sufrió la pérdida de sus padres cuando joven, y eso trajo tristeza durante toda su vida. Se siente sola. Ella no decidió ser cuidadora, fue algo que le tocaba, era la que se quedó en la casa. Desde que es huérfana vive con su tía, así que han estado juntas por mucho tiempo. Su hermana se casó hace tres años, y su hermano se fue a vivir aparte, pero a veces llega.

Hace dos años su labor como cuidadora se intensificó porque a su tía se le amputó el pie derecho debido a necrosis del dedo segundo. A pesar de su discapacidad y avanzada edad, la tía Remedios quiere cocinar y limpiar la casa, pero ya no es muy consciente de sus actos y por eso Dolores prefiere que permanezca en cama y le retira la silla de ruedas. Eso pone de mal genio

a la tía porque no le gusta que la menosprecien, y se arrastra por la casa, no le gusta usar pañal y se lo quita, por lo cual se mancha el cuerpo y la cama. La última vez que quiso participar en las labores del hogar, la tía Remedios casi quema la casa, porque se le olvidó apagar la estufa.

El problema es que la tía ya no siente mucho, entonces la infección en el pie progresó rápidamente. Tenía un *rasponcito chiquito*, pero se puso un zapato y una media que le apretaban, entonces en dos días tuvo una infección. Por más de seis meses Dolores la cuidó, llevándola a especialistas de pie diabético, pero ya no pudieron controlar la gangrena. Dolores dice tener una tendencia a sufrir por su propia vida y por su tía:

A mí me duele mucho curar, y eso de los primeros auxilios no me gusta. Pero ya casi me hago doctor... (se ríe), es que no es algo muy grave (las complicaciones de la diabetes), ya va uno conociéndolas. Hace poco, yo la vi temblorosa, ¿pues qué tiene? me dije, ¡ah!, yo creo que esto importa, y ahora qué le pasa... (esto sucedió) en las famosas posadas, que todo el mundo lleva dulces, ¡pues le gustan mucho los dulces! por más que le escondemos, por más que se los quitamos, no falta quien le haga el favor. Pues como a los niños que están en la casa, andan comiendo dulces y lo que no quieren, pues ella se lo come, entonces, la vi rara, y dije «qué comió», no, no, no es comida, ¡son los dulces!, y por más que se los quité, sí, pues sí. Le hice la prueba y no alcanzó el... (glucómetro), me marcó error. Pues es eso. La inyecté... (insulina) eran las doce de la noche y esperé una hora para ver si se le bajaba, y sí se le bajó.

Con el paso del tiempo, Dolores ha puesto atención en muchas de sus actividades diarias como sus propios excesos dietéticos, además trata de evitar, en la medida de lo posible, el estrés que causa cuidar, pues dice que no quiere verse como su tía:

Vamos, no es mi espejo, me veo en futuro, o sea, pensando que muchas de las enfermedades, heredas, y que (guarda silencio y respira profundo)... muchas cosas que mi tía hizo, o hace, las hizo mi abuela, que también me tocó vivir con ella cuando estaba enferma. Y digo no quiero repetir en función de las cosas que yo vi, en atención de las cosas que yo estoy viviendo, esas cosas.

O sea, si ves en función de lo que vives y lo que padeces, pues sabes que no quieres eso de mi vida ¿sí?, o sea yo no sé si mi tía quiso o no quiso vivir así, que no creo, pero hay cosas que uno puede evitar para vivir mejor, para tener mejor calidad de vida. Porque yo digo, «mi tía es muy soberbia», si mi abuela también era medio soberbia, pero bueno, yo creo que mi tía es peor, si ella no lo pudo ver, y reflexionar y cambiar; si lo hubiera hecho, nosotros no estuviéramos padeciendo cosas. Dije, yo no quiero vivir esa parte con los otros que estén a mi lado.

Yo creo que... para mí, es que ¡quiero vivir!, lo que queda de mi vida, y bueno, en este momento me toca cuidarla, no es algo que yo escogí, me tocó, y no me causa problema cuidar a la gente, pero sí me causa problema que me haga la vida imposible. Pero como ya está ahí, como ya no va a cambiar, porque es grande, porque ya tiene sus... bueno yo no quiero ser así.

Vivir en la pena muda

La muerte en muchos casos genera una gran pena. Y la pena que puede expresarse mediante gemidos y llantos se olvida con rapidez; por su parte, la pena muda corroe el corazón y acaba por romperlo (Cornago, 2014).

Magdalena enviudó en enero de 2013, cuando la entrevisté tenía 58 años; su estatura es de 1.65 metros, tenía los hombros agachados, bajo peso y los ojos hundidos anuncian un tenue color azul, su cabello amarrado disimula lo desarreglado; en su pequeña boca se pinta una mueca de tristeza cuando refiere que ella es quien decidió ser cuidadora de su esposo.

De vez en cuando recibe ayuda económica de sus hijos. A su esposo Chano le amputaron el pie izquierdo debido a un ápula que se gangrenó en el primer dedo o *hallux*. Murió por complicaciones de riñón. La señora Magdalena está convencida que su esposo cayó en depresión y eso ocasionó la amputación del pie izquierdo a la altura de la rodilla, porque ella estuvo internada varios meses en el Hospital Civil a causa de un problema de tumor estomacal. El problema del señor Chano:

... empezó con un dedo, el grande del pie derecho, se le abrió la carne, y empecé a llevarlo al Hospital Civil, y luego se le infectó su dedo y ya no hacía caso porque yo también estuve en el hospital, y se deprimió porque yo caí al hospital también, y no quería y lo convencimos de que fuera al hospital, y le detectaron la infección, la gangrena creo, como ya tenía muy mal su pie, le cortaron sus cinco dedos y le dejaron así la pura herida, y yo se la lavaba como me dijeron que le hiciera, le ponía su pomada y le cerró bien la herida, no le cosieron ni nada. Le cerró y empezó con su taloncito, empezó él a caminar, ya caminaba sin andadera ni nada y luego como que le devolvió la infección más arriba.

Y ya como un hijo lo metió al seguro, en el seguro le quitaron de la rodilla, a lo que le quedaba del pie, abajito de la rodilla. Ya de ahí se alivió, pero empezó a decaerse y a decaerse y como estaba enfermo de su riñón, del que tenía, pues se lo dializaron por un tiempo, ya después no quiso que le hicieran nada y por ese motivo se complicó y falleció.

La señora Magdalena dice que mejor que él ya descansó; sin embargo, los recuerdos sobre los cuidados que realizó son muy amargos, porque en la desesperación de cubrir las necesidades de su esposo, el dinero hizo falta, además, el cansancio se presentaba casi inmediatamente desde que lo bañaba, lo vacunaba (le administraba insulina inyectada), y sí se sentía *muy desesperada, pero lo normal*.

Por algo que sentía y podía describir como cansancio, ella salía a caminar, porque sentía le hacía falta salir, o algo así, *pues estaba na'más ajustada a él*. Pero él ya no podía valerse por sí mismo, así que las salidas se hicieron cada vez menos. La señora Magdalena padeció de insomnio, se le quitó el hambre y se preocupaba porque *veía muy malito* al señor Chano, pues *ya no quería comer, y todas esas cosas*.

En la actualidad, lo que más hace sufrir a la señora Magdalena es la soledad, y eso a veces la hace *sentir un poquito triste*, como si todavía no superara el recuerdo de su esposo enfermo, verlo derrotado y sin ganas, pero menciona que decidió cuidar de su esposo porque a él le gustaba, y eso le hacía sentir gozo y satisfacción, por la atención que le brindaba, y la confianza que recibía de él era plena.

A pesar de los problemas físicos (dolencias, diabetes, cansancio, etc.) que en la actualidad presenta, a Magdalena esos recuerdos le hacen mucho bien, está tranquila y trata de estar alegre.

RESULTADOS DE LA VIDA DIARIA POR CUIDAR

Como se ha podido conocer, la trayectoria del sufrimiento hace referencia al conjunto de malestares físicos y emocionales que puede presentar cualquier persona, y desencadenar, a su vez, enfermedad y dolor. De tal modo, las personas cuidadoras que viven el sufrimiento lo hacen a través del curso de la enfermedad del familiar diabético amputado y con diversas complicaciones. Este aspecto impide, en consecuencia, el olvido o la invisibilización del sufrimiento acumulado, y se crea, por tanto, una identificación inherente con quien sufre.

El sufrimiento no se vive de la misma manera, y las personas que cuidan experimentan diferentes formas de vivir el padecimiento cuando acompañan al familiar. Muchas de esas emociones no se pueden decir porque

son silenciadas por el dependiente y por la misma familia que señala los problemas, pero no los atiende, por tanto, las emociones se callan y no resultan específicas.

De este modo, entender el sufrimiento como una emoción no reconocida ni por el familiar dependiente ni por la familia genera un marco de referencia que dicta la correspondencia inherente entre el cuerpo y las maneras de cuidar. Por ello, tomar en cuenta las emociones de las personas cuidadoras tuvo la finalidad de captar los eventos que se van acumulando en el cuerpo hasta que finalmente se manifiestan en padecimiento, como lo demuestran las historias contadas.

Así, al dar cuenta de los fragmentos expuestos de la vida de estas personas cuidadoras, se entiende que se cuida a veces por afecto³, pero más por obligación. El acto de cuidar implica que importan más las necesidades del desvalido que las del cuidador, y con ello se invisibilizan los quehaceres de asistencia y, por ende, las emociones experimentadas. Esto porque el padecimiento del familiar siempre supone una amenaza e incertidumbre para la estabilidad del núcleo familiar y de sus importantes lazos afectivos, motivo por el cual las emociones de los cuidadores poco o nada importan ante una enfermedad en la que incluso, por su agresividad, eventualmente se espera la muerte del enfermo.

Al respecto, Ángel Cornago (2014) señala que la soledad vivida de manera única es un hecho frecuente que afecta de forma determinante a los cimientos emotivos y, en general, atañe a los cuidadores y cuidadoras, junto con el estado depresivo en el que ya se encuentran.

La identificación del sufrimiento en la cuidadora o cuidador apunta a llamar la atención sobre los riesgos de padecer un mal a causa de la asistencia sin conocimiento, pero, además, a vislumbrar la saturación de actividades llevadas a cabo por un solo familiar de día y noche; ello, aunado a la falta de recursos económicos para cubrir las necesidades básicas crecientes, lleva a un sufrimiento severo en el cuidador o cuidadora.

Y, aunque a su modo intentan paliar sus problemas (Camilo fumando, Dolores, comiendo y Magdalena rememorando) también reconocen el mal que les ha causado el manejo mudo de sus emociones. En todos los casos se presentan las trayectorias estables, oscilantes e inestables, pero dependen de cómo intervienen para satisfacer las necesidades de su familiar.

³ Los afectos, para Edith Calderón (2012), permiten comprenderse desde ciertos universales culturales, y están sujetos a los contextos en donde se catalogan y se conjugan.

No cabe duda de que cuidar es un acto de entrega y, como tal, surte efecto positivo en los familiares dependientes atendidos por amputación de pie diabético, al aminorarse las complicaciones de la infección y elevándose significativamente con ello la calidad de vida. Y es que “los seres humanos tenemos una característica especial: tal vez por sabernos y ser conscientes de nuestra debilidad, de nuestra precariedad, somos capaces de ayudar a otros que consideramos que se encuentran en malas circunstancias; somos capaces de ser solidarios” (Cornago, 2014, p. 23).

Ahora bien, no podemos pensar que las personas y las familias socioeconómicamente en desventaja, ante el evento mórbido, puedan retomar o continuar con su vida cotidiana como si nada hubiera pasado, pues, como se puede ver en la vida de Camilo, Dolores y Magdalena, los retos diarios se multiplican, las necesidades se acrecientan y, por tanto, presentan momentos de crisis diarias, poniendo en riesgo su integridad.

Resta decir que las narrativas resultantes que confeccionaron la fenomenología del cuidar (herramienta de análisis) fueron una valiosa información acerca de la caracterización del sufrimiento, en la medida en que se leyeron los posibles significados de los hechos vividos, como parte de trayectorias inacabadas y oscilantes, a veces interrumpidas con la muerte. No obstante, los gestos, la misma presencia y participación como investigadores durante los diálogos, así como los silencios y el entrecruzamiento de las emociones, habilitan vacíos de conocimiento en la propia manera de vivir el sufrimiento.

Si bien el objetivo de la investigación fue profundizar en la trayectoria del sufrimiento de los cuidadores, no se pretendió proponer soluciones, ya que el problema requiere respuestas a diferentes niveles, las cuales están más allá de nuestras capacidades profesionales.

La labor de cuidado implica sobrecarga de actividades dentro de la casa, obliga a tomar decisiones radicales tendientes a modificar la dinámica de algunos miembros de la familia, como el hecho de que la persona a cargo del cuidado del familiar enfermo deje de trabajar o estudiar (si es el caso), o bien, se tengan que reasignar responsabilidades económicas a otros miembros de la familia para cubrir gastos antes no considerados, como asegurar la alimentación entre los miembros, o la compra de fármacos para controlar la enfermedad del familiar.

El problema de recibir apoyo de alguien más del grupo doméstico resulta espinoso y, en ocasiones, hasta vergonzoso, pero modificar las labores del hogar es trascendental y políticamente necesario.

Otro problema vislumbrado, ante el desconocimiento de la labor de cuidado, en referencia al agravamiento de las complicaciones, fue la necesidad de la persona cuidadora de sopesar la necesidad de acudir a consultas programadas, cuando se tenían los recursos económicos para el traslado, y la compra de medicamento, lo cual redundaba en el descuido de las lesiones y, por tanto, en su empeoramiento. Este aspecto se destaca, leyendo entre líneas en las entrevistas, ya que los cuidadores no reconocen como tal su responsabilidad en el descuido.

Por otro lado, las cuidadoras y los cuidadores resienten mucho la minusvalía de la cual son objeto por parte de sus familiares, pues saben que la asistencia se puede prolongar indefinidamente.

Y es que cuando se está inmerso en el proceso de cuidado, la persona cuidadora no se percata cabalmente de su sufrimiento, debido al ensimismamiento implicado en el trabajo de cuidado, al grado de no sentir que se encuentran en una situación crítica, al no ser conscientes de la gravedad de su estado anímico y/o físico, porque la transformación de sus planteamientos de la vida diaria de asistencia ha sido limitada a la expectativa de vida de sus familiares. Su situación depende mucho de las características socioculturales al momento de expresar las necesidades que viven.

Por tanto, y en previsión del daño que pueden sufrir cuidadoras y cuidadores, se considera que las obligaciones implicadas en el cuidado deben suponer en conjunto la articulación del apoyo familiar descargado en toda la familia y no solo estar destinadas a la cuidadora o el cuidador. Además (y se subraya), el conocimiento proporcionado por las instituciones especializadas en el quehacer de los cuidados es un requerimiento indispensable para ejercer apropiadamente los cuidados en hombres y mujeres con padecimiento de la diabetes mellitus, complicación de pie diabético y amputación, así como en cualquier otro problema que implique la condición de brindar cuidados como aquí ha sido expuesto.

La biomedicina dedica grandes recursos y desvelos para alargar la vida, sin enfocarse en conseguir que las personas mueran en paz y con el mínimo sufrimiento posible. Mucho menos se interesa en las consecuencias emocionales y de salud sufridas por las personas cuidadoras como resultado del difícil papel asignado socioculturalmente.

De ahí la importancia de visibilizar la tarea de cuidar, evidenciando la falta de políticas al respecto, así como la falta de programas encaminados a la capacitación de la familia para atender a personas con discapacidad. En

conjunto, se requieren estrategias que coadyuven a fortalecer a los cuidadores, hombres y mujeres, en las cuales se reconozcan sus sentimientos, la identificación y manejo de las emociones, las sensaciones y –desde luego– las necesidades personales. Esto daría como resultado la protección, engrandecimiento, bienestar y preservación de la dignidad humana.

Finalmente, la generación de programas específicos de capacitación y apoyo a entornos de población de escasos recursos que no cuenta con derechohabencia, tendientes a configurar comportamientos y significados compartidos en el sistema familiar, mejoraría sustancialmente las prácticas específicas de cuidado, incidiendo en la modificación de los roles de género tan dañinos para la mujer cuidadora en los cuidados dirigidos a ancianos y niños, así como en las costumbres en la conformación de roles de pareja. Todo esto parte del conocimiento relacional requerido por un sector de la población carente de un legado de información mínima pertinente para un adecuado manejo de la enfermedad (Page, 2015), pero además y, sobre todo, del conocimiento suficiente para cuidar sin *dar-se*.

En 2017 y 2018, la Federación Internacional de la Diabetes dedicó el día con el eslogan “Diabetes y mujer. Nuestro derecho a un futuro saludable”; curiosamente, este año, 2019, no he podido saber cuál es el eslogan. Pero, sobre ello, cabe subrayar que las mujeres y los hombres del estudio se encuentran, al igual que muchas otras personas, dentro de un estado de exposición a variados factores que influyen en su perjuicio (el conocimiento mínimo necesario para intervenir en sus decisiones).

Resulta esclarecedora la necesidad de enmarcar las condiciones de vida de las personas que cuidan a sus familiares en domicilio, considerando el ejercicio efectivo del derecho a los satisfactores humanos (vivir y crecer con seguridad física, emocional y del entorno), sumado a las limitaciones institucionales que reducen la disponibilidad e impiden el acceso a servicios de salud, ya sea por la saturación del sistema, la falta de personal o los problemas de infraestructura presentes en las unidades de salud, así como las actitudes y prejuicios por parte de los prestadores de servicios.

Hace falta una investigación de largo aliento que comprenda el sufrimiento diario de las personas cuidadoras que viven aisladas, para poder acercar el conocimiento a los tomadores de decisiones. Nuevamente, el algoritmo puede comprender diabetes mellitus, complicaciones y discapacidad en mujeres y hombres de distintas edades, pero ahora ya *ipso facto* el bienestar del cuidador.

REFERENCIAS

- Alfaro, O., Morales Vigil, T., Vázquez Pineda, F., Sánchez Román, S., Ramos del Río, B. y Guevara López, U. (2008). Sobrecarga, ansiedad y depresión en cuidadores primarios de pacientes con dolor crónico y terminales. *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social*, 46(5), 485-494.
- Berzosa, P. (2018, 14 de noviembre). *La mortalidad tras una amputación por pie diabético supera el 70% por encima de la de los cánceres más comunes*. Ilustre Colegio Oficial de Podología de la Comunidad Valenciana. <https://www.icopcv.org/la-mortalidad-tras-una-amputacion-por-pie-diabetico-supera-el-70-por-encima-de-la-de-los-canceres-mas-comunes/>
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Ediciones Akal.
- Bradley, C. (2003). *Cuestionario de Bienestar W-BQ12. Spanish for Mexico 4.9.03*. Health Psychology Research, University of London.
- Breilh, J. (2010). La epidemiología crítica: una nueva forma de mirar la salud en el espacio urbano. *Salud Colectiva*, 6(1), 83-101.
- Breilh, J. (2003). *Epidemiología crítica. Ciencia emancipadora e interculturalidad*. Lugar Editorial.
- Calderón, E. (2012). *La afectividad en antropología. Una estructura ausente*. Publicaciones Casa Chata.
- Campos, J. (2023). Cifras sobre la diabetes en México. Animal Político., de <https://www.animalpolitico.com/analisis/organizaciones/mexico-como-vamos/cifras-diabetes-en-mexico>
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza Editorial.
- Cornago, A. (2014). *Comprender al enfermo. Para una relación humana en el mundo de la salud*. Sal Terrae.
- Devereux, G. (1973). *Ensayos de etnopsiquiatría general*. Barral.
- Escalante, D., Lecca, L., Gamarra, J. y Escalante, G. (2003). Amputación del miembro inferior por pie diabético en hospitales de la costa norte peruana 1990-2000: características clínico-epidemiológicas. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, 20(3), 138-144. <http://www.scielo.org.pe/pdf/rins/v20n3/a05v20n3.pdf>
- Gómez, D. (2001). La transición en epidemiología y salud pública: ¿explicación o condena? *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 19(2), 57-74. <http://www.redalyc.org/pdf/120/12019207.pdf>
- Hersch, P. (2016). "Epidemiología sociocultural". En: R. Campos (Coord.), *Antropología médica e interculturalidad* (pp. 337-343). McGraw Hill.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2017). *Estadísticas a propósito del... día de las y los cuidadores de personas dependientes (2 de marzo)*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. <https://inegi.org.mx/app/salaDeprensa/noticia.html?id=3290>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2014). *Estadísticas a propósito del... día internacional de las personas de edad (1 de octubre)*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. <http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2014/adultos0.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2024). Estadísticas de defunciones registradas (EDR). https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2024/EDR/EDR2023_En-Jn.pdf

- Secretaría de Salud. (2018). Ratificación declaratoria de Emergencia Epidemiológica EE-5-2018. <http://www.cenaprece.salud.gob.mx/programas/interior/emergencias/descargas/pdf/1371.pdf>
- Kleinman, A. (1988). *The illness narratives. Suffering, healing and the human condition*. Basic Books.
- Krikorian, D., Vélez, M., González, O., Palacio, C. y Vargas, J. (2010). La experiencia de sufrimiento en cuidadores principales de pacientes con dolor oncológico y no oncológico. *Avances en Enfermería*, 28(1), 13-20. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/avenferm/article/view/15623>
- Marinelli, S. (2014). Counselling y emergencias sociales. *Vida y Salud. El acompañamiento en la emergencia*, 69, 14-15.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y Antropología*. Editorial Tecnos.
- Medina-Chávez, J. H. (Ed.). (2015). *Guía Práctica Clínica. Detección y manejo del colapso del cuidador. Evidencias y recomendaciones*. Instituto Mexicano del Seguro Social. <http://www.imss.gob.mx/sites/all/statics/guiasclinicas/781GER.pdf>
- Menéndez, E. (2009). *De sujetos, saberes y estructuras. Introducción al enfoque relacional en el estudio de la salud colectiva*. Lugar.
- Menéndez, E. (1990). *Antropología médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones* (Cuadernos Casa Chata 179). CIESAS.
- Mercado, F. (1996). *Entre el infierno y la gloria. La experiencia de la enfermedad crónica en un barrio urbano*. Universidad de Guadalajara.
- Morales, N. (2016). "Proceso salud-enfermedad mental-atención". En: R. Campos (Coord.), *Antropología médica e interculturalidad* (pp. 286-296). McGraw Hill.
- Page, J. (2015, 7 al 10 de octubre). *Emociones en el desencadenamiento y alteración de la glucemia en diabéticos de San Cristóbal de las Casas, Tenejapa y Chamula, Chiapas* [presentación de la ponencia]. IV Congreso Latinoamericano de Antropología, Ciudad de México, México.
- Pérez, R. (2011). *Ars médica mexicana. La mejor profesión del mundo* (vol. II). El Colegio Nacional.
- Robles-Silva, L. (2010). La autoatención en la enfermedad crónica: tres líneas de cuidado. *Rivista della Società Italiana di Antropologia Medica*, 13(29-32), 279-298.
- Salcedo, A. y García de Alba, J. (2014). "Mitos y realidades sobre la diabetes mellitus". En: A. Ramos (Coord.), *Mitos y realidades en salud-enfermedad* (pp. 13-34). Universidad de Guadalajara.
- Schütz, A. (1974). *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Paidós.
- Secretaría de Salud. (2019, 14 de febrero). *Presenta Jorge Alcocer Varela el Proyecto de Salud en la Cuarta Transformación de México* [Comunicado 053]. <https://www.gob.mx/salud/prensa/053-presenta-jorge-alcocer-varela-el-proyecto-de-salud-en-la-cuarta-transformacion-de-mexico?idiom=es>
- Secretaría de Salud. (2017). *Sistema de vigilancia epidemiológica hospitalaria de diabetes tipo 2. Boletín de cierre anual 2017*. Dirección General de Epidemiología, Secretaría de Salud. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/415285/Boletin_DT2-2017.pdf
- Seguí, M., Barrot de la Puente, J., Carramiñana, F. y Carretero, E. (2019). *Los standards of Medical Care in Diabetes 2019. Resumen redGDPS*. Fundación redGDPS. <http://www.redgdps.org/los-standards-of-medical-care-in-diabetes-2019-resumen-redgdps-20181224/>

- Ventura, A. (2016, 11 de noviembre). El costo social de la Revolución mexicana. *El universal*. Recuperado el 27 de mayo de 2019, de <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/cultura/patrimonio/2016/11/22/el-costo-social-de-la-revolucion-mexicana>
- Weller, S., & Romney, A. K. (1988). *Systematic data collection* (Qualitative Research Methods, vol. 10). SAGE Publications.
- Yañez Moreno, P. (2016). *La pena muda. Sufrimiento en cuidadores de familiares con diabetes mellitus tipo 2 y amputación, en Guadalajara, Jalisco* [Tesis doctoral, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social de Occidente]. CIESAS Repositorio. <http://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/475>



ÍNDICE



EJE 1



EJE 2



EJE 3



EJE 4

AUTORAS Y AUTORES

Yuzzel Alcántara Ceballos

Licenciada en Arquitectura, por la Universidad Veracruzana; estudios en Lengua y Literatura Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) y maestra en Arquitectura por el Programa de Maestría en Arquitectura, ambas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde una formación multidisciplinaria, su pensamiento ha encontrado hospitalidad en el terreno de la arquitectura, la literatura y el pensamiento crítico desde una perspectiva latinoamericana. Su tesis de maestría *Memoria y patrimonio desde el giro afectivo. Despojo, destrucción y defensa como experiencias afectivo-emocionales de lo urbano arquitectónico* recibió Mención Honorífica por la UNAM y el Premio Francisco de la Maza por el INAH. Becaria Conahcyt en el Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

Correo: yuzzelalcantaraceballos@gmail.com

LinaMar Campos Flores

Licenciada Multidisciplinaria y maestra en Mediación Intercultural por la Universidad de Sherbrooke; doctora en Geografía por la Universidad de Montreal. Estudió Digital Storytelling con Joe Lambert del StoryCenter. Investigadora posdoctoral del Fondo de Investigación de Quebec Sociedad y Cultura (FRQ-SC) entre 2020 y 2023, en donde produjo tres relatos digitales bilingües utilizados como parte de la demanda de justicia del asesinato del activista ambiental Mariano Abarca. Se ha presentado en Canadá, Brasil, Marruecos y Europa. Ha publicado en colaboración con Patricia Martin, Leona Rosales, Liliana Kremer, Ewa Dabrowska y Johanne Jean-Pierre sobre las temáticas de su interés: emociones, control de masas y trabajo migratorio temporal.

Correo: lmcf2023@tutamail.com

Leidy Laura Cartagena Benítez

Licenciada en Sociología y especialista en Teoría, Métodos y Técnicas en Investigación Social por la Universidad de Antioquia (Colombia); maestrante en Geografía Humana por El Colegio de Michoacán (México). Sus temas de investigación son la movilidad forzada en contexto de violencia criminal, memoria y conflicto armado. Algunas de sus publicaciones son: *Mujeres desplazadas y configuración de territorialidades en la Comuna 3, Manrique* (Medellín, Colombia, 2016); *Granada: Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción* (2016), y *Memorias desde el retorno. Sistematización de las prácticas de memoria impulsadas en los programas de retorno al municipio de San Carlos, Antioquia, 2009-2013* (2013).

Correo: lalakartagena@gmail.com

Armando Ulises Cerón Martínez

Licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) y doctor en Pedagogía por la FFyL, ambas de la UNAM; maestro en Filosofía de la Ciencia por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Iztapalapa. Profesor de Tiempo Completo (TC) en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), adscrito al Área Académica de Ciencias de la Educación. Docente desde 1994 en los niveles bachillerato, licenciatura, maestría y doctorado, e investigador educativo desde 2005. Sus temas de interés son: epistemología, teoría y metodología de la ciencia desde la perspectiva crítica de Pierre Bourdieu. Sus líneas de investigación son: 1) investigación de la investigación educativa y 2) producción y fragmentación de subjetividades. Integrante de la Red de Investigación en Emociones y Afectos desde las Ciencias Sociales y las Humanidades (RENISCE Internacional).

Correo: aceron@uah.edu.mx

Nubia Cortés Márquez

Licenciada en Geografía y maestra en Geografía Ambiental por la FFyL, UNAM; maestra y doctora en Antropología Social por El Colegio de Michoacán. Profesora-Investigadora en el Centro de Estudios de Geografía Humana en El Colegio de Michoacán. Sus principales líneas de investigación son: dinámicas territoriales en poblaciones rurales, herramientas didácticas para acercarse al estudio del paisaje-territorio; además, se interesa en el estudio de la afectividad, su impacto en contextos adversos en las generaciones *millennial* y *centennial*. Pertenecer al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNII) del Conahcyt. Colabora con un grupo de exploradores de National Geographic junto con la comunidad de aprendizaje “Flor del desierto” en Zapotitlán Salinas, Puebla. Integrante de la RENISCE Internacional.

Correo: nubia.cortes@gmail.com

Rocío Enríquez Rosas

Licenciada en Psicología por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), maestra en Terapia Familiar por la Universidad UNIVA, doctora en Ciencias Sociales por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Occidente. Profesora numeraria e investigadora del Departamento de Psicología,

Educación y Salud del ITESO. Forma parte del núcleo académico básico del Doctorado en Estudios Científico-Sociales y de la Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura del ITESO. Perteneció a la línea de investigación *Subjetividad y poder* del Programa de Investigación del DESO. Sus líneas de investigación son: a) género, generaciones, familias, cuidados y bienestar social, b) socioantropología de las emociones y procesos de inclusión y exclusión social, c) pobreza y política social. Cofundadora y co-coordinadora de la RENISCE Internacional y co-coordinadora de la colección Emociones e Interdisciplina.

Correo: rocioe@iteso.mx

César Darío Fonseca Bautista

Antropólogo social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); maestro en Investigación Educativa y doctor en Educación por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Docente-investigador adscrito a la Dirección General de Educación Tecnológica Industrial y de Servicios (DGETI) en el estado de Morelos. Miembro de las redes de investigación en Educación y Valores (REDUVAL) y RENISCE Internacional; del Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE); del SNII del Conahcyt. Responsable del grupo de investigación Red de Investigación Educativa del CBTis n.º 76. Sus líneas de investigación son: políticas educativas, formación docente y formación ciudadana en el bachillerato; educación y emociones.

Perfil ResearchGate: <https://www.researchgate.net/profile/Cesar-Dario-Bautista>

Correo: cesarfonseca@uaem.mx

David Foust Rodríguez

Licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO; maestro y doctor en Ciencias Sociales (Sociología) por la Universidad de Guadalajara (UdeG). Profesor-Investigador adscrito al Departamento de Economía, Administración y Mercadología del ITESO. Integrante de la RENISCE Internacional y de la Red Mexicana de Investigación en Política Social. Autor de varios trabajos con un enfoque de sociología de las emociones, la mayoría publicados por la RENISCE. Fue coordinador del Centro de Reflexión y Acción Laboral de Guadalajara (CEREAL-Guadalajara). Miembro del consejo directivo de Electronics Watch, una ONG global que promueve los derechos laborales de las y los trabajadores de la industria electrónica con apoyo en el poder de compra de los organismos públicos, principalmente europeos.

Correo: foust@iteso.mx

Alejandra Patricia Gómez Cabrera

Licenciada y maestra en Ciencias de la Comunicación, y doctora en Ciencias Políticas y Sociales (Ciencias de la Comunicación) por la FCPyS, UNAM. Candidata al SNII del Conahcyt. Obtuvo el Reconocimiento Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en 2017. Coordinadora del Grupo de Investigación en Comunicación Intersubjetiva de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación. Docente en la UNAM desde 2008 y tutora en el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales. Participa en el Programa Integral de Formación y Actualización Docente en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), Plantel Sur. Miembro de la International Association for Media and Communication

Research y de la RENISCE Internacional. Investigadora de la violencia juvenil y de género, comunicología de las emociones y corporalidades. Autora y coordinadora de un libro.

Correo: alejandra.gomez@politicas.unam.mx

Daniel Gómez Hernández

Licenciado en Psicología por el ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara; maestro en Psicología Clínica por el Círculo Psicoanalítico Mexicano y estudiante de la maestría en Psicoterapia Cognitiva Conductual en el Centro de Psicoterapia Cognitiva. Docente en la Universidad UNIVER. Trabaja en consulta privada y en el Centro de Acompañamiento y Estudios Juveniles CJUVEN, ITESO. Miembro del Consejo Mexicano de Hipnosis.

Correo: dg8881103@gmail.com

Luz Marina Ibarra Uribe

Antropóloga social por la ENAH; doctora en Educación por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). Profesora-Investigadora Titular “C” adscrita a la Facultad de Estudios Superiores (FES) Cuautla. Perteneció al SNII, nivel II, del Conahcyt. Miembro asociado del Consejo Mexicano de Investigación Educativa, de la REDUVAL, de la RENISCE Internacional y de la REDIIEMCO. Cuenta con reconocimiento al perfil deseable del PRODEP-SEP. Integrante del CA Consolidado Estudios Estratégicos Regionales. Su línea de investigación abarca políticas educativas, educación, emociones, género y valores.

Perfil ResearchGate: https://www.researchgate.net/profile/Marina_Ibarra2

Correo: marina.ibarra@uaem.mx

Oliva López Sánchez

Licenciada en Psicología por la FES Iztacala, maestra en Psicoterapia corporal por la Universidad Intercontinental (UIC) y doctora en Antropología médica por el CIESAS. Profesora-Investigadora Titular “C” de TC y Coordinadora del Proyecto de Investigación Interdisciplinaria sobre Cuerpo, Emociones y Género (PIICEG) en la FES Iztacala, UNAM. Integrante del SNII del Conahcyt, nivel II, de la Academia Mexicana de Ciencias y del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, AC. Sus líneas de investigación son: representaciones técnico-médicas del cuerpo de las mujeres en México (siglos XIX y XX), salud mental desde las perspectivas de la antropología médica, historia cultural y de género, estudios socioculturales de las emociones y el cuerpo e historia cultural de las emociones y la educación sentimental en México. Cofundadora y co-coordinadora de la RENISCE Internacional; co-coordinadora de la colección Emociones e Interdisciplina de la RENISCE Internacional.

Correo: olivalopez@unam.mx

Gabriela Rodríguez Hernández

Licenciada en Psicología Social por la UAM; maestra en Psicología Social por la UNAM, y doctora en Ciencias Sociales por la UAM Xochimilco. Profesora Definitiva TC en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAMéx), CU Ecatepec. Perteneció al SNII I, nivel I, del Conahcyt desde 2018. Cuenta con Reconocimiento PROMEP (SEP). Autora de numerosos artículos científicos publicados en revistas indexadas, así como de capítulos de libros especializados. Cultiva las líneas de investigación: felicidad, bienestar y emociones y psicología positiva.

Correo: grodriguezh@uaemex.mx

Marissa Rodríguez Sánchez

Antropóloga social por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), y maestra en Ciencias Antropológicas por la UAM Iztapalapa. Profesora TC en la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad de Monterrey (UEM). Integrante de la RENISCE Internacional y del cuerpo directivo de la Comunidad Filosófica Monterrey (COFIM). Sus principales líneas de investigación son: antropología de las emociones, movilidad y cultura popular. Comparte los hallazgos de su proyecto doctoral sobre emociones, memoria y vida migrante en el contexto del mercado Mesón Estrella de Monterrey a través de su cuenta de Instagram @mesonestrella.etnografia. Elaboró la primera cartografía emocional de la migración en formato digital, aportando una innovadora herramienta para visualizar las experiencias migrantes.

Correo: marissa.rodriguezs@udem.edu

Adriana Leona Rosales Mendoza

Licenciada en Sociología por la Unidad Xochimilco; maestra y doctora en Ciencias Antropológicas por la Unidad Iztapalapa, ambas de la UAM. Profesora-Investigadora Titular adscrita al Área “Diversidad e Interculturalidad” y Coordinadora de la Especialización en Educación Integral de la Sexualidad en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad Ajusco. Perteneció al SNII, nivel II, del Conahcyt. Sus líneas de investigación son: migración, derechos humanos, género y sexualidad. Ponente en congresos nacionales e internacionales. Autora de libros y revistas especializadas en México, Cuba, Perú, Brasil, Argentina, Costa Rica, Ecuador, EUA, Gran Bretaña, España y Vietnam. Integrante de la RENISCE Internacional.

Correo: adrianarosales@g.upn.mx

Antonio Sánchez Antillón

Licenciado en Psicología por la Universidad Iberoamericana (UIA); maestro en Teoría Psicoanalítica por el Centro de Investigación en Estudios Psicoanalíticos (CIEP) y doctor en Psicología por la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) de Buenos Aires, Argentina. Miembro del SNII, nivel I del Conahcyt. Docente adscrito a la sublínea de investigación: ética del cuidado e ideales colectivos del doctorado Interinstitucional de Psicología en el ITESO. Su línea de investigación abarca la línea ética tanto en la iteración moral del “yo” como en la construcción émica de los sujetos en procesos psicoterapéuticos, así como el lazo social que se desarrolla vía los ideales en las colectividades. Integrante de la RENISCE Internacional.

Correo: antonios@iteso.mx

Claudia Valeria Zúñiga Manríquez

Licenciada en Historia de México y en Derecho, especialista en Docencia, maestra en Ciencias de la Educación y doctora en Ciencias Sociales, todas por la UAEH; licenciada en Psicología por el Instituto Universitario Carl Rogers, y maestra en Psicoterapia Humanista Existencial por la Universidad Humanista de Hidalgo. Sus líneas de investigación son: sociología jurídica y sociología crítica.

Correo: valeriazuma@gmail.com

Pedro Yañez Moreno

Licenciado en Antropología Física por la ENAH; maestro en Ciencias Sociales en la línea de Estudios Socioculturales en Salud por El Colegio de Sonora; doctor en Ciencias Sociales por el CIESAS Occidente. Profesor-Investigador Titular "A" de la ENAH. Pertenece al SNII, nivel I, del Conahcyt. Líneas de investigación: etnografía, antropología ecológica, antropología médica, antropología física e interculturalidad. Editor del Boletín *EtnografíaArte* de la ENAH. Encargado del laboratorio de anatomía.

Correo: pyamo@yahoo.com.mx

EMOCIONES EN CONTEXTO:

IDENTIDADES, MIGRACIONES Y ESPACIOS DE CUIDADO

es una obra editada y publicada por la **Universidad Nacional Autónoma de México** en la Coordinación Editorial de la **Facultad de Estudios Superiores Iztacala**, Av. de los Barrios n.º 1, Los Reyes Iztacala, Tlalnepantla de Baz, CP 54090, Estado de México, México. Se terminó de producir en agosto de 2025, en las instalaciones de la FES Iztacala. En la composición tipográfica se utilizaron las familias: Minion Pro y Helvetica.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
José Jaime Ávila Valdivieso

Pedidos:

Librería FES Iztacala: 55-5623-1194

Coordinación Editorial: 55-5623-1203

Correo-e: josejav@unam.mx

www.iztacala.unam.mx/coordinacioneditorial

Los Reyes Iztacala, 2025